

Murillo, el más famoso pintor de ángeles, se ve envuelto en una oscura trama en la devota y turbia Sevilla del siglo XVII

EL COLOR DE LOS ÁNGELES

EVA DÍAZ PÉREZ



ÍNDICE

Dedicatoria

VELADURAS

Azul de ultramar
La sanguijuela de Bartolomé
La tormenta
La riada del Guadalquivir
El sueño de las Indias
Un bodegón en las orillas
La jícara de plata
Magdalena arrepentida
Un retrato en la mancebía
Sombras en el obrador
Místicos en el quemadero
Una quinta de recreo
La peste
El doctor Sigüenza
Los dolientes
Los niños pintados

NATURALEZAS MUERTAS

En la villa y corte
Cena en casa de Velázquez
La morada de los Murillo
La academia de pintura
El puerto de los bizarros
La parturienta
El niño piojoso

La saya de Beatriz
La infancia vagabunda

CLAROSCUROS

Toros y cañas
Jiferos del matadero
El pintor y su autorretrato
Un entremés de mariones
El duque
Los ángeles mancebos
Dibujos en el matadero
Marcela, la de los ojos tristes
Un mozo galante
Trampantojos en la Caridad
Los caballeros que miran
La fuente de la Feria
Los corchetes
El esclavo del lienzo
Rodrigo, el buen discípulo
El moribundo
La hora de ánimas

Agradecimientos

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

A Lombilla, en este autorretrato

VELADURAS

AZUL DE ULTRAMAR

Sus cuadros respiraban. Parecía que una extraña ánima reposara en las imágenes volviendo rosadas las encarnaduras, como si por dentro corrieran las sangres. Sí, desde luego que había vida en las figuras. Incluso a veces había creído ver un mínimo movimiento, una rebeldía en las posturas y los gestos de los personajes. No era un efecto óptico provocado por el aire pintado que recorría el lienzo. Ése era un truco fácil, un astuto trampantojo que conseguía al aplicar blanco de albayalde para rodear las figuras creando así transparencias y veladuras en contraste con el espacio más oscuro del fondo. ¿Realmente respiraban? ¿Era cierto eso que decían de que lograba crear la vida con pigmento y resinas?

Murillo aparta de su pensamiento las absurdas fantasías. Es tan grande su fama que, a pesar de ser hombre humilde, sencillo y comedido, le asalta en ocasiones un orgullo impropio de cristiano. ¿Acaso se creía un dador de vida como Dios? ¿O pensaba que su arte estaba dotado de una divinidad capaz de insuflar alma a lo que pintaba?

Suspira.

Dentro del taller huele intensamente a bosque de Indias. ¿Quizás otra fabulación? ¿Cómo es posible si aquellos paisajes de ultramar están a miles de leguas de travesía? Pero, en efecto, ése es el aroma que tienen los obradores de los maestros que trabajan en Sevilla, un olor característico que sorprende a los que vienen de otros lugares. La razón es sencilla. Allí se acumulan marcos, bastidores, armarios para

pinturas y arcones hechos con maderas de las nuevas tierras. Árboles extraños que llegan al puerto para transformarse en los objetos que rodean la vida. Cedros de Indias convertidos en bargueños que custodian los contratos de las obras, caobas y palisandros que dejan su olor de maderas preciosas en los lienzos o la butaca de palo de Campeche en la que Murillo descansa su maltrecho cuerpo. En realidad, es un olor a océano y a bosques que recuerda de mucho tiempo atrás y que relaciona siempre con el arte de la pintura. Un perfume áspero y fragante que se remonta a su juventud, cuando era mozo aprendiz en el taller del maestro Juan del Castillo en la plaza del Pozo Santo. Maderas de Indias que impregnaban de un aire balsámico también su primer obrador, cuando pasó de ser oficial a pintor de muy celebradas escenas sagradas.

—No olvides nada de lo que te he enseñado, Bartolomé —le había dicho su maestro poniéndole una mano en el hombro mientras le asomaba a los ojos la melancolía que había intentado enseñarle a pintar—. Estoy seguro de que serás un digno servidor de la pintura. Y ahora..., ¡id con Dios, maestro Murillo!

De su buen maestro Juan del Castillo recordaba sus ojos zarcos, la voz templada y las manos grandes. Le costaba a veces pintar las cosas pequeñas porque el pincel se le perdía en los dedos de gigante. Murillo se ocupaba entonces de perfilar los detalles mínimos del cuadro. Y pronto destacó por su habilidad para llenar de color los objetos.

—Si no te hubiera visto con mis propios ojos, habría jurado que esa pincelada la había dado el mismísimo arcángel san Gabriel —le dijo un día mientras el joven aprendiz pintaba una mano de la Virgen.

La primera fama le había llegado con el encargo de los frailes del convento de San Francisco, aquellos lienzos en los que narraba con primor desconocido las historias fantásticas y milagrosas de varios hermanos franciscanos. Esa serie le dio gran celebridad. Ningún artista había pintado de tal forma el color, pues parecía que un vapor místico saliera de las imágenes. Sorprendió también que en las escenas no hubiera martirologios ni tormentos, ni sangre derramada, ni carnes santas ardiendo en calderos, como tanto gustaba en el siglo. Tal vez aquel joven maestro se anticipaba a lo que había de venir y

pintaba para ojos que aún estaban por nacer. Pronto fueron muchos los que aplaudieron esa religiosidad amable que hacía sonreír y animaba a seguir el ejemplo de aquellos cristianos de los libros sagrados. Creían que aquel mozo artista había pintado el bálsamo dulce y sanador para aliviar este tiempo donde sólo parecían criarse la desgracia y la amargura.

Murillo aspira ahora el bosque de Indias que se esconde en los muebles de su obrador: ese fabuloso mundo que llega en los cargamentos de la flota de Tierra Firme. Allí están también las salseras con los polvos de cochinilla de las tierras exóticas que esperan su turno para convertirse en arrebol de carne de ángeles. O los cuencos en los que reposa el famoso azul de cenizas de Sevilla, que en realidad es azurita de las minas de Nueva España. Un azul que ya se impacienta por ser el color del gracioso manto de Nuestra Señora.

Esos colores también respiraban, cambiaban de matiz, envejecían. Lo había observado desde hacía años y ya no tenía ninguna duda. Los pigmentos tenían vida, se oscurecían o amarilleaban como si lentamente el tiempo se adentrara en el vientre de los lienzos. En sus últimas pinturas, que parecían llenas de una luz mortecina, había un color de bronce viejo que él no había buscado. Un matiz inquietante que simulaba dormir bajo la piel de las figuras. Una luz anciana, de color cansado, que se hubiera sentado a reposar, a descansar y ver pasar la vida lentamente. Como pronto esperaba hacer él mismo.

Bartolomé Esteban Murillo es un hombre de más de sesenta años, pero sigue trabajando a pesar de su edad y de los achaques que padece por culpa de una quebradura vieja en la barriga. Un sufrimiento que le hace recibir a maese Sigüenza en demasiadas ocasiones para que le aplique purgas y sangrías y le prohíba hacer esfuerzos. Desatendiendo al médico, Murillo está decidido a rematar su último encargo: el grandísimo lienzo que colgará del retablo de los Capuchinos de Cádiz.

—¡Estáis loco! ¿Cómo vais a pintar desde semejante altura? ¿Habéis pensado en qué ocurrirá si os caéis? —le había advertido maese Sigüenza al ver cómo construían un andamio en el obrador.

Murillo está harto de los consejos y remedios del hernista. ¿Para qué tuvo que recordarle que es un viejo, un pintor torpe al que le tiemblan las manos? Aunque Sigüenza tiene razón, a qué negarlo. Murillo tiene que sentarse a descansar a menudo en su butacón de Campeche y debe disimular sus dolores y mareos ante sus ayudantes.

Pero debe continuar, cumplir con sus encargos. En el fondo, los malestares de viejo le asaltan sólo en ocasiones. Otras veces, por ejemplo cuando tiene que enfrentarse a un lienzo en blanco, se siente joven y fuerte. Se recuerda como el mozo que pintaba colores atrevidos en el obrador de su maestro.

—¿Estás seguro de que ese rojo es color apropiado para el manto de Nuestra Señora, Bartolomé? —sonaba la voz de Juan del Castillo ante las osadías de su joven discípulo.

Y esta mañana de intenso olor a bosque de Indias está dispuesto a terminar la esquina de gloria de los *Desposorios de santa Catalina*. Busca desde hace varias jornadas el azul místico. Él, que es el maestro de los azules, el artista que ha pintado como nadie los mantos de Inmaculadas y los cielos del paraíso, no encuentra el azul exacto para este cuadro. No ha conseguido componerlo y rechaza el engaño de las azuritas y el lapislázuli. Hasta ha aplicado el blanco de plomo con aceite de nueces para labrar un azul claro. Bien sabe que con el tiempo el azul se oscurece hasta hacerse casi negro de humo.

Murillo es un maestro consumado en pintar el tiempo. Y quizás por eso sus lienzos respiran dotados de una extraña vida. Lo ha visto en sus cuadros del convento de San Francisco, los que le dieron gloria y fama en su juventud. Paseando por el claustro donde estaban colgados adivinó la oscuridad tenebrosa de las horas. La fugacidad y lo caduco se escondían en las pinturas. Al principio pensó que se debía a que en aquel claustro el sol del verano y el frío del invierno iban hiriendo el color de las pinturas. Pero, no, hay un matiz que sólo pueden distinguir ciertos ojos adiestrados. Murillo ha visto una tiniebla agazapada en sus primeras pinturas. Es una bruma que se instala poco a poco como una herrumbre, una invisible lepra que devorara el alma del lienzo. En cierto modo, le recuerda el aspecto arrasado de los cuadros de los maestros del pasado. Y teme que ese

color macilento, como de cosa enferma, termine por contagiar toda su obra hasta que se borre como si nunca hubiera existido.

Intenta espantar los malos pensamientos y regresar a su obsesión por el azul de los *Desposorios*. Ayer tuvo una idea: mezclar el pigmento con agua del mar de Cádiz. Ya lo había hecho con la del Guadalquivir en algunos de sus cuadros. Era un pequeño secreto. En sus pinturas añadía agua del río y barro para que cada lienzo llevara el recuerdo de la ciudad en la que se había pintado. Tal vez por eso sus cuadros respiran y están llenos de vida como el paisaje de un río en tránsito hacia el océano. Aunque puede que esa agua putrefacta y hedionda del gran río Betis, dulce y salitrosa por la cercanía del mar de Sanlúcar, sea la causa del color quebradizo que descubre ahora en todos sus lienzos.

Murillo recuerda que siendo muy joven recorría las riberas del Guadalquivir con otros aprendices del taller del maestro Juan del Castillo. Acudían después de la marea, cuando al retirarse las aguas el barro seco se quebraba como tejuelas. Entonces lo guardaban en unas cestas de mimbre para llevarlo al obrador.

—¡Barro de Sevilla! ¡Llevamos barro de Sevilla! ¡A un real la arrobaaaa! —iban coreando entre bromas mientras requebraban a las mozas que se cruzaban en el camino.

El barro de Sevilla... Aquel fango que era el primer olor de los cuadros. Tierra que olía a río y que convertían en una pasta untuosa añadiendo conchas molidas. Su juventud está llena de ese barro que había que aplicar con paciencia en las imprimaciones de cada lienzo y que dotaba de un intenso claroscuro a las escenas sagradas. Barro que servía para crear la penumbra de las historias antiguas, la sombra fresca de los interiores, los claustros umbríos en los que tienen lugar los milagros. Era curioso que dentro de un cuadro se escondiera tierra regada por un río que olía a mar. Un cauce que llevaba en su memoria el relato de los navíos y galeras que arribaban desde el Nuevo Mundo con sus historias de naufragios, temporales y extraños horizontes de lejanas orillas. Un Guadalquivir oculto en el lienzo, con sus aguas llenas de muertos e inmundicias que reflejaban como un cristal azogado la ciudad de sombras y luces, de plata y de muladares.

A Murillo le obsesiona encontrar para este cuadro el azul

atlántico de la hermosa Cádiz. Pero ¿de qué color es el mar? Los marineros que llegaban de las Indias decían que lo habían visto de colores rojos y grises o casi negros, como si fueran aguas muertas. Qué pavor pintar un mar sin vida. Por eso no ha podido dormir pensando en ese azul de ultramar. Ni siquiera aguarda a que lleguen los oficiales y aprendices al obrador y decide subir para rematar el detalle de la escena celestial. Entonces recuerda las palabras de Sigüenza y todo su cansancio de hombre viejo. No debería hacer el trabajo solo, pero no puede esperar a que vengan sus ayudantes y asciende con cuidado por la escalera construida en el andamio. Lleva la paleta, los pinceles y un cuenquillo con el pigmento azul, así que sólo puede agarrarse a la barandilla con una mano.

Antes de llegar arriba percibe que tras la Virgen hay un vapor de aire pintado de forma imperfecta por alguno de sus oficiales. Está harto de que no presten atención y de que sean perezosos y descuidados en sus tareas. Ahora no puede detenerse a corregir el detalle, pero memoriza el color para que lo preparen luego: ancorca de Flandes para veladuras.

—Ese amarillo, aplicadlo cuatro veces, para que el tiempo tenga a qué agarrarse —decía, porque desde que había visto cómo respiraban sus lienzos tenía miedo de que los años desgastaran la pintura, que erosionaran la materia hasta llegar a la mancha imprecisa de la primera pincelada.

Murillo reza mientras sube cada peldaño de la escalera del andamio. No hay mucha altura, pero se estremece sólo de pensar en cómo quedarían sus baldados huesos si perdiera pie y resbalara. Con extremo cuidado y lentitud llega por fin arriba. Se asegura de que las tablas están bien colocadas y de que no hay cuencos ni trapos que puedan hacerle tropezar. La subida le ha cansado. Deja a sus pies la paleta, los pinceles y el cuenco con el azul de ultramar.

Se acerca a la esquina del lienzo donde está el trozo de gloria que quiere pintar con vapores azules, pero no aprecia bien los detalles. Apenas entra una vaga luz por la ventana del taller. Ha amanecido un día nublado, una de esas mañanas de frío blancoceniza del mes de enero que él ha pintado en muchos de sus cuadros. Ahora lamenta no haber cogido su sayo de lana. Hace frío en el obrador porque es

norma dejar una ventana abierta para que no se acumulen aires corruptos de los aceites, líquidos viciados y ungüentos ponzoñosos que allí se guardan.

Murillo se frota las manos heladas y, aunque no consigue entrar en calor, decide impaciente tomar la paleta. Observa con detenimiento las tonalidades del resto del cuadro y confirma satisfecho que los toques de luz están bien resueltos gracias al pigmento principal.

—El albayalde... ¡El albayalde es el pan de la pintura! —habla a solas recordando la letanía que suele repetir a sus discípulos.

Albayalde, el milagroso color que, mezclado con ocre y sombra, vuelve tostadas y curtidas las pieles de los anacoretas. La carne de los santos que sufren suplicios por la inclemencia de los soles salvajes. El mismo blanco que, unido al bermellón, nutre la piel rosada de miel de los ángeles. Esa pincelada de color que había creado la leyenda de que el maestro Murillo pintaba con sangre y leche, de forma tal que parecía que se pudiera mojar bizcocho en las pieles arreboladas. Esa carne blanca y dulce le trae buenos y malos recuerdos. La piel tierna que olía a leche tibia de sus hijos cuando nacieron y él quiso pintarlos nada más salir del vientre de su bienamada Beatriz. Pero también la piel que pintara en su sueño loco su discípulo más querido. Hace muchos años de aquel mal asunto, pero esta mañana fría de enero el maestro evoca la carne rosada de sus ángeles pintados y reza una plegaria por el discípulo, ángel caído al que espera que Dios, en su infinita misericordia, haya perdonado.

—¿Cómo pudiste traicionar mis enseñanzas? ¿No te diste cuenta de que cometías un gran pecado? —dice Murillo en voz alta sorprendiéndose de estar hablando a un fantasma.

El maestro recuerda las buenas horas pasadas con su discípulo preferido y cómo le enseñó todos los secretos del oficio: a dotar de aire humano a las imágenes religiosas y a insuflar dignidad a los miserables, a los pobres, a los enfermos, a los pícaros, a los desgraciados que pintaba del natural en las calles inmundas de la ciudad. También a buscar la verdad en los retratos que le encargaban nobles y mercaderes, mezclando la sinceridad a veces molesta del espejo con el arte del fingimiento.

Y así, en su memoria, Murillo se remonta al día en el que Rodrigo de Salazar llegó de mozo aprendiz a su taller después de haber pasado una infancia vagando por las calles. Y cómo aprendió a moler los colores que echaba en una cazuelita vidriada.

—Tritura con la moleta y añade luego el aceite de linaza. Y no te olvides de limpiar con miga de pan la piedra de moler —explicaba Murillo.

—Maestro, dejadme romper en escamas el blanco de plomo, que es lo que más me place —contestaba Rodrigo afanoso.

Y Murillo le dejaba que lo hiciera admirándose de su presteza en tarea tan complicada, porque no era propio de su juventud ni de su crianza hacer las cosas con ese exquisito cuidado. Luego subían a la azotea para ver si se habían secado las onzas de trementina y desde las alturas contemplaban juntos los paisajes de Sevilla.

Ahora, desde el andamio, mira la misma ciudad por la ventana y le parece estar hablando con Rodrigo sobre la dificultad que entrañaba pintar en Sevilla por el exceso de luz, que provocaba sombras profundas en el suelo, penumbras ficticias, lumbres falsas, claridades huidizas y tinieblas engañosas.

—Maestro, ¿los ángeles se pintan mejor en verano?

—Las estaciones no tienen nada que ver para eso, Rodrigo. ¿Por qué me haces preguntas tan raras, hijo?

—Porque, si los pigmentos se llenan de sol, saldrá un color más dorado, más de lumbre para esas criaturas del cielo...

Ángeles llenos de lumbre... Lumbre donde arden las carnes pintadas. Murillo se enreda en las luces viscosas del pasado. Está tan distraído que ha olvidado que dejó el cuenco con la pintura azul junto al pie derecho. Tropieza y pierde el equilibrio. Por su torpeza de hombre viejo no puede agarrarse a tiempo a la baranda del andamio y se precipita al vacío. En su caída tiene la intuición de que los ángeles del cuadro de los *Desposorios* y todos los que ha pintado durante su vida saldrán de los lienzos y lo recogerán suavemente en un manto de nubes de gloria para atenuar el golpe. El pintor de la santidad bien merece un milagro. Y mientras cae, recuerda con terror que no ha hecho confesión y que tampoco ha dictado testamento. ¿Será ésta su última hora?

Suena un ruido terrible en medio del silencio del alba. Gracias a Dios no se ha quebrado la cabeza. Sin embargo, tiene magullado el brazo derecho. Quiere incorporarse pero no puede. Es entonces cuando se da cuenta de que su antigua hernia se ha salido del todo y que el bulto del tamaño de un puño que le presiona la barriga no puede ser otra cosa que sus tripas huidas del espacio natural. Y recuerda la historia de aquel anciano que hace muchos años llegó a la tienda de su padre cirujano-barbero para que le enmendase una quebradura como la que ahora tiene. Después de que su padre le aplicara ventosas y sanguijuelas al anciano, el niño Bartolomé vio por primera vez cómo moría un hombre. Pensando en esto y acordándose de su buen padre, siente el frío de la muerte y se desvanece de dolor, o quizás de miedo por lo que aún está por venir.

LA SANGUIJUELA DE BARTOLOMÉ

Allí estaba su padre, con los anteojos ajustados y sacando con cuidado las sanguijuelas de una vasija llena de arcilla y agua. El niño Bartolomé siempre corría a ver cómo su padre cogía los gusanos con una pinza y los colocaba sobre la piel de los enfermos para que bebieran la sangre corrupta. Se quedaba fascinado ante el bicho viscoso de color verde o marrón de barro o casi gris que se retorció ahíto de sangre. Su padre no lo sabía, pero Bartolomé criaba secretamente a una sanguijuela en el pozo del patio. El niño dejaba que le chupara la sangre de un dedo y luego echaba agua de alcanfor, que asqueaba al animal, y se desprendía así de la carne. Bartolomé veía entonces cómo el gusano se hinchaba con su sangre y se quedaba saciado y tan retozón y perezoso que apenas se podía sostener en la verdina del pozo. Cuando se cansaba de observar a la sanguijuela se distraía contemplando en el agua el paso de las nubes. Ya había intentado dibujar ese cielo en las paredes con madera tiznada de la chimenea. Y también en el patio, donde solía abstraerse haciendo líneas con un palito en la tierra mojada, junto al jazminero lleno de hormigas panzonas que tenían el mismo color negro del cabello de su madre.

Su madre siempre le reñía cuando él se empeñaba en pintar con barro de la calle las paredes de cal. Una vez recibió varios azotes porque trajo fango mezclado con excrementos de los que dejaban las cabalgaduras junto a la puerta de su casa y que corrían en pestilentes

arroyos por las calles. Entonces su madre le castigó encerrándole en las letrinas que estaban en la parte de atrás del patio.

—¡Ay, Dios del cielo! ¡Cómo te has puesto, Bartolomé! ¡Si sigues jugando con estas inmundicias, acabarás con fiebres tercianas! ¿Es que quieres que tu padre te llene el cuerpo de sanguijuelas? —gritaba.

Pero a él no le importaba estar lleno de gusanillos viscosos que le hicieran cosquillas como le ocurría en el dedo cuando su sanguijuela le chupaba la sangre. Bartolomé se asomaba al pozo y ponía el dedo donde estaba el animal, escondido entre la verdina más jugosa de la pared húmeda. Así pasaba el rato silbando mientras la sanguijuela le chupaba la sangre y él se distraía mirando las nubes blancas y gordas que pasaban lentamente por el cielo.

En realidad, Bartolomé había robado la sanguijuela. Los bichos se compraban separados en saquitos llenos de barro de la ribera del Guadalquivir donde se criaban. Después, con mucho cuidado y dedicación, doña María Pérez Murillo los dejaba en un hoyo lleno de agua dulce que había cavado en el patio. Un día, aprovechando un descuido de su madre, Bartolomé cogió la sanguijuela que le había parecido más pequeña. El miedo a que lo descubriera le hacía espantarse al oír sus chapines sonando sobre las losetas del patio cuando se acercaba al pozo donde guardaba su secreto. Y hasta daba un salto cuando veía aparecer el delantal color pico de perdiz que siempre llevaba. Era ver ese color y recibir un castigo, aunque luego doña María, al verlo llorar desconsoladamente, lo perdonaba y le sonaba las narices con ese mismo delantal.

Bartolomé era el más pequeño de los hermanos. Y eran catorce. Todos se burlaban de él y aprovechaban cualquier ocasión para darle cachetadas, puntapiés y mojicones.

—¡Quiquiriquí, calla bobo que no es para ti! —le decían entre risas cuando lo veían absorto mirando las nubes.

Pero él admiraba a sus hermanos y sonreía feliz cuando lo incluían en el juego de esconderse.

—¡Zarzabuca, de rabo de cuca, que ni sabe arar ni pan comer, vete a esconder detrás de la Puerta de San Miguel! —cantaba Bartolomé con los ojos tapados para que sus hermanos corrieran a esconderse—. ¡Sal, salero, vendrás caballero...! —continuaba gritando, contento por

jugar con ellos, mientras los buscaba por todos los rincones de la casa.

Bartolomé tenía un lugar en el que por su tamaño sólo él podía entrar. Era un arcón ratonado que estaba en la habitación de una de las criadas de la casa. Cuando le tocaba a él esconderse, corría nervioso a ocultarse en el arcón y se quedaba largo tiempo casi sin poder respirar, asfixiado con el olor a orines de ratón. Así aguardaba hasta que oía las risas porque habían empezado una nueva tanda sin él. Entonces salía de su escondite y regresaba al patio enfadado, mirando a sus hermanos con los brazos cruzados, mohíno y en silencio, mientras un puchero le asomaba en la boca, incapaz de resistir el llanto.

Luego, cuando pasaban las horas de calor y las criadas retiraban los velones del patio para que corriera el aire fresco de la tarde con olor a las mareas del río, Bartolomé se olvidaba del agravio.

En otras ocasiones, cuando jugaban a hacer castillos con huesos de cereza para derribarlos después con una piedrecita, la ofensa al pobre benjamín consistía en no darle nunca el turno, por lo que Bartolomé se colaba con decisión aprovechando los despistes de sus hermanos para lanzar la piedra con rapidez. Pero como era tan pequeño, ellos lo apartaban de un empujón y no tenía más remedio que irse a jugar solo en el patio trasero intentando colar desde lejos huesos de frutas en los hoyitos de la tierra. Pero se aburría pronto.

—Estaba la pájara pinta posada en el verde limón; con el pico cogía la hoja, con la cola recoge la flor —oía a sus hermanos jugando a la saltacabrilla, que era lo que más le gustaba.

En los juegos sólo encontraba el consuelo y la ayuda de su hermana Ana, que era la mayor y siempre salía en defensa del pequeño Bartolomé cuando los otros abusaban de él. Ella siempre le guardaba en el almuerzo los huesos de cerezas para que pudiera jugar a los hoyitos.

En la casa había un lugar al que los niños tenían restringido el paso: la cámara donde su padre hacía las extracciones de dientes, colmillos, muelas y raigones. Y, sobre todo, al rinconcillo donde sajaba a los enfermos y aplicaba las ventosas con las sanguijuelas color de barro. Pero cuánto le gustaba a Bartolomé observar a su

padre mientras permanecía escondido y en silencio, contemplando cómo abría la piel con la lanceta para que saliera la sangre de color oscuro.

—¡Sangre verduzca! —oía decir con emoción a su padre—. No hay duda, señor, de que vuestro padecimiento es por culpa de la bilis acumulada en el cuerpo.

A maese Gaspar Esteban, el más popular de los cirujanos de la collación de San Pablo, lo llamaban personajes principales para que acudiera a sus palacios cuando enfermaban. Y los médicos más reputados lo avisaban para que fuera él quien se encargara de ese vil oficio de hacer las sucias sangrías. Gaspar Esteban era uno de los más excelentes sangradores de la ciudad por su cuidado con la lanceta, que era arte que no muchos sabían practicar, pues había quien picaba nervios porque no acertaba a encontrar la vena.

Maese Gaspar tenía fama en Sevilla de ser un buen cirujano que disponía de tienda donde sajar y un conocimiento que era casi como el de un médico. Y, aunque no sabía latines porque era sólo cirujano romancista, conocía los secretos de muchas enfermedades y cómo curarlas. Reconocía las úlceras en la boca y las llagas pestilentes del garrotillo y del escorbuto, que era el terrible mal que padecían los marinos de la Carrera de Indias.

Alguna vez, horrorizado por el relato, el niño Bartolomé había escuchado a su padre contar lo que les había ocurrido a los valientes marinos que fueron con Magallanes y Elcano en su fantástica y peligrosa travesía, la más grande que vieron los tiempos. Un viaje por toda la redondez de la tierra que era muy recordado en Sevilla, aunque hacía ya más de un siglo que había ocurrido. Contaba su padre que en altamar la tripulación se quedó sin comida y que por la mucha hambre que les atormentaba los marineros tuvieron que comer lo que encontraron en el barco. Hacía mucho que se habían acabado el bizcocho de la mar, los encurtidos y las cecinas que embarcaron en la bodega pensando que el viaje había de ser más corto.

—¡Comieron hasta el cuero que recubría los mástiles! —decía con entusiasmo maese Gaspar—. Y a causa de estar mucho tiempo sin probar frutas y alimentos frescos, enfermaron de escorbuto —le

explicaba a Bartolomé diciéndole además que a estos enfermos se los reconoce por la piel amarillenta.

Mirándose con aprensión su propia piel por si acaso, Bartolomé escuchaba embobado éstas y otras espantosas historias de marineros. Como los que llegaron al puerto azogados, locos endemoniados que buscaban desesperadamente confesión en las iglesias porque decían haberse comido a otros de su misma carne, que con esto se sabía que no sólo eran caníbales los indios sin religión del Nuevo Mundo.

Los relatos y ver los padecimientos de la gente fueron grandes enseñanzas para el niño Bartolomé. Así aprendió a analizar los rostros que mostraban dolor, los que reflejaban alivio y los que estaban a punto de morir. Incluso reconocía los matices violáceos de las carnes gangrenadas a las que su padre aplicaba, en cuanto veía el color maldito, emplastos de oximiel y lejía olorosa. Sólo así se espantaba el hedor a pudridero de las partes corrompidas.

Bartolomé aprendió a hacer friegas para el mal de ijada que dejaban la piel enrojecida. Y una vez que él enfermó de un romadizo por los fríos de invierno, la ciencia de su padre lo curó haciendo que dejara de toser y de tener dolores en la garganta.

También supo cómo morían las personas. Una vez llegó una mujer con un niño en brazos de la edad de Bartolomé. La criatura tenía la piel de un color blanco que no había visto en su vida. Respiraba entrecortadamente como si no pudiera atrapar el aire.

—Su hijo padece garrotillo. Búsquese quien le dé confesión y rece por su alma —le dijo maese Gaspar a la pobre madre atenazado por la impotencia—. Este niño no verá el alba...

Bartolomé sabía que cuando de la boca de su padre salía la palabra «garrotillo» era como si mencionara a la misma muerte. No había solución para esa enfermedad temible, semejante al padecimiento de los condenados al garrote que morían en la plaza de San Francisco. Durante muchos años Bartolomé guardó en su memoria aquel siniestro blanco albayalde que tenía la piel del niño enfermo que su padre no pudo salvar.

Aunque sí pudo sanar a muchos otros. Por eso colgaba de su tienda un letrero que era un orgullo para la familia: «Gaspar Esteban, cirujano barbero. Aunque yo lo intenté, Dios lo curó», y que mostraba

la humildad de su padre en el oficio. Pero el niño ya se había dado cuenta de que, aunque era un hombre discreto, maese Gaspar pecaba a veces de cierta vanagloria nacida de su gran sabiduría en la medicina. Y todo era fruto de sus lecturas, pero también de su mucha experiencia en una ciudad tan grande y diversa como Sevilla. En ella, un cirujano podía ser perito en todo tipo de llagas y heridas nuevas y viejas. Aquí había aprendido maese Gaspar el secreto de los apostemas, a reconocer los más diversos ataques de podagra, a adivinar cuándo podía sobrevenir una apoplejía y hasta a intuir que una mujer tenía un zaratán en el pecho, ese mal que era causa de muerte lenta y segura.

Aunque un cirujano barbero no podía ocuparse de estas curas serias que eran asunto de médicos con latines, de esos que llevan ropilla larga y usan guantes y sortija y no se manchan las manos con sangre enferma, maese Gaspar se atrevía con todo. Por eso acudían enfermos de alta alcurnia, como si fuera médico de cámara en palacio de nobles y mansiones de mercaderes acaudalados.

Bartolomé estaba orgulloso de su padre y se reía cuando reprendía a los enfermos que decían disparates, fruto de la mucha superstición que había en Sevilla. En una ocasión discutió con un rico mercader que padecía podagra por comer en exceso y que decía que solía aliviarse con un baño de agua en la que habían hervido papas de las que llegaban del Nuevo Mundo.

—¡Pues váyase vuesa merced a buscar en las huertas de extramuros a uno de esos santiguadores! ¡O a una aojadora contra males de ojo y báñese con la inmundicia de esos frutos! —le gritó maese Gaspar echándole de su cámara con gran jaleo.

Sin embargo, a su buen desempeño como cirujano, maese Gaspar no añadía el de un buen barbero, que era la otra cara de su oficio. Y a Bartolomé le sorprendía porque rapar barbas le parecía lo más divertido. Por el contrario, su padre decía que eso era un asunto de villanos y de gente chismosa e hija de conversos. Pero por no perder los buenos dineros de esa tarea, que era muy demandada, enseñó a un oficial para que se ocupara de rasurar y recortar pelos mientras él curaba enfermos. Lo malo es que el muchacho antes que barbero serio resultó ser mocito de guitarra. En la puerta de la tienda

rasgueaba guitarrones con gran afición diciendo que era para atraer clientes. A maese Gaspar le espantaban aquellos tañidos, y harto de tanta sonata, gritaba con desesperación desde su cámara:

—¡Voto a Dios, que se calle ya ese desuellacaras y tragabarbas! ¡Y que deje de rasgar la tripa de esa guitarra del diablo con tanta folía y tanta chacona!

Eran muy divertidas las riñas del padre a su oficial. Al niño Bartolomé le encantaba cuando ya era casi de noche y el mocito barbero salía al zaguán para rasguear torpemente la guitarra al ver pasar a las muchachas.

*Asómate a esa vergüenza,
cara de poca ventana,
y dame un jarro de sed,
que vengo muerto de agua.*

A Bartolomé le gustaban esas escenas callejeras, pero también todo lo que le enseñaba su padre, que era asunto de personas doctas y leídas. Así que corría de un lado para otro viendo el trasiego popular del callejón, con sus escenas de vendedores de mercancías, pícaros esportilleros, aguadores y criadillas zalameras que miraban con descaro al mozo guitarrista. Y luego acudía con disimulo a la cámara de su padre para ver cómo lograba sanar a un atormentado enfermo sacándole la ponzoña del cuerpo.

El niño aprendió a identificar el color de la sangre según los humores nocivos.

—El amarillo es de seres coléricos, Bartolomé. Y el verde se descubre en los melancólicos. El rojo es de los sanguíneos y el blanco aparece en los flemáticos —le explicaba su padre.

Bartolomé incluso llegó a reconocer el color más importante de todos. Jamás olvidaría aquel negro con matices como de cobre que vio en la sangre de un pobre anciano al que su padre había sangrado en un intento desesperado por paliar los dolores que le provocaba una gran quebradura en la barriga. Maese Gaspar lo había mantenido en ayunas, pero el viejo vomitaba aquel repugnante líquido negro que dejaba un hedor insoportable en la cámara. Ni las muchas pastillas de

olor que su madre quemaba en los braseros lograron purificar el aire infecto y lleno de miasmas. En cada visita el enfermo llegaba peor. Su vientre no paraba de hincharse. Hasta que un día, mientras maese Gaspar abría con la lanceta una cisura en su vena, el anciano dijo que, aunque se sentía muy cansado, notaba que el dolor desaparecía. Menos su padre, todos creyeron que había sanado porque hasta había bajado el saco de tripas que estaba congestionado por la quebradura.

—Que llamen a los parientes, que este hombre está ya casi muerto —dijo retirando la lanceta porque ya no había nada que hacer.

Y en efecto, aquel viejo murió al poco rato con cara de alivio y ya sin dolores, mientras por la comisura de la boca le resbalaba un hilillo de sangre negra con matices como de cobre. Ni más ni menos que el verdadero, grave y despiadado color de la muerte.

LA TORMENTA

Ya es boca de noche. Murillo abre los ojos cuando la negrura comienza a colarse por los rincones como si una sombra saliera de las cosas. Está a punto de sonar el toque de ánimas. A veces le da miedo por ser ése el momento en el que vagan desconcertadas las almas perdidas: a él le gusta la hora de atardecida, cuando sube a la azotea para ver el sol descendiendo por las lomas del Aljarafe. El Guadalquivir se tiñe de imposibles rojos, naranjas y malvas. Pero no puede cumplir con su rutina de los atardecidos puesto que está postrado en la cama. ¿Cómo habrá sido el color de este crepúsculo que no ha visto? Murillo se da cuenta de que apenas ve nada, porque aún no han subido a encenderle los candiles. Su aposento parece pintado con un color de ala de mosca. Ni siquiera percibe el perfil de las cosas, que parecen envueltas en una bruma, como si en realidad estuvieran a punto de borrarse. Intenta incorporarse pero un intenso dolor en la barriga se lo impide. Había olvidado su vieja quebradura aumentada tras la caída. Entonces ve una figura que al principio le parece sombra. La imagen parece estar encendiendo un candil. La estancia por fin se ilumina aunque muy débilmente.

—No os esforcéis, que debéis guardar reposo si no queréis que se agrande el mal que tenéis —dice maese Sigüenza, su buen amigo que cuida de que la hernia no agrave la salud del maestro Murillo.

—No me digáis ahora que me muero por culpa de un torpe traspiés —contesta Murillo torciendo el gesto porque al levantar el

lienzo de la cama ha visto que el tumor herniario es del tamaño de dos puños, mucho mayor que cuando se desvaneció tras la caída.

—Haced lo que es plazca, pero, si seguís con tal descuido, no lograréis terminar ese cuadro. ¿Es que queréis llegar antes a la tumba y no seguir batallando con los pinceles?

Murillo sonrío porque Sigüenza es amigo de chanzas macabras y gusta de hacer burlas con los males que aquejan a sus pacientes para así aliviar dolores y espantar pesadillas.

—Veo que ya me habéis sangrado y purgado sin que yo haya consentido —añade el maestro al distinguir a su lado una bacía y un orinal lleno de inmundicias.

—Tres sanguijuelas de esas que os gustan tanto os he puesto en la quebradura y ya han levantado los manteles del buen banquete que han tenido con vos —responde jocoso el hernista.

Recordando los saberes de su padre, Murillo intuye que maese Sigüenza ha hecho lo que está dictado con los herniados: dar purgantes para vaciar las tripas y que todo vuelva a su ser, aplicar cataplasmas, hacer sangrías y poner ventosas sobre el saco de vísceras.

—Está bien, podéis hacerme lo que queráis, pero, por Dios, no me pongáis bragueros ni corsés ni ceñidores, como soléis, para refrenar estas tripas huidizas que tengo.

—Pues si queréis incorporaros y caminar por la casa, necesitáis algo que os sostenga y que ayude a que el intestino regrese a su lugar. Ya sabéis lo que os puede ocurrir si se os estrangula y gangrena esa parte.

A la memoria le viene aquel viejo enfermo al que vio morir cuando era un niño en la cámara de su padre. Ya sabe que la Desnarigada camina de puntillas por su aposento, rondándole por culpa de esa caída absurda que ha complicado su antigua quebradura. Hasta el momento había sobrellevado bien la vejez y los achaques, e incluso veía lejana la fosa. Su pasión por la pintura le mantenía con vigor y no lo había vuelto triste y melancólico, que es mal que adelanta la muerte. Murillo, aunque anciano y dolorido por la hernia que sufre desde hace un par de años, ha seguido cumpliendo los encargos que se acumulan en el taller del que muchos consideran el

mejor pintor del reino. ¿Cómo va a dejar de trabajar si aún le queda por concluir el cuadro para los Capuchinos de Cádiz? Recuerda Murillo la pintura inacabada y se le aparece ante los ojos el color azul exacto que había imaginado para los *Desposorios de santa Catalina*. Entonces decide levantarse otra vez de la cama.

—¡Ni lo soñéis! —reacciona con autoridad Sigüenza—. Si no queréis empeorar, debéis guardar reposo. Ya os he dicho que, si seguís así, no lograréis terminar ese maravilloso cuadro.

—Pero es que ya reconozco el azul que buscaba —dice suplicante Murillo—. Tengo que encargarme a mis ayudantes que consigan un albayalde mezclado con verde de cobre del que se pone en el fondo de los árboles...

—¡Mi señor Murillo! —dice Sigüenza cortando con brusquedad el asunto de las pinturas y cambiando las chanzas por un tono de gravedad—. No debéis levantaros porque vuestra vida depende de estos primeros días. Confiad en mí, que yo se lo diré a vuestros oficiales y pronto lo podréis pintar vos mismo.

El maestro Murillo hace caso a su buen amigo, aunque le cuesta gran sacrificio porque le parece estar rodeado por nubes de azul como si la Gloria misma se hubiera plantado delante de su cama.

—Está bien, está bien, os haré caso, pero sólo por ser vos quien sois —responde con resignación.

En ese mismo momento, una luz amarilla se cuele por la ventana del aposento. Al poco, suena un trueno que espanta a Murillo y a Sigüenza y que retumba haciendo temblar los objetos.

—¡Cuerpo de Dios, que ese rayo del infierno parece haber dado a la señora Giganta! —grita muy asustado el maestro recordando lo que solía ocurrir con la Giralda cuando había grandes temporales.

—No temáis, que ningún rayo de Belcebú podrá con nuestra fabulosa veleta. Por algo es de bronce la fe de esta tierra —replica con orgullo maese Sigüenza, que, aunque hombre de ciencia, también es muy beato y lector de libros santos.

Se hace un silencio. Ambos parecen esperar el siguiente relámpago y coinciden en el temor de que la noche entre en aguas. Era éste un miedo muy frecuente en Sevilla, a pesar de ser ciudad de pocas lluvias y campos de secarrales. Por algo el Guadalquivir es río

inquieto que se suele salir de madre cuando llueve varios días seguidos.

De pronto, rompe el silencio la entrada de la mulata Juana, la esclava de Murillo. Juana tiene casi sesenta años y viste con un paño blanco sobre la cabeza, camisa parda, saya y delantal gris. Sirve desde hace años en la casa y aquí ha cumplido con su juventud, madurez y ahora la vejez. Fue Beatriz, la esposa del maestro, la que la trajo en su dote. Sus padres la habían comprado en el mercado de esclavos de Gradass cuando llegó en un cargamento desde la Guinea. Toda su vida había trabajado duramente ganándose el cariño de su amo y el respeto del resto de sirvientes. La mulata había tenido un hijo, Juan, que ahora es sólo una sombra turbia del pasado. En algunas ocasiones el mulato Juan sirvió incluso de modelo a Murillo, pero hacía años que su nombre no se pronunciaba. Parecía que nunca hubiera existido, como ocurría con Rodrigo, el más querido discípulo del maestro. Ambos eran fantasmas que recorrían las estancias, recuerdos incómodos del pasado. Sin embargo, a escondidas del amo, Juana entraba casi todas las noches en el obrador y cogía los bocetos en los que aparecía pintado su hijo. Murillo había retratado a Juan en deliciosas escenas de niños pícaros y hasta en unas bodas de Caná. Su querido Juan, ¿dónde estaría ahora? ¿Seguiría vivo? La esclava acariciaba los dibujos como si pudiera tocar la piel de su hijo y luego volvía a guardarlos en la escribanía del maestro.

Juana llega con un caldo caliente que maese Sigüenza ha ordenado preparar para el enfermo y que ella ha hecho con una de las gallinas más cebadas del corral. La esclava está feliz porque, después del ayuno de dos días tras la terrible caída, el doctor por fin daba permiso para que el amo pudiera comer.

—¡Os dije que el caldo estuviera tibio! No es bueno que entre algo tan caliente en el cuerpo —reprende el hernista a la mulata.

Juana agacha la cabeza avergonzada por no haber cumplido bien con el encargo y más en un momento tan delicado para su amo. Ni siquiera se atreve a mirar al maestro por sí, enfadado por su torpeza, la echa del aposento.

—No os preocupéis, que con el frío que hace se enfriará pronto —dice conciliador Murillo.

Tras dejar el caldo en una mesita junto a la cama, la esclava se retira sin decir nada. Y no ha cerrado aún la puerta cuando vuelve a verse otro relámpago por la ventana e inmediatamente resuena un trueno aún más fuerte que el anterior.

—Si no os molesta, pediré que me adecen un aposento junto al vuestro. Prefiero no salir con semejante temporal. Así os vigilaré toda la noche —dice Sigüenza.

—Bien agradezco esta mala fortuna de mi nueva quebradura si tengo a bien que un buen amigo me haga compañía.

Murillo sonrío porque en verdad agradece que maese Sigüenza lo acompañe en la larga noche que promete ser de dolores y vómitos. Y también porque no soporta el silencio de esta casa solitaria. Qué lejanos están ya los años de ruidos, gritos, risas y llantos de sus hijos. Y cuánto tiempo hacía que no oía la voz de su amada Beatriz, mujer discreta pero cantarina. Beatriz, que hace tantos años que habita un sepulcro en el convento de San Pablo.

Nadie hay ya en esta gran casa de la collación de Santa Cruz, salvo él mismo, un par de criadas, la mulata y dos aprendices que duermen en una vivienda junto al obrador. Murillo recuerda el trajín de sus años de padre de familia y también el de los tiempos mozos en la casa de su infancia junto al compás del convento de San Pablo con sus trece hermanos.

Retumba otro trueno cuando maese Sigüenza acerca el caldo ya tibio a los labios de Murillo y a punto está de derramarlo sobre las sábanas de holanda de la cama del enfermo. El artista se ríe ante la torpeza del médico provocada por el susto. Ahora se encuentra mejor. Apenas le molesta la quebradura y se nota más animado. Quizás la promesa de la plática cómplice con el amigo le ha hecho sentirse reconfortado.

—¿Sabéis que más que caldo de gallina me apetece nieve de aloja? —dice Murillo con sonrisa de pícaro.

—No querréis que se os resfríen vuestras maltrechas tripas...

Ríen ambos ante lo insólito de recordar la bebida de moda en verano mientras arrecia un temporal de noche de enero. Murillo se tapa con la sábana hasta el cuello porque ha notado el escalofrío que

precede a la fiebre. Ese mismo frío de las infancias cuando su madre le arropaba para protegerle de la intemperie de la vida.

LA RIADA DEL GUADALQUIVIR

Aquella noche, María Pérez Murillo apareció en el cuarto con el delantal color pico de perdiz para cubrirlo con una manta. Nada más entrar, un relámpago inundó el aposento en el que Bartolomé dormía con cuatro de sus hermanos. Llovía desde hacía días y había preocupación en toda la ciudad por si el Guadalquivir se salía de su cauce.

En su corta vida, Bartolomé ya había visto grandes temporales pero nunca una de esas riadas que espantaban tanto a sus paisanos. Lo más grave de su breve existencia había sido un temblor de la tierra que duró tres credos y que acabó con muchas casas destruidas y varias personas muertas.

Cuando su madre entró en el cuarto, estaba profundamente dormido soñando con unos delfines que subían por el Guadalquivir hasta llegar al puerto. Era algo extraño, pero ya le había ocurrido en alguna ocasión. De hecho, Bartolomé los había visto el verano anterior y se quedó maravillado con esos hermosos animales. Los delfines habían subido desde el mar de Sanlúcar hasta Sevilla, quizás despistados por las corrientes. El río los engañaba con su barro salobre haciéndoles creer que era un trecho de mar, pues hasta tenía mareas y sus aguas eran dulcisaladas. Y no pasaba sólo con los delfines, también los congrios y los esturiones remontaban el cauce hasta llegar a la altura de Coria para tener allí sus crías en el verano.

La escena de los delfines en el Guadalquivir fascinaba tanto en Sevilla que hasta había inspirado los versos de algunos de los más

ilustres poetas. Los vates dedicaban hermosas odas a los «bufeos de plata» del río Betis asegurando que eran seres mitológicos o de leyenda que sólo aparecían ante los mortales que tenían la dicha de vivir en las ciudades felices y afortunadas.

Decían que los delfines daban buena suerte a quienes los veían.

Los delfines aún pasaban bajo el Puente de Barcas en el sueño del niño cuando su madre lo despertó al arroparlo. En realidad, doña María estaba muy inquieta por la lluvia y no podía dormir. Había estado paseando de un lado a otro de la casa, entrando y saliendo todo el tiempo de las habitaciones de sus hijos por si la tormenta les interrumpía el sueño.

María Pérez Murillo hizo con cuidado el embozo de las sábanas a su hijo más pequeño y le dio un beso. A Bartolomé le tenía un cariño especial porque había nacido sin esperarlo, cuando ella pensaba que ya no sería madre, pues había entrado en la edad madura de cincuenta años. Su esposo Gaspar le decía que no tenía que mimar tanto a ese niño ni darle todas las cosas que se le antojaran, como las mantequillas y las frutas escarchadas que tomaba a todas horas. Y, aunque en muchas ocasiones no tenía más remedio que regañarlo porque manchaba toda la casa, le compraba pinturas y pinceles, ya que parecía tener buena mano para dibujar figuras. A ella, en el fondo, le daba gusto porque aseguraba que le venía de su sangre, ya que descendía de una familia de artistas. Tampoco a don Gaspar Esteban le parecía mal que su hijo pequeño terminara siendo uno de esos pintores a los que encargaban escenas santas para las muchas iglesias y conventos que había en la ciudad. Y pensaba que sería mejor oficio para Bartolomé ese de pintar santos que el suyo de quitar dientes podridos, limpiar apostemas y sangrar humores nocivos.

María Pérez salía ya de la habitación cuando volvió a sonar un trueno ensordecedor, pero sin que antes se hubiera visto un relámpago que lo anunciara. Esta circunstancia tan extraña hizo pensar a María que aquel estruendo no era de tormenta sino que lo había producido la rotura del puente por la crecida del río. Y se aterró tanto pensando que en poco tiempo el Guadalquivir los inundaría que comenzó a correr por toda la casa gritando con desesperación para despertar a sus hijos y ponerlos a salvo en la azotea.

Efectivamente, lo que había parecido un trueno era el sonido que hacían los barcos del puerto chocando entre ellos y contra el Puente de Barcas. El apacible Guadalquivir parecía esa noche un mar furioso. Bartolomé y sus hermanos se levantaron muy asustados. De los otros aposentos salieron el padre, el resto de los niños y los criados. Su querida hermana Ana tenía la cara blanquísima porque ella, por ser de más edad, sí que recordaba otra riada en la que vio morir a muchas almas. María volvió a entrar en la habitación de los niños para abrazar y proteger al pequeño Bartolomé.

Cuando subían a la azotea vieron que de un sumidero que había en el patio ascendía un agua negra de la que corría por las cañerías y atarjeas de la ciudad. Y del brocal del pozo manaba agua sucia como si fuera una fuente. Bartolomé pensó en la muerte atroz de su sanguijuela flotando en esas aguas infectas.

Al llegar a la azotea, quedaron espantados al oír los gritos de la multitud mezclados con los tañidos de las campanas de todas las iglesias de Sevilla tocando a rebato. En el puerto la flota estaba desbaratada. Las aguas embravecidas provocaban que la arboladura de las naves pareciera un confuso bosque de mástiles.

—¡Mirad, en Triana el viento ha arrancado las almenas del castillo de San Jorge! —clamaba doña María al ver a lo lejos el destrozo del castillo que servía como casa de los inquisidores—. ¡Recemos, hijos míos, recemos!

No había terminado de decir eso cuando se oyó un nuevo ruido que no era ni el de la tormenta ni el de los tablazones del puente descomponiéndose.

—¡Que se entra el río! ¡Allí, allí, que se viene el mar! —gritó aterrada señalando la bravura del Guadalquivir saliéndose del cauce.

El Guadalquivir entró con fuerza destrozando las tablas de la Puerta del Arenal en la muralla, que estaba a poca distancia de la casa. La muralla ya no servía de defensa contra enemigos de fuera sino para que no entrara el río cuando había riadas. Y, a pesar de que se habían entablado y calafateado las puertas y sellado los postigos, las aguas penetraron en la ciudad. El caudal encontró entonces un camino para colarse por las calles del barrio, que quedaron

convertidas en cauce y lecho del Betis. El agua chocaba con las paredes y entraba por las ventanas hasta llegar a una vara de altura.

Desde arriba, los Esteban veían el curso del nuevo río, que arrastraba a muchos infelices a los que no les había dado tiempo de subir a tejados o azoteas. Se derrumbaban casas y se oían los gritos estremecedores de los que se ahogaban.

—¡Que se cae la taberna de la Mar! Quiera el cielo que la vieja Micaela haya podido salir —lamentó el padre con mucha pesadumbre porque era aficionado al vino repuntadillo que allí se servía a los marineros que llegaban al puerto tras las largas travesías.

Vieron que de la bodega derruida comenzó a salir un líquido rojo que parecía sangre pero que era el vino recio que se almacenaba en pellejos y tinajas de barro. Maese Gaspar recordó el sabor de aquel vino turbio, que le dejaba en el paladar un recuerdo a yeso y agua de esparto porque la dueña decía que así se conservaba mejor. Alrededor de la taberna el mal vino se mezclaba con el Guadalquivir enfurecido dejando un olor a vinagre salobre, pero también a carne muerta.

Doña María solía recriminarle con sorna a su marido la querencia por esa taberna diciéndole siempre que más le valdría rezar un responso a cada empanada que allí se comía, ya que, según se decía, las alacenas tenían más de camposanto que de despensa, pues la vieja Micaela tenía fama de rellenar sus pasteles con carne de ahorcado que compraba muy barata. Pero ahora se arrepentía doña María de haber criticado a la pobre vieja y rezaba para que no estuviera agonizando bajo las paredes de su taberna.

Por la calle corría gente despavorida que anunciaba que el río había llegado hasta la catedral, entrando por la puerta grande y saliendo por la Puerta del Perdón. Don Gaspar y doña María se santiguaron. En sus muchos años jamás habían sufrido una riada como ésa.

Desde otras azoteas cercanas, los vecinos señalaban advirtiendo de las duras escenas que contemplaban. Abajo, unos muchachos remaban llevando en la barca a un sacerdote con la Sagrada Forma para los moribundos que necesitaban viático. Bartolomé vio un caballo muerto flotando panza arriba por el compás de San Pablo.

Justo en ese momento dejó de llover y poco a poco el río se

volvió más calmo, aunque la ciudad había quedado como un lago de aguas negras. Las campanas seguían repicando y de vez en cuando se oían los gritos y lamentos de los que intentaban salir de las viviendas y de los sótanos anegados. También sonaban las paredes que caían en algunas casas cercanas.

De pronto, la azotea comenzó a temblar y todos se miraron espantados pensando que el agua estaba entrando por el patio y que el edificio se vendría abajo. Bartolomé estaba abrazado a su madre y a su hermana y no veía nada porque le tenían apretada la cabeza contra sus pechos. Tampoco él se atrevía a mirar porque tenía por seguro que esa noche vería morir a toda su familia. Por primera vez pensó también en su propia muerte y sintió un profundo vacío por dentro, un vértigo como si se hubiera asomado a un abismo negrísimo y dejara de sentir el suelo bajo sus pies.

Mientras duraba el temblor, vieron cómo se derrumbaba uno de los muros del convento de San Pablo, que estaba pared con pared con la casa de los Esteban. La tapia derruida era la que daba al claustro y al cementerio parroquial. Entró el río arrasando todo lo que encontraba a su paso, ya fueran imágenes santas o lápidas. Las tumbas quedaron anegadas y, con la fuerza del agua, se abrieron los nichos y salieron flotando los ataúdes. Cuando uno de sus hermanos gritó que abajo se veían muertos, Bartolomé intentó zafarse de los brazos de su madre y de su hermana. El niño nunca olvidaría la escena dantesca de aquellos féretros partidos de los que asomaban calaveras. La danza macabra de huesos flotaba sobre la laguna sucia en que se había convertido la calle Ancha de San Pablo. Un perro que intentaba ponerse a salvo se llevó lo que parecía una pierna pequeña y encogida, como de niño momificado.

Doña María había preferido no mirar los cadáveres que salían del cementerio anegado, así que se asomaba al lado de la azotea que daba al río para ver si había señales de que las aguas bajaban.

—¡Pero si es el cuerpo de la señora Engracia! ¿Qué será el infierno, Dios mío, si ya hemos visto esto? —gritó doña María corriendo a los brazos de su marido porque era ella la que ahora necesitaba amparo y protección como si fuera una niña aterrada por una pesadilla.

Bartolomé acudió curioso al lado de la azotea desde el que se veía el cuerpo flotando de doña Engracia, una vecina que no hacía ni un mes que había muerto y que habían enterrado en el cementerio del convento de San Pablo. El niño no podía apartar la mirada del cadáver. Llevaba la misma saya y la toca parda con la que la habían sepultado y que a él le pareció como de una santa. El cuerpo flotaba sobre una tabla del ataúd y siguió la corriente hasta doblar una esquina. La rodeaban unas flores marchitas que seguramente habían sido colocadas dentro del féretro. Bartolomé se dio cuenta de que, a pesar de lo macabro de la escena, había en ella algo hermoso, de cuento sagrado, de milagro de santidad.

—Señora, mire que el agua sucia se ha colado en la cocina y anda desordenando las cosas —advirtió a doña María una de las criadas señalando la escena que ahora se desarrollaba en su propio patio.

En el centro, junto al pozo cuyas paredes se habían vuelto completamente negras, flotaban cántaros, vasijas, platos y cucharones. Después de los horrores contemplados en esa noche, casi daba risa semejante danza de objetos. Se veían las alcuzas de aceite bocabajo, las jícaras de servir chocolate y las lozas de blanco de Triana que su madre guardaba para las grandes ocasiones. Bartolomé sonreía viendo las manzanas que se habían salido de un capacho de mimbre y que iban flotando unas detrás de otras como en un ordenado cortejo. Al niño le entraron ganas de dibujarlas porque, a pesar de todo aquel horror, le parecieron muy hermosas. En un rincón del patio surgió flotando detrás del desfile de manzanas un brazo negro como acartonado que a Bartolomé le pareció un barco a la deriva.

—¡Cuerpo de Cristo! ¿No será la reliquia de san Eutiquio, que también se ha salido del convento? —dijo asustada doña María.

Y un hedor a manzanas podridas, huesos de santos, vino amargo y río furioso ascendió por el patio hasta la azotea donde Bartolomé aprendía cuánta oscuridad, sombra, tiniebla y vida se puede esconder dentro de las cosas.

EL SUEÑO DE LAS INDIAS

Los delfines nadaban a una velocidad imposible, como sólo lo podrían hacer dentro de un sueño. Eran de un color entre pardo y plateado, con ribetes negros y blancos. Se sumergían en el fondo del río, que estaba lleno de barcos varados muy antiguos, como de tiempos anteriores a la conquista. Nadaban veloces colándose entre el costillaje de las naves hundidas, pero luego quedaban atrapados en unas redes que lanzaban pescadores invisibles. Y morían.

Un trueno despierta al maestro Murillo. Fuera sigue lloviendo. Junto a su cama, en el sillón de la escribanía, maese Sigüenza duerme en una postura incómoda. Murillo lamenta que no haya seguido su consejo de acomodarse en el aposento de al lado, que cuenta con un buen lecho. Recuerda entonces que se había desmayado cuando su amigo le practicó otra sangría. Quizás por eso Sigüenza ha decidido vigilarle con atención toda la noche sin salir de la alcoba del enfermo.

Murillo ve que en la mesita junto a su cama aún permanece el cuenco con el caldo de gallina que le sirvió la pobre Juana y que él apenas probó. Ahora se siente mejor, con más fuerza, incluso con apetito, así que decide levantarse y dar un paseo por la habitación aprovechando que su amigo está dormido. Aparta la sábana y comprueba que, mientras estuvo desvanecido, maese Sigüenza le ha colocado un braguero de lienzo y vendas para sujetarle las tripas. Se ríe de la picaresca del médico para desoír sus súplicas, porque de ningún modo quería ponerse la ridícula faja. Sin embargo, ahora se alegra. El ceñidor le da seguridad porque no tiene la sensación de que

se le derraman las vísceras, aunque se da cuenta de que no ha conseguido que el intestino vuelva a su sitio. El peligro de la gangrenación sigue siendo una grave amenaza.

Ha vuelto a soñar con los delfines que nadaban por el Guadalquivir. Ese mismo sueño que ha tenido tantas noches de su vida. Aunque se decía que los delfines daban suerte a quien los veía, a él sólo se le aparecían cuando algo se torcía en su vida. Por eso tenía pánico cuando en la pesadilla los delfines quedaban enredados en el fondo del río, junto a los barcos que a lo largo de siglos se habían hundido en el Guadalquivir.

Llegaron desventuras desde que una tarde de verano, cuando era niño, vio unos delfines y luego los soñó. Ese sueño con los bufeos hermosísimos que describían los poetas y cuya danza en el Guadalquivir quedó interrumpida cuando su madre lo despertó aquella noche de lluvia. ¿Por qué vuelve ahora a soñar con delfines? Esos mismos delfines que aparecieron de nuevo en otro sueño viscoso pocos días antes de que su padre Gaspar muriera de repente. Una pesadilla que se repitió la víspera de la muerte de su madre, pocos meses después, con los mismos delfines enredados en el fondo del río. Delfines que juegan en el sueño del niño que se queda solo con sus hermanos en la casa junto al convento de San Pablo.

En esta noche de muchos años después, el maestro Bartolomé Esteban Murillo siente el mismo dolor y el vacío de aquellos días en los que se despertaba gritando en medio de la noche y su hermana mayor corría a abrazarlo y a espantarle los fantasmas. El niño le contaba a Ana que había visto cómo en su sueño unos delfines se quedaban atrapados y de unos barcos hundidos salían flotando los ataúdes de sus padres, como aquellos que había visto el día de la riada del Guadalquivir. Bartolomé se atropellaba con las palabras y el llanto porque decía que los féretros crujían por dentro. Y le explicaba a su aterrorizada hermana que era porque se estaban pudriendo, que él lo había escuchado cuando visitaba la cripta vieja del convento de San Pablo.

Y así se quedaban los dos hermanos llorando y abrazados pensando qué estaría ocurriendo en ese mismo momento con los

cuerpos de sus padres, tan a oscuras y en medio de la nada, flotando en sus ataúdes en la pesadilla de Bartolomé.

Entonces el niño se secaba los mocos y las lágrimas y se daba cuenta de que era él quien tenía que consolar a su hermana, que lloraba con la mirada perdida. Así que le decía que también había visto en la misma iglesia unos cuadros muy hermosos que contaban lo que les pasaba a los que habían sido buenos cuando morían. Y describía, como si estuviera dibujándolo, un trozo de cielo lleno de nubes y de carne de ángeles sonrosados.

—Hasta que por fin pude pintarlos... —dice de pronto Murillo sin darse cuenta de que ha hablado en voz alta mezclando recuerdos, sueños y terrores muy antiguos.

Mira en la alcoba por si con sus palabras hubiera despertado a maese Sigüenza, pero éste no ha advertido nada y sólo chasquea la lengua mientras cambia de postura. El médico echa la cabeza hacia el otro lado y hace un sonido gutural que pronto se convertirá en ronquido.

Murillo se levanta del lecho y camina con mucho cuidado. Siente que en este tiempo —¿cuánto lleva postrado en cama?, ¿un día o dos?, ¿quizás tres?— se le han adelgazado las piernas como si el músculo hubiera desaparecido y sólo tuviera ya huesos y pellejos.

—Como si fuera mi *San Pedro en lágrimas*... —dice otra vez hablando para sí mientras recuerda al enflaquecido santo que pintó hace muchos años y que ahora tanto se parece a él mismo.

Con gran esfuerzo llega hasta la ventana, pero no la abre para que no entre el frío en la estancia que Juana ha mantenido caldeada con un braserillo en el que arden alhucemas y pastillas de olor. Y bien sabe el enfermo que lo hace para disimular sus vómitos y orines. Descorre la cortina y mira a través del cristal. Todo es negrura en la ciudad. Sólo un candil de ánimas alumbra una imagen de la Virgen en una esquina. Nadie camina por la calle a esas horas, aunque le parece oír ruidos en la noche. Siente que desde que está convaleciente se le ha desarrollado el oído de forma tal que hasta puede escucharse por dentro. O tal vez la enfermedad le hace tener extraños delirios. Cree percibir susurros tras las paredes y un sonido como de insectos devorando algo en la oscuridad.

El esfuerzo de levantarse y caminar hasta la ventana lo ha cansado, así que decide regresar a la cama. Las sábanas lo reciben frías, pero él lo agradece porque la tiritera le mantendrá despierto un rato. Tiene ganas de pensar y de recordar. Esta postración le ha hecho detenerse a meditar sobre lo que ha sido su vida y por esa razón lo asaltan escenas del pasado y hasta sueños que creía olvidados.

Otra vez regresa la imagen de los delfines enredados en el fondo del río y la de él relatando a Ana que algún día pintaría a sus padres ascendiendo hasta los cielos como había visto en los cuadros de santos de la iglesia. Su pobre hermana, a la que tanto disgustó con sus ideas de aventurero en busca de la gloria en las tierras del Nuevo Mundo. Ante Murillo se aparece ahora su rostro, que él pintó como una santa Ana. Fue un sincero homenaje a quien, por la mala fortuna de perder tan pronto a sus padres, él consideraba su verdadera madre. Murillo se da cuenta de que ya ha pintado a muchos muertos. Los seres que amó y que ahora lo miran desde sus cuadros. Ése es el gran retrato de su familia.

Su querida Ana tuvo que hacerse cargo de él y de sus otros hermanos. Ya había contraído matrimonio con Juan Agustín, que pasó a ocuparse de la tienda de su padre Gaspar porque también era cirujano barbero. Bartolomé había considerado a ambos como sus segundos padres. Así, doña María y don Gaspar fueron alejándose de sus recuerdos hasta convertirse casi en unos abuelos que habían muerto cuando él era muy pequeño. Murillo evoca ahora a sus padres, ocultos en algunos de sus lienzos. Es su secreto retrato de familia, cuyos miembros sólo él reconoce dispersos en su obra, colgando en conventos, iglesias y palacios de la ciudad.

Murillo recuerda el disgusto que le dio a Ana cuando con sólo quince años le anunció su deseo de embarcarse a las Indias. Aseguraba que allí gozaría de éxito porque tenía maestría en pintar caras de santas y padecimientos de ermitaños.

—En las nuevas tierras hay gran demanda de devociones, Bartolomé. Tendrás fama con esa carne de ángeles que pintas —le había aconsejado su maestro, que elogiaba especialmente el color extraño, sobrenatural y hermoso que daba a las pieles sagradas—.

¡Márchate al Nuevo Mundo! Allí está la gloria, el éxito y los buenos dineros.

Él sabía que sus compañeros aprendices en el taller le tenían envidia porque siempre recibía parabienes del maestro Juan del Castillo. Además era el que más láminas vendía cuando todos los discípulos se iban al mercado de la Feria a probar suerte con sus obras entre los comerciantes de pan, vino y aceite de los olivares del Aljarafe. Tanto éxito tuvo el joven Murillo con sus cuadritos de santos que ahorró lo suficiente para poder viajar y establecerse en alguna de esas nuevas ciudades coloniales.

Y ahora, en su soledad de moribundo, no puede evitar dar una carcajada al recordar la ingenuidad de su sueño juvenil. Tan sumergido está en sus historias del pasado que olvida que no está solo en el aposento.

—Veo que os encontráis mejor. ¿O es que habéis soñado con algo dichoso? —dice maese Sigüenza aún casi dormido pero feliz al ver al maestro de tan buen humor.

—Me desvelé con una pesadilla, pero ahora no sé por qué he recordado algo digno de risa —contesta animado porque en el fondo deseaba que su amigo despertara para hacerle compañía en esta noche extraña.

—Pues contadlo si os place, que tengo ganas de reír con vos.

—No sé si alguna vez os relaté mi frustrada aventura americana...

—¿Vos quisisteis embarcar a las Indias? —se sorprende maese Sigüenza—. Referidme el suceso, que nada sabía de ese episodio de vuestra vida.

Y al rescatar sus recuerdos de las Indias lo primero que le aparece en la memoria es un recuerdo infantil, el de la Virgen de Ultramar, una talla de madera de Nuestra Señora que había servido como mascarón de proa de una galera. La imagen estaba en la casa de su padre. Se encontraba al final de un pasillo y se la había regalado a don Gaspar Esteban un indiano al que había curado después de regresar muy enfermo de una travesía. Aquella Virgen estaba esculpida muy toscamente, pero su madre le tenía mucha veneración. Tenía pintadas sobre el rostro de madera unas pupilas negrísimas que hacían que Bartolomé sintiera mucho miedo cuando la veía. La

imagen sagrada parecía esperarle al final del corredor con esos grandes ojos negros a los que se habían encomendado tantos marineros. Sin embargo, poco a poco el niño fue perdiéndole miedo hasta que un día se sentó junto a ella e imaginó los horizontes, las tormentas y las lejanas tierras que habían visto esas pupilas. Se convirtió en su confidente y fue la primera vez que soñó con las Indias.

Más tarde, viajar al Nuevo Mundo fue una obsesión. Todos los días subía a la azotea desde la que oteaba el cercano puerto. Desde allí apreciaba las fabulosas arboladuras de las flotas, veía pasar los carros con los fardos de oro y plata de las Indias y los cargamentos de especias extrañas y exóticas, que dejaban a su paso un olor espeso y dulzón en la calle.

En esa atalaya el niño y luego el joven Bartolomé contemplaba la flota de Indias hechizado por la salva de cañones, el tañido de las campanas y la música de atambores y chirimías, ruidosa sinfonía con la que se anunciaba la entrada en el puerto de los tesoros del Nuevo Mundo. La partida y la arribada de la flota eran la gran fiesta de Sevilla.

Aquel panorama fue el gran divertimento de un Bartolomé adolescente que curioseaba también el animado ambiente del puerto con sus fiestas y pependencias. El jolgorio no cesaba ni siquiera por las noches, aunque cuando llegaba lo oscuro el lugar se tornaba peligroso porque acechaban ladrones, borrachos de mal vino y prostitutas callejeras. Las luces y sombras de su siglo, los paraísos e infiernos que se criaban en la misma ciudad.

Una vez admiró el cargamento más fabuloso jamás visto. No era ni de oro ni de plata ni de frutos sorprendentes, sino de animales que parecían inventados. Había llegado un barco con extrañísimos lagartos de colores con cresta, pájaros que permanecían suspendidos en un punto fijo y se asemejaban a insectos que libaran flores, y una especie de rata gigantesca con armadura como un caballero andante. Al curioso cortejo siguieron otras fieras tan extravagantes que parecía que se hubieran mezclado en extraña natura los animales del viejo mundo. Emocionado, Bartolomé bajó corriendo a la calle para intentar dibujarlos, pero estaba tan nervioso ante aquella confusión

de caballos con vacas, de águilas con conejos y de serpientes con gallinas que no le dio tiempo ni siquiera de abocetarlos. Sólo le quedó la memoria borrosa de un bestiario absurdo.

Vivir en aquella casa con una azotea cercana al puerto fue un regalo para un joven de quince años que podía asomarse a un mundo fabuloso y desconocido. Su sueño de viajar a las Indias se había nutrido con lo que le provocaban esas escenas. ¿Cómo no imaginarse viajando hasta aquellas tierras?

—Había conseguido el permiso de la Casa de Contratación para partir a las Indias, pero al final decidí que no me marcharía —cuenta Murillo sorprendido al ver cuánto interesa su relato a maese Sigüenza.

—¿Y por qué no? Vuesa merced habría tenido mucho éxito pintando cuadros para esas nuevas iglesias y catedrales de las Indias y creando nuevas devociones entre los indígenas recién convertidos.

—¿Pensáis que aquí no he tenido fortuna y que no he movido a devoción a los cristianos viejos? —pregunta algo susceptible Murillo—. Además, yo no viajé, pero sí mis lienzos. Ya sabéis que de mi obrador han salido durante estos años muchas obras para ser veneradas en esas iglesias americanas.

—Disculpadme, tenéis razón. Quizás allí habríais sido un pintor célebre, pero en un mundo sin criterio artístico. Vos habéis sido el más grande pintor de la más importante ciudad de estos reinos.

—No, no, desengañaos, querido amigo Sigüenza —añade con una nube de pesadumbre en los ojos—. Esta ciudad no es más que la sombra de lo que fue.

A Murillo le duele pensar que Sevilla ya no es la gran capital económica del imperio. Las inundaciones, la epidemia de peste, las hambrunas y el deterioro del cauce del Guadalquivir habían hecho que el comercio fuera trasladándose hacia la boyante Cádiz. El siglo había sido de grandes desgracias y ya no llegaban los barcos de Indias como antes porque las mareas del río habían provocado que se acumulara demasiado barro en el lecho. Esto impedía que navegaran las naves de gran tonelaje, que eran las que cargaban el oro y la plata. No había espectáculo más desordenado y lamentable que ver cómo quedaban varadas por la escasa profundidad. Además, se habían

producido muchos naufragios en la peligrosa barra de Sanlúcar y en otros lugares como el Naranjal, San Juan de Aznalfarache, los pilones de Albayle o Salmedina. El Guadalquivir ya no era el gran río de riquezas del siglo anterior.

—¿Y qué os hizo cambiar de idea y no viajar a América? —insiste Sigüenza para que Murillo no pierda el hilo de su relato con las melancolías del presente.

—No partí por causa de mi querida hermana. No era justo que la dejara sola. Ella me cuidó cuando yo más la necesitaba. Ya sabéis que ella fue una madre para mí. ¿Se merecía tal desdén por mi parte? — responde Murillo, que, aunque triste, esboza la débil sonrisa que siempre le asoma cuando recuerda a Ana.

Murillo ha olvidado que ahora mismo habla con Sigüenza. En realidad, le parece tener enfrente a su hermana. Ella está posando para uno de sus cuadros. Es el lienzo que realizó sólo unas semanas antes de su muerte. La está pintando como a santa Ana, pero parece inquieta. Ya no resiste más y le dice que tiene que dejar de ser santa Ana y que debe abandonar el obrador porque de la cocina le llega el olor quemado de las berenjenas que ha dejado cocinándose.

—Además —dice Murillo relamiéndose con nostalgia y despertando de la escena del pasado—, inadie como ella hacía la cazuela con berenjenas!

Sigüenza, que se ha preocupado por ver cómo el maestro perdía el hilo de la conversación y se quedaba abstraído en silencio, sonrío ahora viendo la cara de glotonería infantil que acaba de poner su amigo.

—Entonces, ¿tenéis apetito o sólo es añoranza? —le dice bromista.

—Ay, mi querido Sigüenza —se lamenta con resignación Murillo —, me parece que ya no probaré jamás berenjenas como aquéllas... Ni está su divina cocinera ni tampoco mis tripas soportarían tal banquete.

Rien ambos sin poder disimular cierta amargura porque es probable que el maestro esté condenado a sufrir ayunos y abstinencias lo que le reste de vida. Murillo siente un gran cansancio y, casi sin darse cuenta, se queda otra vez dormido. Sigüenza lo

observa intranquilo porque no le gusta el color que tiene la piel del enfermo. Pensaba que con las sangrías y los purgantes conseguiría que las tripas volvieran a su cavidad, pero por el momento no lo ha conseguido. Los días siguientes serán cruciales. El maestro Murillo camina entre la vida y la muerte, aunque ahora por fin sueña plácidamente. Los malos sueños en los que contemplaba un oscuro río lleno de delfines muertos se transforman en una escena en la que se come con deleite una cazuela entera de berenjenas cocinadas por la mismísima santa Ana.

UN BODEGÓN EN LAS ORILLAS

¿Era río o era mar? El joven Bartolomé no parecía muy habilidoso con la barca y temía que la muchacha y él zozobrarán en ese Guadalquivir traicionero. Por un momento pensó que hasta tendría que evitar olas. ¿Y cómo podía ocurrir esto si era un cauce navegable de tranquilas y amables aguas? Bien sabía él que eso no era del todo cierto puesto que el río Betis se volvía furioso en los tiempos de arriadas. Y a veces se trocaba en océano de naufragios en el que morían los hombres y las bestias. Pero ¿y ahora? ¿A qué venía esta rabia de mar rencoroso? ¿No era una tarde apacible que se prometía tranquila junto a una hermosa doncella?

—¡Guarde el cielo, señor Bartolomé, que, si no emparejáis los remos, volcaremos! —dijo la dama al ver cómo se movía la barquilla y le salpicaba agua en la saya del brial.

Bartolomé guardó silencio. No sabía qué decir ni cómo justificar semejante desaguisado. Llevaba un rato viendo a lo lejos el pueblo de San Juan de Aznalfarache sin poder avanzar, casi dando vueltas en el mismo sitio porque movía los remos sin ritmo y a destiempo. ¿Cómo era posible que aquellas manos de las que salían los santos más venerados mostraran tal torpeza?

—No os apuréis. Algún día llegaremos... —dijo la muchacha finalmente resignada, mientras se distraía contemplando el hermoso paisaje de las riberas.

Beatriz de Cabrera se llamaba y era una dama de hermosura discreta. Con facciones muy naturales y equilibradas, de cabello negro

y tez blanca. Una joven como había miles en Sevilla, pensaba Bartolomé. Una doncella que tal vez no inspiraría grandes odas y que tampoco sería musa para sus lienzos. O quizás sí. El joven pintor sabía que lo más difícil era pintar lo sencillo, lo que aparecía ante los ojos sin artificio ni sofisticación. Como el rostro de esta muchacha de rasgos en apariencia tan normales, repetidos en tantas otras y, sin embargo, difíciles de captar porque nada había que destacara y dominara.

Los jóvenes paseaban por el Guadalquivir camino de San Juan de Aznalfarache en una barquita con toldos blancos y sombreada con ramas de esas que llevaban a los enamorados al atardecer. Esos paseos no estaban bien vistos por las beatonas, por eso iban acompañados de una sirvienta de la casa de Beatriz.

—¡A fe mía que ahora parece que avanza esta barca del demonio! —exclamó Bartolomé al ver que por fin dejaba atrás la orilla de los acebuches.

—No os enojéis, que me place este paseo. Además, vamos tan lentos que es posible admirar todo el detalle de los mirtos, lentiscos y chopos de esas riberas —advirtió la muchacha muy complacida.

Bartolomé respiró con alivio. Por fin había conseguido dominar los remos. Sólo debía llevar el ritmo con la respiración en un movimiento regular. Incluso pudo contemplar la ribera de mirtos que señalaba Beatriz, que en verdad era admirable. En la otra orilla se sucedían huertos y vergeles llenos de plantíos con tomates de América, melones, melocotones, damascos y membrillos.

—¡Maravilloso espectáculo! —exclamó Bartolomé—. Es un bodegón digno de immortalizarse en un lienzo.

—Parece que estos hermosos paisajes están rogando que los pinte un maestro como vos, maese Murillo —dijo Beatriz con una sonrisa cómplice en los labios dándole al joven artista un tratamiento que no había manifestado hasta el momento.

Por esa sonrisa Bartolomé llevaba meses haciendo mil disparates. La muchacha había nacido en el cercano pueblo de Pilas y era de una familia de plateros muy conocida de los Esteban, ya que vivían en la misma collación de San Pablo. Él la había lisonjeado y paseó su calle, pero ella parecía no mostrar ánimo en la conquista.

Finalmente había accedido a dar un paseo por el río y eso le pareció al joven un signo venturoso y afortunado.

Había mucha animación en las riberas, pero luego pasaron por una zona en la que no se veía a nadie y donde reinaba un silencio como el que sólo existe en los camposantos. Vio Bartolomé que pasaban a la altura del cementerio de anclas y quedó fascinado por los colores de la herrumbre que se reflejaba en el río. Aunque enseguida pasó de la fascinación a la inquietud pues de todos era bien sabido que era ése lugar escogido por muchos suicidas. Los desdichados eran conscientes de que ahí estaban a salvo de indiscretas miradas y que la corriente llevaría sus cuerpos aguas abajo, donde siempre había algún alma caritativa que los rescataba para que descansaran bajo tierra. Y si bien nunca en sagrado, sí al menos en los apartados corralitos de los cementerios.

Pero lo que de verdad turbó el ánimo del joven pintor fue recordar que en esa zona del río también había cuerpos lastrados, víctimas a las que los matadores a sueldo ahogaban atándoles anclas abandonadas en los pies. Bartolomé se estremeció al pensar que en ese momento la barquilla pasaba justo por encima de esos difuntos atrapados en el lecho del Guadalquivir convertido en tumba anónima. Volvió a su memoria aquella lejana pesadilla de los delfines que agonizaban enredados en el fondo del río en una estampa semejante a la de esos ahogados.

Bartolomé se dio cuenta entonces de que Beatriz cambiaba el rostro y creyó que sería por la lógica aprensión que provocaba ese sitio con fama de ser escenario propicio para la aparición de espectros.

—No temed nada, que las cosas que se dicen sobre este lugar son sólo cuentos de viejas —dijo para intentar calmarla.

Sin embargo, la incomodidad de Beatriz no se debía al miedo que le provocaba aquel lugar siniestro sino a que entre los juncos y mimbrales había visto a un joven con una muchacha en postura muy atrevida. Porque el cementerio de anclas no sólo era escenario de suicidas y sitio de justicias y crímenes de ajustadores de cuentas. Por estar tan desamparado, también servía a las parejas para encuentros furtivos y lances amorosos. Por eso, a pesar de sentirse protegida por

la presencia de su criada, una agitación interior le hizo incomodarse con este atrevido galanteador que la había llevado a un paraje indecente con falsas artimañas.

—Por favor, os pido que regresemos. Estoy cansada —advirtió con un gesto desdeñoso.

Bartolomé no sabía qué hacer y decidió dar la vuelta antes de llegar a la curva que el río hacía en San Juan de Aznalfarache. Pero entonces comenzó otra vez a dar vueltas con la barca sin poder enderezar el rumbo. Sudaba y no quería cruzar la mirada con Beatriz por vergüenza, ya que era incapaz de devolverla al puerto. La excursión había sido un desastre. Definitivamente esa muchacha se aburría con él y, desde luego, no accedería a casarse, tal y como él pretendía. Pensó que ella era de buena sangre, con más caudales, y que no querría matrimoniarse con un pintorzuelo de santos porque viviría con estrechuras.

Por fin consiguió hacerse con el rumbo y orientó la barca hacia Sevilla. En una de las riberas, donde había varias casuchas de campesinos, se oían guitarras y coplillas. Beatriz estaba en silencio. Temiendo encontrarse otra escena de mala estampa, miró con disimulo a la orilla y pudo ver que la fiesta la hacían unos hortelanos celebrando la buena cosecha con vino y música. A Beatriz le entraron ganas de desembarcar y danzar y cantar con los campesinos. Le gustaban esos bailes populares y no era mala bailando chaconas, pero prefirió no demostrar al joven su arrojo, ya que él no parecía muy dado a fiestas, risas y galanuras.

Pero la apacible escena de la orilla se tornó lance del infierno, pues los que bailaban y cantaban comenzaron a pegarse con unos barqueros que habían atracado donde se celebraba la fiesta, haciendo un alto en el camino mientras traían de Córdoba trigo y harina para abastecer las naves que partían de Sevilla. Eran muy populares las peleas que tenían con los que vivían en las orillas del Guadalquivir, como los labradores, molineros y pescadores, ya que consideraban que estorbaban la navegación de sus barquichuelas con las redes y las azudas con las que sacaban el agua para regar los campos.

Muy asustada por la posibilidad de que alguno de los que caían al agua pudiera intentar subirse a la frágil embarcación, Beatriz miró a

Bartolomé, que, muy nervioso, intentaba enderezar el rumbo de la barca y de su destino con esa muchacha. Pronto dejaron atrás la contienda de las riberas y alcanzaron un bosquecillo de naranjos y limoneros. Por fin parecía que habían llegado a un lugar en verdad apacible.

—Aquí el río huele como vos, a azahares —dijo el joven sorprendido de su atrevimiento—. ¿Me daríais la gracia de pintaros, Beatriz?

La muchacha siguió en silencio. Miraba a su sirvienta porque, desde luego, era muy atrevido lo que le había propuesto el pintorcillo, pero le hizo gracia. Es más, lejos de asustarla, la mirada del joven y su comentario le provocaron un temblor tibio por dentro.

—¿Me pondréis en el rostro de una santa? —respondió con una desconocida sonrisa, sensual y picaruela.

El joven pintor descubrió que Beatriz de Cabrera parecía otra persona. Ahora hallaba detalles en su rostro que no había percibido antes. En cierto modo, reconocía que con la pincelada de su osadía había corregido un mal boceto. Y, desde luego, sabía que jamás volvería a oler un azahar de la misma forma. Es más, comenzó a fabular con que aspiraba ese delicioso aroma mientras besaba a Beatriz en el cuello blanquísimo y bajaba hasta los pechos y luego se iba acercando al ombligo, perdido en un sensual paisaje de azahares.

Ése sí que era el bodegón que le hubiera gustado pintar.

LA JÍCARA DE PLATA

La muchacha que siempre olerá a azahar bebía el chocolate de la tarde en una jícara de plata. Una hermosa jícara comprada con los dineros que Murillo había ganado por su trabajo en los cuadros del claustro chico de San Francisco. En la ciudad habían gustado tanto las estampas dedicadas a vidas de santos franciscanos que el artista ya había conseguido otros grandes encargos.

Beatriz de Cabrera estaba sentada en su silla de estrado, entre almohadones forrados de seda, disfrutando con el olor de azahares del limonero que Murillo había mandado plantar en el patio. Quería que todo oliera como la señora de la casa. También crecía un hermoso árbol de la falsa pimienta que agitaba sus hojas y dejaba en el aire un aroma picante, resinoso y exótico que se colaba por los aposentos de la casa. Aunque el olor que más le gustaba a Beatriz era el del dondiego de noche, que al caer la tarde impregnaba todo el patio. Le gustaba su nueva casa de morada, la residencia de la esposa de uno de los artistas más prometedores de Sevilla. Una dama que usaba jubones de terciopelo, brocados y hermosas ajorcas. Una señora muy estimada que tenía sus aposentos con cama doselada, guarnecida con cortinajes de tafetán y decorados con sillas, escritorios y bufetes de maderas de olor traídos de las Indias. Y de lo que estaba más orgullosa era del biombo del Japón que vino en el Galeón de Manila, porque las mercaderías de tierras lejanas sólo se veían en las casas más principales.

Saboreaba Beatriz el chocolate y se embelesaba con el aroma de azahar, cuando un grito perturbó su reposo:

—¡Voto a tal!

Beatriz miró desde la sala y vio cómo su marido entraba y salía del obrador vociferando muy nervioso, reprendiendo con dureza a sus ayudantes porque había que concluir varias pinturas.

—Pero ¿cómo se os ocurre mezclar ese ocre con blanco? ¿Acaso no veis que así restáis valor a la estampa? ¿Y dónde habéis guardado los lienzos nuevos...?

El gran obrador parecía un campo de Agramante con tanta confusión y ruido. Andaba todo revuelto porque los Murillo acababan de mudarse a esa casa junto a la parroquia de San Isidoro, en la calle Corral del Rey. La morada que fue de la familia de Murillo junto al convento de San Pablo se había quedado pequeña para el joven pintor, que no dejaba de recibir encargos. Decían que en Sevilla nadie pintaba como él la carne sagrada de los ángeles. Esa piel de matices sonrosados que el artista había copiado de sus hijos cuando fueron alumbrados.

María, la hija primera, nació blanca de albayalde, pero nada más tomarla Murillo en sus brazos, la niña empezó a sonreír y las mejillas se volvieron del color del coral o como esas nubes rosimalvas que tenían ciertas tardes de octubre. El siguiente fue José Felipe, que era como un ángel más tostado, uno de esos que su padre pintaba saliendo de las nubes de gloria y a los que les había dado el sol místico en demasía. Un querubín de pelo ensortijado y rubio que pronto tomó afición por las roscas mojadas en leche, razón por la que tenía pliegues de carnezuela en muslos y brazos. Murillo tenía pasión por pintar del natural a sus hijos y a ellos les gustaba verse en los cuadros de su padre porque les parecía cosa de encantamiento. Isabel Francisca, la hija nacida hacía apenas un año, ya se había descubierto en el último lienzo de su padre. Sabía que ella era el Niño Jesús que llevaban la Virgen y San José cuando huían a Egipto, así que se acercaba al cuadro y se señalaba riendo porque se veía como en el espejo que su madre tenía en la alcoba.

Beatriz apuró el chocolate de la jícara y sonrió recordando cómo gustaba a sus hijos esa bebida que en la casa de los Murillo, por ser

todos muy golosos, no servían puro sino mezclado con el toque dulce de la vainilla. Y, aunque con sus alborotos de niños la importunaban, pensó que también debería encargarse de jícara de plata para sus hijos y que así le hicieran compañía en la sala del estrado mientras entraba el aroma de los azahares y la pimienta, y al irse las luces del día, el de los fragantes dondiegos.

Beatriz de Cabrera se miró en el reflejo de la jícara de plata y se vio hermosa. Estaba feliz porque su marido la había pintado en el rostro de una de las santas que acuden a la alcoba donde muere santa Clara. Aunque de pronto recordó algo que le turbó la alegría: la *Magdalena penitente* que andaba pintando estos días su esposo.

—Ese rostro, ¿no es demasiado hermoso, marido? —le había dicho ella la noche anterior sin poder ocultar su malestar.

Beatriz lamentaba haber caído en el pecado de recelar de una santa, pero sospechaba de la mujer que se escondía en esa *Magdalena penitente*. Su marido la había pintado arrepentida y mostrando los hombros desnudos porque se desprendía de sus ropas de vanidad. Y Beatriz no podía soportar que pintara a la santa tan impúdica y hermosa, aunque fuera una forma de contar la sagrada historia. Pero, sobre todo, lo que la devoraba de celos por dentro era que esa mujer existiera, que hubiera posado y que Murillo contemplara largo tiempo el color de su hermosa piel hasta hallar el pigmento adecuado.

No, no era sólo carne de ángeles lo que pintaba Murillo en su obrador de santos.

MAGDALENA ARREPENTIDA

La vio por primera vez cuando salía del sermón de las arrepentidas y descubrió en ella el color del pelo que buscaba para la Magdalena. Al principio creyó que era una doncella porque vestía con decencia, con un discreto traje de brocado de color de bronce, y estaba acompañada por una mujer de más edad que parecía una dueña por la toca que llevaba. Pero todo era un trampantojo, un hermoso bodegón de flores con afeites, disimulos y disfraces para engañar a los incautos. La muchacha era una mundaria de las que acuden arrepentidas sólo los domingos y fiestas de guardar al sermón que se les daba en la iglesia del convento de San Francisco. Y la que él creía que era su dueña era otra dama entregada al amor venal que cuidaba de la casa pública en la que ejercía la joven.

Ese día era el del sermón de la conversión de María Magdalena, así que Murillo pensó que la joven estaba destinada a ser pintada por él para inspirar el retrato de la santa. No dudó en seguirla, aunque lo hizo con mucho disimulo por que no vieran que el joven pintor del claustro chico de San Francisco, que tanta fama había adquirido en la ciudad, iba detrás de coimas y tusonas del torpe oficio.

Murillo se admiraba del color del cabello de la muchacha e intentaba memorizarlo para poder reproducirlo en su taller. Ya pensaba en el negro de humo que mezclaría con bermellón y pardo con toques de azul para dar ese curioso brillo que el sol matizaba con reflejos como de espejo en algunas partes de su cabeza. ¿Cómo podría recordar ese color? También admiraba mucho el tono de la piel y la

gracia y donaire que tenía en los andares, aunque sabía que reproducir eso en un lienzo sería harto difícil.

La muchacha en verdad era elegante y a primera vista no parecía mujer de mancebía. En realidad, lo que ocurría era que las suntuosas modas de la época asemejaban a las damas honradas con las públicas ya que a todas las animaba el gusto por el artificio. Y era curioso ver que las decentes copiaban a las pecadoras hasta en los chapines, pues se llevaban unas plataformas de corcho parecidas a coturnos de cómicas, por parecer más altas, y también para evitar los charcos y las inmundicias de las calles.

En esos tiempos de decadencia ya no regía la orden que obligaba a las cortesanas a llevar tocas azafranadas y mantillas cortas sobre las sayas, además de un prendero de oropel en la cabeza para identificarlas y distinguirlas de las señoras. Muchos años hacía de esa norma que no había causado más que confusión porque pronto la tomaron por moda las altas damas, que así de caprichosa y vana era la coquetería en estos reinos. De la toca azafranada se pasó a ordenar a las putas que llevaran mantos negros doblados, salvo en la misa, que ahí podían vestir como cualquier mujer. Pero hasta esa medida sedujo a las damas honradas, que acabaron de esa forma por parecer putas discretas.

Murillo se dio cuenta de que la belleza, elegancia y discreción de la muchacha no eran más que apariencias. Apenas se hubo alejado unos metros de la iglesia, dejó los andares de recogimiento naturales en cualquier señora que acaba de escuchar misa. Así, se levantó sin pudor la saya y salió corriendo con zancadas como de mozo de caballeriza. Quizás quería advertir a sus compañeras de que había algo digno de risa y divertimento en la plaza de San Francisco. Y no dudó en dar grandes voces, como si fuera hortelana del mercado de la calle de la Feria.

El pintor la siguió por curiosidad y para continuar admirando detalles de la joven que, incluso despeinada y con aires de arrabal, era digna de ser pintada. Entonces vio que en la plaza había, en efecto, una gran concurrencia que jaleaba y aplaudía a unos alguaciles que estaban ordenando que quemaran unas maderas. En esa plaza de San Francisco se celebraban los autos de fe y, aunque el quemadero

estaba extramuros, en el Prado de San Sebastián y en Tablada, pensó el artista que quizás ardería algún hereje. Pero lo que observó fue que arrojaban ropas de mujer a una hoguera.

—Las autoridades han mandado sacar las prendas de las tiendas de la Alcaicería de la Seda y las han condenado a la hoguera —le explicó alguien que estaba a su lado al ver su cara de sorpresa.

Entonces recordó que debía de tratarse del cumplimiento de la pragmática del cuarto Felipe, que prohibía el uso de guardainfantes y otras prendas consideradas de lujo. Allí ardían sayas con cintas y alambres por parecer prendas más propias de rameras. La muchacha hacía fiesta del auto de fe simulado contra aquellos vestidos suntuosos. Al artista le pareció entonces una criatura del infierno que de pronto se tornaba angelical, según le diera el sol o la sombra. Y eso le confirmó que era digna de servir como modelo para María Magdalena, pues en ella se unían la virtud de la santa y el vicio de la pecadora.

Murillo no dejaba de observar a la que imaginaba como la protagonista de su cuadro. Pero ¿cómo la pintaría? Sería del todo imposible que acudiera a su obrador para posar. ¿Qué diría la pobre Beatriz al ver a una joven de semejante ralea? ¿Y sus hijos? ¿Se merecían que por culpa de su padre la casa en la que vivían fuera proscrita? ¿Y qué pasaría si en el convento que le había hecho el encargo descubrieran que su *Magdalena penitente* era en realidad una mujer de ramería?

—¡Mirad, mirad cómo vuela! ¿Será el alma pecadora de una bruja hija de Satanás? —gritó la joven demostrando su poca crianza, mientras daba codazos a sus compañeras para que también rieran con la broma.

Y es que uno de los guardainfantes lanzados al fuego comenzó a ascender, como si levitara, a causa del aire caliente que se había colado por dentro. La concurrencia reía, pero también quedó admirada con la boca abierta de sorpresa porque en verdad el faldellín volando parecía cosa de fantasmagoría.

—Estas hechuras de verdugados como son moda en Flandes no podían ser buenas en estas santas tierras —dijo un caballero muy

circunspecto que, sin embargo, no dejaba de mirar por si veía alguna intimidad o un asomo de muslo blanco bajo la prenda ajusticiada.

UN RETRATO EN LA MANCEBÍA

Quería irse a Flandes, como las que llaman damas de amor y que van de a diez por cada cien soldados en el camino por mar de los Tercios. Y era porque decían que en esas tierras no había tanta beatería y sí mucho goce por la vida. Pero también tenía otros sueños, como ser mujer servida, de esas mantenidas en alguna buena casa a la que su señor sólo visita cuando quiere hacer de ella bocado de bodegón.

La muchacha no era de esas ramerarías arriscadas y, aunque tenía un pronto chusco por haberse criado en la calle y padecer el desprecio de los demás, guardaba un no sé qué de prestancia, como de señora de mejores destinos. Si no se arrepentía antes y terminaba en una casa de caridad para mujeres convertidas, quizás llegaría a puta de las de marca godeña, que son las tusonas de alta alcurnia, algo así como la aristocracia de la putería.

Murillo se había decidido. No podía quitarse de la cabeza ese color de pelo y los matices de la piel. Después de haberla convertido en Magdalena arrepentida quería volver a pintarla. Pero esta vez ambicionaba llegar más lejos y pretendía conseguir que posara para él. No quería fiarlo todo a la memoria de nuevo y por eso seguía adelante con su osada aventura. Para encontrarla había negociado con alcahuetas y otras mandaderas de tercerías que le dijeron dónde estaba la botica en la que la muchacha ofrecía su cuerpo. Se llamaba Catalina.

Hacía de mujer pública en un caserón del antiguo compás de la Mancebía, que permanecía cerrado desde que el rey decidió clausurar

todos los prostíbulos de Castilla. Sin embargo, en esta casa llana de Sevilla, festejada por la marinería de todos los océanos, habían quedado algunos aposentos y posadas. Antros que seguían ofreciendo intimidad al negocio venéreo y también a encuentros furtivos de todo género, desde adulterios a orgías. Y eran muy celebrados los jolgorios que tenían lugar en la plaza del Molviedro, donde habían quedado algunas casas como monasterio de malas mujeres.

Murillo se adentró con cuidado en aquella zona prohibida. Tenía miedo porque, a pesar del cierre de la antigua mancebía, el lugar mantenía el ambiente sórdido de antaño. Pero también porque le asustaba la posibilidad de que alguien pudiera reconocerlo. A fin de cuentas, estaba cercana la collación de San Pablo donde él se había criado y podrían identificarlo como vecino.

A pesar del temor con el que anduvo por ese barrio de lujuria, Murillo agradecía al cielo que el antro de Catalina no estuviera en el lugar de las mujeres del partido, en las chozas y chamizos del Arenal, donde fondeaban los navíos. O, aun peor, en el reino de las busconas de callejón y las cantoneras que asaltaban a los marinos en las barbacas de las murallas, cerca del almacén real de maderas. Allí, entre las maderas que servían para los barcos que traían la plata de las Indias, se cumplía con el sucio oficio, que así de contradictoria era esta ciudad de riquezas y de miserias.

Murillo suspiraba aliviado al confirmar que la compostura de la joven no era de esa raíz de pestilencia condenada a oscuros lugares como la venta de la Barqueta, el prado de San Sebastián fuera de la muralla o las barcasas donde reparaban los galeones. En pocos años esas pobres mujeres se llenaban de pústulas y se contagiaban del mal francés hasta que acababan muertas de pena y miseria en alguna de las esquinas inmundas donde dieron placer efímero.

Llegó el pintor a la plaza del Molviedro, donde se acogía la joven, y se entró por un portalón que daba a un zaguán estrecho. Anduvo con cuidado porque el sitio no estaba bien alumbrado, hasta que vio en un rincón apartado de un gran patio a una alcahueta bajo la luz de un candil. Le preguntó por ella y la vieja le señaló el final del corredor. Allí se dirigió con el corazón en un puño y sin querer hacer ruido. Detrás de las puertas se oían los lances mercenarios y Murillo

se puso aún más nervioso imaginando los trabajos de las muchachas de placer. Rezó para no encontrarse con algún conocido que hubiera venido a gozar de los paisajes de Venus. ¿Qué dirían al ver al pintor de sagradas escenas en esa casapuerta del infierno?

Llamó por fin a la puerta y oyó la voz de Catalina animándolo a entrar. Allí estaba ella, abanicándose con un gesto a medias entre el descaro del oficio y el de una señora principal que estuviera alterada por el calor. Parecía tener un ardor como de fiebre y pensó Murillo si sería por la estación o porque le nacía de las corrientes secretas de su cuerpo.

Catalina sonrió al verlo en el umbral porque se dio cuenta de que el caballero no era viejo ni mal parecido. No es que tuviera buen talle, porque no era alto y parecía tender a cierta glotonería, pero mostraba gallardía. Los labios, ni finos ni gruesos, y el bigotillo breve y a la moda, aunque lo llevaba mal recortado, como una pelusa descuidada. Sin embargo, lo que más le embellecía el rostro era la mirada aguda que ella sólo acertaba a ver en ciertos hombres. Esos caballeros inteligentes dotados para la elocuencia y que hasta escribían versos, como alguno de los que había conocido en su época de cómica en el corral de doña Elvira. Le pareció que por estos rasgos era un buen hombre y, al ver que se quedaba en la puerta sin atreverse a entrar hasta que ella no lo indicara, adivinó que era persona educada y principal. Tal vez le esperaba una tarde de sábanas de cortesía de las que suelen acompañarse de buenos dineros.

Ella le aclaró el trato, pero el caballero no acertaba a decir nada. Pensó que era porque su belleza lo turbaba, ya que entre las vanidades de Catalina estaba la de hacerse la coqueta creyéndose una de las más bellas mujeres de la ciudad. Así que comenzó a quitarse la basquiña para ver si el caballero perdía la timidez y se atrevía a dar el paso.

Murillo, con voz entrecortada porque en verdad estaba pasando un mal trago, le dijo que no le pagaría para fornicar con ella sino para dibujarla. Al principio Catalina se quedó muy sorprendida y hasta se asustó porque no era normal la petición. Y eso que ella estaba acostumbrada a satisfacer los deseos más extraños, desde dejar que la observaran mientras se desnudaba tocándose sus partes ocultas hasta

permitir que le entrasen contra natura. También había tenido clientes que le requerían caprichos de puro muladar, como que les refregara sus orines y excrementos. Sin embargo, la propuesta del caballero, aunque rara, no parecía ser de género despreciable. ¿Qué perdía ella por estar acomodada en el lecho mientras la dibujaba?

Murillo había traído papel verjurado, carboncillo y una sanguina. Con eso valdría para hacer un bosquejo de la joven que luego trasladaría al lienzo. Ya la había pintado antes como Magdalena, pero entonces se había guiado por las virtudes de su memoria, intentando recordar en la soledad de su obrador los detalles de su rostro. Esta vez la pintaría del natural, por eso estaba tan nervioso. Y ahora lamentaba no haber traído su paleta con algunos pigmentos para intentar atrapar los matices y colores fabulosos de la cabellera. Pero ya era tarde. Había preferido coger sólo lo indispensable y no ir cargado de los trebejos que pregonaran su oficio en lugar tan ajeno a las artes. Así que se limitaría a hacer un buen boceto y dejar los colores al capricho de su memoria. Aunque dudaba de su capacidad para reproducir en el cuadro semejantes brillos, sombras y contraluces.

Catalina se acomodó en la cama, pero no se desnudó del todo. Le apetecía coquetear y seducir al caballero puesto que no se le antojaba peligroso, aunque recordó las embestidas feroces con las que terminaban cumpliendo los que parecían tímidos y apocados. Con estudiada lentitud, se levantó la saya y enseñó parte de la pierna. A Murillo le sorprendió ver el muslo sobre las sábanas y le pareció que jamás el albayalde y el carmín de Indias podrían juntarse con tal prodigio como el que producían la mezcla natural del paño blanco y esa carne sonrosada.

Otra carne que no era la de sus ángeles, pero que merecía igualmente habitar en la gloria.

Ella jugaba a mostrar pícaramente sus muslos dejando también que le asomara un hombro y un poco el pecho. Pero se quedó ahí para ver qué efecto provocaba. Él la miraba nervioso sin dejar de dibujar en el papel. En absoluto silencio, trastornado por la belleza que quería convertir en carne mística. Y no era trance fácil.

La joven decidió quitarse toda la ropa y Murillo se quedó inmóvil, hipnotizado por el descaro y, al mismo tiempo, por su hechizante

belleza. Intentó forzar el recuerdo de su querida Beatriz para exorcizar la endemoniada visión, pero enseguida se dio cuenta de que Catalina estaba hecha de una carne distinta a la de su esposa, más intensa y atrayente. De esa carne capaz de condenar a los hombres porque les hace olvidar las penas de todos los infiernos. Murillo tuvo la incómoda sensación de estar traicionando a Beatriz y recordó cómo ella se había dado cuenta de que había algún secreto detrás de esa *Magdalena penitente* que él pintaba una y otra vez. Sintió un gran desasosiego por haberle mentado diciendo que ese rostro se le aparecía en sueños y que por eso lo había pintado para la santa pecadora.

—¡Por Dios! —dijo Murillo muy azorado—. Sólo os he pedido que poséis. Por favor, acomodaos como os plazca en vuestro lecho, pero no me perturbéis con vuestros juegos, os lo ruego.

—¡Está bien, está bien! —rio con descaro Catalina—. Haré lo que digáis, pero, si no me tomáis, corréis el peligro de que me aburra y me quede dormida.

Catalina se tumbó poniendo la cabeza sobre la almohada de forma que el cabello se le derramó en la tela blanca. Otra vez quedó deslumbrado Murillo lamentando definitivamente no haber traído las pinturas de humo y sombra para apoderarse de ese hermosísimo cabello. La joven fingió un bostezo, después hizo un ostentoso mohín de aburrimiento y se puso a mirar hacia arriba deteniéndose en los detalles del dosel que cubría la cama. Entonces el pintor no tuvo ninguna duda de que ésa era la mirada que buscaba para su Inmaculada. Los ojos al cielo de la señora más divina que pintaría, aunque Catalina sólo estuviera mirando con desgana el trinquete con cortinaje que se alzaba sobre el lecho en el que solía distraerse cuando un cliente tardaba en dar de sí con el placer de su natura.

SOMBRAS EN EL OBRADOR

Sabía que el secreto de su pintura estaba en copiar del natural. Así que buscaba en los rostros de la calle. A los viejos miserables que pedían la sopa boba de los conventos los dibujaba para las caras de sus mártires. A los ángeles que poblaban las nubes de sus cielos los tomaba de sus propios hijos. A los niños de sus escenas místicas los captaba cuando corrían jugando por las plazas de la ciudad. A las jóvenes santas las copiaba de las doncellas que acudían a misa y también de las mozas del mercado.

Ya no valían los trucos de los maestros del pasado. El envaramiento falso de los personajes sagrados no servía para este siglo atroz. Los santos, la Virgen y Jesús estaban entre el pueblo, en las caras inocentes de la gente, en lo auténtico que asomaba en sus ojos. Él tenía que pintar la vida y no su representación, porque no valían el teatro ni el fingimiento.

Por eso Murillo había dibujado a Catalina en la botica en la que ejercía. Tras pagarle, salió por las calles ocultándose casi como un embozado. Y nada más llegar al taller comenzó a pintarla como su Inmaculada. Ya hacía mucho que sus oficiales y ayudantes se habían retirado, pero él encendió unos candiles y comenzó a trazar líneas y curvas. Era una pintura demasiado importante y no podía dejarla al capricho de su recuerdo o de la imaginación, como había hecho con la sensual *Magdalena penitente*. Ahora la había contemplado a placer durante un largo rato, así que no se iría a dormir antes de haberla abocetado de forma definitiva sobre el lienzo. Dibujaba la imagen

divina trasladando los detalles del papel verjurado, y lo hacía con tal ardor que, más que pintar, parecía que estuviera desfogándose de ciertos malos pensamientos provocados por los juegos traviesos de Catalina. Cosa que le pareció muy impropia de él, de su prudencia, sobriedad y natural templanza. Esa muchacha y esa pintura parecían haberlo hechizado pues nunca había sentido tal arrebató al enfrentarse con un cuadro.

De hecho, Murillo sintió remordimientos mientras pintaba sobre el lienzo con inusitada energía, como arrebatado por una inspiración prodigiosa. Y volvió a pensar, como le había ocurrido mientras contemplaba a aquella muchacha en la mancebía, que estaba traicionando a Beatriz al no haberla elegido a ella como modelo para la Inmaculada. Pero sobre todo temió estar incurriendo en un gran pecado. ¿O no era pecado ver en una mujer como Catalina el rostro sagrado de la reina de los cielos?

Al oír ruidos en el obrador, Beatriz se había despertado y bajó de su alcoba para ver qué hacía su marido y preguntarle por qué había llegado tan tarde. Antes de entrar en el taller se dio cuenta de que estaba agitado y enfebrecido. Decidió apagar la palmatoria con la que se guiaba por la casa a oscuras para que su esposo no se diera cuenta de que lo observaba. Murillo estaba de espaldas y ejecutaba muy nervioso la imagen de una Virgen ascendiendo a los cielos. Parecía muy inspirado, así que Beatriz se alegró de no haberlo distraído con su presencia. Entonces ella se dio cuenta de que en el lienzo aparecía un rostro que le era familiar, muy parecido al de la muchacha que había pintado en varios lienzos como la *Magdalena penitente*. Sí, no había duda. Era la misma, pero resuelta y mejorada ahora con decisión, y en el rostro de la Virgen.

Beatriz sintió un vacío grande en el pecho. ¿Por qué había elegido a esa joven? Le dolían el desengaño y la rabia al pensar que su marido había quedado embrujado por esa belleza que desde luego no parecía inspirada en un sueño. No había duda de que era una mujer real, de carne y hueso. Pero sobre todo tuvo miedo de que Murillo estuviera en pecado. Claro que también había otra pesadumbre aún mayor porque, en el fondo de su alma, Beatriz sentía celos de que su esposo

hubiera escogido a esa muchacha y no a ella para representar el más sagrado de los rostros.

Se retiró a su aposento llorando amargamente. Cuando al rato sintió que Murillo se acomodaba a su lado, disimuló como si estuviera dormida. Ella se dio cuenta de que su marido la acariciaba y requería como cuando pretendía ayuntamiento. Sintió aún más rabia y desprecio. ¿Es que no eran suficiente los tratos que de seguro tenía con esa mujer a la que había colocado en el trono de los cielos? ¿Qué tipo de lujuria deseaba ahora de ella? Beatriz lamentó profundamente haberse casado con ese hombre de apariencia tan bondadosa. Un buen marido y padre, con virtuosos dones de artista e inspirador de devociones, pero que caía en el error probado de todos los hombres.

MÍSTICOS EN EL QUEMADERO

Otra carne que no era la de sus ángeles, pero que merecía igualmente habitar en la gloria...

El viejo maestro acaba de recordar aquella noche y hoy está alterado porque vuelven a mezclarse sueños y recuerdos de aquellos años en los que comenzó a pintar del natural. Un tiempo que recuerda con incomodidad porque fue también cuando tuvo sus primeras dudas sobre si su arte era verdaderamente religioso.

Miraba a la tierra para pintar el cielo.

Como hizo con aquella muchacha...

Murillo se ha levantado mucho mejor. Ya camina por la casa, aunque despacio. Continúa con las tripas fuera del vientre y maese Sigüenza le ha advertido que no haga esfuerzos ni cargue cosas. De todas formas, está muy debilitado por las sangrías y el ayuno y tampoco podría hacer mucho más que dar vueltas por su aposento. Si guarda reposo, podrá bajar al obrador en unos días y quién sabe si dar algunas pinceladas o indicar a sus oficiales cómo terminar el cuadro de los *Desposorios de santa Catalina*.

Se lava las manos en el aguamanil y se refriega la cara con un lienzo. Luego camina del lecho hasta el altarcito en el que reza todas las mañanas. Allí tiene una miniatura de una de las Vírgenes que hizo para proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción. Y él mismo se sorprende de cómo consiguió que esas pinceladas inspiraran la fe y el recogimiento.

Miraba a la tierra para pintar el cielo. Y no había mal en ello. ¿O sí? Porque no ocurrió sólo con esa muchacha. También se inspiró en otros pecadores para hacer visible la gloria. En estos días de padecimiento mira hacia atrás y aparecen tiempos felices y claros, pero también las sombras oscuras de la vida.

Hoy ha recordado un día perdido en su pasado. Desde la víspera andaba la ciudad agitada y animada por el espectáculo. La procesión de la Cruz Verde ya había salido del castillo de Triana, sede del Santo Oficio, camino de la plaza de San Francisco, donde se celebraría el auto de fe. Allí se leerían las proposiciones heréticas de hasta setenta alumbrados, pues se había descubierto una secta secreta de observantes que se creían inspirados por cosas santas y misticismos torcidos.

¿Por qué aún hoy puede evocar los rostros de éxtasis de aquellos herejes? ¿Qué lo llevó a admirar a esos pecadores de extrañas milagrerías? ¿Por qué le impresionaron los relatos de las beatas alumbradas que ardieron en el quemadero? ¿Cómo es que quedó fascinado con esas bestias arrojadas del rebaño por sus pensamientos impuros?

Acudió con Beatriz, que era mujer muy entregada a rezos y oraciones y por ello a presenciar autos de fe, ya que consideraba que eran como una cumplida y perfecta lección religiosa. Tanto le gustaban que prefería esas ceremonias a leer libros sagrados porque se advertía sobre lo que debe y no debe hacer un cristiano de forma práctica. Para ella, era como un teatro sacro sin nada de fingimiento. Sin embargo, Beatriz sólo acudía a presenciar la lectura de sentencias en la plaza de San Francisco. De ninguna manera iba luego al dantesco espectáculo de las carnes quemadas que tenía lugar extramuros. Decía que eso era como asomarse a los infiernos, puesto que también eran hogueras purificadoras, aunque vistas en la tierra. Y tanto le inquietaba el acontecimiento que durante días quemaba sahumeros en los braseros de la casa porque decía que la ciudad olía a hereje al mezclarse las cenizas con las nubes. Así que, si corría viento o llovía, aquello era como una última venganza de los que habían sido sacrificados en las piras.

Murillo sí que fue a ver la escena del quemadero. Cuando era

niño, sus padres se lo prohibían y él nunca tuvo curiosidad; sin embargo, en esos días andaba buscando inspiración para una serie de cuadros de santos y pensó que la expresión de individuos que se creían henchidos de Dios y que morían entre grandes suplicios podría servirle. Él nunca había pintado a sus mártires en medio de tormentos sino en momentos de arrobamiento místico, cuando estaban llenos de Dios, pero sentía curiosidad por asomarse a esos abismos entre la vida y la muerte. Ver el rostro de quien está a punto de pasar al otro lado. Sería un reto para un artista retratar esa imagen de pánico extremo o de felicidad absoluta.

Es curioso que ahora, mientras pasea dolorido por su aposento, camino de esa frontera con la muerte, le llegue con total perfección el recuerdo de aquel día. Sí, evoca la gran ceremonia con música de atabales, trompetas y chirimías. Y también el cortejo de alguaciles, secretarios del Santo Oficio, familiares a caballo, consultores portando velas y cruces y los miembros del Tribunal en mula atravesando el Puente de Barcas camino del auto. Y cómo le impresionó el arca que llevaban en andas y en la que portaban los huesos de una mujer de la que se supo que era alumbrada después de muerta, por lo que la habían desenterrado de sagrado para quemar sus despojos y aventar luego sus cenizas de hereje.

Toda la ciudad se preparaba con alegría para el acontecimiento adornando las fachadas con tapices y colgaduras y preparando con emoción los balcones, ventanas y azoteas. Sevilla era un inmenso mirador para contemplar el paso de los penitenciados. La masa comentaba el castigo de cada uno de ellos porque llevaban dibujada en los capotillos y corozas la sentencia: garrote o llamas. Y ese auto de fe con setenta herejes alumbrados prometía ser de los mejores, puesto que todos llevaban hogueras pintadas en sus sambenitos.

Si alguien hubiera presenciado ese ambiente sin saber el tipo de acto que se iba a celebrar, pensaría que la ciudad estaba animada por alguna de las grandes fiestas que la habían hecho célebre: el cortejo del Corpus, que llamaban la fiesta grande de Sevilla, o la llegada de las flotas de Indias, que también era motivo de algarabía por el espectáculo fabuloso de los carros cargados de plata. Era inquietante

observar que un teatro de dolor y muerte compitiera con otras celebraciones de digno divertimento.

Murillo nunca entendió que esas ceremonias se convirtieran en grandes acontecimientos para la felicidad del populacho. Y cuántas hogueras había visto en todos esos años. El quemadero había seguido devorando no sólo a los herejes de malas creencias, también a reos culpables de horribles e innombrables delitos. Y ahora se cruza sin remedio en su memoria la imagen de su querido discípulo pintando llamas de padecimiento y viendo cómo mueren hombres que han caído en el peor de los errores.

Murillo intenta apartar las negras melancolías que tantas veces asoman en sus paseos por el pasado. Termina sus oraciones en el altarcillo y camina hacia la ventana para que no se le entumescan las piernas de tanto reposo en el lecho. Pasea con una lentitud tal que puede observar con detalle los muebles y los lienzos pequeños que cuelgan de las paredes. Allí un san Bartolomé, allá una santa Ana y en el escritorio una santa Clara arrebatada por visiones místicas en el momento de su muerte.

También regresan desde esos paisajes del pasado aquellos penitenciados. Y Murillo evoca cómo le sirvieron a él para pintar los arrobamientos de sus santos mártires. No entiende por qué es capaz de recordar a cada uno de ellos. Aquella Beatriz de Torres de la que leyeron en su sentencia cosas muy terribles y pecadoras, como que era favorecida de Dios porque le decía mil ternuras y que después de comulgar gemía y suspiraba porque estaba llena del favor de Dios.

Y aquella Bárbola de Jesús, beata profesa que estuvo traspuesta todo un día en el que decía haber estado en el purgatorio y que en sus arrobamientos subía al primer cielo y veía ángeles chiquitos y que sabía sus nombres. En la sentencia se decía además que una vez se le apareció el demonio ataviado como un mocito galán de esos pintureros, con un gran sombrero de plumas azules, y que le enseñó sus vergüenzas.

O Bárbara María del Santísimo Sacramento, monja profesa en el convento de Santa Clara, que ardió con gran padecimiento durante largo rato. Ay, aquella Bárbara María que a Murillo le pareció que tenía un rostro digno de santa Clara. Era una monja que se fingía

transportada creyendo haber visto santos con los que hablaba y él, al escuchar el delito de herejía de la rea, sintió escalofríos. Y es que, a veces, mientras pintaba, él mismo había creído hablar con los santos y mártires. ¿Tan cerca estaba su arte divino de la herejía? Sin embargo, a estas alturas de su vida nada debía temer. Ya conocía las fragilidades de su oficio. Y sabía de bien que aquellas charlas no eran más que fingimientos y probanzas que lo asaltaban cuando sus torpes pinceles no acertaban a encontrar la verdadera figura que merecían esos seres de santidad. Por eso hablaba con ellos. Los traía a la tierra para pintarlos en el cielo.

Y también recordó a la osada Juana María, hereje de la secta de los alumbrados que decía que era maestra del espíritu y que por eso un Viernes Santo le salieron unas llagas como las de Jesucristo. Enseñaba las heridas a todo el que se lo pedía y sudaba sangre que daba en lienzos impregnados, aunque luego se supo que eran paños del mal de las mujeres. ¡Qué pecado terrible era confundir el preciado líquido de Dios con el menstruo infecto de las hembras!

Era digno de horror pensar que tal nido de herejes se hubiera criado en la santa Sevilla, que con eso se demostraba que también era madriguera de grandes pecadores. Ya había ocurrido en el siglo anterior con unos herejes luteranos que fueron quemados y aniquilada su memoria. Sorprendió mucho en la ciudad esa nueva crianza de malos hijos de Dios, unos alumbrados capaces de realizar las más abominables ceremonias secretas. Como el fraile Francisco de Jesús María, que andaba en hábito de tercero y echaba aliento en la boca a algunas mujeres para que participaran de la leche que le daba Nuestra Señora. A todas ellas les comunicaba el amor de Dios abrazándolas y diciéndoles que no temieran porque él estaba en inocencia y nada tenía de la carne de Adán.

Uno de los casos que más espantó fue el de Juan de Dios, clérigo presbítero, confesor y predicador, que decía misa a ciertas beatas en un oratorio que tenía en casa. El hereje, después de haberlas comulgado, las desnudaba y bailaba con ellas hasta que se arrobaban borrachas de espíritu. ¿Cómo era posible que esto hubiera ocurrido en una ciudad que poseía tantas iglesias y conventos y altares

consagrados en todas las esquinas de sus calles? En esto se comprobaba que así elige el demonio sus vastos reinos.

Murillo aún puede evocar con detalle cada uno de aquellos rostros porque luego los pintó y le sirvieron como inspiración de una de sus más celebradas series, aunque nunca lo reveló a nadie. Sólo lo sabía su querida Beatriz, que se había llevado el secreto a la tumba. Aunque desde que vio a Murillo en su obrador haciendo bocetos de aquellos malos cristianos no dejó de rezar por él. ¿Por qué su marido se empeñaba en pintar a gente de mala ralea para sus santas criaturas? No lo comprendía y por eso era tan importante que ella intercediera por su alma rezando para que no se condenara.

Nada supo nunca Murillo de los temores de Beatriz por su alma, pero sí que aquellos días también él estuvo embargado por dudas y miedos a Dios. Y a veces hasta creía que el demonio lo tentaba para que lo convirtiera en el rey de sus pinceles. Sin embargo, ahora que han pasado los años, se siente satisfecho de haber captado con tal precisión los gestos de aquellos herejes. Porque la visión de los alumbrados le sirvió más que las historias peregrinas de santos y mártires que consultaba en libros y grabados antiguos. A fin de cuentas, ¿qué diferencia había entre aquellos que se creían santos y los que él pintaba? ¿Qué decir de san Gil, que levitaba cada vez que oía las palabras «cielo» o «Dios»? ¿Y de la venerada santa Teresa de Jesús y sus visiones?

Murillo sabe ahora, con las lecciones de la vida y la experiencia, de las desgracias y saberes de sus muchos años, que unos estarán ardiendo en los infiernos y que los otros habitan en la corte celestial. Aunque en los rostros de ambos, de herejes y de santos, se podía leer el mismo misterio. Y ya sabría Dios dar a cada cual su castigo o su premio, que en esto no habían de meterse los hombres de fe y mucho menos los artistas.

Por eso Murillo sabe ahora con certeza que para pintar el cielo no tuvo más remedio que mirar al fango de la tierra, lleno de inmundicias y de sangre sucia. Y nada malo había en ello.

UNA QUINTA DE RECREO

Partió al alba en carruaje saliendo por la Puerta de Triana. A esa hora había gran confusión de campesinos, regatonas y arrieros que esperaban para entrar en la ciudad con los carros llenos de pellejos de vino, odres de aceite, esportillas de aceitunas y capazos rebosantes de frutas del Aljarafe, camino de los mercados. Murillo quería llegar antes del mediodía a la quinta de recreo del marqués de Lafuente, que lo había invitado a una de las tertulias que organizaba en el campo. Sería una jornada de asueto en la que hablarían sobre política y arte desde el almuerzo hasta caer la tarde.

Sin embargo, él no tenía muchas ganas de ocupar todo el día entre ociosos porque perdería unas horas espléndidas de inspirado trabajo. Estaba terminando una escena sobre la historia de José y la mujer de Putifar, que le había llevado no pocas meditaciones y borradores. Había dormido poco en la última semana, así que sospechaba que la tertulia le provocaría soñera pues andaba rendido por el trabajo del lienzo. Aunque sobre todo temía el tedio, porque a esas tertulias solían acudir poetas diletantes que recitaban versos a Venus después de varias colaciones de buen vino, y también acaudalados mercaderes que debatían acerca de sus cargamentos y del abusivo resello de moneda. Asuntos que no le interesaban en demasía estando como estaba obsesionado con la forma de resolver con decoro la estampa lujuriosa. Sin embargo, también reconocía lo importante que era ser invitado a esos sitios, puesto que acudían

personas principales y podía ser una buena forma de conseguir encargos.

En el fondo se había dado cuenta de que le apetecía pintar retratos y escenas profanas. En los últimos tiempos casi todos sus trabajos se centraban en encargos de iglesias y conventos y, por lo tanto, versaban sobre asuntos nacidos de los libros sagrados. Pero a él cada vez le apasionaba más la vida, el retrato del natural, pintar a los hombres con toda su mundanidad. Por eso pensó que no sería mala idea acudir a ese encuentro de personas acaudaladas y con intereses bien distintos de los de altares y confesionarios. Una clientela gustosa por ese mercado de lienzos que retrataban lo cotidiano y la belleza simple de las cosas.

El cochero arreaba a los caballos que tiraban del carruaje. Murillo le había prometido una blanca de más si conseguía llegar antes de las once a la quinta del duque, que estaba a varias leguas de Sevilla siguiendo el curso del río. Era hermoso dejar atrás la ciudad, con su torre fortísima coronada por la Giralda, la colosal estatua de la fe, la alegoría de bronce que se elevaba sobre los cielos para proclamar victoriosa la verdadera religión. Y es que hacía algunos siglos el campanario de la catedral había sido alminar de la gran mezquita de tiempos moros. Desde esa misma torre el muecín había proclamado la fe de Alá en los tiempos en los que Sevilla fue tierra de infieles.

Y en esa mañana, el sol creaba un espléndido reflejo en la estatua que era también la veleta que señalaba los vientos de esa Sevilla mudable y tornadiza. Se dio cuenta el viajero de que, con la lejanía, la veleta de la Giralda parecía una figura gigantesca que despedía o daba la bienvenida a los que partían o regresaban por el Guadalquivir atravesando los campos de Tablada. Le pareció en la distancia que la estatua era como aquel grabado del coloso de Rodas que vio en un libro antiguo. Y como aquella Rodas de la Antigüedad, Sevilla proclamaba a los cuatro vientos que era la más grande ciudad de su tiempo. Aunque desde que, hacía casi un siglo, esa imagen de bronce había sido colocada en el campanario de la iglesia mayor, no habían marchado bien las cosas para esta gran urbe de los reinos cristianos. Más bien parecía que, con esa osadía de orgullo en bronce, la gran veleta había sido castigada por los malos vientos de la fortuna.

El carruaje atravesaba veloz los huertos, de los que llegaba un airecillo reparador que olía a frutos recién recolectados, unido al de los bosques que surgían a la orilla del río. Murillo agradeció el viento limpio porque las últimas lluvias habían dejado un olor de cieno y aguas estancadas.

A la altura de las primeras colinas del Aljarafe se levantó una humareda cerca del camino. Creyó que eran labradores que se deshacían de hojas secas y rastrojos en hogueras cercanas a sus cultivos. Pero el olor era diferente. Nada tenía que ver con el humo resinoso que se desprende de una fogata en la que se queman plantas. Hubiera jurado que era semejante al incendio de un muladar, tanta era la pestilencia.

Murillo se asomó por la ventanilla del carruaje a tiempo de apreciar que efectivamente no eran hojas lo que quemaban sino ropa. Y también le pareció que las telas que ardían no eran viejas ni estaban muy usadas. Conforme avanzaba se sucedían otras hogueras en las que vio cómo se consumían lienzos de cama y hasta muebles. Al pasar junto a uno de los fuegos cercanos al camino, se coló en el coche un humo sucio y negro que le recordó el de la carne de herejes abrasándose en el quemadero. Sintió arcadas y tuvo que sacar un pañuelo de olor para colocárselo en la nariz mientras cerraba la cortina.

Ajeno al paisaje, se distrajo entonces observando el interior del carruaje y pensó en cuánta gente habría viajado en esa pequeña estancia que recorría caminos, cruzaba riachuelos, remontaba cuestas e incluso atravesaba sierras como la Morena de Despeñaperros en el camino real, o la escarpada de Ronda, y que tan grandes peligros guardaban. No hacía ni un mes que habían muerto todos los ocupantes de uno de esos carruajes a la altura de los montes de Ronda y ni siquiera se había podido rescatar a los cadáveres.

Apreció que era hermoso el dibujo adamascado de la tapicería de los asientos. Y estaba observando el perfil de los rameados y flores que decoraban el coche por dentro cuando se percató de que debajo del asiento asomaba un chapín con detalles muy exquisitos. ¿Qué dama lo habría perdido? Pensó que o bien la viajera era muy

despistada o quizás ese carruaje había servido para encuentros furtivos más que para recorrer leguas en esos caminos de herradura.

El lugar hacia el que se dirigía tenía precisamente cierta leyenda de ser quinta de placer en todos los sentidos, pues era sabido que el marqués de Lafuente era aficionado a las mancebías de postín. Es más, a esas tertulias de retiro solía invitar a discípulas de Venus que alegraban la fiesta de manera especial. Eso al menos era lo que se contaba por los mentideros de Sevilla. Al marqués, aunque ya había pasado de los cincuenta años, la edad no le había disminuido los apetitos y, como era soltero, no tenía que disimular en sus banquetes de lujuria.

Evocando esos chismes, Murillo notó que el cochero sosegaba a las bestias para frenar el carruaje. Habían llegado. Descorrió las cortinas y aspiró el aire fresco que ya en nada recordaba al de las hogueras del camino. Entonces se alegró de haber acudido porque durante todo el día respiraría esta fragante y sanadora brisa.

El retiro campestre del marqués parecía en verdad el paraíso. Nada más apearse, admiró los extensos y cuidados jardines y un enorme estanque con estatuas de mármol de dioses olímpicos que parecían jugar a sus venganzas entre la floresta. Se oía música a lo lejos, probablemente del jardín que se encontraba en la parte de atrás de la casa. Agradeció que la fiesta estuviera amenizada por músicos porque pocas cosas había que le animaran más que los sonidos de la vihuela, el laúd y la guitarra, que en esto no parecía ser hijo de su padre. Aún recordaba la rabia de maese Gaspar Esteban cuando su ayudante el mocito barbero se ponía a rasguear la guitarra a la puerta de la tienda al caer la tarde. Sin embargo, él se había aficionado mucho a la música y solía acudir a los ensayos del coro de la iglesia mayor y a los conciertos que organizaban algunos amigos en sus casas. Y a más de un ángel músico había pintado en sus rompimientos de gloria.

Hasta el carruaje llegó un criado que le indicó que lo siguiera al jardín en el que le aguardaba el marqués junto al resto de invitados. Allí reconoció a personajes muy importantes. Estaban el proveedor de las Armadas de Su Majestad, varios caballeros veinticuatro del Cabildo, un juez de la Audiencia y hasta el tesorero de la Casa de la

Contratación de Indias. Y el marqués, viendo que aparecía el afamado artista Bartolomé Esteban Murillo, se dirigió a él sonriendo amistosamente.

—¡Dichosos los ojos que ven al más grande pintor de Sevilla! ¡Señor Murillo, cuánto honor me hacéis acudiendo a mi humilde morada! —dijo algo exagerado pero con amabilidad sincera.

—El honor es mío, señor marqués —correspondió Murillo intentando emular en simpatía a su anfitrión—. Ya sabéis que yo suelo andar más entre sacristías y claustrones que entre la grata compañía de otros hombres del siglo.

—Venid, sentaos a mi lado que os presentaré a estos amigos que nos acompañan en esta jornada de retiro. Un retiro del mundo bien distinto al de vuestros frailes —rio con ostentación el marqués.

Pronto fue servido de buen vino tinto de Cazalla, con su sabor algo dulzón, y también de blanco de Alanís. Le ofrecieron que probara con pan candeal de flor de harina recién horneada unos pernils asados y luego un exquisito conejo empanado y mechado con tocino que había cazado el propio marqués en los campos cercanos. Para cambiar el paladar se sirvieron berenjenas curtidas en vinagre con especias y unos pastelillos hojaldrados con albures pescados en el río. Y así fueron departiendo, charlando, riendo y escuchando de tanto en tanto la deliciosa música de la vihuela y los laúdes que parecía que aquella quinta era en verdad el lugar más hermoso de la tierra.

Los criados no paraban de traer platos, pero Murillo tenía el estómago lleno. Además, estaba algo achispado por culpa del buen vino y hubiera cambiado con gusto todas esas sabrosas viandas por un modesto jergón en el que poder echarse a dormir. Ya sabía él que las noches en vela trabajando en su último cuadro traerían consecuencias en este placentero día.

—¡Por el siglo de mi abuela que este banquete supera en platos a aquel que dio en Doñana el de Medina Sidonia al rey! —dijo uno de los invitados, que era hombre grueso y acostumbrado al buen yantar, al ver el cortejo interminable que llegaba de las despensas del marqués—. ¿Lo recuerdan vuestas mercedes? Debió de ser cuando el viaje de la corte a las tierras de la Andalucía. Hará ya veinte años de eso.

—Más de trescientos cortesanos acabaron con la caza de la zona —añadió otro caballero que recordaba la fama de aquel banquete pantagruélico.

—¡Y se comieron más de dos mil barriles de pescado de Sanlúcar y trescientos jamones de Aracena! —apuntó el señor tesorero de la Casa de Contratación, hombre al que no sorprendían hipérbolos como aquéllas pues su tarea era controlar los muchos tesoros que llegaban a Sevilla.

—¡Y no olviden vuestas mercedes la borrachera de las ochenta botas de vino añejo! —volvió a intervenir el primer caballero—. ¡Brindemos por los buenos tiempos y por el favor que el marqués nos hace con su cortesía!

Brindaron todos y siguieron apareciendo platos y más platos hasta llegar a las deliciosas aceitunas manzanillas y gordales recogidas en los collados del Aljarafe, que supieron a gloria a todos los comensales. Y ya estaba a punto de terminar el almuerzo cuando el marqués pidió excusas porque tenía que ausentarse unos instantes.

Murillo estuvo un buen rato hablando con Juan de Alcocer, que era señor de naos y que le relató su último y arriesgado viaje hasta tierras flamencas. Y justo en el momento en el que le contaba cómo estuvo a punto de ser arrojado de cubierta por un temporal en el mar del Norte, reapareció el marqués acompañado por una hermosa dama vestida de galas azules.

Era Catalina.

Murillo casi estuvo a punto de desmayarse. Tan turbado quedó que creyó el señor de naos que el pintor había sucumbido al hechizo de aquella belleza que era la nueva dama de amores del marqués.

—Maestro Murillo, cualquiera diría que habéis visto un fantasma. ¿O es que os habéis enamorado? —dijo con picardía.

Ciertamente, a Murillo le pareció que contemplaba a un espectro, porque aunque Catalina seguía conservando su apostura y elegancia, algo se había trocado en ella. A pesar de que acentuaba su hermosura con lujosos terciopelos azules y un prendedero de perlas que adornaba sus cabellos negrísimos, el pintor percibió algo extraño, como un velo oscuro bajo la piel. La muchacha estaba más delgada, pero no era porque se le hubiera afinado el talle. Las mejillas

redondas y arreboladas de antaño se habían transformado en unos pómulos que se señalaban demasiado en el rostro. Ahora ese rubor era fingido porque no se debía a los dones de la naturaleza sino a caros afeites. Y, sin embargo, la blancura de la piel no la provocaban los polvos de albayalde que las damas se ponen para parecer translúcidas. Los muchos años observando el oficio de su padre habían hecho que Murillo aprendiera a descubrir los males de la sangre. Y en la muchacha intuyó que algo ponzoñoso se le criaba en las entrañas.

Ella reconoció enseguida a aquel caballero que la pintó en su botica, pero nada dijo. Era discreta y, aunque el marqués sabía de su pasado, no quería más averiguaciones pues ahora por fin había cumplido su sueño de ser señora servida y probada sólo por una boca.

Catalina fue presentada a los caballeros e incluso comió con aparente gusto un limoncillo en almíbar, pero al instante dijo algo al oído al marqués y se retiró. El gesto extrañó a su amante porque Catalina era amiga de danzas y músicas y gustaba de bailar chaconas, pavanas y descaradas zarabandas para sus invitados, pues por algo había sido cómica en los corrales sevillanos.

Murillo se dio cuenta de que Catalina se ausentaba porque no se sentía bien. Estaba sudando y caminaba como afiebrada y con torpes pasos hasta que después de andar un trecho se desmayó. Acudieron presto el marqués y otros caballeros entre los que se encontraba Murillo, que la colocaron en unos almohadones sobre la hierba. Le dieron agua y volvió en sí.

Entonces al pintor se le cambió el semblante y se volvió casi del color blanquísimo de Catalina porque había visto algo oscuro detrás de su oreja y también bubas bajo los brazos. Y ya no tuvo dudas acerca del mal que se había apoderado de su Magdalena arrepentida.

LA PESTE

Cuando por fin bajaron las aguas del río, hallaron en Triana cadáveres en los sótanos y las bodegas de las casas. Al principio creyeron que eran los cuerpos de los vecinos a los que les sorprendió la inundación del Guadalquivir después de varios días de lluvias. Sin embargo, al retirar los despojos descubrieron con espanto que no habían muerto ahogados sino de liendres pestilenciales. En la piel tenían manchas negras y bubas, y en el rostro el gesto inconfundible del horror. Era la huella de la peste.

Las autoridades ordenaron que se llevaran los cadáveres con discreción y que se quemaran sus ropas y muebles en hogueras ocultas a una legua para que el mal no cruzara a la otra orilla del río. Pero el esfuerzo fue inútil porque pronto comenzaron a conocerse nuevos casos de contagio. Durante varios días se vieron salir por las puertas de la ciudad extraños carros cubiertos con toldos negros y telas de arpillera. Y, aunque quedaba en el aire un hedor dulzón a carroña descompuesta, nadie descubrió lo que se estaba haciendo en secreto. Los sevillanos pensaron que eran perros y ratas de los que aparecían ahogados cuando las aguas volvían a su cauce tras las riadas y que después se arrojaban en muladares fuera de la muralla.

La macabra comitiva se repitió durante algunas jornadas, pero siguió haciéndose de manera clandestina con el fin de que nada alterase la partida de la flota de Indias. Si se hubiera conocido que la ciudad corría el riesgo de una epidemia, se habría cerrado el puerto sin que pudieran partir las mercaderías al Nuevo Mundo, provocando

gran pérdida de caudales para la hacienda. Sólo cuando los navíos y galeones siguieron el curso del río camino del mar, y los mástiles quedaron lejos, se clausuraron el puerto y todas las entradas. Fue entonces cuando a la anochecida se pregonó por las calles el anuncio de que la peste se había aposentado en Sevilla.

Ya hacía varias semanas que la ciudad estaba aislada y cada día pasaban decenas de carros con muertos. La tragedia había impuesto su rutina y eran consideradas normales escenas pavorosas que poco antes hubieran resultado insoportables. Crecía el número de difuntos hasta llegar a mil en un solo día, por lo que algunas casas quedaron deshabitadas. Y en barrios antes populosos comenzó a crecer la hierba puesto que nadie transitaba por las calles. Las plazas de San Francisco y el Salvador quedaron cubiertas por malvas de una media vara de alto.

Por los mentideros circulaban aterradoras noticias sobre muertos abandonados en los atrios de las iglesias. Y en las gradas de la catedral se acumulaban tantos cadáveres que era imposible abrir sus puertas. En el mercado no podía encontrarse ni una hogaza de pan porque las entradas a la ciudad habían sido clausuradas. Sevilla estaba desabastecida.

Dorotea, la criada que servía en casa de Murillo, llegó casi sin resuello. Estaba muy asustada por las escenas que halló camino del mercado y, llorando y con la voz entrecortada, relató a sus amos cómo en la plaza de la Pescadería habían dejado a un niño muy pequeño tendido sobre una estera. Estaba solo en mitad de la calle y no paraba de llorar. Caía el sol del mediodía y la criatura tenía la piel y los ojos enrojecidos. Seguramente lloraba por la sed, el calor y el hambre. Algunas personas que pasaban por allí se detenían compasivas y lanzaban migajas de pan o arrojaban agua para aliviarlo, pero nadie se atrevía a acercarse porque sospechaban que el niño había sido abandonado por unos padres enfermos con la esperanza de que alguien lo socorriera. Pero ¿quién podía asegurar que el niño no estaba también apestado?

—¿Es que la caridad no existe en tiempos de peste? —gritó Murillo interrumpiendo la narración de su criada—. ¡Voto a Dios, es necesario que alguien ayude a ese niño!

Y se apresuró para salir a la calle sin prestar atención a la cara de terror de Beatriz, que temía que su marido se contagiara y llevara el mal a todos los de su casa.

—¡Dejadlo, señor, que ya es tarde! —dijo Dorotea sin parar de llorar—. El niño ha muerto hace un rato ante la vista de todos sin que nadie se atreviera a socorrerlo. ¡Dios se apiade de nosotros!

Era un día extraño y no sólo por la atmósfera enrarecida que se había instalado en la ciudad. Se celebraba el Corpus, la más fastuosa fiesta. La procesión en la que Sevilla se vestía con sus mejores galas y sacaba la gran Custodia de plata y las reliquias engastadas en oro, de tal forma que parecía haber dedicado todas las riquezas llegadas de las Indias a la devoción cristiana. Pero en esta capital de la pestilencia ya no sonaban las alegres danzas y músicas, ni se veían los animados carros de representaciones del Antiguo y el Nuevo Testamento, el jolgorio de la Tarasca o los pícaros personajes disfrazados de mojarillas que asustaban a la gente con sus vejigas de viento. ¿Dónde estaba toda esa alegría? ¿Adónde se había ido el espíritu feliz de la urbe más placentera y vividora del mundo? Ahora en sus calles sólo se representaba el infierno en la tierra, que así se tuercen la fortuna y los destinos.

Sin embargo, a pesar del dolor, la muerte y la pesadumbre, se había decidido que al menos la Custodia del Corpus recorriera las calles como rogativa para que Dios perdonara a la ciudad pecadora que ahora sufría por haber gozado de tantas vanidades y riquezas. El cortejo no salió por su camino habitual ni tampoco al alba, como era costumbre, sino por la tarde, para que no interrumpiera el tránsito de los carros que retiraban los cadáveres, tarea que no se podía retrasar.

—Y dicen que el mal llegó por culpa de unos barqueros que trajeron ropa de apestados desde Cádiz y que la vendieron sin decir nada aun a sabiendas del peligro —siguió Dorotea relatando los chismes que había oído en el mercado—. También han dado orden de que no se coman los peces del río que llegan muertos a las orillas porque ya muchos han perecido por eso.

—¡Ea, ya está bien de saber tantas cosas! Mejor es que no salgamos y esperemos rezando al paso del Corpus, que quiera Dios

apiadarse de nosotros —interrumpió Beatriz indicando con la mirada a Dorotea que se fuera a la cocina a seguir con sus tareas.

La criada preparó una comida frugal, un poco de bacalao frito y unos alcaparrones que se guardaban encurtidos en grandes tinajas porque gustaban mucho en la casa de los Murillo. Pero apenas probaron bocado por la tristeza que habían provocado las funestas noticias. Ni siquiera José Felipe, el angelillo preferido de su padre, le había hecho fiesta al plato de pan migado en leche con azúcar que le había preparado Dorotea porque decía que había visto al niño más delgadito y triste.

Dejando casi todo intacto y en silencio levantaron los manteles y se echaron una siesta, pero se entregaron más a los rezos que al descanso. Hacía un calor húmedo y viscoso. El sol se colaba a través de las cortinas de esparto con un siniestro fulgor rojo que a Murillo le recordó el pigmento cárdeno con el que pintaba las heridas de los cuerpos llagados y moribundos. Así era el color que tendría esta Sevilla enferma si el artista hubiera decidido pintarla. Pero jamás podría inmortalizar semejante horror. No era pintor de muerte y dolor, sino de vida y dulzura. El mundo era espantoso y sus cuadros servían para aliviar y consolar de tanta aflicción. ¿De qué valía copiar los renglones torcidos de Dios? ¿Para qué reproducir el infierno? ¿No era suficiente con sufrirlo? Más convencido que nunca, decidió que su pintura tenía que seguir siendo gozosa y alegre, como una ventana por la que los pecadores se asomaran a la gloria y vieran la felicidad y sosiego que prometen los paraísos.

Murillo miró a la calle y se estremeció porque todo era silencio. Sólo de vez en cuando se oía un grito o un lamento quebrando el aire. No era difícil imaginar que en alguna casa cercana alguien había muerto o bien se había descubierto a un nuevo enfermo en la familia.

Se apartó del balcón intentando olvidar el ruido de la muerte y se acercó al aguamanil para refrescarse. Beatriz permanecía recostada en el lecho y entregada al rezo. Estaba preocupada porque sabía que eran pocas las casas en las que no había enfermado alguno de sus habitantes. ¿Hasta cuándo estaría a salvo su familia? ¿Quedaría ajena al mal que parecía castigar los pecados de esa ciudad babilónica? Murillo advirtió a su esposa que pronto pasaría la Custodia. Fue

entonces cuando ambos oyeron una campanilla en la calle. Era de un sonido tan levísimo que creyeron que procedía del viático que llevaba un sacerdote para asistir con los santos óleos a algún moribundo. Pero con sorpresa descubrieron que era la mismísima procesión del Corpus, que pasaba tan discreta y silenciosa.

El paso de hermosa plata labrada parecía flotar sobre una nube negra de humo y muerte, caminando de puntillas para no despertar el sueño de los muertos. En medio de tantos aires pestíferos, la Custodia estaba envuelta por una salvífica niebla de aromas, ya que se quemaban pastillas de sahumerios en sus esquinas. Qué diferencia con la Sevilla de estrepitosa alegría que solía recibir el cortejo religioso engalanada con colgaduras en sus fachadas. Esa ciudad despreocupada y feliz que parecía comportarse como una dama frívola y coqueta que disimulara con esos adornos ojeras y arrugas. Así ocurría con los tapices y sábanas de hilo que ocultaban los desconchones y manchas de su caserío. Lugar de engaños y trampantojos, de espejismos y artificios. Pero ¿qué había ahora que tapar si la tragedia campeaba por la más desgraciada ciudad sobre la tierra? ¿De qué valían ya los disimulos y los teatros de vanidades?

Los esposos salieron al balcón de su aposento mientras los criados lo hacían en el zaguán. La Custodia avanzaba casi en completa soledad pues la llevaban apenas unos cuantos hombres que marchaban junto a los clérigos que guardaban la Sagrada Forma. En el cortejo ni siquiera se vio el famoso libro de las reliquias, que era cosa santa y muy querida en esta procesión, pues en ella se mostraban los huesos y cabellos de santos y mártires que se veneraban en la catedral. No quedaba nadie para llevar la muela de san Cristóbal, el brazo de san Bartolomé o la cabeza seca de santa Úrsula porque había muerto más de la mitad de los religiosos del cabildo. La peste no hacía distinciones y se cebaba con todo oficio y condición. ¿Dónde estarían las almas de aquellos santos hombres que habían desfilado en el pasado Corpus de los tiempos felices? ¿Qué ocurrió con los deanes, arcedianos, capellanes y racioneros que ahora eran difuntos y que seguramente intentarían reproducir en el cielo las ceremonias de esta ciudad de los altares? Y no sólo ocurría en la procesión. Casi nadie se veía en las ventanas, balcones y azoteas.

—Dorotea me ha dicho que ni siquiera habrá baile de Seises porque los niños danzantes también han muerto —dijo Beatriz angustiada al imaginar como difuntos a esos niños que cantaban y bailaban en las famosas octavas del Corpus.

El paso de la Custodia se paró justo delante de la casa de los Murillo y pensaron que era una señal del cielo que les decía que ese lugar estaba ya bendecido y ajeno a todo mal. Dorotea miró arriba, al balcón donde estaban asomados sus señores, con lágrimas de felicidad en los ojos por ese buen augurio. Sin embargo, pasó un rato y la procesión no continuaba. La sirvienta salió del zaguán a la calle para adelantarse y ver qué ocurría. Al poco regresó con la cara blanca tapándose la nariz y la boca con un pañuelo.

—¡Señora Beatriz! —gritó a su ama, que esperaba noticias desde el balcón—. ¡Se han parado porque en la calle de la Botica está pasando un carro con ropa de muertos que van a quemar en el prado de San Sebastián!

Beatriz y Murillo se santiguaron. Quién hubiera pensado que la procesión del Corpus tuviera que pararse para dejar paso a un carro lleno de sayas, camisas y zaragüelles infectados de pestilencia.

Al poco reanudó su marcha en medio de la soledad más espantosa, atravesando calles con ventanas y puertas cerradas, collaciones con casas de muertos por cuyos corredores ya sólo circulaba el aire y el recuerdo de los que allí vivieron. Los esposos contemplaron cómo se alejaba la Custodia hasta que dobló la esquina y se perdió de vista. Entonces oyeron un grito dentro de la casa.

Era Dorotea desde el cuarto de los niños. José Felipe estaba ardiendo por una súbita fiebre, tenía la mirada perdida y la criada le había descubierto dos pequeñas bubas en las ingles, justo en los plieguecillos de carne que su padre pintaba en sus cuadros de ángeles.

EL DOCTOR SIGÜENZA

Morir sin sacramento. Era la obsesión de Murillo: que su hijo muriera sin recibir sacramento. ¿Y dónde lo enterraría? La parroquia de la collación ya no tenía sitio para más cadáveres en su camposanto ni en las criptas bajo las naves. Hacía unos días que se había abierto un carnero para que sirviera de fosa, pero algunos vecinos vieron a perros escarbando y llevándose trozos de los muertos enterrados con prisas porque ya no había tiempo para el respeto que exigen las ceremonias de difuntos.

José Felipe había empeorado de tal forma que su final parecía cercano. Y también María e Isabel Francisca mostraban signos del mal: las hinchazones bubónicas en las axilas, detrás de las orejas y en las ingles. Sin embargo, ellas aún parecían guardar algo de salud y pensó Murillo que quizás Dios en su infinita misericordia se apiadaría de su casa salvando al menos a las dos niñas.

Había mandado llamar a un joven médico llamado Sigüenza que era vecino y al que a veces había preguntado sobre asuntos de anatomía cuando pintaba enfermos o moribundos. Se había aficionado a su compañía porque era buen hablador, hombre culto y que además le recordaba el oficio de su padre Gaspar Esteban.

Beatriz no quería que ningún médico ni cirujano acudiera a su casa porque prefería encomendarse a Dios y rezar todo el día. Ya sabía ella que cuando esta enfermedad entraba en una casa no había ciencia que la frenara. Estaba demostrado que algunos se salvaban, pero sólo por los designios del Señor gracias a las muchas plegarias y oraciones

que se hacían. Además, ya habían muerto varios médicos por haberse contagiado de los dolientes, y ella temía que éste pudiera estar ya impregnado de pestilencia.

Pero, a pesar de su negativa, el doctor llegó a la casa. Venía de visitar a otros enfermos y el cansancio se reflejaba en su rostro. Dorotea le trajo un vaso de agua fresca y le preguntó si quería comer algo. Cuando Beatriz vio a Sigüenza, su mirada se tornó de ira pero también de pánico. Sin embargo, se retiró a su aposento sin decir nada. Nunca perdonaría a su marido que no le hubiera hecho caso y que dejara el destino en manos de absurdas sabidurías de hombres que no se encomendaban a Dios. ¿No entendía que la salvación de sus hijos sólo dependía del Señor? Beatriz comprendió de pronto que, aunque su marido pareciera un hombre devoto, no era más que apariencias. Si pintaba vírgenes, santos y mártires era sólo por encargo y no por creencia verdadera. Se sintió profundamente decepcionada y sola. Ahora además tendría que rezar por el alma condenada de su esposo, que no era más que un farsante que pintaba a Dios para conseguir dineros.

Murillo acompañó a Sigüenza hasta la alcoba de las niñas. Estaban dormidas pero su sueño era tranquilo. No parecían alteradas por el dolor o la fiebre. El doctor les tomó el pulso y comprobó el estado de las bubas. Les habían nacido pústulas negras y Sigüenza confiaba que supuraran, porque en ese caso la salvación de las enfermas era posible.

—No quiero daros falsas esperanzas, querido amigo, pero son niñas fuertes y quizás sobrevivan. Esperemos a ver qué sucede con los apostemas —dijo Sigüenza a Murillo mientras preparaba el instrumental para sangrar a sus hijas.

El pintor se alegró de que Beatriz se hubiera retirado porque ella pensaba que las sangrías sólo servían para debilitar a los enfermos. Pero él sabía, como le había dicho años atrás su padre, que las razones de toda enfermedad se debían a la falta de equilibrio entre los humores del cuerpo. Y que la causa de la peste estaba en la alteración del humor de la sangre por el aire corrupto de las miasmas. Así que era bueno ayudar al cuerpo a expulsar los líquidos nocivos que se mezclaban en la sangre.

Sigüenza practicó la sangría a las niñas con tal suavidad que ni siquiera despertaron de su plácido sueño. Murillo suspiró con tranquilidad al ver que un arrebol les asomaba en las mejillas. Se dirigieron después a ver a José Felipe. Murillo entró en la alcoba cabizbajo, muy triste, pues había perdido toda esperanza de salvar a su hijo. El niño estaba tendido en la cama y apenas asomaba su cuerpecito bajo las sábanas. Se escuchaba la respiración entrecortada e interrumpida a ratos por una tos con esputos de sangre. Cuando abría los ojos, sus pupilas estaban dilatadas y tenía la mirada como perdida en un delirio. Murillo incluso identificó en sus ojos el arretrato místico que había intentado pintar en los rostros de algunos santos. Pero decidió apartar semejante pensamiento. Ahora veía su pintura como un torpe oficio, una vanagloria de pintores sin alma que se limitan a intentar copiar lo creado por Dios.

Desde que los niños enfermaron tenía cerrado el obrador y los encargos sin terminar. No tenía ganas de pintar la vida cuando veía que se escapaba la de sus hijos. Y había vuelto a caer en la duda de si su arte podía llamarse verdaderamente religioso. Lo peor era la aterradora idea que le daba vueltas en la cabeza. Él, que había creado devociones tan hermosas dedicadas a Dios, ¿se merecía el castigo de que murieran sus hijos? ¿Esos mismos niños que había pintado para habitar en la gloria?

Sin embargo, al mismo tiempo se arrepentía de hacer esas preguntas de tanta trascendencia. ¿Quién era él para cuestionar los dictados del Creador? Y entonces rogaba a Dios que le perdonara su osadía pensando que la única culpa de su desgracia la tenía él al haber pintado a sus hijos como ángeles, porque había pecado de soberbia adelantándose al designio divino. Había señalado su muerte en la edad de la inocencia, cuando sus criaturas no tenían pecado y, por lo tanto, sólo el limbo, el sitio de las almas párvulas, les estaba destinado. En los cuadros había determinado su suerte. Y el Señor no había hecho más que cumplir con el dictado de su artista más querido.

También sospechaba que había sido castigado por atreverse a pintar a sucios menesterosos como modelos de personajes sagrados. Y un ejemplo incuestionable era Catalina, la joven prostituta que él

había convertido en la *Inmaculada Concepción* más elogiada de Sevilla. Aquella muchacha hermosa y pecadora fue una de las primeras víctimas de la pestilencia atroz que asolaba la ciudad. ¿Es que creía que Dios iba a permitir semejante osadía del artista?

—¡A vuestro hijo no le queda mucho tiempo de vida — interrumpió sus pensamientos Sigüenza—. Os pido que me permitáis hacer un último intento.

—Haced lo que tengáis que hacer, pero dejadme que llame antes a un sacerdote para que le administre el sacramento —respondió Murillo temiendo que no encontraría a un religioso en aquellos días de tanta muerte.

Ordenó a la sirvienta Dorotea para que acudiera presta a la cercana parroquia de San Isidoro, pero la mujer se quedó parada sin decir nada. Tenía miedo de contagiarse si salía de la casa.

—¡Vamos! ¿No me has oído? ¿A qué esperas? ¡Maldita sea! ¡Ve a cumplir lo que te he mandado! —gritó Murillo con los ojos encendidos por la rabia.

Dorotea se asustó mucho y salió corriendo. Era la primera vez que su amo perdía sus habituales buenas maneras de hombre afable y bondadoso. Sigüenza calmó a Murillo y ambos se sentaron en la cama para observar al niño, que respiraba con dificultad y a ratos se despertaba entre espasmos. El médico le tomó el pulso y después abrió el cabás donde guardaba la lanceta y el bisturí. Aunque era doctor de los que no se manchan con sangre y fluidos como los cirujanos, Sigüenza ejercía todos los oficios de la sanación pues no eran tiempos para remilgos y jerarquías.

—Abriré los bubones para que salga el líquido maligno y luego cauterizaré. Pero no os prometo nada —explicó.

Murillo asintió. Estaba sumido en un silencio profundo sin oír lo que Sigüenza le decía. Miraba a su hijo observando con tristeza cómo iba perdiendo el color, poco a poco, como un lienzo antiguo. De pronto recordó a aquel niño que había muerto en la tienda de su padre hacía muchos años. Podía recordar el tono blanquísimo y la languidez del cuerpo poco antes de expirar. Estaba sumergido en lo más oscuro de su memoria cuando entró en el aposento Beatriz con el cabello revuelto y los ojos enrojecidos por el llanto. Lanzó una mirada

furiosa a su esposo y a Sigüenza y se dirigió al lecho para abrazar a su hijo.

—¡No hagáis eso, por Dios, que os contagiaréis! —le gritó Murillo intentando pararla, pero ella no atendía a razones.

Estaba como loca.

—¡Dejadme, es mi hijo y quiero morir con él! —gritaba sin consuelo—. ¡No resistiré que se muera! ¡Llevadme con mi niño, Dios mío!

Murillo dejó que se abrazara a José Felipe, que pareció despertar de su sueño de moribundo. Con la respiración entrecortada pidió agua, pero Sigüenza dijo que no le dieran nada antes de practicarle la sangría. Y entonces, Beatriz lo miró fijamente y se abalanzó contra él. No entendía que a su hijo sediento y abrasado por la fiebre no se le diera la caridad de un sorbo de agua. Murillo logró pararla a tiempo, pero ella continuó forcejeando hasta que se desmayó. Su marido la llevó hasta una silla que había junto a la ventana para que le diera el aire de la calle.

—Será mejor que se quede así desvanecida y os deje hacer vuestro trabajo. Ya se despertará más tranquila —dijo Murillo mientras acariciaba con mucha ternura el rostro de Beatriz.

Se oyeron voces en el patio y el pintor bajó a ver qué ocurría. Era Dorotea, que lloraba desesperada. Llevaba el vestido lleno de barro, como si en su alocada carrera se hubiera caído en un lodazal de inmundicias.

—Señor, el sacerdote no está en la parroquia y me han dicho que no regresará en todo el día porque no paran de morir cristianos. Hace horas que no saben ni dónde está —dijo desconsolada.

Murillo regresó a la alcoba de José Felipe y con una simple mirada indicó a Sigüenza que comenzara a sajar el bubón. Lo que tuviera que ocurrir que sucediera cuanto antes. Se acercó a su hijo y le acarició la manita tantas veces pintada. Comenzó entonces a rezar mientras contemplaba su rostro. Era consciente de que observaba para no olvidar ningún detalle. Quería memorizar para seguir pintándolo en sus cuadros. Así apartó todas sus dudas anteriores. Con determinación había decidido que esa carne de ángel habitaría en sus fondos de gloria para siempre. Él le daría la eternidad.

LOS DOLIENTES

Enterrarían a José Felipe en el carnero abierto en el Arenal porque no encontraron un palmo de tierra en la parroquia de San Isidoro, junto a su casa de morada. Era una de las fosas más grandes de la ciudad y estaba en el mismo lugar donde se levantaba el populoso malbaratillo en el que se solía vender ropa usada. En esa zona cercana al puerto había siempre gran bullicio y trasiego de comerciantes y pícaros que malvendían el fruto de sus hurtos. De las basuras y arenas del río se había acumulado con los años un gran muladar que no espantaba a los que querían conseguir ropas y muebles a buen precio. Sin embargo, la necesidad de los tiempos oscuros había hecho que se convirtiera en una gran fosa. Era una de las siniestras bocas que se sucedían extramuros desde el alto de Colón a los Humeros, la Almenilla o el prado de San Sebastián. Y como no dejaban de llegar muertos, seguían abriendo más carneros en las afueras por las puertas de la Macarena, de Triana y del Osario, que jamás se vio ciudad con tantas fosas sin nombre que no cesaban de devorar hombres.

Quiso Murillo que su hijo José Felipe reposara en ese barrio en el que él había vivido su infancia, junto al animado puerto del Guadalquivir, con aquel hermoso paisaje de mástiles que él solía contemplar desde la azotea cuando era niño. Cerca de allí también descansaban sus padres muertos ya hacía tantos años.

Murillo fue solo a enterrar a su hijo porque Beatriz no podía resistir el dolor y había decidido no acompañarlo. Acordaron que en

cuanto él regresara a casa llevarían a María y a Isabel Francisca al Hospital de la Sangre, frente a la Puerta de la Macarena, que había sido adecentado como morbería de apestados. Seguían así el consejo de Sigüenza, que ejercía allí como doctor y que pensaba tratar a las niñas con unos métodos practicados con éxito en la ciudad de Milán, que no hacía mucho también había sufrido la peste.

El pintor caminaba detrás del carro que llevaba a su hijo difunto. El cuerpo del niño había sido colocado con cuidado, pero con el traqueteo del camino un brazo fue descolgándose hasta salir fuera de la carreta. La manita se balanceaba como si aún estuviera vivo. Quiso creer Murillo que su hijo le pedía dulces, como hacía tantas veces cuando se aburría viéndolo pintar. Junto al niño se acumulaban otros cadáveres mezclándose cabezas, piernas y brazos en un dibujo grotesco y atroz. Por las ropas de los muertos, el pintor dedujo que había ricos mercaderes, pero también miserables mendigos y labriegos sucios de sudor y tierra. Y le pareció que contemplaba una de esas macabras danzas de la muerte pintadas en algunas iglesias que mostraban cómo la Desnarigada iguala a todos en el momento supremo.

Cuando llegó al carnero del malbaratillo vio que en el borde de la fosa había cadáveres de apestados de días anteriores y dentro otros muertos mal enterrados, apenas cubiertos por unas paletadas de cal viva con las que se intentaba evitar infecciones. Uno de los hombres que llevaban el carro de muertos le indicó con un gesto que se tapara la nariz y la boca con un pañuelo, no sólo por la hediondez sino por el efecto de las miasmas, que decían que era lo que provocaba la corrupción del aire. Así de terrible era esta enfermedad de la que ni siquiera se sabía con exactitud a qué se debía, si al roce con los enfermos o a respirar el aire maligno. Y eso era lo que más pavor daba. Tanto era así que, cuando alguien enfermaba, se temía de tal forma que hasta se evitaba mirar al doliente por si en eso residiera la razón del contagio. Así se vio que ni los hijos querían cruzar la mirada con el padre enfermo ni al contrario, prueba de que estaban perdidas la caridad, la fe y la esperanza.

Muchas veces había reflexionado Murillo sobre cuál había sido la causa de que la enfermedad entrara en su casa. Y le obsesionaba con

gran dolor porque pensaba que aquel desdichado día en el que acudió a la quinta del marqués y se acercó a Catalina, la peste pudo haberse agarrado a sus ropas y quedar latente para luego arraigar en la criatura más frágil de su familia. El pintor lamentó profundamente no haber sido él quien enfermara en lugar de sus pobres hijos.

Cuando los hombres del carro tomaron el cuerpo de José Felipe y lo arrojaron a la fosa, Murillo perdió fuerzas y cayó de rodillas sin parar de llorar. Era incapaz de soportar la estremecedora escena de ver cómo esa carne de ángel se pudría en el infierno de la muerte. Descubrió la intensa negrura de las bubas en el cuerpo blanquísimo de su hijo. Jamás volvería a usar ese color de la misma forma. Cómo comprendía ahora que los pigmentos tienen memoria y recuerdos. Incluso pudo apreciar en el cadáver del niño muchos matices del color negro que no había sospechado que existieran. Ahora la luz y el color de su paleta le parecieron pobrísimo artificio ante esa cruel demostración que le ofrecía la vida. ¿Era quizás una advertencia sobre la falsedad de su arte? ¿Acaso el mismísimo Dios le estaba dando una lección magistral mostrándole con crueldad las infinitas tonalidades de su creación? ¿Castigaba así al artista que se había entretenido en pintar sólo la felicidad y la hermosura señalándole que tenía que reflejar también el lado oscuro del mundo?

Los arrieros del carro de la muerte ayudaron a incorporarse a Murillo, pero ni siquiera lo animaron con frase alguna de consuelo porque habían visto esa escena tantas veces que tenían el corazón endurecido como una piedra. Era la única forma de soportar el peor oficio de la tierra.

Murillo anduvo de vuelta sin saber por dónde deambulaba pues no reconocía las calles ni las plazas. Le parecía recorrer otra ciudad, una Sevilla habitada de espectros tras las fachadas oscuras tan ajenas a la alegría de la cal y la luz de antaño. Se perdió varias veces antes de llegar a su casa, donde le esperaba muy nerviosa Beatriz. Los criados ya habían preparado unas angarillas para llevar a las niñas al hospital, ya que no se podían alquilar carruajes ni nadie además habría querido llevar a unas enfermas.

Isabel Francisca y María estaban muy débiles y sus padres reconocían en ellas los mismos síntomas que había padecido José

Felipe, pero albergaban la esperanza de que el tratamiento de Sigüenza tuviera efecto. Los Murillo atravesaron la ciudad con las niñas hasta llegar a la Macarena. Ante la comitiva apareció una escena horrible. La explanada que antecedió al gran edificio de mármoles del hospital estaba llena de enfermos agonizantes que esperaban su turno tumbados sobre la tierra. Muchos morían sin poder ingresar. Cientos de infectados yacían en lo que antes habían sido unos discretos jardines donde se cultivaban plantas medicinales. Ahora estaban sembrados de apestados, de cadáveres tapados con un sudario, de hogueras en las que ardían plantas aromáticas y maderas de olor, ramas de ciprés y pino para espantar los efluvios de la peste.

Ante semejante espectáculo, Murillo no sabía muy bien qué hacer, pero intentaría entrar en el hospital y buscar al médico con el fin de que le indicara si había entrada por otro lugar. Quería evitar a Beatriz el paso por aquel campo de muertos y de enfermos. El pintor caminaba sin poder apartar la mirada de las horribles escenas que se producían a su paso. Y quedó hipnotizado por la visión de un anciano, que no era más que pellejo y bubas, gritando desesperadamente junto a una hermosa mujer que, desfigurada por la enfermedad, no paraba de vomitar manchando su saya de terciopelo y brocados, mientras a su lado un perro famélico lamía los charcos de sangre negra. Todo un tratado de pintura de la crueldad.

También le sorprendió ver en medio de ese moridero a un hombrecillo sentado tranquilamente en un poyete, junto a unos matorrales. Parecía escribir, pero al pasar a su lado vio que estaba dibujando. Murillo comprobó que no tenía mucha habilidad con el carboncillo, pero no le temblaba el pulso copiando la composición que formaban el anciano agonizante, la mujer que vomitaba y el perro que bebía sangre. Pintaba la vida con todos sus horrores, con todos sus matices negros. Y Murillo, a pesar de la torpeza del boceto, sintió que aquel hombre pintaba más verdad que él. Y se despreció profundamente, porque de nuevo le asaltaban las dudas y su pintura le pareció inútil, superficial e intrascendente.

Esos torpes apuntes del natural no mostraban amables escenas sobre milagros de santos o aventuras peregrinas de beatos sino la vida misma. La vida de verdad con toda su brutalidad, con su dolor, con su

miseria. No la disfrazaba con pigmentos. No intentaba atrapar la belleza. No buscaba la verdad divina. Era el patético y atroz relato de la realidad. Y, aunque aquel hombre no supiera pintar, lo que aparecía en el boceto le pareció a Murillo mucho más auténtico que las obras excelsas que él había realizado con gran fama y gloria.

Fue en ese momento de dolor y amargura, mientras intentaba evitar a los muertos y llegar al hospital para salvar a sus hijas, cuando Bartolomé Esteban Murillo decidió que jamás volvería a pintar. Se había dado cuenta de que su arte era un error, un boceto absurdo y sin sentido.

Y siguió camino de la puerta del Hospital de la Sangre buscando a Sigüenza. Nada le importaba más que eso. Lo demás sólo era la vanidad del fatuo artista que había sido hasta entonces.

LOS NIÑOS PINTADOS

Era 2 de julio y caía un sol de plomo sobre la ciudad. Por las calles procesionaba el Cristo de san Agustín, pero no había sido la única imagen sagrada en salir. Los sevillanos ya no sabían a quién rogar, a qué santo pedir un milagro, ante qué altar arrodillarse ni qué reliquias rozar con devoción. Sin embargo, todo había sido en vano. La salida de aquel Cristo que tenía fama de muy redentor era la última esperanza. Murillo lo vio a lo lejos pasar por la calle Sierpes, con su figura de madera muy oscura y la melena al viento.

Ya no creía que los milagros fueran posibles. Él, que había pintado tantas escenas de curaciones realizadas por santos, de intercesiones divinas, de relatos místicos y fabulosos. ¿Qué podía pensar después de haber enterrado a sus tres hijos? María e Isabel Francisca murieron a los pocos días de haber sido ingresadas en el Hospital de la Sangre. El doctor Sigüenza hizo todo lo posible: sangrías, sajar las bubas, vestir a las niñas con ropas aromadas, darles baños de salvia y romero y hasta untarlas con tierra sigilata, que decían que había sido el remedio más efectivo en la peste de Milán.

Murillo consiguió, por la amistad que tenía con los frailes del convento de San Francisco, que se pasara por el cuerpo de las niñas el divino dedo de santa Rosalía, pero de nada sirvió. La carne de sus ángeles estaba condenada al pudridero más atroz. Y así lo había querido Dios. ¿Qué podía hacer él?

Ese día notó que había más gente en la calle, aunque pensó que sería por la procesión del Cristo de san Agustín. Sin embargo, algo

parecía haber cambiado. Ya no era la ciudad solitaria y fantasmal de la pasada festividad del Corpus cuando la epidemia estaba en su apogeo. El pintor no lo sabía, pero, en efecto, existían ciertos signos de mejoría. El doctor Sigüenza no había querido decirle a su buen amigo que en la última jornada habían entrado en el hospital nada más que cinco enfermos y que de todos los reclusos sólo habían muerto siete, cifra para la esperanza después de que algunos días hubieran llegado a morir más de mil personas. De hecho, en el Hospital de la Sangre ya se había ordenado que se colocaran banderas de salud. Y hasta se celebraron juegos de toros en la misma explanada que Murillo había visto como campo de moribundos.

Nada reveló Sigüenza de estas mejorías. ¿Para qué dar buenas nuevas a quien lo había perdido todo? ¿Qué pensaría Murillo de que justo el día en que murió María, la única de sus hijos que aún resistía, fuera precisamente cuando comenzó a reconocerse que se salvaban más enfermos de los que morían?

Murillo oyó que, al paso de la procesión, los sevillanos hablaban del milagro del Cristo de san Agustín, ya que desde su salida por la mañana se habían visto prodigiosas señales. Al parecer, en la fuente del Arzobispo se había curado un caballero apestado después de beber el agua fresca. Y también había atravesado el cielo una nube con forma de cruz que dejó un aroma a bosque y viento limpio que hacía mucho que no se olía en la ciudad enferma. Pero él nada creía de lo que escuchaba y prefería no atender a milagros y prodigios que ya de nada le servían.

Caminaba hacia las afueras con dos saquitos de tierra. Tal y como le había aconsejado Sigüenza, había picado las paredes, el suelo y el techo de los aposentos. Y la tierra resultante la llevaba a enterrar en una zona apartada para que no contagiara a nadie. Pensaba con dolor que a esos sacos de tierra infectada les iba a dar más digna sepultura que la que habían tenido sus hijos, enterrados de forma precipitada en fosas anónimas.

También había ordenado que enjalbegaran las estancias, encalaran los muros y abrieran las ventanas durante varios días para que las miasmas abandonaran el hogar de los Murillo. Además quemaron los juguetes, las ropas y las sábanas de los niños. Fue otra

escena de gran dolor para Beatriz, que no comprendía por qué no podía guardar lo único que le quedaba de sus hijos. Dos días estuvo encerrada llorando en su alcoba sin querer comer ni ver a nadie.

Ya pasadas las primeras semanas, Beatriz dio muestras de cierta recuperación al consolarse contemplando a sus pequeños en las pinturas de su marido. Cuánto agradecía ahora que los hubiera retratado como ángeles de carnes rosadas o bien como niños que jugaban y reían en escenas de costumbres. Beatriz recorría el obrador una y otra vez acariciando sus caritas en los bocetos durante largas horas. Los observaba como querubines que custodiaban el trono de Dios o serafines que guardaban la luz, estremecida al redescubrir la carne que ella había parido, las bocas que habían bebido su leche y los cabellos que había peinado con tanto amor. En su aposento había colgado los dibujos y por las noches se levantaba para observarlos detenidamente a la luz de una lamparilla hasta que la rendía el sueño. Todos los días, nada más despertarse, corría a rezar ante ellos y colocaba velas en un altarcillo en el que nunca faltaban flores.

Más tarde se decidió a cumplir con una liturgia que consiguió aliviar más aún su dolor. Beatriz despertaba al alba y, acompañada por la sirvienta Dorotea, acudía a la iglesia de Santa María la Blanca. Sabía que allí, en uno de los lienzos, al lado de la Virgen, estaba José Felipe. Recordaba el día en el que el niño aguantó durante más de una hora posando para su padre sin quejarse porque le habían prometido cucharadas de leche caliente endulzada con miel. En aquel cuadro aparecía lleno de salud y de vida, con las mejillas arreboladas y el cabello rizado de color rubio oscuro.

Beatriz contemplaba un buen rato a su hijo y creía que de un momento a otro saldría volando entre las nubes de esa corte celestial. Y se encomendaba a la Virgen para que cuidara de él y que no se escapara de su lado ni de esa nube en la que su padre lo había pintado como si durmiera un sueño eterno.

Después salía de Santa María la Blanca para encaminarse al convento de San Francisco. En el claustro chico colgaban las pinturas con las que su marido había conseguido la admiración de Sevilla. Las obras en las que todos adivinaron que tras ese joven que casi nadie conocía se escondía un consumado artista capaz de representar como

nadie las figuras sagradas y también las profanas, sorprendiendo con un uso de la luz que no se había visto nunca en la ciudad y que nada tenía que ver con los maestros veteranos como Pacheco, Herrera el Viejo o Alonso Cano.

Allí, en esos fabulosos lienzos que mostraban una religiosidad amable y delicada, sin nada que ver con las tétricas escenas en claroscuros y con los martirios sangrientos de otros pintores, estaba pintada María, su hija mayor, que aparecía en la escena de la cocina de los ángeles como uno de los guardianes de la luz que mostraban las virtudes y hacían de mensajeros divinos. Beatriz recordaba las tardes que pasaron elaborando las hermosas alas que llevaría en el cuadro. Con qué cuidado compró las plumas de ganso y las cosió en las alas de su angelito. Y qué sosiego le daba ahora verla sonriendo.

Acudía Beatriz al convento de San Francisco a la hora que sabía que los frailes estarían rezando. Luego ordenaba a Dorotea que hiciera guardia y le advirtiera si llegaba alguien que pudiera alterar su ceremonia de contemplación. Así, ajena a toda mirada en la soledad del claustro, podía acercarse tanto como quisiera y hasta rozar con devoción la carne pintada de sus hijos.

Después se dirigía al convento de la Merced Descalza para observar largo rato a su querida Isabel Francisca en brazos de María y san José huyendo a Egipto. Y Beatriz se tranquilizaba viendo que su hija estaba con el mejor de los cuidados, aunque en la escena la Sagrada Familia apareciera temerosa por la matanza de los inocentes. Pero, no, nada tenía que temer su pequeña. Ella se había salvado y habitaba ya en la gloria.

Pasada la hora del almuerzo y, a pesar de las advertencias de Dorotea, Beatriz se encaminaba entonces al convento de Madre de Dios, donde sabía que había otro cuadro en el que su marido había pintado a José Felipe: *La Virgen con el Niño y san Juanito*. José Felipe era san Juanito y, aunque el cuadro estaba colocado muy alto y apenas había luz en la iglesia, Beatriz lo reconocía. Con eso se consolaba todo el día.

Así regresaban ambas, ama y sirvienta, con la sensación de haber jugado con los tres niños y hasta haberles dado de comer, como si no

hiciera meses que yacían en las oscuras fosas de la peste, a solas con la muerte y sin que nadie pudiera compadecerse de sus llantos.

Por eso Murillo agradecía que la contemplación de su pintura sirviera de consuelo a Beatriz. Él sentía mucho alivio por haberlos inmortalizado haciendo que sus rostros y cuerpecillos no quedaran en el olvido. Tras enterrar el último recuerdo de sus hijos, cuando ya salía por la Puerta de Jerez, vio que junto al río se levantaban numerosas hogueras que seguramente daban buena cuenta de enseres de los muertos. No muy lejos estaba el quemadero de la Santa Inquisición y era curioso que ya no ardieran herejes en Sevilla sino ropas de difuntos, porque las llamas no buscaban la salvación de las almas sino la purificación del aire. A pesar de que se quemaban ropas de enfermos, no olía a pestilencia sino a ámbar y esencias, cosa extraña que provocó su curiosidad. Así, decidió acercarse y vio que entre las llamas no había andrajos ni telas llenas de liendres sino fabulosos trajes de terciopelos, sedas de la India, biombos del Japón y muebles de maderas preciosas y exóticas.

Y lo presenciaba gente muy principal, de buen porte, aunque el pintor pudo apreciar que, a pesar de la compostura y altivez, parecían salidos del infierno, fantasmas enflaquecidos y con la mirada amarilla y turbia de quien se ha asomado al abismo de la muerte. Murillo observó que a su lado pasaban mujeres calvas que no hacía mucho habían tenido hermosos cabellos, y mercaderes riquísimos llenos de arrugas y pellejos. Ya no llevaban lujosas galas porque, como todos los habitantes de la ciudad diezmada, pensaban que esta epidemia había sido un castigo por sus muchos pecados de gula, lujuria y avaricia. En la urbe que había sido capital de la pompa y la gala, nueva Babilonia del más importante reino de esta tierra, se habían acabado las glorias mundanas.

Y ahora comenzaba otro tiempo.

NATURALEZAS MUERTAS

EN LA VILLA Y CORTE

Creyó oír el levísimo crujido de las alas de un ángel que parecía venir del cuadro. ¿Era quizás que podía apreciar en ese lienzo el prodigio de ver pintado el sonido? Murillo se retiró unos pasos para contemplar la escena de Tintoretto. Sí, ahora tenía claro que frente a aquellos maestros él no era nada, sólo un mísero servidor de los pinceles, un copista que sabía cumplir con los encargos de los poderosos, pero que jamás llegaría a pintar con esa libertad, atrevimiento y osadía.

Ya le había ocurrido en otras ocasiones, pero ahora el desasosiego era mayor. Ante el lienzo de Tintoretto sintió que su pintura era un vulgar remedo, un correcto ejercicio artesanal que servía para cumplir con quien pagaba, obras que gustaban precisamente porque no se atrevían a ser arriesgadas, a no gustar, a rebelarse ante quien las había dictado. Él pintaba lo que se esperaba que pintara, pero ¿no era eso acaso a lo que debía su fama y buena fortuna?

¿Y aquellos colores? ¿De qué pigmento maravilloso se había servido Tintoretto para el traje de esa dama? Parecía que el maestro veneciano había mojado su pincel en el mismo cieno musgoso de la laguna. Era en verdad un verde imposible y viscoso. ¿Quería sugerir el terciopelo o la seda? Qué más daba, era una tela que no existía más que en aquel cuadro y, sin embargo, qué verdadera. Cuánta maestría para equilibrar imaginación y verismo, realidad y ficción. Aquello que aparecía en el cuadro era un trozo del mundo, pero al mismo tiempo era un fragmento de algo único inventado por el artista.

Volvió a acercarse al lienzo para apreciar con cuánta habilidad había creado la encarnadura de la mujer pintada. Era evidente que bajo esa pátina del óleo corría la sangre, el aire, la vida. Apreció los detalles del empastado y la pincelada descubriendo mil sutilezas que parecían fruto de la improvisación del genio, pero que realmente eran hijas de la técnica, la sabiduría y la experiencia. Murillo también era capaz de crear el artificio de la vida, el agudo y certero efecto óptico que servía para engañar al ojo; pero sabía que le faltaba algo más. ¿Trascender el gusto de su época? Él había conseguido asombrar a los hombres de su tiempo, pero ¿qué ocurriría con sus cuadros en el futuro? ¿Pasarían de moda? ¿Quedarían anticuados cuando muriera? Cumplía sus encargos con excelencia, pero su pintura no molestaba, no incomodaba, como ocurrió con los cuadros de Tintoretto hacía casi un siglo. Ésa era la diferencia. Tintoretto era ahora un genio mientras que dentro de cien años nadie recordaría a ese pintor sevillano al que todos encargaban cuadros pero cuyo nombre había quedado en el olvido.

Murillo sintió un abismo bajo sus pies al comprender que sus cuadros no le sobrevivirían. Gustarían y emocionarán algún tiempo, le seguirían pagando bien, sería respetado y copiado, pero no obtendría la inmortalidad de los genios. Él jamás realizaría el arte indiscutible que se hacía para hombres que aún no habían nacido. El extraño e intangible arte de pintar para los que todavía no han sido alumbrados. Eso es lo que ahora reconocía que no había conseguido. Una realidad descubierta ante el Tintoretto que colgaba del Salón de los Espejos del Alcázar Real.

Soltó los pinceles y volvió a distanciarse del cuadro para comprobar el extraño efecto sonoro que provocaba el lienzo. Pero ¿realmente Tintoretto había conseguido pintar el sonido? ¿Era eso posible? Sí, claro que sí. Ahora oyó nítidamente el rumor de las alas de los ángeles, el roce de los tejidos de los personajes que se movían dentro del cuadro e incluso el murmullo de lo que ocurría bajo el suelo que pisaban. Sonaban las raíces buscando espacio bajo la tierra y las corrientes descubriendo cauces ocultos. Y, por supuesto, también podía oír el viento que soplaba en la escena agitando las copas de los árboles y levantando los vestidos de las figuras. Ese

cuadro se podía contemplar con los ojos, intuir cómo era el tacto de los objetos, pero también se podía descubrir el eco de las cosas.

Murillo repasó mentalmente sus más afamados cuadros. En ninguno de ellos se podía oír el viento. Nunca llegaría a la gloria de Tintoretto. Sin embargo, al observar el perfil de un santo que aparecía en el cuadro del maestro italiano se dio cuenta de que se parecía a su san Antonio. Aún recordaba con qué trabajo había conseguido sugerir en la pintura la áspera tela del hábito, el tono exacto de un tejido envejecido en el que se debía leer la biografía del santo. Se sintió reconfortado e incluso se atrevió a pensar que en realidad su san Antonio era mejor. Mucho mejor. Más auténtico. Más real. Había pagado a un viejo marinero que pedía limosna cerca de su casa para que posara. Los surcos que el sol, el mar y el tiempo habían dibujado en el rostro del anciano servían a la perfección para el retrato del santo. Sí, en efecto había detalles en los que superaba al gran maestro, aunque el resultado final no fuera más que una simple copia de la realidad. Un buen trabajo aplaudido por todos y no como los de aquel Tintoretto que molestaba con sus escorzos, con sus colores oscuros, con sus escenas extrañas que nadie se había atrevido a pintar.

Ya se retiraba la luz de la tarde, aunque aún faltaba un buen rato para que anoheciera. Las altas ventanas estrechísimas convertían aquel viejo Alcázar madrileño en un lugar especialmente oscuro. Parecía que se empeñaran en no dejar entrar el sol, a pesar de que los espejos multiplicaban de forma sorprendente las luces. Sin embargo, casi reinaban ya las sombras, así que no podía seguir mirando aquel lienzo de Tintoretto que el maestro Velázquez le había permitido copiar en la galería de arte de la residencia real.

Llevaba dos meses en la corte, alojado en la casa de su paisano, y no dejaba de asombrarse con los tesoros que encontraba en el Alcázar. Durante su estancia en Madrid había admirado cuadros de Tiziano, de Rubens, de Ribera, del Veronés y, por supuesto, del fabuloso Tintoretto. Desde que vio por primera vez un cuadro suyo se dio cuenta de que su pintura tendría que cambiar sin remedio. No podía seguir siendo el mismo artista después de haber contemplado esos cielos. Cielos en los que había entrado la ira de los tiempos, los

temporales de la historia, el aguacero que anticipa lo prodigioso. Cielos que no eran amables y azules, vaporosos y paradisíacos como sus cielos de gloria, en los que él creía haber encontrado la perfección. Los de Tintoretto sí que eran cielos milagrosos. Y en ellos siempre parecía que estaba a punto de ocurrir algo espantoso, como si la pintura no se limitara a retratar la realidad sino que creara una dimensión nueva y diferente.

Se asomó a la ventana. Corría un viento frío del norte. Miró a lo lejos la sierra y observó ese azulgris madrileño que tanto había visto en los cuadros de Velázquez. Se preguntaba si su amigo echaría de menos los cielos sevillanos. ¿Tendría nostalgia de la furia de los soles del sur? ¿El azul intenso de ciertas tardes? Qué tontería, Velázquez era un hombre de mundo. Había viajado en dos ocasiones a Italia, donde había adquirido algunos de los cuadros que ahora decoraban este palacio y otros sitios reales. ¿Cómo iba a pesar el recuerdo de la ciudad natal en un hombre que viajaba constantemente admirando siempre nuevos lugares? Velázquez era desde hacía muchos años un siervo del rey que, a causa de su puesto como aposentador, debía ocuparse de que las residencias estuvieran dispuestas para el monarca. Tenía que trasladarse desde el Alcázar al Buen Retiro y luego a Aranjuez y al Escorial y hacerse cargo de las grandes obras realizadas en distintos lugares del reino. A diferencia de él, que sólo había visto el limitado cielo sevillano, Velázquez había podido contemplar el cielo de muchas ciudades. Por eso había tanta grandeza en su pintura. ¿La había también en la de Murillo? Era un pintor célebre en Sevilla, pero jamás había salido de allí. Ni siquiera se había atrevido a viajar a las Indias como proyectó cuando aún era un muchacho. En el fondo era un pobre cobarde, alguien sin ambiciones, con temor a caminar por territorios que no le fueran conocidos. Y quizás su pintura estuviera pagando esa falta de horizontes.

Sin embargo, Murillo era un hombre de buen carácter que no se rendía ni dejaba que los malos pensamientos ensombrecieran su vida. No había ocurrido cuando murieron sus hijos ni pasaría ahora en estos días madrileños en los que volvía a dudar de su arte al ver a los genios que nunca podría igualar. Por eso tampoco cayó esta vez en el pesimismo y resolvió agarrarse a sus virtudes consolándose al pensar

que tampoco Tintoretto salió nunca de su querida Venecia y que eso no hizo que a su pintura le faltara arrojo. La osadía estaba dentro de uno mismo y no dependía de lo que se hubiera visto o de lo mucho que se hubiera viajado. A fin de cuentas, hay personas que recorren el mundo y no aprenden nada y otros que logran saber más de la vida y hasta alcanzan la sabiduría sin salir de su aposento.

Más animado, se retiró de la ventana para volver a contemplar el Tintoretto, pero el contraste del salón oscuro con el sol que había fuera le mantuvo sin visión durante unos instantes. Incluso de esa extraña penumbra guardó en su memoria los negros, ocre y pardos que le nublaban los ojos. De pronto oyó un rumor lejano que parecía propagarse a través de los laberínticos pasillos, subiendo por las escaleras y provocando ecos en los altísimos techos. Murillo se sintió inquieto. Sabía que no había casi nadie en el Alcázar, apenas la guardia necesaria para vigilar las cámaras reales y la mínima servidumbre que mantenía la residencia. La corte aún permanecía en El Escorial, aunque llegaría en unas semanas. Velázquez estaría dando las últimas órdenes antes de organizar el desestero de noviembre. En apenas unos días decenas de criados se ocuparían de limpiar alfombras y tapices, desempolvar muebles y colocar los braseros para el invierno. Todo debía estar listo para que el rey Felipe encontrara acomodo y placer en el Alcázar, aunque éstos fueran tiempos de pesar y melancolía.

El cuarto Felipe ya no era el Rey Planeta del pasado, el hombre victorioso de Breda, el esposo feliz que compartía lecho con la hermosa Isabel de Borbón y se alegraba con su hijo Baltasar Carlos. Ahora todos estaban muertos: aquella España antes vencedora, la reina y el infante. Y a los tres los había pintado su amigo Velázquez: el reino que vencía en Breda, la hermosa reina a caballo y el niño vestido de cazador sin que nada en su rostro presagiara su temprana muerte.

¿Cómo se puede pintar el anuncio de la muerte en el rostro de un niño? Verdaderamente era imposible e incluso cuestionable. Pero él lo había intentado en sus cuadros del Niño Dios cuando se pincha con una espina como la de la corona y una sombra en la mirada desvela el anuncio de la muerte. Sin embargo, no lo había hecho con sus propios

hijos, aquellos niños pintados bajo las peanas de sus Inmaculadas, convertidos en nubes místicas, en criaturas que ascienden a los cielos. ¿O sí?

El ruido se hizo más intenso. Alguien se acercaba. Murillo vio una larga sombra proyectarse en la pared de la escalera. Era Velázquez, que después de cumplir con sus tareas se reencontraba con su amigo. Parecía cansado y como si en sólo unas horas hubiera envejecido varios años. Murillo percibió que Velázquez arrastraba los pies hasta que se dio cuenta de que él lo observaba y recompuso su postura. Tenía cincuenta y seis años y contaba con buena salud, aunque había confesado a Murillo que el último año había tenido mucho trabajo en su cargo de aposentador. Todo eso le había afectado el ánimo, sobre todo porque las tareas cotidianas le impedían dedicarse plenamente a su pintura. Murillo, con su experiencia de hijo de cirujano, había percibido esos últimos días una sombra entre gris y amarilla en el rostro y en las manos de Velázquez. Pensó que quizás sufría un padecimiento de la bilis, pero prefirió no comentar nada.

—Veo que habéis trabajado bien poco —dijo Velázquez al comprobar que su amigo apenas había abocetado la copia—. ¿Sólo unas vagas pinceladas os ha inspirado el divino Tintoretto?

—Al contrario, maestro —respondió sonriendo con emoción Murillo—. ¡Ha producido en mí un efecto devastador! Me ha anulado el ingenio. Después de esto no se puede volver a pintar.

—Pues, si lo hubiera sabido, no os habría dejado verlo —rio Velázquez, que parecía recuperar su ánimo con la charla—. En Sevilla no me van a perdonar que haya secado el ingenio de su mejor artista.

Velázquez estaba feliz de haber acogido a su amigo sevillano. No se habían conocido antes porque él se había marchado de la ciudad cuando Murillo era apenas un niño, pero conocía su fama de gran artista. Sabía que todas las iglesias y conventos requerían sus servicios. Además, Velázquez nunca dudaba en ayudar a sus paisanos, como ya había hecho con Zurbarán en la corte. En Murillo además había encontrado a un excelente conversador y a un hombre sincero y honrado. La leyenda sobre su bonhomía no era falsa y agradecía los ratos de charla que después de la cena solían tener en la biblioteca.

Sin duda, uno de los mejores momentos del día ahora que las jornadas se le hacían cada vez más pesadas y que se avecinaba el regreso de la corte al Alcázar para la temporada de invierno.

—Cuando visité Venecia estuve varios días copiando los cuadros del gran Tintoretto en la Scuola de San Rocco. Ah, aquellos techos pintados... ¿Sabéis que me mareé contemplando aquellas maravillas ejecutadas en las alturas? —dijo Velázquez acercándose para observar la copia de su amigo—. ¿Por qué no habéis encendido el candil? ¿Es que pintáis entre tinieblas? ¡Ya pasaron los tiempos del gran Caravaggio!

Velázquez encendió la lámpara y una luz amarilla iluminó el Salón de los Espejos. Las ilusiones ópticas pensadas para ese espacio reproducían volúmenes insospechados y perfiles apenas intuidos hacía sólo un momento. La débil luz provocaba que temblaran las imágenes de Tintoretto, que por el prodigio de sus escorzos parecían moverse. Era como si todos los personajes pintados estuvieran a punto de escapar de los lienzos.

Después Velázquez se acercó para ver la hermosísima puesta de sol que se contemplaba desde la ventana en el cercano Campo del Moro y allá a lo lejos en la sierra. Hacía frío y olía intensamente a bosques. Casi era posible olvidar por un momento el hedor a orines, excrementos, animales muertos y ropa sucia que llenaba los aires de Madrid y que llegaba hasta el mismísimo Alcázar. Un edificio que además incorporaba sus propios olores a polvo de siglos, sótanos enmohecidos, cortinajes podridos, aposentos poco ventilados y el extraño aroma a ámbar y manteca que desprenden los linajes mal cruzados.

—¿Habéis visto esa luz transparente? Parece que estuviera cayendo una cortina de agua desde el cielo —observó Velázquez.

—Los mismos cielos maravillosos que habéis pintado en vuestros cuadros —señaló Murillo.

Velázquez aspiró el aroma limpio de la tarde y quiso ajustarse la golilla porque entraba fresco en la estancia.

—Apuesto a que habéis pensado que tengo nostalgia de los cielos de Sevilla...

—Adivináis bien, pero vos sois hombre de muchos cielos y

ciudades. Supongo que no echaréis de menos aquel cielo de sol abrasador e insufrible.

—No sé qué deciros. Algunas veces recuerdo momentos maravillosos, pero también otros sombríos. Amo y odio aquella ciudad en la que gocé y sufrí, pero cuyos cielos nunca pinté.

Se creó un denso silencio. Murillo, a fin de cuentas más joven que Velázquez, sentía un gran respeto y no quería pecar de ingenuo o poco conocedor de su obra. Repasó velozmente los cuadros de juventud del maestro intentando recordar si en ellos se veía el cielo o no.

—Es curioso que en el paraíso de la luz no pintara más que sombras —añadió Velázquez a un desconcertado Murillo, que recordó que, en efecto, sus cuadros estaban inundados de fondos de negrura: la vieja que freía huevos, los músicos en la taberna, el aguador.

Flotaba un silencio cortante. Murillo imaginó cómo habría pintado Tintoretto la total ausencia de ruido que llenaba el Salón de los Espejos. No sabía qué añadir porque suponía que sus comentarios eran banales y estúpidos frente a las sabias reflexiones del maestro. ¿Qué podría decir? ¿Que en efecto era lógico pintar penumbras donde hay un exceso de luz? ¿No ocurría eso en las horas de la siesta, en las que hay que cerrar contraventanas por la intensa flama de la calle?

—¿Queréis ver algo especial? Creo que aún no os lo he enseñado —dijo Velázquez abandonando el tono de pesadumbre que había traído el recuerdo de su ciudad—. Es el mejor cielo que he pintado y que pintaré en mi vida. —Hizo un gesto para que lo siguiera, así que Murillo se apresuró a recoger sus pinceles y el caballete—. No, no, dejadlo ahí —le indicó—. Ya continuaréis mañana. Nadie pasará por esta sala en varios días, así que no hay cuidado.

Velázquez iba delante alumbrando vagamente los pasillos, galerías y antecámaras. La mínima luz se posaba apenas un instante sobre los lienzos que colgaban en las paredes. Murillo se sorprendió de que en la piel de algunos desnudos de escenas mitológicas la luz quedara prendida mucho después de que el candil dejara de alumbrar el lienzo. Las carnes parecían devorarla. En otros lienzos, el efecto era fantasmagórico, como si la luz animara de una extraña vida a las pinturas, que luego quedaban sepultadas en una absoluta oscuridad.

Murillo tuvo la sensación de que a sus espaldas dejaban a inquietos espectros que los observaban en silencio.

—¡Aquí está! —dijo Velázquez al llegar a una gran sala—. Es mi cuadro más importante. La pintura a la que debo mi fama. La que me permitió conseguir el trabajo de ujier de cámara en mis años aún mozos y hacer mi primer viaje a Italia.

Y, en efecto, allí estaba *La expulsión de los moriscos*. Con él ganó un concurso organizado por el rey sobre un mismo tema entre varios pintores de fama en la corte. Nadie esperaba que aquel joven recién llegado a Madrid consiguiera el galardón.

—Fue un torneo de pintores. Aún disfruto al recordar la cara de envidia de los engolados perdedores —añadió riendo a carcajadas.

Murillo observaba con admiración el cuadro. Era uno de esos grandes lienzos históricos lleno de figuras y con un sorprendente paisaje de fondo. Se veía al difunto tercer Felipe acompañado por una figura alegórica de Hispania y un tumulto de moros lamentándose y gritando al cielo antes de embarcar camino del exilio. Las olas del mar rompían furiosas en las orillas y el cielo era prodigioso. Sin embargo, Murillo se guardó su opinión. Aunque el cuadro tenía una factura impecable, no lo conmovió como sí le ocurría con otras pinturas del maestro. Le parecía que Velázquez había pintado una escena previsible, una estampa sólo para gustar y en la que no había arriesgado ni en la composición ni en la mirada. Recordó por contraste el cuadro de Tintoretto y pensó que el de Velázquez era un lienzo destinado a una gloria perecedera, como seguro que le ocurriría a muchas de las obras que él mismo había pintado. En el fondo se sintió reconfortado al comprobar que también el gran maestro Velázquez había caído alguna vez en la misma mediocridad que él.

—Os confieso que éste es uno de mis cuadros preferidos —explicó Velázquez sin disimular su emoción mientras señalaba detalles de la obra—. Y no sólo por cómo trocó mi vida, también porque al contemplarlo siento que lo rodea una extraña fragilidad. ¿No habéis pensado nunca en las cosas terribles que les podrían suceder a vuestras obras?

—¿A qué os referís, maestro? No entiendo qué queréis decir —preguntó sorprendido Murillo, y arrepentido de haber juzgado de

manera tan frívola y apresurada una obra que significaba tanto para su amigo.

—Quiero decir que los cuadros son como las personas y hay algunos que parecen condenados a desaparecer. Como si tuvieran una salud quebradiza y algo anunciara que morirán a edad muy temprana —dijo mientras rozaba con cuidado el lienzo, de la misma forma que acariciaría la piel de un hijo débil y enfermo.

—¿Y creéis que esta obra tendrá una corta vida? —preguntó Murillo extrañado por su reacción.

—No sé, a veces sueño que mis cuadros son destrozados por mis enemigos, que se hunden en el océano y son devorados por los peces o destruidos en incendios pavorosos —añadió dejando un inquietante silencio en el aire—. Aunque me temo que lo peor será cuando queden abandonados en desvanes. Creedme, yo no resistiré un siglo.

—Pues yo creo que los míos perecerán en un mar de almíbares por pecar de tanta dulzura...

Velázquez rio con la ocurrencia de su amigo y le hizo un gesto para que lo siguiera. Caminaron por otros larguísimos pasillos en penumbra, aunque la luna afuera alumbraba los chapiteles de pizarra de las torres del Alcázar. A Murillo le gustaba ese perfil del monumento por la rareza tan madrileña de los brillantes y oscuros tejados y que eran tan diferentes de las blancas fachadas y azoteas sevillanas. Fascinado y curioso, pensó que tenía que hacer algunos dibujos antes de abandonar la corte.

Bajaron la majestuosa escalera y se internaron por un pasaje que llevaba al obrador que Velázquez había instalado en el Alcázar. Ya había contado a Murillo que la estancia se encontraba en los antiguos aposentos del desdichado infante Baltasar Carlos, muerto hacía una década.

—En ocasiones ese niño se me aparece en la que fue su antecámara, donde tantas veces posó para mí.

Aquella noche Velázquez parecía transido y como si en realidad hablara para sí y con una trascendencia impropia de una charla coloquial entre amigos. Murillo volvió a sentirse incómodo. Sin saber qué decir ni qué añadir a tan extravagante confesión.

—Sale de la sombra vestido con el mismo jubón de oro y el colete

con el que lo pinté a caballo, pero no se ve ninguna cabalgadura, sólo una niebla pegajosa a sus pies. Una niebla que me gustaría saber pintar. El muchacho me dice que le pinte el rostro del hombre que nunca fue.

Murillo estaba aturdido. Recordó haber visto ese cuadro del infante Baltasar Carlos a caballo en el Salón de Reinos del palacio del Buen Retiro, la residencia que había sido la preferida del rey antes de que desaparecieran sus seres queridos. Ya no era más que un lugar lleno de espectros.

—Murió en primavera —añadió Velázquez mientras observaba un lienzo en blanco que estaba colocado en el caballete—. Yo adoraba a ese niño. Lo pinté de cazador, en el picador y también junto a uno de sus enanos preferidos. Apenas tenía dos años. Uno de los días en que posaba inquieto vomitó leche sobre el uniforme de capitán general que le habían colocado. ¿Podéis creer que aún recuerdo ese olor de la leche agria sobre el terciopelo?

Sonrió con ternura y por un momento pareció que abandonaba los amargos recuerdos. Murillo esperó con prudencia a que la charla continuara por derroteros más amables, aunque tampoco se atrevía a variar el rumbo con otros asuntos. Todo lo que se le ocurría le parecía estúpido. Esa noche el maestro parecía un sonámbulo traspasado de dolor, caminando a medias entre el sueño y la realidad.

—¿No os habéis dado cuenta de que este Alcázar huele a pudridero? Esperad a ver el rostro del rey cuando regrese de ese Escorial en el que prepara su tumba.

—Por Dios, maestro —decidió por fin intervenir Murillo—, dejad esos malos pensamientos. ¿Qué os ocurre hoy?

—Perdonadme esta falta de cortesía. Es este palacio, que a veces deja escapar los malos sucesos aquí ocurridos durante siglos. Acompañadme, por favor.

Velázquez se dirigió a un gabinete anexo al obrador y mostró a Murillo unos fabulosos dibujos de la cabeza del rey.

—¡En todo el reino no hay otro artista con tal certeza en retratar! —dijo Murillo admirado ante los bocetos en los que aparecía el rostro de un hombre envejecido por el que habían pasado todas las sombras

de la vida. Y dudó de que el rey aceptara un retrato tan duramente real de su pintor de cámara. Había demasiada verdad.

—Sí, sé lo que estáis pensando —dijo Velázquez interpretando certeramente la mirada de su amigo—. Estos dibujos nunca los verá el rey. Me expulsaría de mi cargo. Hace mucho que desistió de que lo retratara. No soportaría la adulación falsa de un retrato cortesano, pero tampoco la contemplación de su reflejo en un espejo.

Verdaderamente los dibujos eran excepcionales. Murillo percibió que apenas con unos trazos el maestro no sólo había pintado la psicología de una persona agotada por la vida, también sugería la calavera que asomaba, la mirada afilada de la muerte. Había conseguido pintar lo que aún no había ocurrido, pero que se adivinaba en el fondo de la mirada del retratado.

—Es el hombre que mejor conozco, porque sé cuáles son sus secretos. He sido el encargado de cuidar el alumbrado de su cuarto, de limpiar su aposento, he descornado las cortinas de su alcoba y he visto las sábanas en las que duerme. ¿Cómo no descubrir lo más oculto de un hombre si he espantado las pesadillas que se agazapaban en su cama?

Murillo miró a su amigo y por un momento también intuyó el dibujo de la muerte en su rostro. Quizás sólo era un efecto de sombras por la luz de la luna que entraba en la cámara. Velázquez sonrió y volvió a comportarse de forma jovial y mundana animando a Murillo a beber de una jarra de vino que guardaba en la alacena. Mientras esperaba que le sirviera, Murillo se asomó a la ventana del obrador y tuvo la impresión de que por los cielos de Madrid galopaban infantes difuntos.

CENA EN CASA DE VELÁZQUEZ

El doctor Sigüenza le ha prohibido que coma en todo el día para poder vaciar el intestino. Ha percibido cierta mejoría en el enfermo, así que ha ordenado que se le apliquen sanguijuelas en la parte hinchada y dolorida, y que le den un unguento mercurial. La esclava Juana unta la pomada con mucho cuidado, retirando el vendaje de ombligo que sirve de braguero. Sigüenza le ha dicho que estos días pueden ser trascendentales en la recuperación de su amo. Si no se tuercen las cosas, conseguirán que las tripas vuelvan a su sitio para evitar la temida gangrenación. Pero si hace algún esfuerzo excesivo, el enfermo empeorará gravemente.

Juana se da cuenta de que su amo tiene la piel ulcerada a causa del vendaje. Mientras aplica el unguento mira a Murillo, que intenta disimular el dolor. Casi está a punto de desvanecerse.

—Gritad, gritad, señor, que es mucho vuestro padecimiento y es natural que os liberéis con voces y hasta blasfemando, que no os pedirá cuentas el Señor —anima la vieja mulata, que se ha convertido en bastón de Murillo desde la caída.

La esclava es la única que atiende a su señor ya que él ha prohibido la entrada al resto de las criadas. Siente pudor porque el aposento apesta a vómito y materias estancadas. Con la esclava tiene la confianza de toda una vida y sólo con mirarse se entienden a la perfección. Murillo nota un gran alivio con el frescor que le proporciona el unguento. Después Juana le pone un vendaje limpio ajustándolo con fuerza, como le ha dicho el doctor Sigüenza, para

hacer de ceñidor en la parte hinchada. Por último, ahueca la almohada para que vuelva a acostarse su amo.

—El doctor me ha ordenado que os traiga sólo una sopa al final del día, así que ahora descansad —dice retirándose de la estancia.

Murillo agradece quedarse solo. Cada vez se encuentra mejor en soledad. No soporta que nadie lo contemple tan enfermo, rodeado de los hedores del cuerpo, manchando sábanas y dejando el ambiente viciado con su aliento fétido por el mal tránsito de las tripas. Sólo admite la compañía esporádica de Juana y de Sigüenza, con esas benefactoras charlas que a veces duran hasta bien entrada la noche.

Murillo intenta dormir pero hay jolgorio en la calle. Ni siquiera recuerda el día que es. No sabe si el alboroto es por una fiesta, una procesión o quizás la llegada de un navío de las Indias al puerto. De pronto, percibe un olor a humo de tabaco dentro del aposento, cosa que es del todo imposible, porque hace mucho tiempo que él no fuma y porque las ventanas están cerradas y la estancia no se comunica con ninguna otra. Sin duda es su imaginación, que vuelve a jugarle malas pasadas. Quizás por el hedor que de continuo flota en su cuarto, su olfato ha variado y ya es incapaz de distinguir los olores. Pero ese aroma de tabaco le es tan familiar...

Su amigo Velázquez. Ése era el culpable de que durante su estancia en Madrid se hubiera aficionado a la exótica planta llegada de América. Luego sus amigos flamencos en Sevilla lo animaron a que continuara porque allí había una auténtica fiebre que había prendido como costumbre de moda. Y, a fin de cuentas, en Sevilla se había construido la primera fábrica de tabaco y era natural que en la ciudad se criara la afición de aspirar el polvo de la planta y también de respirar su humo. Aunque los vecinos del Adarvejo, el barrio donde se levantaba la casa del tabaco, se hubieran pronunciado contra el polvillo rojizo que flotaba todo el día por las calles. La propia Beatriz le había prohibido que llenara de humo una casa que ya soportaba los olores resinosos de las pinturas del taller.

Rememora entonces la preciosa petaca de cuero labrado para guardar tabaco que Velázquez le regaló a su partida de Madrid. Aún conserva el presente en el aparador de su aposento. Le gustaría levantarse ahora y buscarla para recordar a su amigo, pero el doctor le

ha ordenado que guarde cama y no quiere tentar la suerte dando un mal paso. Se limitará a evocar aquella última noche con el maestro y los consejos que tan buen provecho le habían dado.

Murillo se detiene en los detalles de aquella casa llamada del Tesoro y a la que se accedía desde el obrador del Alcázar por un pasadizo. Y ríe de buena gana reviviendo la fabulosa cena de despedida que doña Juana Pacheco había ordenado que prepararan al visitante. Fue un hermoso gesto de la esposa de Velázquez porque acababa de morir la hija de ambos y no se celebraban banquetes en el salón de gala desde hacía mucho. Con Murillo hicieron una excepción.

En su pobre boca de enfermo hambriento, Murillo saliva ahora pensando en las tajadas de queso de Flandes y la carne guisada en gigote que le sirvieron en escudillas de plata, porque nada se escatimaba en casa del artista. Después de escanciar el vino de garnacha con canela en exquisitos vidrios, Velázquez habló largamente sobre sus problemas para pintar la famosa copa del aguador. Y reveló a Murillo interesantes técnicas para reflejar las sombras y algunos trucos ópticos que había experimentado en sus primeros bodegones realizados en Sevilla. Del mismo modo que había hecho en su celebrado cuadro de la familia del rey en el que había jugado con la perspectiva de los espejos obviando la escena de los reyes para destacar una divertida escena de la infanta con sus meninas y bufones. Al ver ese lienzo, Murillo confirmó que estaba ante uno de los grandes genios de su época. ¡Qué osadía la de pintar aquella escena de la vida privada de la corte de esa forma tan extraordinaria! Decididamente, Murillo envidiaba la libertad y el atrevimiento de Velázquez.

Y qué delicia la de la fruta escarchada de esa cena. Con esos platos dulces llegó la gran nostalgia porque venía presentada en unas lozas de alfarería de Triana. Velázquez había mandado comprar una vajilla sevillana para que Juana no echara de menos la cocina de su infancia. Y ella mostró con emoción al paisano Murillo las piezas de alfarería de blanco que poblaban las alacenas. Salieron platos, saleros y pimenteros, jarras y cántaros, pucheros y alcazarras, así como un delicado pocillo que provocó las lágrimas en Juana al recordar cómo

su madre servía en esa vasija el aceite del Aljarafe en los días de Cuaresma, cuando no se podía usar la manteca para cocinar.

En la soledad de su alcoba, Murillo goza ahora recordando la escena de aquellos sevillanos echando de menos la tierra en la que habían nacido. Y no puede evitar reírse a carcajadas, cosa que lamenta inmediatamente porque el vendaje que hace de braguero casi está a punto de desprenderse. Intentará no volver a reír. Sabe que tampoco puede toser, así que su memoria vagará en silencio, sin hacer ruido ni molestar al frágil enfermo que hoy se distrae en las anécdotas de una noche de hace mucho tiempo.

Rememora cómo Velázquez le preguntó por el lienzo del niño espulgándose, del que le habían llegado noticias. Y cómo lo animó a seguir haciendo esas escenas profanas mal consideradas en estos reinos pero que tanto gustaban a los extranjeros. Murillo tenía entonces muchos encargos de esas escenas intrascendentes que él atrapaba en sus paseos por Sevilla. Y cada vez le gustaban más porque retrataban la vida misma sin artificios. Sin embargo, no podía olvidar que él debía su fama a los cuadros religiosos, a las representaciones místicas, a las estampas de prodigios y milagros.

Aquella noche Murillo le había confesado a Velázquez las dudas acerca de su pintura y cómo intentaba que los caprichosos encargos que hacían al maestro de la dulzura, como ya le llamaban, no torcieran su estilo y sus inquietudes. Cuando se retiraron a fumar a la biblioteca, se enfrascaron en una interesante conversación sobre los bodegones a lo divino y cómo era posible mezclar lo sagrado con lo humano en esas intrascendentes escenas. Murillo le reveló que en el cuadro de una de sus Magdalenas penitentes se había detenido varios días en pintar un ungüentario de cerámica hasta lograr que fuera en verdad un objeto sagrado. Y relató a su amigo el cuidado con el que dibujó los platos de loza blanca que aparecían en su *San Diego de Alcalá* y que luego habían servido para el banquete con el que celebraron la conclusión del lienzo. O cómo se atrevió a colocar un almirez y piezas desportilladas en su cocina de los ángeles con gran enfado de Beatriz, que pensó que era un pecado pintar esas cosas sucias y vulgares en una escena celestial.

—Y tenía razón vuestra esposa, es muy peligroso mezclar las

cosas mundanas y las divinas —dijo entre risas Velázquez—. ¿O no recordáis lo que le ocurrió al Veronés con aquella santa Catalina que pintó tan rubia, carnosa y vestida con sedas y terciopelos, que más parecía cortesana que mártir? ¡Con la mismísima Inquisición se las tuvo que ver ese genio del color!

Murillo siente ahora una punzada al recordar precisamente su inconcluso cuadro de los *Desposorios de santa Catalina*. Su pobre santa, tan diferente de la mundana del Veronés, está sin terminar desde su caída del andamio. Y esta noche de gratos recuerdos tiene la certeza de que nunca la terminará. Pero, como siempre hace cuando la pesadumbre lo aturde, aparta ese mal pensamiento e intenta seguir distraído con las divagaciones de su memoria. Aunque ya es tarde. Ha aparecido con estrépito la negra sombra del presente y de nada sirven ahora los amables recuerdos del ayer. Se esfuerza por hacer visible la imagen del maestro Velázquez, que murió no mucho después de su estancia en la corte. En efecto, Murillo había adivinado el anuncio de la muerte en el color de su piel. De la misma forma que Velázquez había intuido la del rey, sugerida con su hábil trazo en los dibujos que nunca enseñó al monarca.

—¿Qué espejo secreto guardamos los artistas? —se pregunta en voz alta el moribundo.

Y ahora evoca con claridad cómo terminó aquella última noche con Velázquez. El gran maestro lo había animado a ser artista por encima de todo, a engañar con habilidad el dictado de los que pagan, a atreverse incluso a trascender los asuntos religiosos utilizándolos para reflejar otros temas. Murillo recuerda con precisión la frase de su amigo:

—Yo he intentado que las órdenes y caprichos del rey y sus cortesanos no se impusieran sobre mi pintura. Despreciad vos la servidumbre a iglesias y conventos. No olvidad que vuestro arte es lo primero.

Murillo había sentido un inquietante vértigo. No era el temor que había sufrido al contemplar las obras de los grandes maestros del pasado y compararlas con sus pinturas. Velázquez, su amigo Velázquez, le proponía algo arriesgado y fascinante. Algo que en cierto modo podía considerarse casi una herejía, un pensamiento demasiado

avanzado, un pecado quizás de arrogancia intelectual. Aunque sabía que tenía razón.

—Pintad el aire, querido amigo. Pintad el instante. Pintad el silencio. Sólo así hallaréis la gloria inmortal que buscáis.

Murillo, en su lecho de enfermo, repite una y otra vez la frase de Velázquez preguntándose si ha logrado pintar el aire, el instante y el silencio para hallar la inmortalidad. O ya es demasiado tarde.

LA MORADA DE LOS MURILLO

Beatriz se asomó al obrador para pedir un poco de silencio. Intentaba que los niños durmieran la siesta, pero del taller salía un ruido incesante. El trabajo se acumulaba y había que preparar lienzos, moler pigmentos, imprimir telas y enmarcar los cuadros ya listos. Los discípulos y aprendices que trabajaban en el taller de Murillo comenzaban casi al alba y continuaban cuando la oscuridad obligaba a trabajar con candiles. El último encargo era fabuloso: reproducciones de apostolados, de santos mártires e Inmaculadas que llenarían los muros de las iglesias recién levantadas en los virreinos de Nueva España y del Perú. El cargamento saldría con la flota de Indias en sólo unas semanas y había provocado cierta sorpresa en la ciudad, ya que hacía algún tiempo que no se recibía semejante petición de cuadros religiosos. Los peligros de la piratería y el traslado de muchos artistas locales al Nuevo Mundo para establecerse allí y ocuparse de los encargos habían mermado el negocio en Sevilla. Sin embargo, la fama de Murillo seguía triunfando en las Indias, y las nuevas iglesias no dudaban en hacer peticiones en serie. Su arte era muy reconocido por sus inconfundibles mártires llenos de dulzura y esas vírgenes que subían a los cielos con exquisita elegancia. En las iglesias americanas, levantadas muchas de ellas sobre antiguos altares de sacrificios paganos, se creía que se estaba más cerca de Dios si sobre sus muros colgaba un lienzo del maestro Murillo.

Por esa razón tenía que cumplir con los pedidos ajustándose al tiempo estipulado. Había un ruido ensordecedor por los martillazos al

encajar los marcos, el estrépito de las piedras de moler y el griterío de los ayudantes que indicaban a los modelos cómo debían posar para los lienzos. Éstos a su vez respondían descarados con voces aún más fuertes porque se cansaban de sostener las palmas de mártires o de forzar las cabezas por mirar arrobados y con mística a los cielos.

Beatriz se acercó con pánico a la escalera. Los niños se habían despertado y bajaban huyendo de sus alcobas y buscando la diversión en el patio principal. Pronto la algarabía de sus hijos se unió a la del obrador. José Esteban, por ser el mayor, daba órdenes a voces a sus hermanos. Francisco Gaspar lo imitaba como si fuera también una autoridad aunque de menor rango. Gabriel se limitaba a llorar y reír casi al mismo tiempo porque tropezaba todo el rato, ya que acababa de aprender a andar. Y Francisca María no decía nada. Parecía una criatura insólita en medio de semejante alboroto. Se limitaba a mirar a sus hermanos en silencio. La pequeña había nacido sorda y para ella la contemplación de su ruidosa casa debía de ser un curioso espectáculo. Era una criatura encantadora a la que su padre había pintado en un cuadro que mostraba la escena de la educación de la Virgen, vestida con un traje rosa, atenta a la lección y con una mirada de profunda inteligencia. Murillo se sorprendía de la paciencia de la niña mientras la pintaba. Estuvo más de una hora en la misma postura, sin decir nada, sin moverse ni cansarse.

Los Murillo habían sido premiados con muchos hijos, merecida compensación después de haber perdido a aquellas tres criaturas en la epidemia de peste. Beatriz seguía acudiendo a las iglesias en las que sus hijos muertos estaban pintados en las caras de los ángeles. Visitaba Santa María la Blanca para contemplar a su ángel rubio que aún olía a leche y miel en la nube de la Virgen, recorría el claustro chico de San Francisco para admirarse de las hermosas alas de su hija y luego concluía en la Merced Descalza ante la divina criatura de la Sagrada Familia. Todos los domingos hacía el mismo camino acompañada por Dorotea.

Cuando nació José Esteban, el primero de los hijos alumbrados después de la tragedia, no quiso que su marido lo pintara como uno de esos angelitos que rodeaban la peana en la que subía la Virgen, ni como un serafín junto al trono de Dios o algún querubín de los que

guardan la luz. Pensaba, como también le había ocurrido a su esposo, que correría la misma suerte que sus hermanos, porque pintándolo adelantaría su muerte y la llegada a la corte celestial. Por eso sus hijos ya no volverían a aparecer en los lienzos. Lo habían decidido. De hecho, el único niño de la casa que había posado en esos años para el maestro había sido uno de los hijos de la esclava Juana de Santiago, el pequeño Juan, al que había pintado en uno de los cuadros de costumbres llevando un cántaro de agua y pidiendo un trozo de pastel a otros picarones.

Sin embargo, la decisión de no pintar a sus hijos cambió el día en que murió el pequeño Francisco Miguel, nacido poco después de José Esteban. Apenas tenía un año cuando falleció por unas fiebres tercianas. Murillo nunca pintó a ese niño. Ese hijo no goza de la inmortalidad que le pudo haber dado su padre convirtiéndolo en carne de ángeles. Y pasados unos días de la muerte de Francisco Miguel, Beatriz descubrió que su hija Francisca María estaba más silenciosa que de costumbre, sentada en un rincón y con el rostro enrojecido. Casi se desmayó al ver a la niña enferma. ¿Es que Dios iba a arrebatarse a otro de sus hijos? ¿No había sido suficiente con la pérdida de sus tres primeros hijos por la peste y luego la del desdichado Francisco Miguel? Beatriz lloró desesperada y pidió a su esposo que pintara a la niña inmediatamente pues no soportaría no tener un retrato de su hija. Sabía que lamentaría el resto de su vida haber impedido que Murillo la inmortalizara por culpa de una absurda superstición. No hubiera resistido olvidar su rostro.

Por eso Francisca María aparecía de Virgen niña atendiendo a la lección, callada y vestida de rosa en medio de su mundo sin ruido. Y luego fueron surgiendo los hijos en otros lienzos, igual que había ocurrido con el esclavo negro. Los niños formaban escenas muy divertidas cuando se descubrían en los cuadros volando como querubines, mostrando el rostro infantil de san Juan Bautista o de Jesús y también en alguno de los pícaros que devoraban panes, tartas, uvas y melones. No, ya nadie podría olvidarlos. Y si alguna desgracia volviera a cebarse con los Murillo, aquellos niños estarían salvados y sus padres podrían contemplarlos toda la vida en sus tumbas de pintura.

El pequeño mulato Juan de Santiago se unió al ruidoso grupo infantil que improvisaba juegos en el patio. No era algo normal que el hijo de una esclava se relacionara con los de sus amos, pero Murillo había querido que aquel sirviente tuviera una infancia feliz e incluso se ocupó de que aprendiera a leer. El hijo de Juana de Santiago era osado y, al jugar con los hijos de su dueño, no dudaba en pegarles como ocurrió en cierta ocasión que creyó que habían hecho trampa en un juego. El niño fue reprendido, pero siguió propasándose en otras ocasiones. A pesar de todo, Murillo era muy comprensivo y decía que con esas acciones arrojadas demostraba ser un muchacho valiente que llegaría sin duda a ser un buen hombre. Barajaba incluso la posibilidad de dejarlo libre cuando cumpliera la mayoría de edad, pero no lo dijo a Beatriz porque Juana de Santiago era una esclava que formaba parte de la dote de su esposa y no se atrevía a extralimitarse en sus responsabilidades como amo.

Los niños entraron en el obrador a pesar de que Beatriz les gritó que no lo hicieran. Corrían el peligro de cortarse, de que se les cayera encima un pesado lienzo, de quemarse con las resinas que hervían en la caldera o de probar un pigmento venenoso. Salvo Francisca María, que se conformaba con ser espectadora de las travesuras de sus hermanos, los demás se dispersaron por el taller jugando al escondite entre los aprendices, pasando bajo las piernas de los discípulos que intentaban no errar en sus pinceladas, o levantaban las túnicas de los modelos que hacían de apóstoles o de santos. Para demostrar arrojo ante sus hermanos, José Esteban cogió una escalerilla y con decisión se subió a un ángel de madera articulado que colgaba del techo a algo más de dos varas de altura. En apenas unos segundos la hermosa figura con alas de cera y plumas que servía a Murillo para probar diversas posturas de sus ángeles se convirtió en un divertido columpio.

—¡Por Dios, José Esteban! ¡Bájate de ahí que te quebrarás la cabeza! ¿Y qué dirá tu padre cuando te vea subido en un ángel, niño del demonio? —gritó Beatriz espantada al ver a su hijo balanceándose sobre la criatura celestial.

En ese momento de estrépito, Murillo llegó a la casa y se quedó asombrado con la locura que reinaba en el obrador. Aunque Beatriz

estaba histérica por no poder controlar la situación, él se sentía feliz con esas escenas. ¿Cómo no disfrutar al ver su taller lleno de encargos y de las risas bulliciosas de sus pequeños? Sus hijos sanos, que crecían, alborotaban y hacían travesuras. Sus hijos dichosamente vivos.

La casa se había convertido en un hogar semejante al de su infancia, con una gran legión de niños que gritaban, lloraban, reían, comían y se peleaban durante todo el día. Cuando la peste convirtió la morada en un lugar silencioso, sólo quebrado por el ruido de las tareas del obrador, temió que la soledad acabara con su ilusión por vivir. Así que el espectáculo que ahora contemplaba era un motivo de júbilo. Y tuvo la sensación de ser testigo de uno de esos brevísimos momentos de felicidad que tiene la vida. Una escena que probablemente recordaría cuando sus hijos se marcharan de la casa y él se quedara a solas con Beatriz envejeciendo lentamente hasta morir.

Cuando los niños vieron que su padre se asomaba al obrador, corrieron todos a abrazarlo y Gabriel no dudó en subir por sus piernas hasta lograr que lo aupara en los hombros. El pintor creyó no poder resistir tanta felicidad y dirigió una mirada cómplice a Beatriz, que a su lado sonreía, aunque ella rápidamente torció el gesto. Era la encargada de su educación y no estaba dispuesta a que la desobedecieran comportándose como unos salvajes. Murillo los mimaba demasiado y ella había asumido el papel de gobernadora de la casa.

—¡Quietos! —gritó de nuevo intentando imponer su autoridad—. Dejad a vuestro padre, que está cansado. Luego jugará con vosotros. Ahora id a la cocina, que Dorotea os dará un tazón de leche con miel.

Beatriz sonrió al ver cómo funcionaba su táctica, ya que sabía que sólo la obedecían si había premios de glotonería. Murillo miró cómo corrían hacia la cocina y entró por fin en el obrador. Tenía que revisar los lienzos antes de que fueran embalados, dar las últimas pinceladas, repasar errores. Una tarea que le llevaría algunas horas. Se acercó adonde estaba su discípulo preferido, Rodrigo de Salazar, el aprendiz aventajado que controlaba la marcha del taller en todos sus detalles. Rodrigo había entrado en el obrador cuando tenía apenas ocho años y

ya llevaba siete con el maestro. Se había convertido en su ayudante de confianza, no sólo por sus habilidades con la pintura, también por su resolución en las cuentas y en la organización de las tareas.

El joven era muy querido por la familia Murillo, que lo había acogido en su casa desde que llegó como aprendiz. Rodrigo había pasado una infancia de penalidades como niño de la calle con juegos de picardía para sobrevivir. Ahora, ya con quince años cumplidos, había alquilado un cuarto cerca de la casa, pero permanecía en el obrador trabajando casi todo el día. Conocía los secretos de su maestro sobre los recetarios de pigmentos, las técnicas para hacer las perspectivas, los trucos de sombras o la habilidad para pintar retratos. En ocasiones Murillo se asombraba cuando veía terminado uno de los lienzos ejecutados por Rodrigo. Hubiera pensado que lo había pintado él. Sin embargo, sabía que siempre había algo que faltaba en la obra. Él se ocupaba de dar contraluces que Rodrigo había obviado, brillos en las miradas, pinceladas maestras en las manos. Era el toque inimitable del artista. Y Rodrigo sólo se limitaba a copiar los trabajos en serie, el trabajo artesanal del taller.

Rodrigo de Salazar también sabía que nunca llegaría a ser un gran artista como Murillo. Sería el eterno discípulo que jamás superaría a su maestro. Y sufría por ello. Ya no podía aprender más y en poco tiempo tendría que hacer el examen de oficial que le permitiría poner tienda y obrador propio.

Murillo le puso una mano en el hombro manifestando así que le parecía bien cómo había ejecutado una santa Rosa de Lima que partiría a una iglesia del Perú. Sin embargo, le pidió el pincel, lo mojó en el blanco de albayalde y con apenas una débil pincelada consiguió crear una luminosidad en el ojo que cambió de forma sublime la mirada de la santa. ¿Por qué no se le había ocurrido a él? ¿No sabía que con ese detalle convertía a una mujer normal en un ser divino? Tan sólo con un leve toque del pincel su maestro era capaz de provocar la devoción.

De pronto, un gran estruendo sonó en un rincón del obrador. Se habían caído los objetos que Murillo utilizaba para copiar en sus cuadros. En el suelo yacían moldes de yeso, animales disecados, cestas de bodegones, yelmos y corazas, espadas antiguas, alas de

ángeles, espejos para multiplicar las luces, objetos de martirio y las telas con las que vestía a sus personajes. Parecía que las cosas pintadas en los cuadros se hubieran rebelado y escaparan de sus cárceles de lienzos.

El misterio quedó resuelto cuando vieron salir de una esquina al pequeño Francisco Gaspar, que había permanecido escondido sin que nadie lo echara en falta. Su padre corrió a socorrerlo por si se había herido con la caída de los objetos. El niño se quedó en silencio, asombrado de haber salido ileso de semejante estropicio. Al ver cómo su padre le tendía los brazos, se sintió a salvo y reconfortado, y por eso mismo rompió a llorar sin consuelo. Celebrando la ruidosa travesura, los pintores reanudaron su tarea y los modelos volvieron a posar para la inmortalidad. Rodrigo de Salazar retomó el trabajo en el lienzo y sintió un profundo desasosiego al ver cómo le hería la pincelada genial de su maestro.

LA ACADEMIA DE PINTURA

Ya se había quedado tranquilo después de que partieran sus pinturas camino del Perú. Ahora sus santos, apóstoles y vírgenes estarían navegando en las galeras de ultramar. Siempre sentía temor cuando sus obras embarcaban, a causa de los muchos peligros de la travesía. Aún estaba reciente el naufragio ocurrido a una nave cargada de lienzos del maestro que no llegó a puerto y que se había hundido tras una tormenta en medio del océano. Murillo se estremecía pensando en una hermosa Inmaculada que había pintado para un convento en Veracruz y que ahora estaría en el fondo del mar. Imaginaba cómo la sagrada imagen se iba desdibujando poco a poco, los colores se desleían en el agua y los peces devoraban el marco ya deshecho y roto. Sólo esperaba que al menos su Divina Señora hubiera servido para consolar a los pobres marineros en sus últimos momentos antes de morir. *La Inmaculada de los Océanos*, la había bautizado después de conocer la terrible noticia.

Pensando en esto, el maestro Murillo se dirigía a la antigua Casa Lonja de Mercaderes. Ese día tendría lugar un acontecimiento importante al que había dedicado grandes esfuerzos: la primera sesión de dibujo de la recién creada Academia de Pintura. Siguiendo el ejemplo de las academias italianas, los pintores sevillanos querían dignificar su oficio, reflexionar sobre su divina tarea y luchar por la dispensa de tributos. Ya habían tenido múltiples pleitos por el alto coste del impuesto de alcabalas que padecían. Les parecía sumamente injusto que sus obras de arte fueran tratadas como simple

mercadería. Pensaban que un artista era un instrumento de Dios para la devoción y no debía pagar como un simple comerciante de vinos o de aceites.

Sin embargo, la razón de mayor fuerza que había llevado a la creación de esa academia artística en Sevilla había sido un escándalo relacionado con los dibujos copiados del natural. Un asunto en el que estaban implicados algunos pintores de la ciudad y que, con la connivencia de las autoridades y de la Iglesia, se intentó silenciar. Se había descubierto un establecimiento en la calle de la Feria donde por unos reales se podían pintar desnudos. Pero no se trataba de un lugar en el que posaran modelos desoyendo la prohibición inquisitorial de mostrar cuerpos desnudos para ser pintados. Era mucho más grave, porque en la falsa academia de la calle de la Feria no había modelos vivos sino muertos. Se trataba de un turbio negocio en el que se ofrecía la posibilidad de que los artistas pudieran dibujar cadáveres sin prendas que ocultasen la naturaleza.

Pero además se ofrecía la misma mercancía para que los médicos y cirujanos observaran la secreta anatomía de músculos, nervios o articulaciones. El comercio lo habían ideado un médico del Hospital del Espíritu Santo, que avisaba cuando moría un enfermo sin familiares que lo reclamaran, y un sacerdote de San Lorenzo, que permitía que un par de enterradores exhumaran difuntos que acababan de ser sepultados en su parroquia.

En el antro, los pintores podían dibujar con detalle los modelos desnudos en todas las posturas. Luego los cirujanos diseccionaban las partes del cuerpo para examinar cómo era el color, el tamaño y la dureza o blandura de las vísceras. A pesar de lo macabro de las escenas, tanto a los artistas como a los médicos no les movían intenciones perversas. Se trataba de todo lo contrario. Para los médicos era la única forma de luchar contra la ignorancia de la cirugía vieja. Y los pintores sólo querían saber qué se ocultaba bajo la piel para dotar así a sus personajes de más verdad. Pero la mayoría pensó que el asunto representaba un género de crueldad sin precedentes en Sevilla, y, ajeno a las ciencias y las artes, el pueblo quiso ver en estos hombres a una especie infame de aves de rapiña o hienas que devoraban la carroña a placer.

El descubrimiento del negocio se produjo por puro azar, ya que había permanecido más de un año sin que nadie sospechara nada. La razón se debía a que justo al lado de la falsa academia había unas carnicerías de las que salía un mal olor de continuo, por lo que la putrefacción de los cadáveres se mezclaba con el habitual aire pestilente de la zona. Y el vecindario había creído que la entrada y salida de personas, que por la elegancia y buenas trazas debían de ser destacadas, se debía a la existencia de un burdel oculto de los muchos que había en Sevilla.

Pero quiso la mala fortuna que los dos rufianes que se ocupaban de desenterrar los cuerpos y de trasladarlos a aquella academia cayeran enfermos, probablemente por el contacto con los fluidos corruptos, y murieron a los pocos días dejando el local abandonado. Con semejante cantidad de restos sin enterrar, los hedores de la descomposición humana se impusieron sobre los de las vísceras de las bestias en la cercana carnicería. Y se desató la alarma. Los alguaciles que visitaron la tienda sospechosa pensaron que encontrarían vacas, carneros y cerdos putrefactos, pero descubrieron los despojos de cristianos que habían servido para mayor gloria de las artes y las ciencias de la ciudad de Sevilla.

Caía ya la noche y Murillo se apresuraba para no llegar tarde. La sesión de la Academia tendría lugar a las siete. Se había decidido que los encuentros se celebraran a última hora con el fin de no estorbar el trabajo del día en los talleres artísticos. Estaba feliz porque la Academia evitaría en el futuro asuntos como el descubierto en la calle de la Feria. Allí los oficiales y maestros podrían dibujar del natural a hombres desnudos que posarían para convertirse, gracias al gracejo de los carboncillos y pinceles, en san Jerónimo o san Sebastián. Todo ese santoral que necesitaba de la desnudez para ser representado y apreciar el detalle de los cuerpos santos mortificados.

Murillo estaba escandalizado con el asunto de los cadáveres, pero comprendía la necesidad que tenían los artistas y los médicos de estudiar el cuerpo humano para poder avanzar tanto en el arte de la reproducción verdadera como en el noble oficio de hallar el mal en los dolientes.

Él era afortunado. Había aprendido mucho del oficio de su padre.

Cuando llegaban enfermos a su casa observaba con atención la agonía en los rostros y qué ocurría por debajo de la piel cuando su padre hacía alguna disección. Ésa era la razón por la que al pintar no dibujaba brazos, rodillas, pechos o muslos apenas insinuados, generalidades o trazos vagos. Él no copiaba una rodilla sino que reproducía con detalles hasta el asombro las articulaciones, la rótula, los vasos sanguíneos, los ligamentos.

Mientras pasaba junto a las gradas de la catedral, y divagando aún sobre el asunto del comercio de difuntos, recordó que en ese mismo templo había contemplado con gran detalle un famoso cadáver. El mismísimo cuerpo de Fernando el Tercero que reposaba el sueño eterno en ese templo. Fue en el infausto año de la epidemia de peste, poco antes de que la desgracia arrasara su casa con la muerte de sus hijos. El Cabildo Catedral había iniciado el proceso para santificar al monarca que conquistó Sevilla a los moros y encargaron al artista que examinara el cuerpo del rey. Pretendían hacer grabados y estampas para difundir la devoción por todas partes. Y Murillo tendría que hacer un retrato reconstruyendo el rostro a partir de los despojos que quedaban de un hombre muerto hacía siglos.

No fue un trabajo fácil porque el retratado era una momia con la piel tiesa y apergaminada. Aún sentía escalofríos al recordar aquel estudio anatómico. Y no le resultó nada fácil deducir la mirada del monarca a partir de las cuencas vacías de su calavera, ni el color de su cabello ante aquel enredo de hilillos llenos de polvo que un día fueron la melena del conquistador de Sevilla. Jamás había tenido que forzar tanto su imaginación como en aquella ocasión para poder sacar de ese repulsivo despojo el arrogante porte de un guerrero santo y épico vencedor de batallas.

Por fin llegó a la antigua Casa Lonja de Mercaderes, donde se encontraba la sede de la Academia de Pintura. El edificio a la luz de la luna mostraba su fabulosa y sobria fachada. Parecía un monstruo de piedra levantado en la ciudad que había sido la cabeza del comercio del Imperio. La gran casa se construyó para que los mercaderes hicieran sus tratos en un lugar propio. Hasta entonces comerciaban en las gradas que rodeaban la catedral, contrariando de tal manera a los clérigos con su jaleo que éstos no tenían más remedio que

expulsarlos del templo para que se fueran a otra parte con su trajín de dineros y avaricias.

Pero una vez construido el edificio, parecía que había caído una maldición sobre la sede de los mercaderes, pues cada vez llegaban menos riquezas y los negocios disminuían. La Casa Lonja iba quedándose vacía y sin sentido. Ahora era un gran monumento lleno de estancias oscuras, pasillos sin muebles, arcas vacías y salones deshabitados. Ya no era más que una sombra del glorioso pasado de Sevilla.

Murillo subió las escaleras con cuidado porque apenas había luz iluminando la fabulosa balaustrada de preciosos mármoles. Las lámparas y candiles se concentraban en la gran estancia habilitada en la segunda planta para la ejecución de los dibujos. El escaso dinero que aportaban había que ahorrarlo en aceite para las lámparas, en carboncillos y tintas, en secaderas, papeles verjurados, sanguinas y, por supuesto, carbones para los braseros, ya que los modelos debían posar totalmente desnudos. Ésa era la intención de la Academia: luchar contra la prohibición de exhibir desnudos y hacer que los pintores no se vieran obligados sólo a copiar de grabados y estampas. O algo peor, como había ocurrido con la falsa academia de la calle Feria.

Llegó hasta la segunda planta y un portero lo alumbró con un candil para comprobar quién era. El acceso estaba limitado a los maestros y oficiales porque no podía permitirse la entrada a cualquiera. Allí dentro tenía lugar una ceremonia íntima y delicada. Cuando el portero advirtió que se trataba del celebrado artista Bartolomé Esteban Murillo, hizo una reverencia como si se encontrara ante el mismísimo rey o algún personaje venerado en los altares. Su fama ya era grande e incluso era reconocido cuando caminaba por la calle. A él esto no le placía por su natural discreción, pero el gesto de sus vecinos saludando al maestro emocionaba a su querida Beatriz, que se sentía orgullosa de ser la esposa de un gran artista.

Murillo entró en la estancia. Allí estaban algunos de sus buenos amigos, como Sebastián Llanos, que en un banco copiaba el torso de un muchacho que posaba como si fuera san Sebastián. Llanos se

llevaba muy bien con el maestro Murillo, pero no con otros artistas de la ciudad. Y ése era en particular uno de los temores de Murillo, que alguna de las sesiones de la Academia terminara en pelea. Por esta causa se decidió que los pintores no entraran con espada. Esta norma podría haber sido considerada un tanto excéntrica en lo que se suponía un templo del arte y no una taberna de tahúres, pero el ambiente cultural de Sevilla daba razones para tomar esta decisión.

El propio Sebastián Llanos, aunque era hombre de buenas formas y carácter, había entablado duelo con otro artista, Alonso Cano. Al mismo tiempo, Alonso Cano aún no se había repuesto de la acusación de haber asesinado a su mujer, a la que habían encontrado cosida a puñaladas en el lecho conyugal. Y Herrera el Viejo era célebre por sus iras y desplantes, sin olvidar las peleas que mantenía con su hijo Herrera el Mozo. A raíz de estos desencuentros entre padre e hijo, el Mozo había decidido robar a su padre seis mil pesos con los que había sufragado un viaje a Italia.

De esta raza pecadora y airada eran los ilustres artistas sevillanos que, a pesar de dedicarse a pintar santos, llevaban una vida inspirada por el mismísimo diablo. Y el mismísimo diablo consideraba Murillo a otro colega, Valdés Leal, con el que mantenía violentas disputas por su conocido mal temperamento. Así que hubiera sido un gran riesgo permitir la entrada de espadas, dagas y cuchillos en este paraíso de ingenios. Una academia en la que Murillo había sido nombrado presidente junto a Herrera el Mozo, que precisamente estaba allí copiando del natural al mismo mancebo musculado que Sebastián Llanos, aunque mirándolo desde otro ángulo. Murillo se acercó a saludarlo y se sorprendió al ver cómo observaba al modelo.

No, no era una contemplación artística.

No se detenía en los detalles del cuerpo para luego copiarlos en el papel.

El rostro enfebrecido de Herrera el Mozo desmentía el pretendido decoro que buscaba la Academia a la hora de copiar desnudos. Si en ese momento algún miembro de la Inquisición hubiera entrado a curiosear qué se hacía en la sala, habría quedado horrorizado y sin duda ordenaría la clausura inmediata de la Academia por escándalo.

El Mozo observaba la espalda del mancebo y recorría con detenimiento los músculos hasta llegar a las nalgas, en cuya redondez perfecta se detenía con intención y deleite. En sus ojos, el modelo no era san Sebastián sino un hermoso efebo de los que aparecían en las pinturas paganas. Murillo recordó la historia que relataban las comadres sobre la naturaleza del hijo artista de Herrera el Viejo y las habladurías cuando se casó con una dama de distinguida familia, doña Juana de Aurolis. Un tribunal eclesiástico disolvió el matrimonio por no consumación ya que el esposo buscaba en otros lechos lo que de ninguna manera podía encontrar en el de la dama Aurolis.

Herrera el Mozo se dio cuenta de que Murillo estaba a su espalda, observando, más que su dibujo, su mirada intensa al modelo.

—Qué buen y escogido talle el de este muchacho, ¿verdad, maestro? —dijo provocativo el Mozo—. Se llama Juan el Francés y luego lo invitaré a un vino en la taberna de las Escobas. ¿Nos acompañaréis? —le preguntó sin mirarle, con una descarada sonrisa que escandalizó a Murillo.

Aunque lo admiraba porque había traído a España esos cielos venecianos que él pudo admirar en las galerías de los sitios reales, Murillo no soportaba su excesivo orgullo y prepotencia. El Mozo se regodeaba exhibiendo su fama y proclamándose a los cuatro vientos como el pintor que trajo las novedades pictóricas de Italia tras ese viaje que hizo después de robar a su propio padre. Esa villanía era bien conocida en Sevilla, pero lo cierto es que hizo un buen uso del botín. Había importado un gran tesoro de sabiduría y ahora sorprendía con sus escorzos, con los movimientos atrevidos de sus figuras, con las osadías cromáticas y con las excepcionales veladuras que daba a sus atmósferas siguiendo las técnicas de los grandes maestros italianos. Él había regalado a Sevilla esa espectacular revolución pictórica.

Y el arrogante Herrera el Mozo bien que lo sabía.

En ese momento sonó la campanilla que anunciaba el fin de la sesión. Ahora tendría lugar un debate, pero el Mozo guardó sus dibujos y se acercó a cubrir con una capa al mancebo diciéndole algo al oído. Juan el Francés se retiró y salió al poco ya vestido. Entonces

el Mozo lo rodeó con un brazo mientras guiñaba un ojo a Murillo y juntos salieron de la sala perdiéndose en la oscura escalera de la Casa Lonja.

EL PUERTO DE LOS BIZARROS

El maestro explicaba a Rodrigo cuál era el secreto para pintar las nubes. Ya lo había hecho en el obrador, cuando le hablaba de los trucos para crear volúmenes, dar sombras o llenar de luz los vapores de los cielos místicos. Pero ahora el discípulo agradecía la lección porque la recibía a cielo abierto, mientras caminaban hacia el puerto. Murillo y Rodrigo de Salazar iban a recoger un envío de estampas de pinturas flamencas. El barco de Amberes con el cargamento había arribado esa misma mañana y desde el mediodía estaban descargando los bultos.

Murillo preguntaba a Rodrigo qué colores tendría que aplicar para reproducir el tono cárdeno de una nube que se perdía por las colinas del Aljarafe. El discípulo era habilidoso en descubrir tonos y matices, pero le fallaba la maestría de saber atrapar la luz. Esa pincelada que insuflaba vida a todas las escenas y con la que Murillo era insuperable.

—Maestro, vos no pintáis nubes, sabéis peinarlas —reparó Rodrigo—. ¿Qué puedo añadir yo, que no las pinto sino que las distraigo torpemente con cuatro manchas de albayalde?

—No digas eso, Rodrigo, porque no es cierto. Te quedan por aprender muchas cosas, pero estás en el camino de ser un espléndido artista.

Rodrigo no se atrevió a replicar y entre los dos se hizo un silencio que duró algunos minutos. Murillo estaba algo incómodo porque su discípulo no se decidía a hacer el examen de oficial. Rodrigo tenía

miedo, pánico a fracasar, una inseguridad atroz a pasar cualquier prueba. Y a Murillo le desconcertaba que no se decidiera a crear su propia tienda-obra, como a su edad hacían otros muchachos. De hecho, varios de sus discípulos trabajaban ya por libre y el maestro incluso les facilitaba algunos encargos de su propia clientela.

—¿Qué te ocurre, Rodrigo? ¿Por qué no vuelas de una vez? Eres ya un excelente pintor —dijo Murillo cuando atravesaban la Puerta de Triana.

—Me queda mucho, maestro. Además, no quiero abandonar vuestra casa. Vos y doña Beatriz habéis sido mi única familia.

Murillo lamentó haberse molestado con su querido discípulo. Aún recordaba cuando Rodrigo llegó hambriento al taller hacía muchos años. Lo había traído el párroco de San Bartolomé después de ver cómo aquel huérfano que sobrevivía de la sopa boba del convento y de pequeños hurtos tenía cierta habilidad pintando. Desveló su arte cuando con un carbón tizado en cenizas dibujó una Sagrada Familia en la pared del traspatio de la iglesia.

Rodrigo de Salazar se hizo un hombre de provecho destacando en las tareas del obrador, moliendo pigmentos e imprimiendo lienzos. Luego se descubrió su excelencia copiando estampas y reproduciendo los trabajos de su maestro. La mayoría de los lienzos que viajaban a las iglesias y conventos del Nuevo Mundo habían nacido de su pincel. Murillo se limitaba sólo a dar los últimos y geniales toques.

Además, el joven había resultado un estupendo contable. Llevaba los números, las compras de material, los recados. Murillo tenía a un gran ayudante pero no quería que el joven se limitara a ser una sombra de su talento, alguien siempre eclipsado por la figura del gran artista. Tenía que demostrar que era también un buen pintor.

—A partir de ahora te presentaré a los clientes, a los personajes principales que me encargan las obras. Harás relaciones con los mercaderes flamencos. Tienes que ir creando tu propia clientela.

—Pero, maestro, yo no podría...

—¡Silencio! —interrumpió Murillo—. Ya está dicho. En menos de un año harás el examen de oficial y te establecerás por tu cuenta.

Rodrigo de Salazar tenía un nudo en la garganta. Era incapaz de replicar a su maestro. Había llegado el momento que tanto temía y

tendría que hacer frente a su propio futuro. Observó las nubes, que se habían vuelto malvas hasta pasar a un gris casi negro. ¿Cómo debía pintarlas si parecían un reflejo del paisaje de su alma?

—Además, admirables son los lejos que pintas. Nadie pinta los fondos de paisaje con tanta destreza —dijo Murillo reanudando la conversación después de su orden tajante.

—¿Los paisajes? ¿Qué decís, maestro? —se sorprendió Rodrigo.

—Sí, ese verdigris que habéis utilizado para el follaje del cuadro de Jacob. El marqués de Villamanrique me ha manifestado su admiración por ese paisaje. Creedme si os digo que ese tipo de pintura triunfará en siglos venideros —añadió Murillo—. La pintura simplemente como contemplación de algo hermoso. ¿No creéis?

Rodrigo no supo qué responder. Las reflexiones de su maestro siempre le sorprendían. Era un artista famoso y reconocido por sus pinturas religiosas; sin embargo, desconcertaba con otros temas que no estaban tan bien vistos. Por ejemplo, esas escenas de niños mendigos, cuadros de costumbres de los que se podían ver en cualquier paseo. Precisamente en ese momento Rodrigo observaba a unos pilluelos que se repartían monedas al amparo de unas barquillas del Barranco, la zona del puerto donde se lavaban los pescados. ¿Cuántas veces había pintado su maestro estas escenas de la vida a pesar de ser un tipo de pintura desdeñada por muchos artistas? Y la Iglesia despreciaba a los pintores que después de haber pintado a María Santísima se distraían reproduciendo a una vieja alcahueta de las que pululaban por la ciudad. Sin duda, su maestro era un artista desconcertante. Rodrigo lo sabía bien porque él había sido uno de esos personajes insignificantes y miserables que Murillo eligió como protagonista de una de sus pinturas.

Ya bajaban a la zona donde se encontraba el apostadero de la flota. El barco procedente de Amberes estaría fondeado más arriba, en la orilla frente al muelle de las Mulas, pero aún no lo veían. Caminaron observando el ambiente. Había muchos carpinteros de ribera carenando los barcos de las heridas de la mar, pero ellos buscaban a gente de la sogá, mozos de la espuerta que los ayudaran a llevar al obrador los mazos de estampas que Murillo había adquirido.

El puerto era un nido donde se juntaba toda la braveza y picardía

del reino. Allí se hacían negocios ilegales, se robaban mercancías y se mantenían tratos turbios. No había más que ver a toda la marinería que había estado durante meses en el océano llegar con desesperación a tierra firme. Sevilla era el lugar en el que comían y holgaban sin tasa ni medida. Buscaban tahonas para devorar pan bueno después de la travesía tragando pan mareado, en el que con el trigo se mezclaban paja, tierra y basura para que al echarle el agua se hinchara y se hiciera mayor el grano. Qué suplicio para los estómagos. No hacía mucho habían prendido en una tahona a unos panaderos que vendían pan para la mar que resultó envenenado con la semilla de la cizaña y provocó la muerte entre horribles dolores de casi toda la tripulación de una galera en ultramar.

Por eso era natural ver ahora a esos marineros devorando viandas en las tabernas cercanas y luego buscar con ansiedad los burdeles para desfogar tanto tiempo de soledad en los océanos, cansados de las guardias en el entrepuente y de dormir mal en la cubierta.

En el puerto había más actividad que de costumbre porque también acababa de arribar el famoso Galeón de la China y era grande el bullicio de mercaderes que acudían para controlar sus cargamentos. No tenía comparación con las fiestas de salvas y de música que se hacían con la flota de Indias, pero la llegada de este galeón era también muy celebrada. Llegaba de China, Japón o Filipinas, tierras remotísimas cuyos nombres excitaban la imaginación aventurera de los sevillanos. Era el barco que recorría más leguas, y su travesía comercial, haciendo escalas en Veracruz y Acapulco antes de adentrarse en el Pacífico, era una clara demostración de la vastedad de los territorios de este reino.

Asistir al desembarco de las mercancías era un magnífico espectáculo porque parecía que todo el mundo conocido se reuniera en Sevilla. Ese día la ciudad olía de forma diferente, ya que se propagaba el aroma de las especierías de Oriente desde los arcones cargados de canela y nuez moscada. Y también se descubría la vistosidad de telas exóticas. Maestro y discípulo se detuvieron para contemplar la hermosura de los tejidos, que eran todo un reto para alguien que quisiera reproducir esos colores. Vieron tapices japoneses

muy llamativos, lienzos de calicud de la India más finos que las holandas, así como remesas de seda, gasas, canequíes, tafetanes y damasco azul de la China. También contemplaron fabulosas porcelanas y lacas chinas, catanas japonesas y rarezas de la India que gustaban mucho a los aristócratas sevillanos, que competían para ver quién tenía en su palacio el mueble traído de tierras más lejanas.

Murillo y su discípulo pasaron junto a un grupo de curtidos marineros que estaban cantando viejas canciones de las calmas del amanecer, esas habituales melodías del puerto que tan bien sabían los niños que vivían en las collaciones cercanas. Murillo recordaba que de pequeño solía cantarlas en sus juegos cuando soñaba con hacerse a la mar y vivir aventuras en las Indias: «Proa alerta / buena guardia...».

Ambos se acercaron al grupo de recién desembarcados con la intención de preguntarles por el navío de Amberes. Después de cantar desafinando con sus voces recias, habían comenzado a relatar exageradamente sus aventuras en ultramar. Cuando uno de ellos les indicó dónde podrían encontrar el barco, Murillo y su discípulo continuaron su marcha, pero se pararon a cierta distancia pues querían seguir escuchando aquellas historias que se tenían por fabulosas.

—Ay, si se pudieran pintar estas crónicas —le dijo Murillo a Rodrigo recordando sus travesuras de niño en el puerto, cuando se escondía para escuchar historias procaces y de aventuras oceánicas hasta que se hacía de noche y regresaba a casa con el temor de que su madre le reprendiera por la tardanza.

Los marineros bebían de un pellejo de vino que se pasaban de uno a otro entre chanzas con la misma complicidad de la larga travesía. Se diría que ya tenían nostalgia del mar. De hecho, muchos preferían dormir en los tabernuchos que se instalaban en el puerto por no dejar de oler el aroma marino del Guadalquivir. Murillo y Rodrigo de Salazar oyeron que en los días de viaje habían corrido rejones a lo burlesco en altamar. No habían dudado en simular corridas sobre la cubierta, unos como si alancearan a caballo a los otros que hacían de bestias. Era una estampa sorprendente pero habitual en los barcos de la Carrera de Indias, porque el largo viaje

hacía que los hombres inventaran mil distracciones extravagantes y bizarras. Los que partían de Sevilla echaban de menos sus costumbres y reproducían las escenas de los toros de manta que habían visto en los campos de Tablada. Eran las cosas que tenía la nostalgia cuando echaba sus redes en la mar.

Murillo y su discípulo siguieron escuchando y quedaron sorprendidos con lo que aquellos aventureros decían haber hecho con algunos peces extraños. Reían las agonías que les provocaron a unos insólitos animales con aletas enormes y bocas que terminaban en lanza. A uno de ellos le habían sacado los ojos y luego lo habían dejado morir en cubierta. Ya no había lugar para el miedo y el respeto que produjo en los primeros tiempos aquella fauna de mares inhóspitos. Nada quedaba de aquel temor de los inicios de los viajes ultramarinos, cuando se encontraban con lugares desconocidos habitados por monstruos. Qué lejanos parecían ahora los relatos mitológicos de marineros que decían haber visto sirenas. Había pasado más de un siglo desde que los navegantes emprendieran las primeras expediciones sin mapas que les advirtieran de abismos y de animales terroríficos. Ahora bien se sabía que ese Nuevo Mundo no era más que un lugar para el negocio y no un criadero de monstruos de nombres desconocidos.

De pronto, uno de los marineros brindó por la memoria de un compañero que había fallecido en ultramar. Según relataban, habían lanzado el cuerpo al océano con unas botijas de agua atadas a los pies para que se hundiera. Otro añadió con pesadumbre cómo habían tirado pedazos de pan para que los peces tuvieran qué comer y no devoraran el cadáver.

En muchas ocasiones Murillo había oído macabros relatos de esos «entierros» en altamar y de la costumbre de arrojar reliquias para calmar las aguas y por miedo a las almas errantes de esos insepultos, porque había muchas historias de espectros de marinos confundidos que se aparecían en los barcos de la Carrera de Indias buscando sus naves de regreso.

Después de un rato, maestro y discípulo continuaron el camino y ya veían el barco llegado de Amberes cuando se dieron cuenta de que una mujer casi anciana gritaba y lloraba mientras bajaba por las

rampas que daban al puerto. La mujer llegó hasta donde estaban los marineros y se abalanzó sobre ellos preguntándoles por su hijo. Con seguridad era la madre del que había muerto durante la travesía.

Unas aves sobrevolaban el Guadalquivir, que a esa hora era un espejo donde se reflejaban los inciertos perfiles de la ciudad. Murillo conocía bien los pájaros del puerto porque eran los mismos que sobrevolaban la azotea de su infancia. Y señaló a unos cormoranes que planeaban hasta posarse en los mástiles del Galeón de la China, quizás curioseando los aromáticos alimentos que se descargaban del barco. También había cormoranes sobre el navío de Amberes, que aún guardaba aires fríos del norte en sus velas.

Era una nave pequeña, pero firme y recia para navegar por los tempestuosos mares septentrionales. Murillo saludó a Jeromus de Voss, un comerciante flamenco que exportaba linos de Cambray de los que se usaban para hacer pañuelos y para poner también en los bordes de mangas y cuellos. Lo conocía de una cena en casa del marqués de Villamanrique donde le había expresado su deseo de que le hiciera un retrato. El maestro aprovechó para presentar a Rodrigo elogiando sus habilidades de pintor con la intención de que el comerciante se interesara por su discípulo. Rodrigo agradeció el gesto y se sintió reconfortado y seguro cuando el mercader le preguntó por alguna de sus obras y lo citó en su casa para el día siguiente.

Entonces Rodrigo se dio cuenta de que unos avispones merodeaban alrededor de los mercaderes que esperaban su turno en la descarga. De seguro que los murcios estaban al acecho de las bolsas aprovechando la confusión de la arribada. Así que advirtió con presteza al comerciante de la peligrosa presencia, cosa que éste agradeció con grandes aspavientos. Parecía que con su aviso el joven pintor lo había salvado de un hurto seguro, lo que sirvió para que se ganara la confianza del mercader. De Voss se despidió recordándole la cita en su casa mientras daba órdenes de que bajaran del barco los cajones con sus preciosos linos de Cambray.

Al poco Murillo vio que le hacía gestos el intermediario que suministraba de estampas a los artistas de la ciudad. Rodrigo se ocupó de encontrar a un esportillero para que llevara la mercancía. El maestro abrió el cajón y se apresuró a echar un vistazo para

comprobar que el lote era el correcto. Rodrigo sonreía ante su emoción infantil viendo las estampas impresas de Durero, Rubens, Cornelis, Cort, Goltzius, Spranger, Bloemaert, Guido Reni o Jacques Callot. A pesar de sus años y de la experiencia, Murillo no podía disimular la felicidad que le embargaba con la llegada de estos dibujos que tanto le servían de inspiración cuando tenía que realizar un encargo difícil. Muchos llamaban a esta práctica «hurto de pintores», porque se copiaban temas e iconografías, pero era una costumbre propia del oficio y natural entre los artistas. Rodrigo sabía además que su maestro conseguía mejorar de forma increíble las estampas, acentuando la importancia de las figuras principales y eliminando la confusión de historias que muchas veces aparecían en los dibujos.

Sí, era admirable. Y no lo apreciaba y quería sólo por lo mucho que le había enseñado, sino además por haber sido como el padre al que nunca conoció. En qué buena hora le había inspirado Dios para coger aquel carboncillo y pintar improvisadas figurillas sagradas en la pared de la iglesia de San Bartolomé. No sabía que con ese gesto cambiaría su suerte de desgraciado, pobre y huérfano, por la de un hombre que ahora tenía un oficio con el que ganarse dignamente la vida. Y cuánto había agradecido a su destino la fortuna de que el párroco de San Bartolomé le hablara al famoso pintor de su habilidad dibujando y lo llevara a su taller. Ese día fue uno de los más felices de su vida. Aún recordaba cuando Murillo le pidió que le acercara un pigmento blanco y él le respondió que si lo quería vivo o muerto.

—¿Y qué es para ti un blanco muerto, Rodrigo? —le había preguntado entonces Murillo.

—El que no lleva la luz dentro y sólo sirve para las contrasombras —le contestó Rodrigo dejándolo boquiabierto.

—¡En verdad estás predestinado a este oficio! Pásame el almazarrón y te enseñaré sus trucos, ya verás que es admirable para pintar las sombras.

Sintió Rodrigo un pellizco de nostalgia al reconocer que con su inminente marcha del obrador ya no habría más lecciones ni confidencias sobre trucos de colores. Si ahora su maestro le hubiera preguntado algo, no habría podido responder nada, pues volvía a tener un nudo en la garganta que le impedía hablar.

—¿Sabes que esta tarde pintaré a Juan de Santiago para el cuadro de las bodas de Caná? —anunció Murillo enseñando una estampa del cargamento en la que aparecía una escena del milagro.

—Pues alguna recompensa tendréis que darle, porque ya sabéis que no para quieto más de un rato —respondió Rodrigo después de un momento de vacilación aguantando que no se notara la emoción en la voz.

—Cualquiera diría que ese mulato no es mi esclavo. ¿Darle una recompensa? Ya le daré yo una somanta de palos —bromeó Murillo a sabiendas de que era demasiado blando con ese muchacho al que adoraba a pesar de que estaba molesto con él porque en las últimas semanas se había mostrado muy rebelde.

—¿Sabéis que Juana lo reprendió con dureza porque estuvo tres días fuera sin dar noticia de su paradero? —añadió Rodrigo, que, a pesar del comentario, también apreciaba al muchacho—. ¡Ese mulato parece hijo del diablo!

—¡No digas eso ni en broma, Rodrigo! Es cierto que es travieso y desobediente, pero creo que tiene mucho de gallardía. Nació esclavo pero tiene alma de hombre libre. Pienso darle la carta de libertad algún día, pues en verdad bien se la merece.

—¿Y os dejará mi señora Beatriz? —dijo Rodrigo sonriendo porque sabía la opinión que tenía la esposa de Murillo sobre el trato demasiado condescendiente que se daba a los esclavos en su casa.

—Sabes que no, pero ya pensaré algo. Te confieso que siempre he dudado de ese muchacho por su naturaleza de pícaro. Y no te miento si digo que hasta he creído alguna vez que el día de su bautismo no llegaron las aguas santas a su carne por culpa de ese cabello tan espeso y apretado que tiene. Pero es un bendito hijo de Dios y esa forma suya de actuar responde a su carácter indómito. Sin duda, nunca le faltará a este muchacho qué comer —dijo Murillo riendo mientras daba indicaciones al esportillero para que cargara por fin los mazos de estampas.

—¿Y cómo lo pintaréis esta vez?

—Llenando los cántaros de agua. En el centro de la escena. ¡Será el protagonista de la celebración!

Y así marcharon hacia el obrador hablando mil cosas sobre las

travesuras del mulato Juan. Murillo iba emocionado por la escena de las bodas de Caná que ya se dibujaba en su mente y en la que pensaba incluir un vistoso mantel de seda oriental para la mesa del banquete semejante a una tela que había visto en el desembarco del Galeón de la China. Y Rodrigo porque veía ante sí la escena de su vida futura. Sin saber muy bien por qué, acababa de recuperar la confianza en sí mismo. Había comenzado la nueva vida del artista Rodrigo de Salazar, discípulo de Bartolomé Esteban Murillo.

LA PARTURIENTA

Subía la escalera y podía notar el olor de la leche. Secreciones de leche agria, leche corrupta, leche de madre moribunda, un veneno que no podía probar su pequeña niña, María, que también se debatía como su madre entre la vida y la muerte. La niña a la que habían puesto el mismo nombre que a la primera hija del matrimonio, aquella criatura muerta en los días de la peste junto a sus hermanos.

Murillo aún recordaba que hacía sólo unos días podría haber pintado la felicidad, si es que eso era posible. Aquella escena de toda su familia comiendo viandas y cantando el villancico popular que ensalzaba el alumbramiento de otra parturienta en Navidad.

No la debemos dormir. No la debemos dormir la Noche Santa. No la debemos dormir...

Y, en efecto, no la durmieron porque eran demasiado felices. Como Beatriz todavía estaba convaleciente del parto de María, habían celebrado la Noche Santa en la alcoba en la que descansaba la enferma. Aún había esperanza. Beatriz estaba sólo cansada después del parto, algo natural tras haber dado a luz a la preciosa niña, tan blanca que Murillo pensó que parecía pintada de un imposible blanco de plomo. Hasta comenzó a abocetarla en un papel porque ya quería incorporarla al último cuadro que estaba realizando. Incluso Beatriz insistió en que se apresurara a inmortalizarla. Había visto una sombra de fragilidad y quería que su esposo la pintara antes de perderla y que pudiera olvidar su rostro. Era ese temor que la invadía con sus hijos cuando se acercaba la muerte. Y era tan consciente de

que había venido a plantarse otra vez en su casa que se conformaba con tener un mínimo retrato de esa criatura condenada a la desaparición. Las lecciones de la vida la habían convertido en una madre algo cruel. Una madre que se conformaba con ver a sus hijos reproducidos en los lienzos.

Ése era su décimo parto y ya estaba añosa. Beatriz sabía que algo no iba bien desde los primeros meses. Unas semanas antes del parto había manchado los paños con un líquido amarillo que olía muy mal. Sentía las piernas hinchadas y le dolía la cabeza. El día del alumbramiento confirmó su preocupación al ver el gesto de la partera cuando llegó a la alcoba.

Desde su aposento Beatriz escuchaba a su marido caminar por el corredor y a su hijo Gabriel preguntando por qué habían encerrado a su madre y qué razón había para que nadie la ayudara si gritaba y lloraba sin consuelo. La parturienta dio a luz a María después de horas de enormes sufrimientos. Nació muy pequeña, flaca y blanquísima. Al alumbrarla, Beatriz se asustó porque la niña no se movía. Creyó que había nacido muerta, pero la partera le dio unos golpes y lloró llenando la casa de los Murillo del grito audaz y valiente de la vida.

Fueron unos días tranquilos, pero después de la Nochebuena Beatriz seguía sin recuperarse y María parecía encogerse en su cuna, cada vez más pequeña y débil. Ninguna de las dos comía y mostraban una veladura entre amarilla y verde que el hijo del cirujano barbero reconoció como el color que presagia la muerte.

Beatriz también se dio cuenta. Ya llevaba muchos días padeciendo fiebres y cansancio. La leche salía agria de sus pechos flácidos y desprendía flujos fétidos. Estaba lívida y en mitad de la noche le asaltaban pesadillas y el corazón parecía que estaba a punto de escaparse de su cuerpo.

Cuando Murillo planteó llamar al doctor Sigüenza, Beatriz lo echó de su aposento. Seguía sin confiar en ese hombre a quien culpaba de la muerte de sus hijos. Y, a pesar de que sabía que su marido compartía con él tertulias y encuentros, prefería que su nombre no se pronunciara en la casa. Pero la noche anterior Beatriz había perdido el conocimiento y ya no respondía a las llamadas de su

esposo. Dormía dentro de sueños intranquilos. Parecía ya tarde para todo, pero el pintor había requerido a su buen amigo, que otra vez visitaba a los Murillo cuando arreciaba la tragedia.

Sin duda, el parto de Beatriz no había sido afortunado. La niña María vivía, pero languidecía como su madre. El doctor Sigüenza acudió a la llamada de su amigo y ordenó a la sirvienta Dorotea que buscara a una nodriza en la collación, ya que la leche de Beatriz estaba corrompida. Sólo así podría sobrevivir. Pero al ver el color de la parturienta y palpar el abdomen, al doctor Sigüenza se le cambió el gesto. Levantó la sábana y pudo comprobar cómo de la natura de la parturienta salía un líquido purulento que advertía de la podredumbre que ya habitaba en su vientre. Sólo se podía esperar.

Habían pasado dos días desde la visita del doctor Sigüenza y Beatriz no había despertado. La niña se alimentaba de la leche de una nodriza, pero seguía encogida y blanca. Era la última noche del año y Murillo había ordenado a sus aprendices que se tomaran el día libre para celebrar la fiesta de San Silvestre con sus familias. No quería a nadie en la casa. Sólo se había quedado Rodrigo, que se empeñó en acompañar a su maestro porque intuía que esa noche iba a ser larga.

Murillo subía hacia la alcoba también consciente de que el final se acercaba. Advertía claramente el hedor que impregnaba el aire. Ni siquiera el permanente olor de los pigmentos y aceites que ascendía del taller lograba enmascarar la fetidez de la muerte.

Los niños dormían desde hacía rato. Murillo les había dicho que se despidieran de su madre, pero ellos desconcertados no sabían a qué se refería. ¿Es que su madre partía de viaje? ¿Y cómo era posible si hacía días que estaba postrada en la cama sin apenas hablar? José Esteban, que ya tenía trece años, comprendió a su padre. Pero Francisca María, Gabriel y Gaspar Esteban no sospechaban que, pasada esa última noche del año, ya no volverían a ver a su madre. Se habían acercado al lecho, le rozaron la mano helada y le dieron un beso sin saber si tenían que decir algo. Bartolomé aupó al pequeño Gaspar Esteban, de apenas dos años, para que pudiera besar a su madre en la frente. El niño había nacido poco después de la muerte de Francisco Gaspar, aquella criatura que siempre enredaba y del que aún recordaban sus travesuras como cuando se escondió en el

obrador y dejó caer todos los objetos de su padre. Ahora Gaspar Esteban parecía haber heredado el espíritu travieso de su malogrado hermano porque siempre estaba trasteando y haciendo rebeldías. El niño, al acercarse a la enferma, no pudo evitar un mohín de desagrado por el mal olor que despedía y Murillo le dio un cachete, molesto por aquella reacción. Luego salieron de la habitación y los niños guardaron silencio en sus cuartos. ¿Qué soñarían esa noche? Murillo evocó su infancia, cuando ya habían muerto sus padres y las noches se le llenaron de pesadillas al pensar en la soledad negrísima que habitaría en las tumbas de doña María y de don Gaspar. Y tuvo un escalofrío porque recordó que hacía apenas unos días, probablemente en la víspera de la feliz Nochebuena, había vuelto a soñar con aquellos delfines que morían enredados en el fondo del Guadalquivir. Y ya intuía que eso significaba el anuncio de una nueva tragedia. Sintió el estremecimiento de estar acariciando otra vez la piel fría y húmeda de aquellos animales.

Más tarde, pensando en los sueños intranquilos de sus hijos, Murillo decidió visitarlos antes de ir a velar a Beatriz. Al entrar en la alcoba notó la respiración tranquila del pequeño Gaspar Esteban y lamentó haberle pegado. ¿Qué podía entender ese niño inocente de la enfermedad y la muerte? Francisca María también parecía dormir en el lecho junto a su hermano pequeño, aunque Murillo nunca sabía qué pasaba por la mente de esa niña silenciosa e introspectiva, siempre perdida en un mundo propio. Hacía días que no hablaba y su padre le había regañado porque había decidido dejar de comer hasta que su madre pudiera hacerlo. Parecía pálida y fantasmal, siempre al borde de la muerte. Era su *Virgen Niña*, la delicada criatura casi de humo rosa a la que había pintado aprendiendo la primera lección, pura candidez e ingenuidad. ¿Qué le ocurriría? ¿Qué pasaría con el resto de sus hijos cuando Beatriz ya no estuviera? Y entonces, al imaginar la desaparición de su esposa, sintió un vacío oscuro y pavoroso.

Al pasar delante de la alcoba de José Esteban y de Gabriel fue muy sigiloso. Sabía que su hijo mayor estaría despierto y esperando noticias sobre el estado de su madre. Incluso había pedido a su padre que lo dejara acompañarlo esa noche porque él también sabía que

sería la última. Murillo pasó de largo. Ni siquiera abrió la puerta para no asustar al niño impaciente. Pero él, que efectivamente no dormía, sintió su presencia.

—¡Padre, padre! —gritó desde el interior de la habitación—. ¿Ocurre algo? ¿Cómo está madre?

—Está bien, José Esteban —dijo muy apesadumbrado Murillo—. Duerme tranquilo, hijo mío.

Murillo llegó a la alcoba de Beatriz. El hedor era insoportable. Se acercó al lecho. Las sábanas estaban mojadas y pensó en cambiarlas. Sin embargo, ¿para qué interrumpir ese sueño viscoso? ¿Sentía algo Beatriz como para notar la humedad de las sábanas? Su esposa ardía de fiebre y parecía hablar en sueños. Deliraba y a ratos tenía espasmos. Murillo no podía evitar pensar que tal vez algún bálsamo podría aliviar el último sufrimiento de la enferma. Recordó que su padre había ayudado a muchas mujeres con las fiebres de la leche y algunas se habían salvado. Se preguntó entonces si debía llamar otra vez a Sigüenza, pero pronto lo descartó porque ya le había dicho su amigo que no había nada que hacer, que aquello era fiebre de madre y ya sólo restaba esperar.

Y ahí estaba, esperando.

Esperando la muerte de su amada Beatriz. La mujer que iba a morir por darle a él una nueva vida. Eso era darle todo. Pero ¿le había correspondido él? ¿Había sido un buen esposo? ¿No la había desatendido demasiado en los últimos años por culpa de su trabajo? Y meditó si se había detenido a contemplarla, a escucharla, a quererla.

Una vez intentó pintar a Beatriz pariendo. Fue con el tercer alumbramiento. Ya no era un padre primerizo y creía controlar la situación. Con su experiencia podría tomar el lápiz calmado y tranquilo, y dibujar la escena. Se quedaría en un rincón observando. En este momento triste de su vida y ante su mujer agonizando, Murillo sonrió al recordar las voces de Beatriz echándolo de su alcoba de parturienta. Esa misma que ahora sería su alcoba de moribunda, otra vez una alcoba para los dolientes. Su lecho de vida y su lecho de muerte.

Él sabía que pintar un parto era algo prohibido, desagradable, incluso pecaminoso. Pero pensó que aun así era una escena digna de

pintarse. Y lo hizo. Fue en un cuadro de maravillosa e increíble luz en el que una mujer paría y unas doncellas lavaban los pañales del niño y los paños de la recién parida en un lebrillo. Aquella mujer era Beatriz en el momento en el que alumbraba a Isabel Francisca, aunque en realidad mostrara una escena sagrada con ángeles volando en la alcoba de la parturienta porque representaba el nacimiento de san Juan Bautista. Y Beatriz era santa Isabel. Y su hija Isabel Francisca era el niño santo. Un cuadro soberbiamente humano y atrevido porque mostraba la sangre y los excrementos de esos seres divinos. En un acontecimiento sagrado había ocultado una simple, cotidiana y natural escena profana.

Y ahora Beatriz estaba allí, a punto de morir, lívida, con un blanco de plomo tiñéndole esa piel que había acariciado tantas veces y que aún parecía desprender un levísimo olor a azahar. Ese aroma de la flor de naranjo con el que ella solía impregnarse. Un olor que hacía días que había desaparecido y que sólo permanecía en la memoria de Murillo, que no quería olvidarlo por nada del mundo. Azahares que ya escapaban, que huían de su cuerpo, que comenzaban a pudrirse como esas flores que quedan en el naranjo con el sol de abril y desprenden un olor dulzón de cosa corrompida hasta que se secan y mueren.

Ese olor que nunca podría llevar a un lienzo. Igual que no había podido pintar el sonido de los cuadros del maestro Tintoretto. Ni lograría pintar el aire como le había sugerido su amigo Velázquez. No, no haría nada de eso. Otra vez sentía que era un artista fracasado, un pobre pintor de colores, acaso de buenos efectos de luz, pero nada más. Y no era sólo el olor. Él sabía que nunca había pintado de verdad a Beatriz. No había tenido tiempo o no había considerado que fuera un tema interesante para su pintura. Beatriz le había servido de modelo de alguna de sus vírgenes, de mártires, como santa Isabel en el momento de alumbrar a san Juan Bautista, pero ¿la había pintado a ella? ¿A su esposa Beatriz Cabrera, madre de sus hijos, la mujer que lo había acompañado durante tantos años? No, en ninguno de sus lienzos aparecía Beatriz de verdad, con su gesto de mujer coqueta, oliendo a flores de azahar, observando de reojo las travesuras de sus hijos o bebiendo chocolate en su jícara de plata. ¿Es que no lo

merecía? ¿Y no había confirmado en los retratos de sus hijos muertos que la pintura era el milagro de hacer presentes a los ausentes?

Murillo advirtió que cierto color asomaba en las mejillas de Beatriz, como si hubiera intuido que su marido estaba pensando en volver a pintarla. Las facciones se relajaron y el color amarillento de la piel cambió. Sintió una alegría súbita, el corazón le palpitaba, estaba nervioso y emocionado. ¿Sería conveniente que ordenara a Dorotea que le preparara un caldo a su esposa? ¿Debía cambiar las sábanas húmedas y sucias de la moribunda? De pronto vio cómo Beatriz intentaba incorporarse y decir algo.

—Vestidme con mis galas azules como si estuviera posando — creyó oír Murillo, que se acercó más para poder escuchar lo que decía —. Quiero ropa de abrigo... Sé que dentro de esa tumba hará mucho frío.

Beatriz dejó caer la cabeza. Murillo jamás había visto un blanco tan espectral como el que ahora aparecía en el rostro de su esposa. Quiso creer que el hedor del cuarto se transformaba en un vago aroma de azahares. Volvió a mirarla y descubrió que los ojos se habían hundido y que la nariz se había afilado creando en el rostro amado contrasombras que nunca había visto. Incapaz de asumir la realidad, corrió a un mueblecillo en el que Beatriz guardaba sus cosas, cogió un espejuelo y lo acercó a su boca para ver si el aliento de la vida lo empañaba. Ningún vapor nubló la superficie. En ese momento sonaron las doce campanadas en la torre de la iglesia de San Bartolomé.

Había comenzado el año del Señor de 1664.

EL NIÑO PIOJOSO

Rodrigo sintió que al salir de casa del maestro ya no caía esa lluvia como de ceniza y tristeza, un polvo que se posaba en los hombros y dejaba en los labios un sabor de acíbar. Murillo seguía postrado en el estudio, sentado en su butacón de palo de Campeche observando el balanceo del ángel que colgaba del techo del obrador. Mirando sin mirar, desentrañando los cadáveres del aire. Ya no estaban ni su amada Beatriz ni la niña María, el bebé que había muerto pocas horas después de su madre. Un silencio oscuro rodeaba el patio antes alegre y lleno de risas de niños, ascendía por las escaleras y reposaba en las alcobas para alterar el sueño de los vivos. Hasta los niños parecían fantasmas. No se atrevían a enfadar a su padre, a distraerlo de su silencio. La sirvienta Dorotea los reunía en la cocina y los entretenía con dulces y juegos a la lumbre hasta que llegaba la noche y subía con ellos a sus aposentos sin hacer ruido.

Rodrigo de Salazar agradeció que el maestro hubiera mostrado un signo de mejoría al encargarle que saliera a comprar pigmentos. Lo acompañaba el mulato Juan de Santiago porque también debían traer lozas de Triana para el cuadro de las santas patronas Justa y Rufina, las mártires alfareras que tenía que pintar para el convento de los Capuchinos. Desde la muerte de su esposa todos los encargos del obrador estaban interrumpidos, a la espera de que recobrará las ganas de pintar. Y de vivir.

Tanto pesaba la tristeza en la casa de los Murillo que Rodrigo se dio cuenta de que ya llevaban andando un buen rato y ni Juan ni él

habían hablado, acostumbrados como estaban a vagar en silencio por aquel hogar de luto. Desde el barrio de San Bartolomé se dirigieron a la plaza de la Alfalfa, en la que se exhibían hermosas naturalezas muertas de conejos, pavos, capones, gallinas y perdices. Luego continuaron por San Isidoro con sus puestos de marisco de olores intensos, unas veces de horizontes marinos y fluviales, otras de un hedor insoportable. Rodrigo se distraía observando las mercancías y aspirando los olores dispares de cada mercado y pensó que sería fácil guiarse por la ciudad sólo con el olfato. Así llegaron a la plaza del Pan, detrás de la parroquia del Salvador, impregnada del aroma caliente de las hogazas, tortas y molletes, y siguieron por la plaza de Arriba, que era uno de los mercados más concurridos de Sevilla.

Allí, entre el griterío de las vendedoras voceando su género y regateando con picardía en su comercio con los hortelanos, el mulato compró hierbas para hacer adobos que su madre le había encargado. Rodrigo agradeció la parada para contemplar el espectáculo de color que le ofrecían los cestos llenos de frutas y verduras. Le apasionaban los bodegones, ser capaz de retratar hasta el alma de las cosas. Su maestro siempre lo animaba a dedicarse a ese género, que cada vez tenía más demanda en Sevilla. Hasta le había presentado a Herrera el Mozo, cuyos bodegones de pescados eran muy admirados. Rodrigo había aprendido mucho con las lecciones de dibujo que el Mozo le dio en la Academia, pero recelaba de él porque no le gustaba la forma que tenía de mirarlo.

Ya el esclavo Juan le había advertido que aquel pintor era de los que iban a surtirse de muchachos a la Buhaira, pues el mulato por su conocimiento de los mapas de la picardía no sólo sabía dónde estaban todos los mercados sino que, además, conocía bien los lugares en los que se comerciaba con bodegones de carne de efebos.

—Tened cuidado, señor. ¡No sea que os malogre la hombría! —le había dicho entre bromas.

Después de abastecerse de hinojos, orégano y albahaca para escabechar, se encaminaron a la Alcaicería de los Paños, donde estaban las tiendas de bayetas. Rodrigo pidió telas de bramante crudo para lienzos y manteles adamascados de los que sirven para cuadros grandes. El lienzo de las santas patronas sería de dimensión

considerable, así como el resto de la serie que Murillo pintaría para los Capuchinos. Pero Rodrigo dudaba de que su maestro pudiera enfrentarse a semejante reto artístico por la gran pesadumbre que lo consumía desde la muerte de su querida esposa.

Por fin alcanzaron la botica que abastecía a los pintores de la ciudad. Oliendo los pigmentos, Rodrigo pensó que él podría encontrar la tienda a ciegas. A fin de cuentas, había crecido con aquellos olores de la linaza, el aceite de nueces y las resinas. Al entrar en la tienda le embargó la misma emoción del primer día en el que Murillo le encargó que comprara pinturas para el obrador. Allí estaba el azul de esmalte, la laca roja, el blanco de plomo que luego él veía convertirse en encarnaciones admirables. Ese blanco con laca roja a la que se añadían otros matices con los que su maestro era capaz de sugerir la curtida piel de santos anacoretas o la de color de miel, rosada y suave, de los ángeles.

Rodrigo pidió un tarro de azul de ultramar que le había encargado para una Inmaculada de la que sólo había realizado un vago boceto. Aunque sabía que era el más valioso de los pigmentos, Rodrigo se quejó al droguero del altísimo precio que pedía.

—¿Y qué quiere vuesa merced si sale de la piedra preciosa del lapislázuli? Y eso hay que pagarlo, que viene de tierras muy lejanas — se defendió el droguero.

—¿Y no pensáis que ese polvo luego será el manto de Nuestra Señora? —razonaba Rodrigo, que, tal vez influido por las vendedoras del mercado, estaba dispuesto a regatear con el droguero hasta conseguir rebajar la cuantía del pago—. ¿Acaso no rezáis vos ante las Inmaculadas que pinta mi maestro? ¿Tendréis valor de postraros ante ellas habiéndole encarecido tanto el color a su pintor?

El droguero estaba confundido y no sabía qué decir. Rodrigo aprovechó entonces su desconcierto para sacarle a buen precio cinco dracmas de cochinilla, granos de alumbre de roca y varias onzas de almáciga y trementina. No se olvidó del secreto de las veladuras que se guardaba en la receta de la ancorca de Flandes, esa laca amarilla que era de época del maestro Pacheco y que permitía la transparencia de las escenas. Con ella conseguía Murillo el delicado vapor que llenaba sus lienzos.

En ese momento recordó la importante lección que hacía poco había recibido de él, en la que supo ver escondida aquella pesada amargura que ahogaba a su maestro: la obsesiva aplicación de muchas capas en el lienzo. Decía Murillo que esas capas eran necesarias para que el tiempo tuviera qué gastar.

—Esta segunda capa la verán en el siguiente siglo y la que ahora aplicáis será la que contemplan dentro de cuatro. Ojos que aún no han nacido y que no podemos ni imaginar —le había explicado a Rodrigo, que no acertaba a comprender del todo ese tormento que demostraba su maestro con cada mínima pincelada.

Pidió después otro tanto de azul cenizas de Sevilla, carmín de Indias y albayalde de Venecia.

—Se me olvida que mi maestro gasta genulí —dijo con la intención de que el droguero se mostrara generoso con el pedido que le hacía el obrador del grandísimo Murillo—. Y recordad que en ese amarillo claro están palpitando las carnes de los santos.

Juan de Santiago se admiraba del desparpajo que Rodrigo demostraba en la botica. Sabía que el discípulo era un hombre callado, serio y discreto, por eso las artes oratorias e incluso de picaresca que demostraba comprando le sorprendían. El mulato respetaba al discípulo preferido de su amo y también Rodrigo quería bien a Juan de Santiago. Ambos eran muchachos desgraciados salvados por la bonhomía del artista. Y era algo que agradecían y que los convertía en cómplices y buenos amigos.

Rodrigo había enseñado al esclavo algunas labores del taller y éste a cambio había mostrado al discípulo una Sevilla que ignoraba o, al menos, no recordaba. Gracias a Juan de Santiago había conocido la ciudad cruel, sórdida y despiadada que se escondía bajo las riquezas, el mundo santo de las iglesias y los buenos modos de los clientes de su maestro. Y consideraba que era una enseñanza muy necesaria si quería llegar a ser un artista que reflejara todas las caras de su tiempo.

Era un mundo desconocido para él, aunque en un tiempo lejano había sido su cuna. Rodrigo se había empeñado en olvidar los recuerdos de su infancia. Desde que llegó a casa de Murillo y fue acogido en su obrador, el niño había dejado las miserias de la calle.

Sin embargo, Juan de Santiago, con su mundo callejero y de picardías, le permitía asomarse de vez en cuando a ese territorio que una vez formó parte de su vida. Y si bien Rodrigo admiraba cómo su maestro pintaba cuadros de niños pobres, mendigos y viejas alcahuetas, sentía que lo hacía desde su visión de hombre bueno, sacando sólo lo amable de ese mundo.

El esclavo, sin embargo, le asomaba a los verdaderos precipicios de la vida. Lo invitaba a partidas de tahúres, a observar a las fornicarias junto al río, que negociaban con los marineros y ejercían a oscuras para que no se les vieran las llagas y arrugas. También lo llevaba a ver las ejecuciones de delincuentes. Sabía colocarse en los mejores sitios, acordando tratos y favores con los murcios que controlaban el mercado de los balcones y tablas del espectáculo de las muertes públicas.

La semana anterior había visto cómo ahogaban a una mujer que encubaron en el río por haber matado a su hijo de cuatro años, ya que quería estar libre para poder casarse. También presenció la quema de un mozo de caballeriza en la Puerta de Jerez porque había cometido delito contra natura con una mula de las que cuidaba. Ardieron ambos, el hombre y la bestia, y luego aventaron las cenizas extramuros. Estaba probado que Sevilla era la ciudad donde se cometían los más tremendos pecados del reino. Eso era precisamente lo que quería pintar Rodrigo: la verdad de la ciudad, su lado más oscuro pero también auténtico y que nadie se había atrevido a retratar aún.

Rodrigo, cuando contemplaba esas escenas, se quedaba en silencio, extasiado y aturdido por la crueldad y el horror. Era algo que le conmovía mucho más que pintar escenas sagradas o simplemente imágenes amables de la vida cotidiana. Y agradecía a Juan de Santiago que le permitiera asistir a ese verdadero teatro del mundo.

Y el mulato, aunque niño de la calle y de ese mundo salvaje, consideraba a Rodrigo como a un hermano mayor en el que sabía que siempre iba a encontrar refugio. Juan esperaba que alguna vez su amo le diera la libertad y, cuando ese día llegara, trabajaría en la casa de Rodrigo. Quería ser el criado más importante de un obrador lleno de discípulos y sirvientes que él gobernaría. Eran deseos que no se

confesaban, pero que ambos intuían como consecuencia de su curiosa amistad.

Rodrigo, que no era mucho mayor, había visto crecer al esclavo. Juan era un niño criado junto a la lumbre baja de la cocina, donde su madre Juana de Santiago hervía las sopas de la familia Murillo. El niño se escondía en el arca de guardar el pan jugando al escondite con los hijos del maestro. Y hasta se atrevía a colgarse de la espetería de la que pendían las aves, las carnes y los utensilios de cocina con gran disgusto de su madre y de doña Beatriz, que temía que sus hijos lo imitaran. El mulato Juan se había burlado en secreto de su ama por proteger tanto a sus hijos, hasta que su madre le explicó que era una señora muy desgraciada porque hacía años había perdido a tres hijos en una enfermedad atroz. Por eso tenía miedo de que se desgraciaran sus otras criaturas. El niño comprendió, porque a pesar de su naturaleza algo salvaje, era bueno y noble. Y así había crecido entre alcuza, capachos y tabaques para frutas diciendo que de aquellos años de crianza le había quedado un olor a viandas en la piel como si fuera mozo despensero.

Rodrigo y Juan se encaminaron hacia Triana para comprar las lozas que el maestro pintaría en el cuadro de las santas. Pasaron por la Gran Aduana, donde se registraban los viajeros que querían ir a las Indias y se controlaban las mercancías que arribaban. Rodrigo vio que el puerto estaba en calma y el Guadalquivir mostraba un horizonte mínimo de jabeques, gabarras, bajeles y otras pequeñas embarcaciones. Las aguas del compás de las naos, donde las naves daban la vuelta camino del mar, estaban calmosas por la ausencia de grandes barcos. Era un día tranquilo en el que sólo se veían faenas de pesca y las tareas de preparación de la aguada de las galeras que llegarían en una semana.

Subiendo el curso del río y no muy lejos, se veía un paisaje de barcos varados, escena que ilustraba la decadencia de este puerto principal que antaño había sido lugar de grandes hazañas de navegación y de espectaculares negocios comerciales. Era evidente que el cauce del Guadalquivir se llenaba cada vez más de sedimentos, barros y restos de barcos hundidos que impedían que las naves de gran tonelaje que llevaban quintales de plata ascendieran desde

Sanlúcar. Sevilla perdería pronto su monopolio comercial con el Nuevo Mundo, ese privilegio que le había permitido ser la capital económica del Imperio y controlar el trasiego de viajeros de Europa con las Indias.

Atravesaron el Puente de Barcas para cruzar a Triana. El mulato, que en el fondo aún era un jovencuelo travieso, comenzó a dar saltos para asustar a unas viejas que pasaban sobre las maderas y tablas del puente y que, temerosas de caerse al agua, gritaron asustadas. Rodrigo no sabía si reñir a Juan o alentarle, porque había provocado una cómica estampa que a él también le divertía.

Ya en la orilla de Triana vieron a las lavanderas que se ponían al final del puente. Hacían la colada con las sábanas que luego robaban los pícaros para vender en el malbaratillo del Arenal. Juan de Santiago guiñó un ojo a Rodrigo bromeando sobre las buenas carnes de las mozas que soleaban los lienzos en la ribera.

Triana era un arrabal extramuros, una collación donde habitaban los alfareros con sus negocios de hornos de ladrillo y teja, y los comerciantes de los molinos de pólvora. Resultaba un lugar peligroso porque algunos de esos molinos habían explotado. El arrabal también era famoso por las almonas de jabones de lo blanco que se hacían junto al siniestro castillo de la Inquisición, levantado desde tiempos muy antiguos junto a la ribera.

Rodrigo y Juan se dirigieron a uno de los hornos en los que se fabricaban lozas, cerámicas y azulejos. El encargo del maestro consistía en comprar tinajas, pucheros y jarrillos que tuvieran repulgos, abolladuras o pellizcos que eran los típicos de la loza blanca de Triana, porque se creaban hermosas sombras. Rodeadas por esas piezas estarían en el cuadro las santas patronas de Sevilla, ya que ellas mismas habían sido alfareras. Santa Justa y Rufina sufrieron martirio en tiempos de la era romana por condenar el culto a ídolos paganos. Murillo había pensado en pintarlas con las tinajas y lozas trianeras a sus pies salvando a la ciudad de un gran terremoto que había sucedido a comienzos de la centuria anterior, milagro que según la tradición popular habían obrado las santas. Fue aquel temblor tan grande que hasta las campanas de la Giralda tocaron solas por la oscilación de la torre. En el cuadro del maestro las santas

estarían protegiendo a la Giralda como símbolo de Sevilla. Murillo no gustaba de pintar a los santos en sus martirios crueles sino en otras escenas que llevaran a la devoción sin dolor ni horrores. Sin embargo, Rodrigo, aunque no quiso comentarlo, hubiera preferido pintarlas en el peor de los sufrimientos.

Discípulo y esclavo compraron las lozas y decidieron buscar alguna taberna cercana al horno para almorzar. Mientras buscaban la casa de gula vieron en la orilla a unas muchachas que recogían barro en las orillas. Eran criadas de señoras principales que hacían recolección de las llamadas «tierras de Sevilla». Con ellas se imprimaban los lienzos, pero también había otro uso, el que hacían las damas opiladas que comían ese barro para que los rostros se tornaran más pálidos.

En el paseo junto al río hallaron por fin una taberna de mala fama que Juan conocía de otras ocasiones. Rodrigo no hubiera entrado por nada del mundo estando solo, pero acompañado por Juan no tenía temor a aquellos ambientes. Es más, para él era una experiencia impagable. En esa taberna veía a toda la jauría de tipejos, putas y marineros de la peor calaña. Antes se ajustó la faltriquera para no animar el negocio de los rufianes. Dentro reinaba una gran oscuridad porque sólo había un ventanuco en todo el antro. Sin embargo, las sombras creaban una fresca penumbra que evitaba el calor que se sufría en la calle. La taberna, al tener escasa ventilación, apestaba a olores viciados por la mezcla del sudor de los parroquianos con las cebollas y ajos de la cocina desvelando así que era lugar de villanía.

—Aquí es donde se hacen los negocios de pacotilla —apuntó Juan de Santiago a un Rodrigo que observaba admirado la penumbra sobre los bodegones podridos en las mesas.

Allí se reunían los marineros que partirían en unos días y que hacían pequeños trapicheos con la mercancía que podían embarcar por su cuenta libre de flete, objetos escondidos que no pasaban la aduana y que eran habituales en la Carrera de Indias. Y es que en esta ciudad de la picardía no había dónde posar los ojos que no se escondiese algún negocio turbio.

Halló Rodrigo en la taberna a hombres que por su ansiedad se

reconocía que se harían a la mar en breve. Muchos creían que ese día podría ser el último de sus vidas, así que comerían, beberían y fornicarían sin descanso hasta el alba.

También descubrió a unos pajes de tripulación que tenían la piel tan amarillenta que parecía pintada con ancorca de Flandes. Debían de ser de los que volvían de un larguísimo viaje donde de seguro habían comido carnes en salazón pero sin frutas ni hortalizas. Tenían las bocas apenas sin dientes y manchas en la piel. Rodrigo agradecía que su maestro le hubiera enseñado a leer los cuerpos y deducir la salud tan sólo contemplando el color de la piel o el brillo de los ojos.

Juan de Santiago señaló la aparición de María la Mondonguera, la mujer del tabernero. Según contó el mulato, había sido una de esas mujeres que acuden al matadero los sábados, cuando se sacrifican animales para comprar los despojos, adobarlos, cocinarlos y venderlos por la calle. Así había conocido al tabernero. La mujer, con una mata de pelo rizado y negrísimo, dejaba un olor a sangre, tripas y especias al pasar. Parecía que no pudiera abandonar la razón de su oficio ni siquiera como dueña del local. Además, tenía tratos con mozos de la marinería a escondidas de su marido, un buen hombre al que engañaba de la misma forma que en su oficio ocultaba la corrupción de los mondongos con el arte de las especierías.

Rodrigo y Juan pidieron tajadas de bacalao, que al ser viernes se freirían con aceite de capilla, del que servía para alumbrar altares. Y es que, a pesar de que la Mondonguera era mujer de vicios, también era muy devota y cocinaba con aceite de olivar y no con grasa de tocino en Cuaresma, los viernes y los días de vigilia. Advertía a los parroquianos que había que distinguir entre los días grasos y los días magros, en los que no había que pecar.

Así que con el aceite de alumbrar se sirvieron las tajadas fritas, que tenían un característico sabor amargo de olivas. Como era costumbre, el bacalao estaba salado en demasía para provocar las ganas de beber más vino, que, aunque recio, les agradó mucho.

María la Mondonguera llegó con un platillo de camarones que acababan de pescar en el Guadalquivir. Rodrigo los vio revueltos en la loza y no pudo evitar recordar el cuadro en el que su maestro lo pintó, justo cuando acababa de comer unos camarones y estaban las

cáscaras aún por el suelo. Fue hacía muchos años, cuando aún estaba recogido por el párroco de San Bartolomé mientras se ganaba unos cuartos como esportillero en el mercado. En el cuadro, Rodrigo, que apenas tenía ocho años, había dejado a un lado el capazo donde había llevado las mercancías y se espulgaba piojos del pecho. Estaba en un cuartillo que había en la sacristía donde el párroco guardaba las tinajas con el vino de consagrar. Allí dormía sobre una esterilla las más de las veces, ya salvado de los peligros de la noche en la calle, donde había sufrido algunos episodios desagradables de peleas, robos y otros sucesos espantables que casi había conseguido arrojar de su memoria.

Mientras saboreaba los camarones con su cáscara crujiente y sentía el cosquilleo de los bigotes, se dio cuenta de que la penumbra fresca de aquella taberna del infierno se parecía mucho a la luz que había en aquel cuartucho que olía a vino repuntadillo y a pellejos impregnados de pez. Esa sombra contrastada de luz en la que su maestro lo había pintado mientras se quitaba los piojos de los andrajos y con los pies sucios de la miseria de toda su infancia, pues sólo los lavaba cuando se metía en el río para coger los peces muertos que llegaban a las riberas. Luego encendía una fogata y asaba aquella pesca de muladar. Así se había alimentado hasta que lo recogió el cura de San Bartolomé.

Recordaba el día en que llegó Murillo a la sacristía y el párroco le dijo que allí estaba el muchacho del que le había hablado y empezó a hacer un bocetillo sin dejar de observarlo. Rodrigo se puso nervioso porque quería ver cómo lo pintaba ese gran artista del que todos hablaban, pero Murillo le dijo que tuviera paciencia y que, si se estaba quieto un rato, lo invitaría a comer pernils asados y aloja.

A Rodrigo le sorprendió que aquel hombre célebre y acaudalado decidiera pintarlo a él, un niño de los de la sopa boba de los conventos. El párroco le había contado que aquel artista había pintado a las vírgenes y a los santos más venerados. ¿Cómo era posible que le dedicara atención al más miserable de los seres? Rodrigo había sentido vergüenza porque temía provocar asco a aquel señor pulcro y delicado que lo observaba con tanta atención. Incluso decidió aguantar el picor que le provocaban los insectos para no

parecer lendroso. Y disimuló con una postura que le pareció adecuada porque la había visto en los niños ricos que iban a la iglesia o que pasaban en lujosos carruajes.

—No, no hagas eso. Sigue buscando los piojos de tu cuerpo, que nada de malo hay en ello. ¿No sabes que niño piojoso, sano y hermoso?

Eso le dijo aquel día para que no tuviera pudor en mostrar su pobreza. Recordaba perfectamente esa frase y cómo con el tiempo se reían juntos al ver el lienzo de cuando Rodrigo era un andrajoso niño perdido.

Su maestro lo pintó tal y como era, con el pelo cortado a corro, las ropas raídas, los pies sucios, la roña en las piernas y las cáscaras de los camarones tiradas por el suelo. Camarones que le sabían a gloria, como los que ahora comía lanzando también las cáscaras al suelo lleno de charcos de vino, restos de comida y serrines.

Aquel cuadro fue uno de los primeros que Murillo pintó de niños mendigos, aunque ése había de ser diferente. Era el más triste, el más conmovedor, porque estaba lleno de melancolía. Toda la amargura del niño pintado y del hombre que lo pintaba, porque no hacía mucho que el maestro había perdido a sus hijos en aquella epidemia de peste que había dividido a Sevilla en dos mitades: la de los vivos y la de los muertos, los que sobrevivieron y los que yacían bajo tierra. Y esa sombra recorría todo el lienzo llenándolo sin saber por qué de gran pesar. Qué soledad rodeaba al niño Rodrigo en el cuartillo donde se espulgaba los piojos.

Por eso aquella escena estaba llena de aflicción y de tragedia silenciosa. Un cuadro que no tenía nada que ver con los niños que después pintaría su maestro, que serían niños también mendigos pero felices, niños que juegan, que ríen, que se solazan, que comen, porque decía Murillo que no era tristeza lo que necesitaba entonces la ciudad y que mejor sería que pintara cosas buenas que sirvieran de esperanza a quienes las vieran.

Rodrigo cogió un puñado de camarones y bebió un buen trago de vino saboreando todo con gusto y, absorto, se quedó mirando el sol violento y rotundo que entraba por el mínimo ventanuco de la taberna mientras pensaba en cómo su maestro había conseguido

templar hasta la furia de la luz de esa tierra, pues era tanta su pericia que todo lo convertía en dulzura. Rodrigo tuvo entonces la convicción de que él nunca sería así, porque a él le fascinaba lo que se escondía en la sombra. Si Murillo era el artista de la luz y el color, él lo sería del alma oscura de las cosas.

LA SAYA DE BEATRIZ

Llegó al convento de San Francisco al alba, cuando los monjes rezaban laudes. Era la primera vez que salía de casa desde la muerte de su esposa Beatriz y agradeció el frío de la mañana. Sintió que el frescor le limpiaba las sombras, los pliegues oscuros y la baba negra de la muerte. Olían las calles a romero y a viento del río, aunque ese aroma con el que se estrenaba el día no pudiera disimular el hedor de orines, barro con excrementos de caballos, maderas podridas, cuero sudado, aceite rancio y agua estancada que flotaba siempre en la ciudad.

Terminaba el toque litúrgico de la esquila del convento cuando Murillo entró en el claustro. Lo acompañó hasta allí el monje portero que lo conocía de los tiempos en que había pintado los cuadros que colgaban en las paredes de ese santo lugar. Aquellos lienzos que le habían dado su primera fama, las obras con las que consiguió dineros para casarse con su amada Beatriz. Al volver a contemplar esas pinturas, Murillo se sintió rejuvenecer, como si de pronto regresaran los días felices, los primeros encuentros con ella, las tardes en el hogar, la intimidad de las noches.

El monje franciscano lo dejó solo. Quería recordar a Beatriz reproduciendo lo que ella hacía casi todos los días. Así que decidió recorrer las iglesias que escondían los rostros de sus hijos. Cuánto le aliviaba ahora pensar en cómo había calmado el dolor y el vacío de Beatriz gracias a su pintura.

Y allí estaba, en el claustro, cuando los primeros rayos de sol hacían cosquillas a los personajes reproducidos en los lienzos, bañándolos de luz y de una extraña vida. Murillo se sintió muy satisfecho de haber dedicado horas a estudiar en profundidad de qué forma entraba la luz a las distintas horas del día en ese claustro. Era muy importante saber en qué lugar exacto se colocaría cada obra. No era igual que un cuadro colgara de la pared de un claustro, donde la luz intensa daba casi todo el día, a que estuviera en el interior de una iglesia apenas alumbrada por la luz de los cirios. También importaba la altura a la que estuviera suspendido. Lo sabía porque entrando por la puerta de la iglesia franciscana anexa vería otra obra en la que había estudiado con mucho detenimiento la distancia desde la que se contemplaría. Era la *Concepción Grande*, que se encontraba sobre el arco de la capilla mayor, a una altura considerable que había determinado que pintara a la Virgen con magnitudes grandiosas.

Sin embargo, ese día de luto y recuerdos no quería ver precisamente aquel cuadro. Admirar ese lienzo hubiera sido como traicionar a Beatriz. En esa Inmaculada colosal estaba el rostro de Catalina, la muchacha de hermosura extraña que provocó los celos de su esposa porque creyó que tenía a una mujer mantenida que le servía como modelo. No, no miraría hoy el rostro de su Inmaculada.

Murillo se dirigió al cuadro que había venido a ver, porque allí estaba su querida hija María en la cocina de los ángeles. Y no pudo evitar llorar al verla pequeña, sana y feliz, antes de que la enfermedad se cebara con su carne rosa. El pintor se quedó extasiado y en absoluto silencio durante tanto tiempo que incluso el sol se colocó ya en el centro del claustro. Mil pensamientos se sucedieron en su memoria. Observando a aquella criatura recordó el día en que nació y cómo olía a una mezcla de leche tibia y pan dulce. Y una tarde de juegos en la que llegó corriendo hasta el obrador porque su hermano José Felipe le había pegado. Y también otra ocasión en la que se cayó por la escalera y se hirió una rodilla que él le curó con un ungüento que le alivió el dolor. Evocaba con gran desasosiego su llanto de niña enferma y moribunda, llena de pústulas y con la muerte agazapada bajo su carne de ángel. Su brevísima vida ahora congelada en un cuadro que su padre esperaba que durara siglos. ¿Alguien entendería

alguna vez que allí, en ese lienzo, estaba pintada una lección de amor paternal? ¿Resistiría los embates del tiempo? ¿Se convertiría ese convento en una ruina olvidada? ¿Qué ocurriría entonces con el rostro de su hija cuando su pintura desapareciera?

Había decidido visitar más tarde en Santa María la Blanca a José Felipe, el querubín que volaba junto a la Virgen, y luego en el convento de la Merced Descalza a Isabel Francisca, transformada en Niño Jesús en la escena de la huida a Egipto de la Sagrada Familia. Pero fue incapaz. Era demasiado para el primer día. No podía soportar ver a sus hijos hechizados en una no-muerte por el arte de sus pinceles.

En cambio, sintió la necesidad de rezar ante la tumba de Beatriz, pedirle perdón por no haber sido fuerte, por su incapacidad para soportar la tristeza, por no resistir la contemplación de la más querida carne de ángeles. Así que se dirigió a la iglesia del convento de San Pablo, el lugar en el que descansaban los restos de su esposa y que estaba muy cerca del cenobio de San Francisco. Murillo caminó sin atender a lo que veía en la calle pues no quería que nada lo distrajera de sus meditaciones. Así llegó al templo, que aún estaba a oscuras porque no habían encendido las candelillas de ánimas, y se dirigió a la capilla de santa Úrsula, que albergaba la tumba familiar de los Cabrera. Se sentó en un banco junto a la lápida y rompió a llorar. Lloró todo lo que no había podido llorar en mucho tiempo.

Al rato y ya algo más consolado, vio de reojo que entraban en la iglesia unas damas para la misa, pero ni siquiera intentó disimular su llanto. Sintió compasión de sí mismo por haber perdido a aquella mujer maravillosa que había sido la madre de sus hijos.

Murillo se secó las lágrimas y se arrodilló sobre la lápida. Notó la frialdad del mármol y recordó las últimas palabras de Beatriz cuando le dijo que allí tendría frío y que la vistiera con sus galas azules, con ese vestido de terciopelo que ella había aportado para su dote. Sí, tendría frío, un frío intenso, el frío despiadado de la muerte helándole el alma.

Y, sin saber por qué, evocó las frases de su testamento, que ella misma dictó al escribano: «En el nombre de Dios, amén, sepan cuantos esta carta vieren cómo yo doña Beatriz de Cabrera y

Sotomayor, mujer legítima de Bartolomé Esteban Murillo, vecina de esta ciudad de Sevilla en la collación de San Bartolomé, estando enferma del cuerpo y sana de la voluntad y en mi libre juicio...».

¿Por qué recordaba ahora esas frases dictadas? ¿Por qué en esta mañana que él había imaginado de alivio y liberación se sentía más apesadumbrado que nunca? Si ya había pasado un mes de su muerte, ¿por qué razón hoy sentía el vacío de forma más intensa? Se incorporó y rezó, pero no oraciones sino frases que se le ocurrieron, susurrando al cuerpo de Beatriz historias que sólo ellos conocían, confesiones fruto de tantos años de intimidad. Y, aunque en el fondo sintió que hacía algo parecido a una herejía, se notó más reconfortado, como si las oraciones de la doctrina aprendida no fueran sino cosas falsas, fruslerías, banalidades, y estas palabras nacidas de la vida se convirtieran de verdad en verbo de Dios, en un diálogo sincero que mantenía con Beatriz a pesar de que los separara la muerte.

Se santiguó y se despidió de su querida esposa advirtiéndole que volvería al día siguiente. Al retirarse vio que las damas que esperaban la misa lo observaban muy sorprendidas y susurrando entre ellas. No sabía Murillo si era porque habían reconocido a su persona, o porque habían visto que ese caballero hablaba solo en la capilla. Sin importarle demasiado las habladurías, salió de la iglesia viendo cómo llegaban más damas principales y a muy pocos y medidos pasos los llamados «galanes de iglesia», que solían acudir a los oficios para seducir a viudas necesitadas. Llamaban la atención porque recorrían con sigilo y discreción las capillas. Se sentaban a poca distancia de las damas que veían con mayor porte y vestidas con el alivio de luto, porque eso advertía que la muerte del marido no era tan reciente y, por lo tanto, estarían más receptivas a las nuevas compañías. Los galanes eran jóvenes y llevaban copete y guedejas ensortijadas, como era la moda, además de acicalarse con aguas de olor muy fuerte que competían con el incienso de los altares. Eran personajes muy populares en esta ciudad en la que se mezclaba lo divino y lo humano de forma admirable.

Al salir, la luz intensa de la calle lo sorprendió. No sabía que habían pasado las horas y que ya estaba muy avanzado el mediodía. El

sol creaba sombras profundas en el suelo y hacía que los paseantes tuvieran que entornar los ojos, incapaces de soportar tanta luminosidad. Cuánto había tenido que luchar el pintor con esa luz violenta que creaba claroscuros sorprendentes. Consideraba Murillo que esa luz sevillana servía bien a las obras de los antiguos maestros con la gravedad de sus santos y las escenas de martirio, pero él siempre había buscado otra cosa. Quería matizar lo muy intenso y excesivo, dar vapor a las cosas, templar y convertir en delicado y dulce todo ese relato de crueldad que a veces tenían las historias sagradas. Por esa razón era tan importante domeñar aquella luz salvaje.

Murillo ya había descartado la visita a la Merced Descalza y a Santa María la Blanca para ver los lienzos de sus hijos, así que decidió encaminarse a su casa de San Bartolomé. Quería refugiarse en su hogar y en su barrio, a salvo de las tempestades de la vida. La collación de San Bartolomé había sido parte de la antigua judería y guardaba un aire como de otro tiempo. A veces descubría Murillo que las calles olían al antiguo guiso de la adafina, cosa que era imposible ya que debía de ser un plato para fantasmas de otra época, porque era el que preparaban en la víspera del *sabbat* las abuelas judías que luego freían flores de sartén endulzadas en miel. La huella del pasado estaba muy presente en las fachadas blancas y con color canela y en el laberinto de callejas de la collación. Sobre la antigua sinagoga se levantaba ahora la iglesia de Santa María la Blanca, que así era esta ciudad, como un hojaldre histórico donde unas épocas se sobreponían a otras.

Era la iglesia donde estaba pintado su hijo José Felipe, pero hoy no lo visitaría. Murillo no podía soportar más melancolía. Tenía pendiente un encargo para este templo que le había hecho hacía algún tiempo su buen amigo el canónigo de la catedral Justino de Neve. El luto había retrasado la conclusión de ese cuadro y de otros encargos de Neve, como una Inmaculada que sólo tenía abocetada. Respecto al lienzo para Santa María la Blanca, Murillo estaba pintando el milagro de santa María de las Nieves, en el que la Virgen se aparece en sueños a un patricio en un monte de nieve en el agosto de Roma. Recordando las siestas del verano en las que él y Beatriz se echaban sobre un sillón frailuno para pasar las horas del calor, al

pintor se le había ocurrido representar aquel milagro como una simple escena doméstica. Así, el patricio aparecía durmiendo en zapatillas junto a su esposa, acompañados ambos por el perrillo del hogar, que también descansaba sobre las losas frescas del suelo. Todo parecía suspendido en el aire caliente de la tarde. Era ese momento en el que el sol es inclemente en Sevilla y no hay más remedio que cerrar las contraventanas para evitar el solano y guarecerse en la penumbra de los cuartos hasta que pase la hora de la canícula.

Puede que los demás vieran la escena de un milagro religioso, pero Murillo sabía que era un homenaje a la vida en el hogar, a las horas pasadas con Beatriz durante los veranos. Cada vez era más consciente de que, a pesar de que trabajaba por encargo, sus lienzos se estaban convirtiendo en una caprichosa autobiografía pintada, como si relatará de forma disimulada su propia vida a través de grandiosas narraciones religiosas. Y pensó que, quizás, si se atendía a ciertos detalles, alguien pudiera descubrir alguna vez la vida oculta que había sugerido en sus pinturas. Casi sonrió pensando en esa posibilidad.

Cuando llegó a su casa, sintió que otra vez una pesada sombra caía sobre él. Vio que la sirvienta Dorotea estaba sentada cosiendo en un poyo de cantería que había en el patio. Intentaba aprovechar la luz porque estaba perdiendo la vista y ya no podía hacer labores dentro de las estancias. Dorotea estaba mayor, aunque todavía se valía bien para las tareas de la casa. Aun así, había entrado en el cuerpo de servidumbre una nueva criada muy joven llamada Teresa que se ocupaba de los trabajos domésticos más esforzados.

Dorotea sospechaba lo que ese día había estado haciendo su señor, pero no se atrevió a decirle nada.

—¡Dorotea! —llamó con énfasis Murillo—. ¿Quieres acompañarme mañana a Santa María la Blanca y al convento de la Merced?

La criada se quedó sin habla. Era como si su señor le hubiese leído el pensamiento. Porque a ella, que tantas veces había acompañado a doña Beatriz, no había nada que le hiciera más ilusión que visitar con él a los niños pintados.

Pero, aunque se sentía complacida, no quiso hacer ninguna

demostración de alegría por respeto a la tristeza de su amo y se limitó a decir que sí con la cabeza.

—Y, por favor, prepara un chocolate caliente en la jícara de plata de la señora y también frutas escarchadas, como a ella le gustaban. Sírvemelo dentro de un rato en el obrador —ordenó Murillo mientras se perdía en las sombras del salón de respeto.

Murillo había pedido a Dorotea y a la mulata Juana que dejaran las estancias en penumbra y que apenas entrara el sol y el aire. Se proponía algo absurdo y loco: conservar el aroma que había dejado Beatriz. Era un despropósito y Dorotea insistía una y otra vez en que tenía que recordar que allí también vivían sus hijos, y que cerrar la casa de esa manera podía provocar el envenenamiento del aire y que prendiera otra enfermedad. Pero él insistía, a pesar de que más que el aroma a agua de azahares de Beatriz, lo que había quedado suspendido en el aire enrarecido era el olor de la leche agria y de la fiebre.

En el salón de respeto repasó con cuidado y delicadeza todos los objetos que formaban parte de la vida cotidiana y familiar de su querida esposa. Tomó las almohadas donde se acomodaba en su estrado y acarició la silla baja en la que bordaba al caer la tarde, el aparador donde guardaba sus agujas e hilados y el braserillo en el que quemaba alhucema y cortezas de naranjas secas para aromar la estancia.

Luego salió otra vez al patio y le alegró encontrarse con el árbol de la falsa pimienta que habían plantado en recuerdo del que tenían en su primera casa de morada en la collación de San Pablo. Y los arbustos de dondiego de noche, que por su olor hechizaban a Beatriz. Murillo, al caminar por ese patio lleno de recuerdos, notó que hasta las piedrecillas del solado de rebocado le hacían daño en los pies, como si las suelas de sus zapatos fueran muy blandas o sus pies estuvieran desnudos. De la misma forma que estaba su alma, desnuda y acechada por los vientos crueles de la vida. Murillo vio que la mulata Juana estaba en la cocina fregando lozas con arena en agua con vinagre y agradeció que, al menos por un rato, ese olor se sobrepusiera al de la leche agria que impregnaba toda la casa.

Subió las escaleras y al llegar al aposento de Beatriz se paró en el

umbral. Murillo no había vuelto a dormir en la cama en la que había muerto su esposa. Era incapaz de conciliar el sueño allí, porque tenía la sensación de que ella seguía durmiendo en ese lecho. Incluso la sobrecama parecía guardar un irregular dibujo de su cuerpo que él adivinó en su intuición de pintor. De hecho, aquellas líneas le parecieron un hermoso boceto como los que preparaba antes de enfrentarse a un retrato.

Decidió entrar por fin en el cuarto y se vio reflejado en el espejo que colgaba en el fondo de la estancia. Le pareció que una extraña niebla, un vapor, un humo rodeaba su figura. Apartó la vista y se dirigió al oratorio privado de Beatriz, allí donde él había pintado un san Antonio del que su esposa era muy devota. Se acercó a la imagen y se dio cuenta de que, por el roce de devoción con los dedos, la figura tenía muy desgastado el color. Casi estuvo tentado de bajar al obrador para tomar los pinceles y repintar, pero decidió que lo dejaría así, con la huella indeleble que su esposa había dejado en el santo.

La presencia de Beatriz estaba en todas las cosas. No era muy difícil intuir su rastro. Y Murillo tenía la sensación de que no había muerto, sólo había salido un momento de su alcoba y en unos minutos regresaría para peinarse, vestirse, asomarse un rato al balcón o dormir. Su huella era evidente en el bargueño simplemente observando la disposición de los objetos: el pomo de perfume almizclado, la caja con los peines, la tenacilla de plomo que calentaba para rizarse el pelo. Murillo vio que en uno de los peines habían quedado enredados unos cabellos. Olió el peine y tuvo un estremecimiento, casi un mareo. Ése era el aroma que se concentraba en su coronilla, el olor que quedaba en la almohada después de la noche.

Luego abrió una arquetilla de ébano y vio unas medallitas que guardaban mechones de pelo de distintos colores. Había exactamente nueve y dedujo que pertenecían a sus hijos. Beatriz había guardado los primeros cabellos de todos sus hijos. También estaban los zarcillos de plata que llevó en su boda. Murillo recordó cómo temblaba y la frialdad de sus manos aquel día. En verdad habían sido muy dichosos todos estos años, a pesar de la desgracia de la pérdida de sus hijos. Y cuánto echaba de menos su voz, la fragancia de

azahares, el brillo de su cabello negro, que ya empezaba a clarear cuando murió.

Murillo se dirigió al arcón en el que Beatriz solía guardar su ropa. La madera de ciprés aromaba las telas, pero no podía anular la fragancia de azahar ni ese olor a sol que tenía su piel. Tampoco el aroma como de aceitunas que tenían a veces su pelo y las axilas, y el amargor de los pliegues de su pecho. Cuidadosamente doblado vio el pañuelo que ella impregnaba con el agua de azahar de los limoneros de la Cartuja. ¿Cómo era posible que todos aquellos aromas hubieran quedado atrapados en la ropa? Cogió una saya picada a la flamenca que gustaba mucho a Beatriz y la aspiró profundamente. Luego el vestido de raso y tafetán color de bronce y las faldillas que usaba para estar por casa. Así hasta que se cansó de aspirar sus prendas y se sintió lleno de ese aroma, como si él comenzara a oler de la misma forma que su querida Beatriz. Murillo volvió a guardarlo todo y cerró el arcón. Tenía miedo de que todos aquellos aromas se perdieran, que escaparan y desaparecieran. Ni siquiera pediría a Dorotea que colocara bolsitas con raíces para evitar que los insectos devoraran las telas, porque ese olor fuerte acabaría con la huella de Beatriz. Prefería que se convirtieran en harapos rotos pero que siguieran conservando su aroma.

Salió del aposento. Había decidido que esa noche dormiría por fin en el lecho matrimonial. Y sintió una brevísima felicidad al pensar que su olor se mezclaría con el que aún quedaba de Beatriz en las sábanas. Aunque ese olor fuera una extraña mezcla de azahares y leche agria.

Bajó las escaleras, convencido de que su jubón, sus manos y sus cabellos olían a Beatriz. Al llegar al patio vio que Dorotea desde la cocina se apresuraba a traerle en una bandeja el chocolate y las frutas escarchadas. Murillo entró en el obrador, que desde que murió su esposa era el lugar en el que pasaba las horas, aunque en realidad no pintara y se quedara observando el aire que rodeaba las cosas. Incluso había ordenado a sus discípulos y ayudantes que lo dejaran solo y no acudieran al taller durante unas semanas. No quería a nadie en casa y hasta la presencia de sus hijos le estorbaba. De hecho, los niños permanecían fuera durante mucho tiempo porque Teresa, la nueva

sirvienta, los llevaba de paseo para que jugaran y gritaran todo lo que quisieran en una plazuela que había junto a la iglesia de San Bartolomé. Luego intentaba que comieran en silencio y se acostaran pronto para no molestar a su padre.

Dorotea entró en el obrador sin apenas hacer ruido. Se había acostumbrado a andar sigilosamente. Parecía una sombra. Murillo ni siquiera se dio cuenta de su presencia porque seguía mirando los objetos del taller, pero sin estar viéndolos realmente. Dorotea dejó la bandeja con el chocolate y las frutas escarchadas y observó que en un gran lienzo su señor apenas había abocetado a la Inmaculada que le había encargado su amigo Justino de Neve. La había comenzado antes de que Beatriz diera a luz, y con la enfermedad, la muerte y el luto no había retomado su ejecución. Allí estaba la imagen de la Virgen esperando a que reaccionara el maestro, convertida apenas en un garabato de líneas sin sentido.

La sirvienta se retiró en silencio, igual que había entrado. No quiso interrumpir los pensamientos de su señor y desapareció entre las sombras pues ya había comenzado a anochecer. Dorotea decidió encender las velillas que alumbraban el patio y los candiles de pico que colgaban a la entrada de las estancias. Una luz cálida se dispersó por la casa silenciosa y un vientecillo agitó las ramas del árbol de la falsa pimienta dejando un olor picante y exótico en el aire. Mientras iba encendiendo los candiles observaba a Murillo en el obrador para ver si se movía o pedía algo más. Se tranquilizó al comprobar que se acercaba a la bandeja y tomaba por fin la jícara con el chocolate.

Murillo apuró la bebida y recordó cuánto le gustaba el chocolate a Beatriz, servido con azúcar y vainilla. Probó también una pera escarchada y se le vinieron a la memoria mil momentos deliciosos cuando su esposa disfrutaba saboreando aquellos manjares. Lo hacía siempre después de cenar, cuando se retiraban al salón de respeto para charlar de la jornada y antes de subir a la alcoba para descansar.

Recordó cierta ocasión en la que Beatriz saboreaba con mucho placer una fruta y le descendió una gota dulcísima por la barbilla y luego por el cuello hasta llegar al escote. Murillo casi sonrió pensando en su dilema aquel día pues no sabía si abocetar la hermosa estampa o probar el rastro dulce de la fruta que descendía por el cuerpo de su

esposa. Un ruido interrumpió sus recuerdos. El ángel que colgaba del techo y que servía como modelo para sus cuadros se balanceaba en el aire como si alguien lo hubiera movido. ¿O era quizás una corriente que había entrado en la estancia? Vio que las ventanas estaban cerradas, pero pensó que tal vez una corriente fuerte se había colado desde el patio. Efectivamente, salió del obrador y confirmó que se movían las ramas del árbol de la pimienta, así que siguió comiendo fruta escarchada. Y entonces se oyó otro ruido. Procedía de los objetos que se amontonaban en uno de los rincones. Parecía que alguien se hubiera escondido entre las espadas, los cascos, las ropas y palmas de mártires que servían para que posaran los modelos. Le llegó con estremecimiento el recuerdo de aquel día en el que su difunto hijo Francisco Gaspar había tirado todas aquellas cosas. Al observarlas con detalle, creyó ver un rostro que parecía surgir de aquel rincón oscuro. ¿Sería el travieso Francisco Gaspar, que regresaba para consolar a su padre evocando juntos los días de felicidad? Murillo descubrió que no se trataba de su hijo. El rostro era sin duda el de Beatriz. Parecía flotar en silencio y vio claramente cómo bebía de una jícara de plata que no era la que había traído Dorotea sino una jícara imposible pintada en el aire.

Muy nervioso, cogió un candil para alumbrar la estancia, que ya estaba casi a oscuras. Pensó que la intensa negrura del obrador y la sugestión provocada por sus recuerdos habían creado el bello espejismo. Se acercó muy tembloroso. Tenía miedo. Por un lado esperaba que todo hubiera sido una confusión de imágenes por la presencia caprichosa de las sombras, pero por otro lado ansiaba que la aparición fuera real. Si Beatriz era ahora un espectro, significaba que lo acompañaría por las noches y ya no estaría solo. Alumbró con detenimiento el rincón y la luz fue perfilando las cosas: brillaban el casco y la espada, y de las ropas y las palmas de los mártires parecía surgir un vapor, pero nada se veía donde creía haber contemplado el rostro de su esposa.

Volvió a sentarse dejando casi a oscuras el rincón para ver si en esa negrura el ánimo de Beatriz surgía otra vez de la sombra. Fue en vano. Nada más vio y entonces pudo confirmar que todo había sido el lógico resultado de ese día extraño. Pero al recordar el rostro, pues

nada más había visto la cara y no sus manos, su talle o las piernas, se dio cuenta de algo.

Encendió otros dos candiles y los puso junto al lienzo en el que tenía abocetada a la Inmaculada encargada por Neve. Junto al cuadro, su fiel Rodrigo había dejado preparado el color azul que llevaría el manto, con el lapislázuli que le encargó en la víspera. Pero eso sería lo último. Quiso ver en aquella aparición, o lo que quisiera que fuese, una advertencia, por eso ahora tenía que pintar su rostro. Murillo tenía miedo de haber empezado a olvidar ya la imagen de Beatriz.

Cogió los pinceles y mezcló el pigmento de albayalde con tintas de encarnación. Podía comenzar a pintar la piel amada y perdida. Esa piel que se pudría en la soledad de una tumba en la iglesia de San Pablo, pero que ahora sería la carne de la más hermosa de sus Inmaculadas.

LA INFANCIA VAGABUNDA

Murillo se levanta algo animado, porque hoy apenas siente dolor. El doctor Sigüenza le ha advertido que, aunque se encuentra mejor, no debe abandonar el lecho. Es probable que la hernia se cure si atiende a sus consejos, pero en los últimos días está ansioso por retomar el trabajo con el lienzo de los *Desposorios*. Aun así, decide tener paciencia y seguir las indicaciones de su amigo. Sólo dará algunas vueltas por el aposento. Quiere desentumecer las piernas y asomarse a la ventana para sentir el viento y el sol.

Es este un mes de marzo de pocos fríos y no como los de su juventud, en los que a veces helaba y caían tormentas y lluvias que pasmaban los trigos perdiéndose las cosechas y llenando los días de hambre. El hambre que campaba siempre a sus anchas por esta ciudad desdichada. El hambre que secaba los cuerpos y mataba a los viejos, a los enfermos y a los niños.

Murillo observa que Juana ha dejado un trozo de pan en la mesita junto a la sopa que apenas ha probado. Se siente reconfortado de tener hambre, porque es señal de mejoría. Perder el gusto por la comida es prueba segura de que se acerca la muerte y de que el cuerpo ha renunciado ya a toda salvación.

Coge el trozo de pan blanco y lo mastica con gusto. Saboreando ese pan evoca entonces a aquellos muchachos que él pintó y que comían empanadas, que devoraban frutas y no se saciaban después de haber tragado varias hogazas y molletes. Se reunían en el caserío en ruinas que había en la Barqueta, pues varias casas se habían hundido

por culpa de las riadas. Allí, entre las fachadas derruidas, tenían su escondite, muy cerca de las huertas de la Macarena, donde robaban frutas y hortalizas.

Su esclavo Juan le había revelado el lugar porque conocía todos los escenarios del hampa y el delito. Murillo ya había hecho dibujos de algunos de estos muchachos cuando se reunían en los mercados y en las plazas, pero necesitaba verlos donde hablaban con tranquilidad, sin sospechas de que se descubrieran sus engaños y picardías. Ya sabía el pintor que muchos de aquellos niños eran maestros en fingir llagas o tullir brazos para mover a la compasión de la limosna. Costumbre que hacía algunos años obligó a hacer un examen de pobres para diferenciar a los ociosos y embaucadores de los que eran verdaderos enfermos y pobres de solemnidad. Por eso él quería verlos en toda su verdad, sin teatro ni trucos.

Juan de Santiago reveló a su amo que había conseguido saber dónde se reunían haciéndose pasar por uno de ellos. En su mentira, les dijo que había logrado escapar de la casa de su amo, que estaba en Córdoba, y que al ser huérfano nadie tenía caridad de él y pasaba mucha hambre e infortunios. Y decía esto hablando en negresco, que era la lengua de los negros bozales, que son los esclavos que no habían nacido aquí y que por eso tenían un acento torpe y hacían de graciosos en el teatro. Así se ganó la complicidad de los muchachos, que no paraban de reír oyéndolo hablar de esa forma. Con esto Juan simulaba su origen porque él no era esclavo bozal sino ladino, ya que había nacido aquí y hablaba como cualquier vecino de Sevilla, sólo que tenía la tez oscura y el cabello crespo.

Con esas chanzas se ganó la confianza de los mozos que le dijeron dónde se citaban. Y allí llevó a escondidas al pintor para que los contemplara e hiciera bocetos. Con esta misión, Juan consiguió que su amo lo tuviera aún en más estima, porque además era muy avisado dando aviso cuando había peligro y tenían que marcharse presto. Pensaba Murillo que, si no hubiera sido por su esclavo que le hacía de guía, se le habrían torcido las cosas en más de una ocasión al ser descubierto por los muchachos, y seguramente le habrían robado y hasta pegado por su osadía.

Murillo recuerda ahora a Juan de Santiago con compasión, pero

también con ira por todo lo que ocurrió después, que jamás pensó que alguien criado en su casa pudiera haber seguido semejantes caminos. Por eso decide apartarlo de su pensamiento, para que no le amargue esta mañana tranquila en la que ha recuperado el apetito y los únicos dolores que siente son los de la memoria. Coge otro trozo de pan y se dirige con lentitud y cuidado a la ventana. Llega una brisa tibia que no parece natural de estas fechas. Y nota cómo llena la habitación un olor de fruta madura al sol. Entonces regresa a su memoria la escena de los niños comiendo uvas y melón que abocetó mientras los observaba escondido tras unos matorrales.

Los mocitos que comían con ansiedad porque no sabían si lo podrían hacer al día siguiente, o si alguien llegaría para robarles lo que ellos antes también habían robado. Como en ese cuadro de las uvas y de los melones de cuelga con moscas en la tajada en el que intentó pintar el azúcar de la fruta. Moscas tan ansiosas como los niños, porque en las manos de un muchacho pronto el racimo es escobajo. Quería pintar lo dulce y también la ansiedad de aquellos pequeños hambrientos devorando la comida, la única quizás en varios días. Por eso tenían las rajas ya despepitadas y las moscas acudían al banquete del dulzor de esas frutas efímeras.

Nada tenían que ver sus moscas simples con esas moscas alegóricas que aparecían en los cuadros de vanidades y que simbolizaban lo breve de la vida. Sus moscas eran simplemente eso, moscas. Moscas que en el aire caliente de la siesta acudían al dulzor de un melón. Así de sencillo.

Y ahora que la memoria caprichosa le trae aquellos pasajes de su vida, piensa Murillo que con esos cuadros del instante, con ese pintar a niños ensimismados en un momento de su existencia, quiso dar la inmortalidad a los anónimos, a los que están condenados al olvido. Él los había rescatado para que vivieran siempre en sus lienzos. Niños eternos de los que nadie sabría nunca cómo se llamaban ni qué había sido de sus vidas. Esas obras que no tenían nada que ver con sus imágenes religiosas, aunque en ellas pintara otra versión de lo divino, porque en la pobreza estaba también la santidad. Cuadros que querían dignificar la vida.

Estaba satisfecho de cómo había pintado la infancia vagabunda

de su época. Había preferido representar la belleza, la beatitud, lo amable, la dulzura antes que ese otro perfil de la pobreza y la crueldad de su siglo. Aunque naturalmente conocía cuál era la verdadera vida de esos niños. Sabía que en su mayoría eran expósitos, niños afortunados porque no habían sido arrojados a la puerta de las inclusas para ser devorados por perros al alba. Criados sin leche porque no había nodrizas que los amamantasen. Procedentes de la casa-cuna o de la casa-hospital de niños perdidos que sólo tenían tres destinos posibles: el hambre, las galeras o la muerte. Claro que sabía eso, pero él no quería mostrar el perfil siniestro, de la misma forma que tampoco había querido pintar los martirios de los santos ni el dolor de las torturas. Buscaba redimir, la compasión, la piedad, y eso sabía que sólo lo conseguiría con la belleza. Porque la belleza era la única salvación.

Por eso aquellos niños se mostraban felices en su miseria, sin sombra de desgracia, avispados, inocentes y divertidos. Siempre sonriendo, aunque él se estremecía por dentro al pensar en las historias que tenían detrás. Y que muchos no eran pícaros que fingían llagas y que engañaban aparentando ser tullidos. Muchos de ellos tenían rotas las piernas desde su nacimiento o eran ciegos porque sus padres les habían puesto hierros al rojo vivo para que provocaran lástima y así consiguieran más limosnas.

Pero Murillo no quería ver ese lado oscuro, ni mucho menos pintarlo, y le decía a Juan de Santiago que no le contara la historia de aquel muchacho de mala semilla que estaba dibujando, hijo de un padre encanallado, amancebado con una mala mujer que era también un registro de vicios. Nada quería saber de las vidas miserables sino pintar lo que de hermoso había en el rostro del muchacho, la bondad que escondía bajo la piel ensombrecida por los perfiles acerados de la vida.

Y si no conseguía pintar la inocencia verdadera en esos vagabundos, esperaba a llegar a su casa con los bocetos dibujados de manera apresurada para rematar el cuadro observando a sus hijos, niños felices, sanos y con las carnes sonrosadas. Recordaba con felicidad esos momentos ya tranquilo en el obrador dando las últimas pinceladas del cuadro de los niños que comían fruta. Para pintar

aquellas moscas atraídas por el dulzor de la fruta había ideado un truco con su hijo José Felipe. Untaron un cartoncillo con miel y pronto acudieron las moscas, de forma que ya pegadas pudo dibujarlas al detalle. José Felipe se sintió muy orgulloso de haber ayudado a su padre a cazarlas y, en un descuido, cuando vio que había terminado de pintarlas, no dudó en comérselas una a una porque lo que más le gustaba del mundo eran las cosas impregnadas de miel.

Y Murillo, que ahora aspira desde la ventana de su alcoba de moribundo el aroma dulzón de esta tarde de marzo, no puede evitar sonreír amargamente al recordar las moscas enmeladas de José Felipe. Su pequeño José Felipe, que tanto tiempo llevaba reposando en la fosa común de los apestados. Entonces se pregunta de qué había servido pintar tanta felicidad que no era cierta, pues no era más que otro engaño de sus pinceles.

CLAROSCUROS

TOROS Y CAÑAS

Murillo lamentó dejar su trabajo en el obrador para ir a ver correr los toros. No es que no le gustaran estas ceremonias en las que se mostraba el arrojo de los hombres frente a las fieras, pero prefería guardarse en su taller. Tenía que terminar unas preciosas alegorías de los cuatro tiempos del año que le había encargado su amigo el mercader flamenco Nicolás Omazur. ¿Qué le importaba ahora este espectáculo si había conseguido pintar una muchacha hermosísima con flores y frutas que simbolizaba la primavera? Nada le interesaba más que terminar el cuadro con el que había conseguido que quien lo contemplara olier a flores primeras y a fruta recién cogida del árbol. Al ver el lienzo se tenía la sensación de que se abría una ventana al mes de abril.

A Murillo le molestaba tener que interrumpir su tarea para acudir al festejo. Así que pidió a Rodrigo que lo acompañara para hacer más llevadera la tarde. Pretendía sólo hacer acto de presencia, saludar a las autoridades y, después del primer lance, retirarse para poder seguir trabajando.

El pintor y su discípulo alcanzaron la plaza de San Francisco después de caminar bajo un sol de plomo. De uno de los lados, donde se habían preparado las caballerizas, llegaba el hedor a orines y a paja fermentada de las jacas. Los lacayos echaban agua fresca a los animales, que relinchaban de gusto, y les colocaban ricas guarniciones y hasta plumas trenzadas en las crines. De otra parte de los establos, separados por unas tablas, llegaba un sonido salvaje, de

bestias inquietas e incontroladas. De la dehesa de Tablada habían traído a los toros que en un rato correrían los caballeros con sus rejones. Los jinetes aguardaban para hacer alarde de destreza con los caballos, alancear toros y correr sortijas.

Se celebraba con gran regocijo la fiesta de toros y cañas por la beatificación de Fernando el Tercero, rey que los maestrantes habían tomado como modelo de caballero cristiano para su recién fundada institución. La nobleza ya no era lo que había sido en los tiempos recios de la conquista y querían recuperar sus antiguas virtudes de valentía y arrojo. Los ricos mercaderes habían usurpado el poder económico y en Sevilla eran ya más importantes que las familias de sangre noble. Los antiguos blasones no se habían adaptado a los nuevos modos y negocios. Los señores de título, los mayorazgos ilustres, los caballeros hijosdalgo sabían además que sus vástagos habían entrado en costumbres ociosas. Convertidos en virotos que paseaban su guapura y descaro, se retaban para ver quién galanteaba y deshonoraba a más doncellas guardadas y luego se dedicaban a vivir de los mayorazgos de su solariego linaje.

Los nobles habían decidido crear una orden de caballeros maestrantes para que los jóvenes aprendieran el arte de la jineta y de andar a caballo y hasta a quebrar a la bestia con rejones. Era la única forma de demostrar el ilustre abolengo que corría por sus venas desde las gloriosas batallas del pasado. Aunque fuera un prestigio que sólo servía ya para divertimento del público.

A Murillo lo habían invitado al festejo por haber sido uno de los más destacados retratadores de la efigie del Rey Santo. Su dibujo del natural de la momia del monarca se había convertido en estampa de gran veneración. Por esa razón el cabildo municipal le había pedido que asistiera al palco de autoridades como persona principal en el proceso de beatificación que ahora se conmemoraba.

Cuando Murillo y Rodrigo entraron en la tribuna, el público estaba ya sentado en las gradas. Se veían muchos quitasoles que protegían de la luz y el calor inmisericorde de junio. Las fachadas que rodeaban la plaza estaban decoradas con lienzos de seda y oro y de los balcones asomaba público que tomaba bebidas de aloja, panales de miel y cañas de azúcar. Los hermosos edificios de la Audiencia y de

las Casas Capitulares rodeaban la plaza convertida en coso para el festejo. Una bella estampa que, por otro lado, contrastaba con la sórdida y altísima pared negra de la Cárcel Real junto a la embocadura de la calle Sierpes. Algunos reos se habían subido a las cornisas y gritaban intentando asustar a los toros y caballos. Con el jaleo querían dar al traste con el divertimento de los que andaban libres y felices.

El otro edificio cercano era el convento de San Francisco. Murillo se sintió reconfortado pensando que allí colgaban los cuadros de su juventud, aquellas historias de santos y mártires franciscanos que le habían dado su primera gloria. Por un momento imaginó que del claustro salía ascendiendo a los cielos su Inmaculada colosal para ver desde las alturas esta fiesta de toros. Sonrió por su absurda fantasía y suspiró al recordar a su querida hija María entre los pucheros de la cocina de los ángeles.

Los músicos se preparaban ya para la entrada de autoridades. Sonaron entonces los timbales y clarines que anunciaban el comienzo de la fiesta. El maestro saludó al asistente y a los caballeros veinticuatro, a los oidores, alcaldes, alguaciles mayores y clérigos que ocupaban sus asientos. Agradeció Murillo ver en el palco a su buen amigo Justino de Neve, canónigo de la catedral con el que platicaba muchas tardes pues eran vecinos de la collación de San Bartolomé. Neve le había encargado no pocos lienzos para la parroquia de Santa María la Blanca y el Hospital de los Venerables Sacerdotes, que había fundado para que los hombres de Dios tuvieran un lugar en el que pasar sus últimos días. Para él había pintado a la divina Señora elevándose a los cielos con el rostro de su querida Beatriz. Aquella Inmaculada inspirada por la aparición sobrenatural entre las sombras extrañas de su obrador.

—¡Maestro Murillo! —le saludó con alegría el canónigo—. Bien está que nos hayamos visto, que tenía que concertar con vos un encargo importante.

—Ya sabéis que para mí siempre es un gran honor dedicar mis pinceles a vuestro patronazgo —dijo, cortés y obsequioso, Murillo—. Decidme, ¿qué tiene vuesa merced a bien encargarme?

Pensando en las alegrías de las estaciones que Omazur le había

encargado, Murillo miró con complicidad a su discípulo mostrándole cierta inquietud por la acumulación de tareas que iba a suponer este nuevo encargo, que, viniendo de Neve, sin duda habría de ser importante. Rodrigo lo entendió a la perfección y le hizo un expresivo gesto a su maestro manifestándole que no debía preocuparse porque podía contar con su ayuda. Murillo agradecía que su fiel ayudante continuara colaborando con él. A pesar de que ya había conseguido pasar el examen y hasta contaba con obrador y tienda, seguía aliviando a su maestro en las tareas del taller. A fin de cuentas, Rodrigo acababa de comenzar y aún no contaba con clientela importante. De hecho, ahora se ocupaba del encargo que el maestro había concertado con un convento en Nueva España para pintar una serie sobre la vida de santa Clara.

—No sé si pensaréis que es muestra de vanidad, pero estoy pensando en encargaros un retrato —dijo Justino de Neve en el momento en que salían a la arena los lacayos y los caballeros que correrían los toros.

Murillo se alegró del deseo de su amigo, aunque temió no estar a la altura. El retrato era un género que le fascinaba, pero siempre era tarea difícil. Había que mezclar con sabiduría y equilibrio la realidad con ciertas dosis de piadosa mentira. Si el artista ponía demasiada verdad a la hora de reproducir arrugas e imperfecciones, el cliente se molestaba. Y si por el contrario se fabulaba demasiado en un retrato idealizado, el cliente podía advertir el engaño y negarse a pagar una reproducción que en nada se parecía a él. Sin embargo, con Justino de Neve esperaba poder ensayar sin cortapisas un retrato real. Existía una buena relación de amistad, así que no valían los fingimientos. Neve era un hombre sensato y cabal que admitiría las huellas de la vida, lo que todo hombre refleja en el rostro y que el maestro Murillo sabía captar como nadie. Además, el canónigo no era un anciano lleno de arrugas y de aspecto vencido. Aún no había cumplido los cuarenta años y tenía la apariencia de hombre sabio y bondadoso. Sabía Murillo que en el retrato de Neve no tendría mucho que esconder y sí sería un ejercicio de pura verdad. Con Neve podría demostrar el arte de representar en un pliegue en la boca o en el matiz de la piel la biografía de un hombre. Tanto le apetecía realizar un retrato de su

buen amigo que Murillo incluso barajó la posibilidad de regalarle el cuadro. De esa forma cumpliría por tanto tiempo de amistad y también de mecenazgo, pues habían sido muchos los encargos que Neve le había hecho en estos años.

—¡Si os parece bien, iré mañana a vuestra casa para empezar con los bocetos! —gritó Murillo porque el público aplaudía enardecido la salida de la primera cuadrilla de maestranes.

Justino de Neve asintió agradecido y se acomodó en su asiento. Había pasado un mal trago al expresar su petición al artista, porque en el fondo de su alma de cristiano sentía que pecaba de vanidad. Pero desde hacía mucho tiempo deseaba un retrato pintado por el gran maestro. En otras ocasiones había demostrado que no era hombre que gustara de vacuos exhibicionismos. Cuando encargó a Murillo las pinturas de la iglesia de Santa María la Blanca le pidió que borrara su rostro de los personajes que aparecen en el cuadro de la Inmaculada. El maestro había querido honrarlo como mecenas y benefactor pintándolo entre un grupo de personajes que se encaminan a la gloria, pero Neve sintió que no merecía ese homenaje. Consideraba que era un gran pecador y que ya se vería si Dios le guardaba ese destino o, por el contrario, lo condenaba a vagar en el purgatorio o quién sabe si en otro sitio peor.

Ahora, con este capricho del retrato, se sentía confundido entre su misión de discreto hombre de Iglesia y la fatuidad de verse retratado. Se daba cuenta de que a menudo tenía que controlar su orgullo de clase, la petulancia y el envanecimiento que le daba ser hombre de grandes caudales, ya que tanto él como su familia tenían buenos negocios con las Indias. De todas formas, este encargo sería un retrato no a lo divino y para que el mundo lo viera, sino un lienzo privado que colgaría en un gabinete de su casa. Él, captado en un momento de su vida de hombre normal, acompañado quizás por su perrito doméstico y leyendo libros religiosos. Así se lo pediría al maestro.

Mientras Justino de Neve pensaba en lo acertado o no de su decisión, llegó al palco de autoridades un hombre muy bien acicalado, maduro, de buena planta y de gran estatura. Murillo se dio cuenta entonces de cómo con la aparición de tan gallardo personaje se le

había cambiado el semblante a su amigo. El recién llegado saludó al asistente y a los alcaldes y se disculpó por su retraso. Su entrada fue del todo llamativa por lo imponente de su altura y su esplendorosa vestimenta con rasos de colores, plumas y encajes. Además, llevaba afeites en el rostro con polvillos en la piel y un toque de carmín en los labios como si fuera una dama. Era ésta una costumbre que prendía en buena parte de los jóvenes aristócratas sevillanos, aunque este caballero era ya hombre cincuentón.

—Es el duque de la Florida, ¡menudo truhan! Guardaos de ese hombre, que regresa a sus feudos como si nada hubiera ocurrido —dijo misterioso Justino de Neve.

—¿Regresar? No recuerdo quién es. ¿Es acaso aquel hijo del duque que marchó a Flandes hace años? —preguntó Murillo sin dejar de admirarse de las prendas del caballero, al que no le faltaba ni una perla colgando a modo de zarcillo junto a las guedejas y el copete rizado.

—Justo ése. Luego os relataré sus andanzas por tierras luteranas —despachó Neve con repulsión—. Ahora comienza el lance.

En efecto, salió el toro a la arena y el caballero maestrante paseó con su hermosa yegua las cuatro esquinas del coso de San Francisco. Corriendo a su lado, iban cuatro lacayos vestidos con libreas de paño aceitunado, jubones de tela amarilla, mangas de cabritilla plateada y gorras milanesas de raso negro. Si los lacayos iban de tal guisa, la indumentaria del caballero ya no podía compararse con nada visto hasta entonces. Las plumas, los espejuelos, las telas guarnecidas de pasamanos de oro y las marlotas de alamares eran de tal confusión que era harto complicado ver el rostro del noble. Eso sí, salió con valentía, demostró su experiencia en el arte de la jineta, enarboló al rejón y partió veloz sobre el toro. El morlaco pareció al principio manso y hasta espantadizo, pero después de un primer momento en el que le cegaron los brillos de los espejuelos y la plata del caballero, corrió a embestirlo. El caballero frenó en seco y pareció arrugarse como si de pronto desapareciera dentro de su aparatoso disfraz. Fue entonces cuando uno de sus lacayos acudió a socorrerlo y no dudó en dar con su capa unos pases a la bestia para así distraerla y que no

atacara a su señor o al hermoso corcel que se había quedado tan asustado como su jinete.

El público gritó espantado hasta que quedó enmudecido con la intervención del lacayo, que se quitó la gorra y se arrancó las mangas ornamentadas quedando sólo con el jubón y ya libre de artificios. Con el fin de apartar al toro de donde estaba el caballero, fue engañando al morlaco con la capa para llevarlo a las tablas del coso. Allí estuvo mareándolo hasta que acudió en su ayuda otro lacayo con un estilete que hundió en el morrillo del animal. Entre los dos agotaron la vida de la bestia, que después de resoplar cayó muerta en la arena. El público aplaudió con gran emoción a los valientes, que, picados de arrogancia, dieron una vuelta a la plaza. Ante semejante espectáculo, el asistente los amonestó advirtiéndoles que se retiraran porque no veía bien que se elogiara la faena de un lacayo de a pie mientras el caballero presenciaba la escena aún paralizado por el miedo. ¿No se había instituido esta maestranza de caballeros para recuperar las antiguas glorias de la nobleza? ¿Dónde estaban entonces las gallardías, el arrojo y el arte de quebrar rejones de esta aristocracia principal?

Los músicos tocaron los timbales y clarines para advertir así el fin del lance y la entrada de la siguiente cuadrilla, que no había que hacer más fiesta a los osados lacayos convertidos en héroes del festejo. Unos siervos ataron el toro muerto a unas mulas y lo arrastraron por la arena hasta llevarlo a una puerta que daba a la zona donde se descuartizaba a las bestias. De allí salía una pestilencia insoportable por el revoltijo de tripas, sangre y excrementos del pobre animal sacrificado.

Justino de Neve volvió a dirigirse a Murillo para reanudar la conversación sobre el duque explicándole algunos de sus negocios en Flandes. El aristócrata era un hombre astuto que no se había quedado apoltronado cómodamente en sus palacios, como el resto de los de su clase, sino que prefirió emular a los mercaderes con el fin de aumentar sus rentas. No era cosa que estuviera bien vista en la nobleza, pues hasta para pedir hábito de alguna orden, además de limpieza de sangre, había que demostrar la limpieza de oficio, y el de mercader no era de los considerados sin mancha. Aun así, el duque de

la Florida se dedicó a hacer negocios de venta de tejidos flamencos en Castilla y de mercaderías españolas en Flandes.

—Claro que no sólo ha labrado de plata sus palacios —dijo el clérigo, mirando con prevención a los lados para comprobar que nadie le escuchaba—. Sin duda por la influencia de esas malas tierras no es hombre de buenas costumbres.

De Neve volvió a indicar a Murillo que seguirían hablando luego porque continuaba el espectáculo. Sin embargo, el maestro le dijo que prefería irse y que ya hablarían mañana cuando acudiera a tomar el primer boceto para su retrato. Neve asintió agradecido.

Murillo hizo una señal a Rodrigo indicándole que era un buen momento para irse antes de que saliera el segundo caballero. Y estaban a punto de abandonar el palco cuando alguien les cortó el paso.

—¿Ya os marcháis, maestro Murillo? Quedan aún dos lances —dijo alguien a quien no podían distinguir porque les daba el sol de frente—. Permitidme que me presente, soy el duque de la Florida. Sólo quería deciros que en mí tenéis a un rendido admirador. Hasta Flandes, de donde vengo, ha llegado vuestra fama.

El duque se quitó el sombrero de forma ostentosa, casi teatral. Al mismo tiempo hizo una reverencia que al artista le pareció del todo exagerada. ¿Es que quería ridiculizarlo? ¿No era suficiente espectáculo que un señor tan principal doblara así la espalda ante un simple pintor? Murillo se dio cuenta de que todos los que estaban en el palco fijaban en él su mirada esperando a ver cómo reaccionaba.

—¿Os he asustado, maestro? ¿O es que mi rostro os parece desagradable? —dijo el duque con ironía.

—Perdonadme. Me ha perturbado vuestra presencia porque pretendíamos marcharnos de forma discreta y sin molestar a nadie —se excusó Murillo.

—Disculpadme vos entonces por mi poca cortesía al abordaros, pero necesitaba hablaros. Es más, quería invitaros a mi casa, si no es molestia para vos.

—¿A vuestra casa? ¿Qué se os ofrece, señor? —dijo Murillo mirando a su alrededor y dándose cuenta de que todos los del palco

estaban pendientes de la invitación que el duque hacía al más importante pintor de Sevilla.

—He organizado una velada para celebrar mi regreso a la ciudad después de tantos años viviendo lejos. He invitado a mis amigos y a personajes principales. Estaría encantado de que vos acudierais. Y si queréis, también vuestro joven amigo —dijo mirando a Rodrigo y deteniéndose en su rostro con algo más que curiosidad.

—Disculpad que no os haya presentado. Es mi discípulo Rodrigo de Salazar, un excepcional artista que acaba de abrir tienda y obrador. Quizás os interesen sus obras... —añadió Murillo intentando como solía buscarle clientes distinguidos a su discípulo.

—Estoy seguro de que sí. Acudid con él si os place —señaló el duque apartándose para dejar pasar a Murillo y dirigirse a su asiento, pues ya había hecho su aparición en la plaza el segundo caballero.

Murillo se sintió aliviado con el fin de la conversación, aunque analizando las palabras del duque no tuvo más remedio que confirmar que había sido un hombre extremadamente educado. Y demostraba ser generoso y cordial al invitarlo además a una velada con amigos. Pensó que había sido demasiado desagradable con él y se arrepintió de no haberlo saludado con más cortesía.

Ya salían Murillo y Rodrigo del palco cuando refulgieron otra vez espejuelos en el coso. El caballero que salió a la arena llevaba aún más galanuras que el primero, de forma que era imposible verle el rostro y ni siquiera las manos pues todo él era un perifollo. El nuevo toro parecía de esos marrajos que no embisten sino a golpe seguro. Se prometía interesante el lance, pero a Murillo le quedaban muchas cosas por hacer en su obrador. Tenía que rematar a la muchacha de la primavera y ya había empezado a pintar la alegoría del verano. Sonrió pensando que para el otoño no estaría mal un rostro con los rasgos del duque, con uvas y vides colgando de las orejas como la perla y las guedejas que llevaba. Pero apartó pronto esa idea por absurda.

—Vamos, Rodrigo, que estoy mareado de ver a estos caballeros que parecen haber agotado toda la Alcaicería de la Seda.

—Sí, maestro, tanto color y tanta pañería... No me extraña que después de este espectáculo estéis toda la tarde pintando a lo sobrio.

JIFEROS DEL MATADERO

En buena hora había conocido el mulato Juan a Rochela el Zurdo. Los dineros le llovían y hasta tuvo que guardarlos en el doble fondo de un arconcillo que ocultaba bajo su jergón, donde su madre no trastearía. Ella sospechaba porque veía a su hijo salir más de la cuenta y vestido con juboncillos de buena tela y a menudo calzas de gregüescos de esas que llevaban algunos mozos de barrio. Juana de Santiago le preguntó por esas galas, y hasta le dio un coscorrón como hacía cuando era pequeño y se atrevía a mandar sobre los hijos del amo. Pero Juan guardaba silencio para disimular, aunque hacía un par de días se había envalentonado con su madre parándole la mano cuando iba a darle un pescozón.

—¿No querréis que sea toda la vida como vos, una fregona que no sabe ni hablar? —le había espetado con tan mala intención que provocó su llanto.

Juan se había arrepentido al instante, pero eso era lo que pensaba. Le daban vergüenza su condición de esclavo, su madre y todos los de su raza. Y sentía rabia de estar condenado toda la vida a ser un esclavo. Él había nacido en estos reinos y hablaba el castellano con corrección, no como otros esclavos bozales que sólo servían para cantar, bailar, hacer gracias y limpiar letrinas. Él era un ladino, un cristiano que tenía derecho a ser libre. Y eso era lo que iba a conseguir. Sabía que al amo Murillo lo tenía ganado con sus zalamerías, y muerta la señora Beatriz, que nunca habría permitido que lo liberara, tenía la esperanza de conseguir la carta de horro que

le permitiera salir de aquella casa y hacer lo que le viniera en gana. Previendo ese día que sentía cercano, guardaba los dineros que ganaba como ayudante de Rochela. Su madre no le impediría ser un hombre libre. Seguía pensando en trabajar algún día para Rodrigo como sirviente destacado de su casa, pero por el momento aún era esclavo del señor Murillo y al discípulo le faltaba mucho para poder tener criados.

Con Rodrigo iba algunas tardes a pintar las ruinas de la antigua ciudad romana de Itálica, a dos leguas de Sevilla, junto al pueblo de Santiponce. Allí, mientras Rodrigo dibujaba restos de columnas y estatuas, él se dedicaba a buscar monedas. Sabía que su amo le agradecía mucho el gesto porque tenía en casa una colección de monedillas antiguas. Era otro detalle más con el que quería agradar a Murillo para así abrir el camino de la libertad.

Acudía también acompañado por Rodrigo a otros lugares secretos de la ciudad para que dibujara escenas de negra picardía que no le habrían gustado a su amo. Y pensaba Juan lo diferente que era lo que pintaba el maestro y lo que hacía el discípulo. Sabía que, aunque disimulaba copiando con gran destreza el arte de Murillo, lo que de verdad gustaba a Rodrigo era la pintura desagradable de tipos feos y mal encarados, de hampones y brujas del puerto, de presos de la cárcel y villanos de los que se ocultaban en las barbacas, lejos de la justicia.

Todo lo contrario de lo que había visto hacer a su amo, que siempre lograba trocar el rostro de la miseria en estampas de dulzura y belleza. Por esa razón Rodrigo tenía a buen recaudo esos cuadros de negrura, escenas y bodegones como pintados con acíbar, puesto que eran muestra del desengaño del mundo. No dudaba Juan de que si el maestro los hubiera encontrado, no habría dejado que su discípulo volviera a pisar el obrador. Y, en realidad, eso es lo que deseaba Juan. Esperaba que de una vez Rodrigo soltara amarras del taller, que se estableciera por su cuenta sin seguir a la sombra de Murillo. Pero Rodrigo, aunque ya tenía tienda propia, seguía acudiendo todos los días a ayudar a su maestro.

El mulato había salido de la casa llevando escondidas en un hatillo ropas de su difunta ama que se guardaban con gran cuidado en

la alcoba del señor. Si Murillo hubiera sabido que alguien cogía las prendas de su esposa, habría montado en cólera. Había prohibido a los criados que tocaran esos vestidos. Su madre le había contado a Juan que el amo quería conservar el olor de doña Beatriz, pero él pensaba que eso era harto imposible pues ya hacía casi diez años que había muerto.

La osadía del esclavo era grande porque llevaba las galas de la difunta doña Beatriz a Rochela el Zurdo para vestir con ellas a una meretriz con la que tenía acordado un engaño. Era un negocio con el que habían ganado buenos maravedíes en otras ocasiones. La supuesta dama —ataviada con esas prendas de buena señora— coqueteaba con algunos de los comerciantes extranjeros que llegaban al puerto. Eso sí, sin mostrar que venía de la casa llana. Gran cómica era pues lograba engatusar a todos los infelices que abordaba haciéndoles creer que era dama principal y viuda desde hacía años, razón por la que aceptaba gustosa el flirteo con el incauto que se creía apuesto. Para dar pompa y boato iba acompañada del mulato Juan, que hacía de fiel esclavo. Luego le confesaba al caballero que no quería quedarse a solas con él en su casa de morada para evitar las habladurías, así que acordaban ir a una casa discreta cuya dueña también estaba en el negocio. Cuando el comerciante y la bella estaban en el lecho aparecía un corchete de la Justicia que formaba parte del engaño, de modo que tenía lugar un entremés que hubiera sido muy aplaudido en el corral de la Montería o en el del Coliseo. El forastero pedía arrodillado que no lo apresaran y que, a cambio, daría todo el dinero que pidieran, ya que sabía que en esa ciudad se arreglaban muchas cosas untando las faltriqueras. El corchete aceptaba el soborno y dejaba libre al engañado, que partía feliz y aliviado. Luego se repartían a partes iguales la bolsa y celebraban el buen término del negocio con un banquete que hacían en el Alamillo. Allí asaban pescados del río y trasegaban vino de aloque.

Los albures estaban en temporada porque se pescaban desde San Juan hasta Santa María de Agosto, así que el mulato se relamía de gusto pensando en la comilona con sus compinches. Pero sintió una punzada al recordar que, aunque esos banquetes eran de gran jolgorio, los pescados que le preparaba su madre no tenían

comparación. Y pensó en qué le hacía más feliz, si comer con sus cómplices los pescados asados del delito o los albures con salsa de agraz y canela que le preparaba su madre. Su pobre madre, a la que quería recompensar por todos los padecimientos de la vida llenándola de regalos cuando fuera un hombre libre.

Iba meditando en esto cuando salió por la Puerta de la Carne camino del matadero donde Rochela el Zurdo tenía un puesto de venta. La tienda era más para disimular que otra cosa porque allí casi nunca exhibía carne, aunque reuniera a los más reputados jiferos, esa gente soez a la que le daba igual rajar vacas que a hombres. Por otro lado, maleantes muy necesarios para los negocios de Rochela, que tantas veces acababan en sangre.

Por el momento, Juan no había visto que las empresas de Rochela fueran peligrosas. Más al contrario, eran enredos de picaresca en los que los ricos terminaban sin bolsa, por lo que el esclavo consideraba que eran negocios justos. Al principio había tenido miedo de mezclarse con la rufianesca que rodeaba a Rochela pues había oído horribles sucesos de la banda. Sin embargo, desde que Juan se había unido al grupo nada espantable había ocurrido. Ni siquiera los temibles jiferos habían entrado en acción con su manual de cuchillería.

Sólo había una cosa que no le agradaba de Rochela el Zurdo: su afición a la coyunda con muchachos. De hecho, el apodo se debía no a que le mandara la siniestra sino por lo torcido de sus hábitos. Además de gustar de putos, los tenía a su servicio para arreglar acuerdos con señores y clérigos que también se solazaban con el pecado nefando. Sin duda, era el negocio más boyante de todos porque por lo delicado del asunto se pagaban muchos dineros. Todo debía hacerse con extremado secreto ya que iba la vida en ello, pues si se descubría, el castigo era el quemadero. En la ciudad habían ardido algunos putos diez años antes. Y no hacía mucho había ocurrido con un marinero que había gozado contra natura aprovechándose de un pajecillo de nao de no más de catorce años. Al marino bujarrón lo habían quemado y al niño lo liberaron después de hacerle un examen para ver si solía pecar o no por el orificio sucio. No, no era asunto para tomar a la ligera, aunque Rochela le había insinuado que sería bueno

que formara parte del negocio de los invertidos llevando y trayendo recados y mandaderías. Mucho dinero le había prometido, pero él prefería estar al margen de algo tan escabroso. Además, corría el riesgo de que alguno de los señores principales lo reconociera como el esclavo del famoso maestro Murillo.

Juan llegó por fin al puesto que regentaba Rochela en el matadero y vio que unos jiferos abrían en canal un carnero. Los valentones hedían a vino y sangre a un tiro de arcabuz, aunque en realidad todo aquel antro apestaba igual. Un hedor que se mezclaba además con el de las basuras que se acumulaban alrededor.

Juan saludó a los fanfarrones y se dirigió hacia ellos para preguntar por Rochela, pues tenían que arreglar el asunto del engaño de la meretriz disfrazada de viuda. Entre tanta casquería, el mulato sintió una profunda nostalgia del exquisito y fino sabor a río que tenían los albures que le preparaba su madre. Uno de los jiferos le hizo la broma de abrirle el hígado del carnero en las narices y Juan no pudo evitar marearse ante la visión del despojo. Antes de desmayarse pensó en cuánto le habría gustado a Rodrigo pintar la viscosa y repulsiva víscera caliente.

EL PINTOR Y SU AUTORRETRATO

Qué felicidad poder bajar al patio y ver la luz intensa y la brisa de la tarde que se cuele y trae aromas del río, aunque también de pestilencias, que todo se añora cuando falta. El doctor Sigüenza ha permitido a Murillo salir por fin de su alcoba y recorrer la casa, incluso bajar las escaleras, visitar la cocina y el patio. Y a él le parece imposible tanta dicha. Cuánto placer reencontrarse con la vida, volver de nuevo al obrador y admirarse con sus cuadros. Aunque vuelve a sentir la punzada al ver su inacabado lienzo de los *Desposorios*. Mira el cuadro y recuerda con dolorosa exactitud la pincelada que dio antes de la caída, un borrón imperdonable y torpe en medio de la escena sagrada.

Murillo decide no atender demasiado al error que ya enmendará y se dirige a la cocina, donde Dorotea y Juana preparan la comida. Sigüenza también ha permitido cambiar los alimentos y pasar de las sopas a algo más contundente, por ejemplo un pescado ligero. Allí está la querida Juana preparando unos albures con salsa de agraz y de canela. Murillo está a punto de elogiar el buen aroma de la comida cuando ve que la esclava está llorando. Entonces lo recuerda. Recuerda que ese plato era el preferido de su hijo Juan. ¿Cuánto tiempo había pasado de aquello? Murillo había preferido olvidarlo, pero ella era su madre y la memoria de su hijo siempre estaría ahí, horadando las nuevas heridas que se abrían con el paso de los años. El mal recuerdo del esclavo le ha amargado las ganas de comer esos

deliciosos pescados y lo maldice en silencio mientras abandona la cocina lamentando la tristeza de Juana.

Murillo regresa al patio para dirigirse a la sala de estrado, el lugar en el que en su memoria permanece el aroma de azahares de Beatriz. Al entrar, en la penumbra cree ver la figura de un hombre viejo, encorvado y con un rostro blanco, boquisumido y enflaquecido. Le parece haber sorprendido a un fantasma, pero se da cuenta de que es él mismo reflejado en un espejo. Se estremece. Habría preferido ver a un espectro.

Murillo se da cuenta de los estragos que la enfermedad ha hecho en él. Es un saco de huesos, un pellejo andante, un cuero viejo sin lustre, un odre vacío. Un fantasma, efectivamente. Se acerca un poco más a la luna de ese espejo que había olvidado por completo. Es una bellísima pieza veneciana con moldura de caoba que había regalado a Beatriz. Tras la muerte de sus hijos, ella se había sumido en un estado de postración. Pensaba que todos sus frutos estaban condenados a la muerte. Se sentía ajada y estéril. Pensaba que nunca más tendría hijos. Murillo, en su afán por animarla, le regaló entonces el espejo más caro y lujoso que llegó al puerto en una galera procedente de Venecia. Quería que se contemplara para comprobar que aún era una mujer joven y hermosa. El tiempo le dio la razón y pronto Beatriz volvió a ser madre. Y recuerda Murillo cómo disfrutaba viendo a sus hijos reflejados en la luna mientras jugaban en la sala de estrado. Beatriz decía que le gustaba mirar la vida encuadrada en ese trozo de cristal azogado, como si estuviera viendo una de esas estampas que su esposo pintaba también dentro de los cuadros. Quería enmarcar la felicidad, atraparla para que no huyera nunca.

—¡No, niños! ¡No salgáis aún al patio, que quiero veros sentaditos dentro del espejo! —ordenaba para que la dicha no se le escapara.

Y ahora ahí está otra vez ese espejo que hace mucho que no refleja más que penumbras y fantasmas. Piensa Murillo que bien podría aprovecharlo para pintarse, para hacer su tercer autorretrato. Había realizado uno cuando tenía veinticinco años y otro con casi sesenta. Ahora sería como si se enfrentara a su rostro de difunto.

Porque intuye su muerte de la misma forma que su amigo Velázquez había presentido la de Felipe IV.

Al contemplarse taciturno y seco como una momia en ese reflejo, se recuerda aquel día en el que concluyó su segundo autorretrato. Fue la misma mañana en la que comenzó el boceto para el retrato de Justino de Neve. Un día de felicidad, pero felicidad sólo de artista, de creador, porque la del hombre hacía mucho que había desaparecido. Alegría porque cuando iba camino de la casa del canónigo tuvo un pensamiento de cierta soberbia. Y es que recordó que detrás de las fachadas de los edificios de casi cualquier calle de esa collación colgaban sus cuadros. Allí, en iglesias, conventos y hermosas mansiones de nobles y mercaderes, estaban sus lienzos, las obras que le habían encargado durante años. Todo el barrio de San Bartolomé estaba lleno de santos, ángeles, vírgenes y niños que reían y que habían salido de sus pinceles. Cómo le embargó entonces la excesiva estimación por su obra, ese pecado de vanidad contra el que había luchado tanto, pero en cuya trampa caía una y otra vez.

Ahora ríe mientras se mira en el espejo y descubre lo grotesco de su casi calavera. Tuerce el gesto porque recuerda que al terminar aquel autorretrato había sentido miedo, un pavor semejante al que le asalta ahora al contemplarse reflejado como el espectro que había temido ser toda su vida. Por eso había sido poco aficionado a retratarse.

Era algo sencillo y al mismo tiempo complejo. Entre el primer y el segundo autorretrato habían pasado el tiempo, las alegrías y las desgracias. La vida. El tiempo se había apoderado de él entre un cuadro y otro: la piel estaba macerada, el pelo ralo, la mano áspera por los pigmentos y en cada arruga una huella de la vida. En esos surcos del rostro estaban enterrados sus hijos. Él, que sabía definir cómo era un hombre advirtiendo las imperfecciones del semblante, el brillo de la mirada, el rictus de su boca, tenía miedo de mirarse por dentro. No se trataba de descubrir su vivir interno, ni de reflejar la fealdad de la vejez, porque él no corregía. Era otra cosa.

—¿Soy yo o una mentira? —se preguntaba.

Y luego se enfrentó a la mentira o al abismo de pintarse a sí mismo. Mostró a sus amigos aquel autorretrato en el que había

decidido pintarse dentro de un marco del que sobresalía prodigiosamente una de sus manos. Todos se sorprendieron con el delicioso engaño.

—Pero ¿dónde está el cuadro? —le había dicho sorprendido Justino de Neve.

Sí, era un trampantojo en el que parecía huir del lienzo, como si no fuera una figura dibujada, jugando con lo pintado y lo no pintado. Le apasionaban esos juegos de fingimiento, esos guiños entre el que observaba y el que era observado. No era la primera vez, desde luego, que ensayaba algo así. También lo había hecho con el retrato de una joven asomada a una ventana sonriendo al espectador. Lo que pretendía con eso era incluir a quien miraba, pintar incluso una realidad que no existía. Quería introducir en sus cuadros las estancias de hombres que aún no habían nacido, los que contemplarían sus obras siglos más tarde. Pintar lo que estaba más allá del lienzo.

Todo eso le daba miedo y vértigo, pero también fascinación. Pintaba el vacío, el otro lado, lo que no existía aún. Y eso volvía a ser algo atrevido. Demasiado atrevido... Si entonces se decidió a pintar su segundo autorretrato fue sólo porque se lo habían pedido sus hijos. La primera vez siguió el deseo de Beatriz y se atrevió a atraparse por dentro, usar todos los trucos de pintor que utilizaba para captar a los otros. Entonces era joven y, si no apuesto, al menos rebosaba salud y gallardía. Le resultó fácil y se sintió orgulloso de verse ante sí mismo. Sin embargo, el segundo autorretrato ya fue diferente. Lo hizo para cumplir con sus hijos, para que lo recordaran siempre, incluso después de la muerte, como él había hecho al pintarlos a ellos. Y ahí estaba con ese rostro lleno de soledades, como salido de un espejo humoso, de una turbia e inquietante profundidad.

Fue entonces, aquella tarde en la que dio los últimos toques a su segundo y último autorretrato, cuando descubrió en qué consistía su miedo. A Murillo le daba pavor lo que antes había intentado como un juego con figuras ajenas. Sentía pánico de mirar a la posteridad, de asomarse al futuro. Saber que reflejado en su pupila estaba su mundo, su época, su momento. Ser consciente de que su ojo era un espejo. Y que también era el ojo que pintaba, que estaba delante y detrás, en el presente y en el futuro al mismo tiempo.

Y al contemplarse ahora en el fondo de este espejo viejo de penumbras y soledades, descubre que pintando su autorretrato atrapó a su propio fantasma. Al hombre que se escondía bajo su rostro, al que veía a veces de reojo pero que siempre huía, al que adivinaba poco antes de despertar para desaparecer en un instante. Sí, el fantasma que ha visto en este espejo para que muchos siglos después lo descubran hombres que aún no existen.

UN ENTREMÉS DE MARIONES

Murillo y Rodrigo de Salazar llegaron a la casa del duque, que estaba cerca de la plaza de San Marcos, junto al Hospital de los Locos. No fue fácil encontrar el lugar por ser residencia discreta, a pesar de que le habían dicho que era de los palacios más lujosos de Sevilla. Esto era cosa singular en una ciudad célebre por las fabulosas mansiones que desde la centuria anterior habían construido nobles y ricos mercaderes del negocio de Indias. Aunque en este siglo en los mármoles había comenzado a criarse la verdina y de los escudos nacían jaramagos.

Bajaron del carruaje y se sorprendieron de no ver la gran portada con escudo en la que se solía exhibir la grandeza de las sangres que habitaban dentro. Por el contrario, sólo había una puerta de madera rodeada de azulejos en una fachada de simple cal blanca. Parecía que en las casas del duque todo el esplendor estaba en el interior, como ocurría con los antiguos edificios de época mora, cuyo exterior sólo mostraba celosías que ocultaban la riqueza interior. Pero sorprendía que un personaje tan recargado y emperifollado como el duque viviera en una residencia tan sencilla sin tener la habitual fachada labrada de los que querían hacer ostentación de sus caudales.

Un sirviente les abrió y fue guiándolos por una lujosa galería que daba a un patio que llevaba a su vez a un coqueto y mínimo jardín. Allí vio Murillo árboles de falsa pimienta, que le recordaron a su querida Beatriz por ese olor de resina picante que relacionaba con los años de felicidad de su vida.

Parecía que habían llegado por fin a la casa, pero era sólo una antesala que daba a otro patio lleno de fuentes y columnas y así caminaron por huertas, salones y cámaras dejando a un lado la capilla y los aposentos para la servidumbre, así como unas caballerizas. Siguieron internándose acompañados por el sirviente de forma que parecía que penetraban en una Sevilla laberíntica que se sumergía en otros planos jamás dibujados. Habían andado tanto que Rodrigo bromeó diciendo con exageración que ya habrían cubierto una legua, pues como solía ocurrir con los linajes nobles, cada siglo se iban añadiendo nuevas casas completando así varias manzanas. Y todo estaba decorado de forma esplendorosa con tapicerías de Flandes y con las paredes forradas de guadamecés. En esto se notaba la querencia que el duque tenía a la tierra que le había dado tantos dineros, porque en Sevilla, por lo suaves que eran sus inviernos, no había costumbre de cubrir las paredes. Vio Murillo que en los cueros repujados había labrados hermosos querubines, pájaros, flores y rocallas estofados con dorados, labor de un batihoja que más que buen artesano parecía ser un excelente artista.

El criado, al ver que Murillo se distraía observando en extremo los cueros, le apremió para que lo siguiera pues aún quedaba un trecho. Y, efectivamente, continuaron caminando admirados de ver fabulosas arquetas de ébano, sillas a la portuguesa con cueros labrados, tejidos de seda bizarra con fantástica decoración, biombos del Japón y muebles que olían a nuez moscada y alcanfor de Borneo. Por la cantidad de objetos de Oriente que ornamentaban el palacio dedujeron que el duque no sólo tenía negocios con las cosas de Flandes sino que también comerciaba en la ruta del Galeón de Manila.

En las paredes se sucedían los cuadros de los antepasados del linaje. Rodrigo se sintió intimidado por los difuntos y sus miradas cuajadas por los óleos. Se notaba la crianza entre buenos manteles. Esas carnes lustrosas y sonrosadas eran el fruto de siglos comiendo carneros regados con buen vino. Y también de haber gozado de la vida entre sedas y terciopelos y soñar placeres en sábanas de Holanda.

Por fin llegaron a un gran salón que daba a un jardín del que llegaba un sugerente vapor vegetal. El duque estaba rodeado por sus

invitados y destacaba entre todos por su imponente estatura y la elegancia de su primoroso vestido de seda malva. Cuando vio aparecer al maestro Murillo, dejó al grupo con el que charlaba y se dirigió hacia él con los brazos abiertos.

—¡Dios guarde a vuesa merced! —saludó aparatosamente—. ¡El más grande artista de Sevilla me honra con su visita! Cuánto me place que decidierais venir esta noche. Y que lo hayáis hecho acompañado por vuestro joven amigo. Perdonadme, pero olvidé cómo se llamaba...

—Rodrigo de Salazar. Y es un genial artista. Ya os dije que tenéis que ver sus obras —replicó Murillo, que sin saber por qué volvió a sentirse confuso ante la presencia del duque.

—Si os parece, me gustaría visitar vuestro obrador y ver también las obras de vuestro discípulo. He pensado en encargáros una obra para mi esposa. Venid, os la presentaré —dijo mientras lo tomaba amablemente del brazo.

Murillo reconoció entre los invitados a varios amigos, los artistas Cornelio Schut y Juan de Roelas, y también el mercader Nicolás Omazur y su esposa Isabel de Malcampo. Los saludó precipitadamente, sin poder detenerse para cumplir con la cortesía porque el duque lo llevaba agarrado del brazo. Con Omazur tenía pendiente la serie de las cuatro estaciones y le hubiera gustado comentar algunos detalles de la alegoría del invierno.

El pintor advirtió que buena parte de los invitados eran mercaderes de Flandes y de Holanda, donde el duque tenía sus negocios, pero también estaba representada la aristocracia local de los Guzmanes, los Mendoza o los Ponce de León. Eran los linajes que se habían cruzado con la colonia extranjera ofreciendo apellidos a cambio de lo que a ellos les faltaba, arcas de maravedíes. Allí estaban los Pinelo, los Espínola o los Bécquer, acaudaladas familias del norte que mezclaban sangres con los nobles sevillanos. Estos ricos comerciantes extranjeros que habían emprendido arriesgadas aventuras de negocio se emparentaban en la siguiente generación con la nobleza local para dedicarse a la holganza en los palacios solariegos. Naturalizaban a sus hijos, conseguían carta de hidalguía, fundaban un mayorazgo para dedicarse a vivir de las rentas e ingresaban en cofradías. Una vez conseguidos los blasones, los que

antes eran animados mercaderes que emprendían negocios se dedicaban al solaz y caían en un placentero letargo.

Vio Murillo que allí estaban el mercader Jan van Belle, que acababa de comprar un viñedo, y a su lado Francisco de Smidt, que no hacía mucho había adquirido una finca de olivar en las afueras de Sevilla, en los Pasos de Zaudín. Y era curioso escuchar a los dos mercaderes flamencos hablando con gran autoridad sobre vinos y aceites de estas tierras del mediodía a la par que hablaban de las bodas de sus nietos con la flor y nata local.

Llegaron por fin donde estaba la duquesa Marcela, dama de sangre bien conocida. Era una mujer madura y de una belleza extraña, de esas que no se advierten al principio. Murillo tuvo la sensación de que tenía una hermosura como de mujer durmiendo, llena de placidez y con los ojos claros y tristes. Había pasado ya de los cincuenta años pero tenía el rostro fresco, el cabello muy airoso y peinado a la garceta, teñido de bermellón y adornado con unas plumas y rosetas de gasa. Vestía con lujosas telas, una camisa con mangas de calicud y una saya de damasco de China con su corpiño de color guarnecido con pasamanerías de oro. No le faltaba el modernísimo y raro detalle de llevar un reloj de esmalte pintado y sujeto con cintas al guardainfante.

—Aquí tenéis a vuestro adorado pintor de ángeles, querida esposa —presentó el duque.

La duquesa Marcela pareció azorada al ver a Murillo. A pesar de que tenía las mejillas arreboladas con polvos de coral, el pintor se dio cuenta de que se le demudaba el color. Se sintió halagado.

—Gracias, maestro Murillo —dijo muy nerviosa pero alegrando los ojos con una gracia y donaire que daban a su rostro un aspecto muy desenfadado, casi impropio de una mujer de su edad y posición—. No sabéis el favor que nos hacéis aceptando la invitación de mi esposo. Debería santiguarme ante vos, pues os tengo por un artista santo.

—Por Dios, señora, no me avergoncéis —añadió Murillo con modestia y turbación—. Yo sólo soy...

—¡El mejor pintor de Sevilla! —interrumpió riendo el duque—. Ya lo he dicho. ¡Y también el mejor de Flandes! Algunos de vuestros

cuadros cuelgan ya en las casas principales de Amberes y también de Ámsterdam.

—Yo nunca he estado en esas tierras. Si mi humilde arte ha llegado tan lejos ha sido gracias a los generosos mercaderes flamencos que me hicieron sus encargos aquí —continuó Murillo, dándose cuenta de que ahora el azorado era él.

—Lo sé —afirmó el duque—. Y es precisamente por ellos que he sabido de vos. Aunque seamos paisanos, ya sabéis que he estado muchos años fuera y tenía perdido el contacto con demasiadas cosas. Ésa es precisamente una de las razones de esta velada —dijo haciendo un gesto a uno de los sirvientes.

Unos criados indicaron a los invitados que salieran al jardín. A todos les sorprendió un perfume exquisito a jazmines y dondiegos de noche, pero también a raras plantas indianas, porque Sevilla era un lugar donde cuajaban y enraizaban las plantas y frutos de aquellas tierras lejanísimas. Los aromas eran algo grato y extraño, aquel espacio parecía un paraíso en medio del vientre nauseabundo de la ciudad. Qué lejanos el estiércol, las coles podridas, la peste de las curtidurías, los charcos inmundos, las babas de las bestias y el aire putrefacto de los cementerios parroquiales. Vio Murillo la espadaña de la iglesia de Santa Paula. Y era curioso porque, si habían entrado por la plaza de San Marcos, eso quería decir que la casa ocupaba desde la entrada al jardín del fondo un largo trecho de varias calles.

Los invitados avanzaron hasta una zona en la que se habían colocado las mesas para la cena. Las luces de los candelabros provocaban un hechizo pintado, como un cuadro matizado de cálidos colores ambarinos. Para dar más belleza al cenador había un gran estanque con una gruta y rocallas, fuentes y surtidores. Ese detalle desvelaba que la casa tenía agua de pie y que era entonces de las que se nutrían del caudal de los Caños de Carmona, como sucedía en los Alcázares y en contados palacios de los más lujosos.

—Y si cada paja de agua son más de mil ducados, imaginad, maestro, lo que cuesta el capricho del duque —susurró Rodrigo porque nunca había visto semejante exhibición de riqueza.

Los invitados se sentaron. Y mientras admiraban los manteles blanquísimos de hilo y la vajilla con cristales engastados en oro,

comenzaron a cantar pájaros extraños en la noche, como si el sonido naciera de un mecanismo metálico. El duque sonreía contemplando los rostros sorprendidos de los comensales, que no entendían de dónde salía esa hermosa melodía.

Aquel era un paraíso en el que el viento y el agua provocaban sinfonías. Un órgano hidráulico instalado en la fuente activaba unos fuelles que daban aire a unos flautines. Así sonaban los extraños pájaros nocturnos en el jardín maravilloso del duque que incitaba a dejarse llevar por los sentidos.

El duque, aprovechando el silencio de admiración de los presentes, explicó los detalles del mecanismo y les advirtió que en la fuente se exhibía una colección de caracolas que, según decía orgulloso, superaba a la del famoso Arias Montano, el que fuera humanista y bibliotecario de su majestad Felipe II.

—De las playas de todos los mares del orbe proceden esas caracolas. Y hasta hay dientes de narval, eso que los antiguos decían «cuernos de unicornio» —expuso el duque muy ufano.

—Sí, parece mentira que nuestros abuelos creyeran esos cuentos de unicornios —intervino el mercader Nicolás Omazur riendo.

—Pero eran leyendas hermosas... —terció la esposa de Omazur, Isabel de Malcampo.

—Decís bien, pero cada tiempo tiene sus cuentos y sus mentiras —dijo el duque—. Y este que nos ha tocado vivir es un siglo de desengaños y descreimientos donde no valen las leyendas de antaño —añadió mientras hacía una señal para que sirvieran las viandas.

Así, cuando entraba en escena la negrura de la época, el duque espantó a tiempo la tristeza para que triunfaran los placeres. Pronto llegaron a la mesa exquisitos bocados. A Rodrigo le pareció que se colocaban sobre los manteles los más hermosos bodegones que jamás había visto: pechos de carneros adobados, pasteles de manjar blanco de ave y asaduras de cabrito con ciruelas y pasas. Pero todo era servido con mesura y en platos mínimos, como si el placer estuviera en probar apenas la comida y recrearse en su sabor y olor sin llegar al hartazgo, como era usual en los banquetes. Entre plato y plato se sirvieron deliciosas uvas albarazadas y perrunas, que eran grandes,

moradas y muy jugosas, y se bebió largamente vino de malvasía, que ahí no hubo medida porque el duque era dado a las buenas bodegas.

—En Flandes lo que se bebe en exceso es cerveza, ese infame brebaje que parece orín de jacas —dijo el duque provocando las risas entre sus invitados—. Hay allí muchas cosas admirables, pero no desde luego esa bebida.

—Pues os confieso que yo la echo de menos —comentó el pintor Cornelio Schut, que había partido hacía casi veinte años de su Amberes natal para establecerse en Sevilla.

—Es lo que tiene la nostalgia, amigo Schut, que hace añorar hasta lo que nos hizo padecer. ¿Recordáis acaso el final de vuestras borracheras de cerveza? —añadió el duque con un tono melancólico que contrastaba con el aire despreocupado y feliz que había demostrado toda la noche.

—Pues yo no echo de menos nada de aquellas tierras —intervino muy seca la duquesa Marcela mientras se refrescaba con un hermoso abanico de madera olorosa.

—¿Ni siquiera los agradables veranos del norte, vos, que no soportáis este calor? —respondió el duque con indisimulado desdén.

Se creó un silencio incómodo. La conversación del todo intrascendente derivó a un asunto privado que desveló que el paraíso de los duques era sólo una jaula dorada. Se notaba que entre ambos no existía ni siquiera la complicidad que hacen los años de convivencia.

—Y, decid, señor, ¿por qué habéis decidido regresar a Sevilla si tan bien os marchaban los negocios en Flandes? —comentó Omazur para romper el silencio.

—Pues por querencia a mi ciudad. Los que hemos vivido entre dos lugares siempre terminamos añorando el sitio en el que no estamos, y cuando regresamos crece el recuerdo del que dejamos —respondió sin abandonar el aire melancólico, como si en Flandes hubiera abandonado algo más que objetos y paisajes queridos.

—Creo, de todos modos, que vais a continuar con vuestro negocio de telas —terció Isabel de Malcampo siguiendo con la intención de su marido de animar la atmósfera de la cena y espantar los silencios.

—Sí, claro, seguiré comerciando con los lienzos de lino y los

anascotes, pero tengo esperanza de que se haga industria aquí en Sevilla y así no tener que importar esos tejidos —continuó el duque ya más animado y apurando su copa de vino que un sirviente se apresuró a llenar de nuevo—. Sin embargo, como podéis comprobar, en mi propia casa no tiene éxito mi negocio. ¿No veis del gusto de mi esposa por ese calicud de la India en vez de por los finos cambrayes y holandas con los que comercio?

Otra vez se vio a la duquesa abanicándose incómoda. Los invitados disimulaban su malestar probando los manjares en silencio, evitando mirar a los esposos e intentando encontrar temas amables de conversación.

—Quizás porque ese calicud del que habláis tiene unos colores que jamás se borran ni deslustran, y no como los tejidos con los que comerciáis y otros asuntos vuestros —respondió la duquesa sin poder contener la ira.

—Sí, querida. Es admirable la belleza de las gasas de canequí de la China y el chal blanco de pacharí que llevabais el otro día en el oficio en la catedral —terció otra vez la esposa de Omazur para calmar los ánimos, pues el duque se había quedado en silencio y totalmente blanco.

Finalmente el anfitrión reaccionó ordenando que sirvieran el postre al menos para endulzar el agrio ambiente de la cena. Pasaron delicias de almendrados, limoncillos con almíbar, bolitas de dulces de batata, alegrías de ajonjolí y cacao con pimienta. Los comensales se lanzaron a comer haciendo comentarios banales sobre los dulces y confitados.

—Maestro Murillo, el otro día en la catedral pude admirar vuestro cuadro de san Antonio —comentó la duquesa Marcela—. Creo que estuve más de una hora contemplando esa fabulosa escena de gloria.

—Gracias, duquesa. Me alegra que os inspirara tanta devoción —respondió Murillo, al que en realidad no le apetecía ser centro de una conversación que se había desviado en tantas ocasiones por paisajes tan arriscados.

—Tiene razón mi esposa. Yo también quedé, ¿cómo decirlo?, hechizado. Hubiera contemplado durante horas ese maravilloso ángel

mancebo del cuadro, el que mirando de un lado se apoya en una nube y muestra una divina pierna —explicó con picardía observando de reojo la reacción de la duquesa.

—Recordad, esposo, que los protagonistas de la devoción son san Antonio de Padua y el Niño Jesús —volvió a intervenir enojada abanicándose con fuerza la duquesa. Esta vez había algo más que malestar en sus palabras, porque sabía que su marido la había provocado con una intención que los invitados no terminaban de comprender.

—Querida esposa, parece que tenéis celos de la belleza del ángel pintado por el señor Murillo —dijo el duque mirando al pintor, que no sabía cómo evitar una conversación en la que sin quererlo él se había convertido en protagonista.

—¡Mi maestro en verdad pinta los más hermosos y divinos ángeles de toda la cristiandad! —intervino Rodrigo con acierto, pues todos aplaudieron la frase.

El duque hizo otro gesto y un sirviente apagó el mecanismo de los pájaros cantores en la fuente. El jardín quedó suspendido en el silencio y sólo llegaba de fuera el murmullo de la ciudad: vagas voces, perros ladrando desde azoteas, las esquilas en los conventos cercanos, ruido de carruajes, el viento moviendo las copas de los árboles.

—¡Tengo preparada una sorpresa que espero que os guste! —dijo el duque emocionado—. Ruego a vuestras mercedes que me acompañen.

Caminaron todos con gran curiosidad hasta el otro extremo del jardín. Las damas comentaban que no era fácil andar con los elevados chapines de corcho que usaban. Habían cometido el error de pensar que en la velada no tendrían que caminar como si estuvieran cumpliendo con un viacrucis de catorce estaciones ajardinadas. Al fin llegaron a otro cenador con templete en el que había un tablado, asientos al modo de un teatro y músicos con vihuelas y guitarras. El duque indicó que se acomodaran y comenzó a sonar una jocosa melodía.

Del escenario apareció un personaje contrahecho que danzaba de forma muy cómica. Ya con su sola presencia provocó las risas del público, que aplaudió mucho porque había reconocido al actor más

gracioso de todo el reino: Cosme Pérez, al que todos llamaban Juan Rana.

—¡Queridos amigos, os presento a este gran cómico, maestro en danzar y en tañer castañeta! —gritó el duque mientras Juan Rana demostraba todo lo contrario, pues ahí estaba la gracia del histrión.

Juan Rana era muy célebre en la corte y en las comedias representadas ante el rey. Sin embargo, sorprendió su presencia en la ciudad porque hacía muchos años que estaba retirado de los escenarios a causa de la edad y de ciertos achaques. Hacía décadas que no viajaba a Sevilla, donde había actuado cuando era joven y aún no gozaba de fama. Muchos de los asistentes conocían, además de su popularidad, toda su leyenda de ambigüedades y maledicciones, por lo que la aparición del cómico provocó gran expectación y comentarios.

—Hoy nos representará un pasaje del entremés *Juan Rana mujer* junto a su sobrina, la excelente cómica Bárbara Coronel.

La presencia de la actriz en el teatrillo del duque fue otra gran sorpresa, pues la Coronel había protagonizado no pocos escándalos en la corte. Además de sus rudos gestos varoniles, había sido acusada de asesinar a su marido, que parecía que toda esa gente de la escena estaba relacionada con asuntos de mal vivir.

Murillo se acercó a su amigo Nicolás Omazur para preguntarle por los cómicos que tanta fascinación provocaban, pues no comprendía de dónde venía tanto asombro y alegría por la aparición de dos personajes ridículos. Nada tenían que ver desde luego con las beldades de las grandes tragedias o de las comedias de santos, que eran las preferidas del pintor.

—Me imaginaba que no conocíais a Juan Rana, el figurón afeminado, el más célebre y preferido actor del cuarto Felipe y ahora de su hijo Carlos —dijo Omazur.

—El remoquete de Juan Rana es porque ni es pescado ni es carne, así que puede tomarse en días de abstinencia —añadió bromista el mercader Jan van Belle a su lado.

Murillo siguió tan confundido como al principio. De pronto, Juan Rana comenzó a hablar con ridícula voz aguda, pero con un gracejo y un contoneo de su figura que no podía por menos que provocar la

carcajada. Hasta el pintor comenzó a reírse al ver sus andares y lo espantoso de su danza.

—Ya sabía yo que representaría un entremés de mariones — comentó con sorna Isabel de Malcampo.

—Sí, veréis ahora cómo el supuesto hombre cree ser mujer — puntualizó Omazur.

Juan Rana se movía sobre la escena con donaire y gallardía, lozaneando con gracia mientras con el manto se tapaba un ojo al modo sevillano, pues era ésta ciudad de ocultamientos y seducciones. Del otro lado del escenario, surgió su sobrina Bárbara, que en el entremés representaba a su esposa, Casilda, quien le hacía creer que él era tan dama como ella.

—¡No lo acabo de ver, que es gran trabajo: todo me he de tentar de arriba abajo! —advertía con gran comicidad Juan Rana ante la risa general del público viendo cómo se palpaba el cuerpo de forma afeminada al creer que en verdad era una doncella.

—¿Qué te tientas, muchacha? —preguntaba Bárbara-Casilda.

—Si soy mujer... —respondía Juan Rana mirando al público con complicidad intencionada.

—¿Hay duda más bellaca? —preguntaba la actriz provocando un gran aplauso por la burla, ya que la gracia del papel de Rana era que terminaba siempre creyendo lo que los demás le sugerían que era, ya fuera un animal, un volatín o una dama casadera.

Concluyó el entremés y los invitados se acercaron a saludar a Juan Rana encantados con la visita y la actuación de esa gran celebridad del reino. Sin duda, tenía que tener muy buena amistad con el duque, porque no solía moverse de la corte y quedaban ya lejanos los días en los que tuvo que representar sus comedias en todas las plazas. Se le notaba que andaba muy maltrecho y viejo aunque conservaba su donaire.

Murillo echó en falta a la duquesa, le extrañaba que se hubiese retirado sin decir nada. Y era raro que siendo la anfitriona no se hubiera excusado ante los invitados.

—¿Se han fijado vuestas mercedes en que la duquesa no ha presenciado el entremés? —dijo Murillo a Omazur y su esposa compartiendo con ellos su extrañeza.

—Quizás aún está enfadada con el duque por la discusión de la cena —observó Omazur.

—No sé si será por eso o por las amistades de su marido —señaló con malicia Isabel de Malcampo.

—Pero ¿no es hombre de fama y muy querido en la corte este Juan Rana? —preguntó con ingenuidad Rodrigo.

—Sí, lo es, pero en lo de la fama sería discutible —añadió ella con ironía y retirándose de la charla para dejar que su marido continuara hablando, pues no eran aquéllos asuntos de los que debiera hablar en público una dama.

—Cosme Pérez, este célebre Juan Rana, ¡estuvo en la cárcel! —desveló con tono teatral Omazur—. ¡Que Dios me perdone! Parece que estuvo enredado en asuntos de sodomía —dijo hablando quedo y santiguándose nerviosamente.

Murillo y su discípulo se miraron consternados, mientras que Isabel de Malcampo, a pesar de haber escenificado un discreto alejamiento, se había mantenido lo suficientemente cerca como para no perder el hilo de la charla.

—Se descubrió que andaba con putos descocados sin distinción, ya fueran nobles o simples pajes de la corte —continuó relatando con cierto entusiasmo Omazur—. Aunque, para sorpresa de todos, salió de la cárcel en pocos días. Dicen que fue su buena amistad con el rey y con otros personajes principales lo que le libró de la prisión.

—¡Si algo ha tenido siempre Juan Rana han sido buenos amigos! —dijo Isabel de Malcampo, que sin poder contenerse se había acercado de nuevo al corro de la conversación.

—Pues desde entonces, y desafiando las habladurías, no sólo no oculta su abyecta afición sino que la exhibe descaradamente representando sólo obras de hombres que se creen mujeres y que encarga a poetas de su cuerda a los que paga bien —explicó Omazur exagerando su indignación para disimular el gusto por las murmuraciones.

—¡Sí, sí! ¡Hombres que buscan marido, que son galanteados y que van vestidos como mujer! ¡Un escándalo! Aunque, como veis, aquí provoca el aplauso —añadió Isabel de Malcampo regodeándose también con el arte de las comadres.

—Parece que el duque, ¿cómo os diría? Es una flor curiosa... —
dijo Omazur guiñando maliciosamente un ojo mientras sonaban las
doce en la espadaña de Santa Paula y el jardín del paraíso se llenaba
de sombras.

EL DUQUE

—Te confieso, Rodrigo, que me ha afectado grandemente la velada en casa del duque —dijo Murillo rompiendo el silencio que embargaba el obrador mientras trabajaba con su discípulo.

—¿Lo decís por ese extraño personaje de Juan Rana? Yo tuve un mal sueño con él que no os desvelaré —dijo Rodrigo sonriendo con picardía.

—No, no fue por él. Es que esa reunión y la casa del duque me llevaron a pensar en el placer de los sentidos. Y algo sobre lo que he meditado en muchas ocasiones —añadió con cierta emoción—: si es más importante la belleza por el placer de la belleza, o la belleza como camino hacia lo espiritual.

—Pues yo, maestro, lo que no me quito de la cabeza es ese palacio y esas riquezas y ese jardín con tanta agua.

—No seas vulgar y mezquino, Rodrigo. Eso no son más que cosas, cosas hermosas, lujos, vanidades...

—Sí, lo que digáis, pero yo pienso que los ricos son más felices. ¿No os disteis cuenta de la cara de felicidad que tenían todos los antepasados del duque en los cuadros que vimos al pasar por la antesala?

—Claro que sí, pero eso podría ser tan sólo la maestría del pincel servil del artista que los retrató. Recuérdalo, Rodrigo, el nuestro es un oficio que en verdad no dista mucho del fingimiento de los cómicos como ese Juan Sapo o como diablos se llame.

Dorotea interrumpió la conversación apareciendo en el umbral del obrador muy nerviosa y con la respiración entrecortada. Estaba sudando y con la cara encendida.

—¿Qué te sucede, Dorotea? Parece que hubieras visto al demonio —preguntó Rodrigo mientras daba los últimos toques al retrato del mozo que simbolizaba la alegría del verano.

—¡Señor Murillo, ha llegado el señor duque de la Florida y quiere veros! —dijo frotándose las manos y secándose el sudor con el delantal.

Murillo miró a Rodrigo. No esperaban que el duque los visitara tan pronto. Y precisamente ahora que estaban centrados en terminar la serie de las cuatro estaciones para el mercader Nicolás Omazur.

—Pues hazlo pasar. Estamos en plena faena, aunque de todos modos ésta es la mejor forma para que nos vea un posible cliente —observó Murillo limpiándose las manos de pintura.

Al poco apareció el duque, otra vez con su figura imponente, el vozarrón y su curiosa indumentaria. Parecía vestido con la misma elegancia que en la fiesta. Llevaba un jubón de color blanco y una camisa de puntas de Flandes, un gran sombrero con plumas rojizas y el cabello mucho más ensortijado que en otras ocasiones. ¿Es que se rizaba la melena con plomos calientes como era costumbre en las mujeres? Ambos recordaron al cómico Juan Rana y sus disfraces de dama e imaginaron sus posibles y curiosas influencias sobre su amigo aristócrata.

—¡Por Dios, maestro! Menudo hedor el de esta collación en la que vivís. Se nota que San Bartolomé fue antes el barrio de los sucios judíos —dijo entrando con un pañizuelo en la nariz.

—Perdonad, señor, pero ya sabéis que nada se puede hacer si al lado de la casa pasa el agua de las carnicerías y se lavan tripas y se limpia la sangre de las bestias. No da el arte para jardines aromáticos como el vuestro —afirmó Murillo sin disimular su malestar.

—Acepto vuestro reproche, querido maestro, me lo tengo muy merecido por venir a vuestra casa mostrando tan malos modales... —se disculpó el duque retirando con ademán decidido y mucho fingimiento el pañuelo de su rostro.

Vieron entonces maestro y discípulo que, además del plumaje y

el ensortijamiento del cabello, el duque se había acicalado las mejillas con polvos de coral como la primera vez que lo vieron en la fiesta de toros y cañas. Ambos evitaron mirarse porque, si lo hacían, sabían que romperían a reír.

—Dorotea, sírvenos aloja con hielo. ¿O quizás os apetece algo de vino, señor duque? Acaban de traerme un estupendo caldo de Alanís, si gustáis...

—¡Hace! —dijo el duque quitándose la capa y dándosela a Dorotea, que se había quedado embobada con la compostura entre imponente y ridícula del visitante.

El duque se acercó al lienzo de la alegoría del verano al que Rodrigo daba los últimos retoques. El discípulo se puso nervioso y comenzó a tragar saliva.

—Maravilloso retrato. ¿Quién es el modelo? —preguntó mientras se abanicaba con sus guantes de fina gamuza aromados en ámbar. Era evidente que también molestaba a su delicada nariz el olor de los pigmentos y resinas del taller.

—Es una alegoría del estío y el muchacho, un mozo sportillero que sirve en una taberna de esta pestífera collación —contestó Murillo sorprendido de que no se interesara por la pintura y sí por el anónimo personaje pintado.

—¡Admirable torso! Entran ganas de que siempre sea verano... —sugirió pasando suavemente sus guantes aromados por la nariz—. ¿Quién os lo ha encargado? Demuestra un gusto exquisito.

—Vuestro amigo Nicolás de Omazur. ¿Queréis ver el resto de la serie? —indicó Murillo mostrándole la hermosa muchacha de la primavera con el regazo lleno de frutas y flores y las alegorías del otoño y del invierno.

Se acercó el duque a ver a la doncella quedando encantado con la delicadeza de su rostro.

—También entran ganas de quedarse a vivir en la primavera, maestro. Comiendo esas frutas... ¿Melocotones? ¿O son albaricoques? No, no, damascos, ¿no se llamaban así? Hace tanto tiempo que no mencionaba el nombre de esas frutas, tan raras en el norte...

Murillo asintió y le señaló el lienzo del otoño. El duque se puso

la mano en la boca admirado. Se acercó, se alejó, se colocó a un lado y a otro contemplando los detalles del hombre que representaba la estación de la lluvia y las tardes color de bronce. Murillo había simbolizado ese tiempo en un hombre maduro que bebía de una hermosa copa de cristal y que tenía la cabeza rodeada por uvas y hojas de vid. Parecía que del cuadro salía un olor de bodegas, vino macerado y tiempo detenido.

Como si se hubiera pensado para una escena teatral, apareció oportuna Dorotea con la jarra de vino. Murillo sirvió en vasos que parecían el mismo que había utilizado para el lienzo. En ese cuadro había un homenaje a su amigo Velázquez. Cuando lo pintó recordó largamente aquella noche en la que estuvieron hablando de sus respectivas obras y en la que Velázquez detalló la dificultad de pintar la transparencia del cristal y provocar los efectos de brillo y luz en una copa.

Murillo le dio el vaso al duque, que saboreó con gran placer el vino sin dejar de mirar el lienzo. Volvió a retirarse del cuadro y a acercarse muy sorprendido otra vez.

—Tengo la sensación de que conozco al hombre del cuadro. Os confieso que creo incluso ver un aire familiar —dijo con cierta ironía—. No os preguntaré por el modelo...

—Oh, no, no, por Dios, señor duque. ¿Creéis que os habría pintado en el retrato de un simple bebedor? —corrigió Murillo, aunque sabiendo que no iba del todo descaminado el noble.

—Bueno, no penséis que estaría molesto por que me hubierais pintado como un Baco. A ese dios sí que le pondría yo un altar en casa.

Murillo prefirió distraer el asunto del sospechoso parecido del duque con la alegoría otoñal mostrándole el último cuadro de la serie. Era una anciana que representaba el invierno, pero una que no tenía que ver con las que había pintado en otras ocasiones, como la abuela que espulgaba a su nieto, la gallera o la hiladora. No, no era ninguna de esas viejas que él observaba en los mercados y en las plazas, mujeres marcadas por la vida, el tiempo y sus infortunios. Representaba también a una pobre vieja, pero tenía un gesto amable, como si Murillo no hubiera querido mostrar la metáfora que existía

detrás de cada una de las estaciones y que tradicionalmente destinaba al invierno la cercanía de la muerte, la tristeza y el final de todas las cosas.

—No sólo sois el mejor pintor de escenas sagradas, querido maestro. También lo sois de la vida cotidiana. Pintáis el olor de la calle y, creedme, conseguís que sea auténtico, pero sin que apeste —bromeó el duque colocándose otra vez el pañuelo en la nariz.

—Siempre he pensado que para pintar el cielo hay que mirar la tierra. Y eso es lo que he hecho: fijarme en los que me rodean para ver qué hay de divino en ellos —explicó Murillo asombrado de entrar en profundidades sobre su pintura con un personaje con el que no terminaba de estar a gusto.

—Pintar a los que no tienen nombre, a los que el mundo ha olvidado, y pintarlos en un instante de sus vidas. Admirable, maestro, admirable —continuó el duque, dejando asombrado a Murillo con el hermoso comentario sobre su pintura—. Imaginaos que dentro de muchos siglos alguien se pregunte quién era este hermoso muchacho, esta anciana, esta dulce doncella o este borracho feliz.

—Sería algo maravilloso, pero no sé yo si mis cuadros me sobrevivirán o pasarán de moda —dijo con sincera modestia Murillo.

—Pero ¿cómo podéis dudar, maestro? ¡Vuestra pintura será eterna! —afirmó con rotundidad el duque—. Vos habéis conseguido contar lo que ocurre en nuestro tiempo, porque ya no nos sirven las pinturas de los maestros de antaño.

Rodrigo asistía con atención a la conversación erudita y hermosa que mantenían. Era curioso que alguien aparentemente tan frívolo y ensimismado por los placeres de la vida pudiera hacer comentarios tan acertados y profundos sobre la pintura de su maestro.

—No lo sé, querido duque, y sois en verdad muy generoso con lo que decís, pero yo sólo me he dejado llevar por mi intuición y os confieso que también por lo que me han pedido mis clientes. Sí, creo sinceramente que he sido un artista servil. Por eso quizás gustan tanto mis cuadros —dijo con cierta tristeza Murillo.

—Habéis hecho una pintura extraordinaria que ha tenido fama. Y no os voy a negar que muchos llaman a eso «pintar en necio». Pero

habéis conseguido, sin dejar de gustar a la mayoría, hacer una pintura real, auténtica, valiosísima. ¿Sabéis por qué lo creo?

El duque hizo una pausa creando gran expectación. Se notaba que le gustaba el teatro. Sabía cómo dosificar emociones, apariciones, silencios, palabras.

—Porque habéis sido un antídoto contra la amargura —continuó elogioso—. En este siglo de catástrofes, invitáis con vuestro arte no sólo a rezar sino también a pensar y alegrarse de ver lo hermoso de la vida. Eso es una medicina contra el dolor. Habéis pintado simplemente la dulzura de las cosas en una ciudad que estaba herida y que no podía soportar obras cargadas de pesadumbre.

De nuevo el duque guardó silencio. Murillo también había enmudecido. Qué podía añadir. Nadie había hablado nunca así de su pintura. Ni siquiera sus satisfechos clientes al pagarle encantados por las obras encargadas habían definido así el sentido último de sus lienzos. Aquel hombre parecía contarle lo que él había pensado durante toda su vida con mil dudas y sombras.

—Quizás no lo recordéis, pero vuestro padre trató a mi madre hace muchos años —dijo el duque cambiando de tema y apurando su copa, que había tenido demasiado olvidada por la meditación artística—. Tenía buena fama por su arte con la lanceta de hacer sangrías. Casi tanto como vos con los pinceles.

Murillo asintió agradeciendo la cortesía y se acercó para llenar otra vez el vaso de su invitado. Sin embargo, no dijo nada sobre aquella visita, aunque claro que la recordaba. Su padre regresó a casa muy preocupado porque la duquesa de la Florida murió poco después de que le practicara una sangría. No era lo mejor para su bien labrada fama de cirujano.

—Mi pobre madre estaba ya muy enferma. Y nada pudo hacer vuestro padre. Tenía que ocurrir y ya está. Hace tantos años de eso... —añadió el duque con tono melancólico ante el silencio del pintor.

Murillo se sintió incómodo porque no sabía cómo salir de la atmósfera creada por la conversación. Entonces recordó la embarazosa situación en la velada en el jardín del palacio. Ya se iba dando cuenta de que con el duque siempre ocurría eso. O se brindaba

por el hedonismo más superficial de la vida o, como ahora, se descendía a los abismos de la tragedia y la negrura de la vida.

—Pero olvidemos el pasado y pensemos en el presente, maestro —rompió el silencio con forzado entusiasmo el duque—. Quisiera encargarnos dos obras. No son de gran tamaño, pero sí quiero que sean muy exquisitas y especiales. Una será para mi esposa y otra para mí. Y podéis pedirme la cantidad que queráis. No me negaré —añadió apurando otra vez el vaso.

Murillo se dio cuenta de que no quedaba más vino en la jarra, así que llamó a Dorotea. La criada volvió a entrar muy azorada y nerviosa, y asintió a la petición regresando a la cocina apresurada. Se había cambiado de delantal para ponerse uno más limpio y Murillo se dio cuenta de que incluso se había peinado y hasta se había puesto unos zarcillos de los que usaba cuando iba a misa.

—Para mi esposa me gustaría que compusierais una serie de devociones en miniatura para el oratorio privado que tiene en su aposento. Dejo a vuestra elección los santos y mártires que queráis pintar, pero ella desearía que fuesen advocaciones sevillanas. He visto cómo le asombran los retratos de santos sevillanos que habéis pintado en la catedral.

—Será un placer. Y en verdad que es un encargo delicado y exquisito. Lo que sí os advierto es que tal vez tarde en entregarlo porque se me ha acumulado trabajo.

—No os preocupéis. El arte verdadero necesita su tiempo. No hay cuidado.

—Está bien, como gustéis. Si os parece, en unos días os llevaré a vuestra casa unos bocetos.

—Me place. Respecto a mi encargo...

En ese momento entró en el obrador el esclavo Juan con una nueva jarra de vino. Tanto el duque como el muchacho se quedaron sorprendidos al verse, pero disimularon pronto. Juan se dirigió a servir a su amo, pero éste le hizo una indicación para que lo hiciera antes con el visitante. El mulato se acercó a él temblando. La conversación había quedado suspendida y todos estaban pendientes del nerviosismo del esclavo al servir la bebida.

—¡Juan, ten cuidado, que mancharás al duque con tus temblores!

¿Qué te ocurre, muchacho? —le reprendió blandamente Murillo.

Juan se puso aún más nervioso con el comentario de su amo y, después de llenar la copa del duque, salió en silencio olvidando incluso servir a Murillo y a Rodrigo. Cuando se marchó, el duque intentó retomar la conversación, aunque también se notaba nervioso e incómodo como si de pronto tuviera prisa por abandonar el obrador.

—Os decía que me gustaría encargáros una serie de ángeles —dijo apurando el vaso y entregándolo a Murillo, advirtiendo así su deseo de marcharse.

Murillo volvió a llamar a Dorotea para que trajera la capa y el sombrero del duque.

—Ángeles... —continuó el duque con cierto temblor en la voz—. Ángeles mancebos —acertó a decir finalmente—. Quiero ver en mi alcoba vuestra divina carne de ángeles.

Murillo se quedó deconcertado. Nunca nadie le había hecho semejante encargo. Su corte de ángeles, de querubines, arcángeles y serafines formaban parte de la atmósfera de sus cuadros sagrados, de los cielos de gloria, de las apariciones celestiales, de las escenas milagrosas, pero representar sólo ángeles le parecía algo vacío y sin sentido. ¿Qué significaba pintar sólo unos ángeles?

—Pero ¿los queréis como fondo de alguna escena o acaso os interesa algún arcángel en particular? —preguntó Murillo sin terminar de comprender.

—Me da igual cómo los pintéis, pero quiero que sólo ellos aparezcan en el cuadro. Quiero que los ángeles guardianes custodien mi cama. ¿Podréis hacerlo? —preguntó el duque, que al ver aparecer a Dorotea con sus cosas se apresuró a cogerlas con impaciencia.

—Creo que sí —respondió Murillo—. Espero estar a la altura de vuestra petición.

—Estoy seguro de que sí. Como dijo vuestro discípulo en la cena, sois el más grande pintor de ángeles —añadió haciendo una reverencia y saliendo con prisas.

Maestro y discípulo se quedaron en silencio y extrañados por la urgencia inesperada del duque. Una brisa entró por la ventana del obrador, desde la que vieron cómo partía veloz su carruaje. Entonces el ángel que colgaba del techo osciló movido por el vientecillo como si

pidiera su protagonismo en la escena. Casi creyeron que sus alas crujían en medio del silencio.

LOS ÁNGELES MANCEBOS

A buen recaudo en el arcón. Casi escondidos porque no sabe qué hacer con ellos, guardados porque tenía la sospecha de no haberlos pintado de forma demasiado piadosa. ¿O sí? ¿No fue por culpa del torpe entendimiento del duque? Allí están tantos años después aquellos ángeles mancebos que Murillo había pintado para el duque de la Florida. Ocultos en un arcón para que nadie los pueda ver. Pero ¿y si ahora que está tan cercana su muerte se descubren? ¿Qué hacer con ellos? ¿Debe dejárselos en el testamento a su hijo? Murillo está seguro de que su hijo Gaspar Esteban, canónigo de la catedral, no gustaría de esos ángeles pintados por su padre en los que hay algo tan extraño.

Murillo ha paseado por toda la casa, como le ha sugerido el doctor Sigüenza. En los últimos días ha mejorado y hasta toma con cierto gusto y apetito la frugal comida que se le permite: algún pescado de río, sopas de hortalizas, pan mojado en leche. Sin embargo, sigue teniendo prohibido reanudar su trabajo. Quizás en una semana pueda volver al obrador para rematar por fin sus *Desposorios*.

De momento, su vida se limita a intentar conciliar el sueño, ponerse las cataplasmas, tomar purgantes, pasar la fiebre siempre a la hora de atardecida, resistir dolores e intentar que la quebradura no pase a más y se gangrene. Por eso se distrae dando vueltas por la casa, deteniéndose para observar mejor las cosas, ver por la ventana el ambiente de la calle, contemplar el atardecer y esperar el paso de la

ronda nocturna. Precisamente esta tarde ha subido con extremado cuidado a la azotea para ver la caída del sol. Al pasar por el cuarto que le sirve de almacén y desván es cuando ha recordado la serie de ángeles guardada desde hace muchos años en esa estancia. Apenas penetra claridad por un ventanuco, así que tantea entre las sombras. Cuando los ojos se le hacen a la mínima luz se reencuentra con objetos y muebles que había olvidado por completo. También con este arcón en el que tiene ocultos los ángeles mancebos del duque de la Florida.

Recuerda Murillo el día en que llevó los bocetos a la casa del duque y con qué amabilidad lo había recibido la duquesa Marcela. Estaba encantada con la visita y con los dibujos de los santos que había realizado para ella. Observaba con deleite las figuras de las santas Justa y Rufina, san Hermenegildo y san Leovigildo.

—Vuestras pinturas significan mucho para mí, maestro Murillo. ¡Me mantienen a salvo! —dijo la duquesa, provocando cierta sorpresa en el artista.

A pesar del tiempo transcurrido, Murillo recuerda detalles del salón, muy coqueto y pequeño, en el que le recibió la duquesa y que parecía algo extravagante en aquella casa inmensa. Le gustó verla cómodamente en su silla de estrado como si al sentarse se le hubiera esponjado el vestido. Tenía una mirada risueña y menos triste que la que mostró durante aquella velada en el jardín. Sin embargo, contrastaba la actitud doméstica con los vestidos lujosos que llevaba, como si la visita le causara especial respeto. Volvía a llevar esa extraña moda de preciosas telas orientales: una mantilla con puntas de China porque refrescaba la tarde de septiembre, un jubón con mangas perdidas y un cuello plisado de tipo valona que le ocultaba el cuello. Murillo, que era capaz de interpretar caracteres a partir de detalles en los rostros, las maneras y los vestidos, dedujo que con esa prenda la duquesa ocultaba las marcas de la edad.

La llegada del pintor había interrumpido su lectura de libros piadosos, que decía que era su mayor distracción en esa casa grande y aburrida en la que tan fácil era perderse entre jardines, pasajes, galerías, salas, escaleras y antecámaras.

—Hay paraísos aparentes que esconden infiernos, maestro —le

confesó misteriosa.

Murillo evoca ahora esas inquietantes palabras de la duquesa, pero que entonces no supo interpretar del todo. Siempre se sintió turbado ante esa dama en la que se adivinaba mundo e inteligencia. De buena cuna, la duquesa Marcela había vivido su infancia en Sevilla, pero partió con su familia a Nápoles cuando su padre recibió encargos diplomáticos del rey Felipe. Luego se casó en Roma con el duque y se establecieron primero en Ámsterdam y más tarde en Amberes cuando los negocios comenzaron a ir bien. Llegados a la madurez de sus vidas, habían decidido regresar a la ciudad natal de ambos. Toda esa biografía viajera y en apariencia emocionante aparecía insinuada en esos ojos claros, tristes y serenos.

—Rezaré ante vuestros santos todas las noches. Así, si me sorprendiera la muerte en medio del sueño, sabrían indicarme el camino para no torcerme en los muchos laberintos que hay en esta ciudad del pecado —dijo emocionada al contemplar los dibujos.

Las palabras de la duquesa fueron un bálsamo que calmó sus dudas e inquietudes no sólo en ese día agrio y desolador. Siempre había agradecido que alguien considerara que sus pinturas tenían algo que conectaba con lo divino y espiritual, que eran en verdad un instrumento de devoción. Pero haberlo escuchado entonces fue un consuelo sanador. Un alivio que le confirmó su verdadera obsesión como buen artista cristiano, por mucha vanidad y satisfacción que le provocaran esas pinturillas profanas que tanto le gustaban.

—También me encomendaré para poder salvar el alma de mi esposo, que necesita mucho más de la intercesión de los santos —añadió la duquesa al ver aparecer a su marido.

El duque había entrado en silencio, muy sigiloso y como si no hubiera querido interrumpir la conversación de su esposa. Llevaba un elegante traje negro muy sobrio. En nada recordaba a sus apariciones cargado de artificios, colores llamativos y afeites. Parecía otra persona, y Murillo tuvo entonces la sensación de que, a pesar de su pulcritud, venía manchado de barro y de polvo como si llegara de viaje o de alguna estancia sucia y descuidada.

El tiempo había dado respuesta a todas esas sospechas, dudas e inquietudes. A ese malestar que, sin saber por qué, le provocaba la

simple presencia del duque, aunque fuera admirable su erudita y exquisita conversación. Murillo observa ahora, en otra estancia sucia y descuidada, los dibujos que encargó el duque. Contempla aquellos ángeles con tristeza y hasta un poco de rabia, de la misma forma que se mira a un mal hijo, a un hijo pródigo al que se ha renunciado pero del que se espera la vuelta y reconciliación. Hijos pintados en aguada con la tinta de bugallas que aportaba un bellísimo matiz rojizo.

Ante la desconcertante petición del duque, Murillo había pensado que sería una buena idea plantear una serie de ángeles pasionarios, ángeles que llevaran los símbolos del sufrimiento de Cristo: el flagelo, los clavos, la lanza y la esponja, la corona de espinas, los dados... Motivos piadosos y emblemas de la virtud.

—¡Qué gracia refinada, qué delicada ingravidez, pero si parece que danzaran de puntillas una chacona!

Ésas fueron las primeras palabras del duque cuando le mostró los dibujos. ¡Pero ¿cómo podía su pintura devotísima provocar semejante comentario? ¿Sus ángeles bailando esa danza lasciva? ¡Pero si estaban ensimismados en su sufrimiento, mostraban el dolor de la mortificación de Cristo! ¿Cómo podía alguien pensar algo tan absurdo?

El duque había contemplado fascinado los dibujos de sus ángeles y luego indicó a Murillo que lo acompañara a otro aposento. La duquesa había retomado la lectura de su libro devoto, pero era evidente que no atendía al contenido sino que pensaba en el comentario impropio y vergonzante de su marido. Murillo siguió al duque, pero no disimulaba su malestar y consternación.

El maestro Murillo jamás olvidaría la estancia adonde lo condujo el duque. Era la antecámara privada, y al abrir las contraventanas el artista quedó deslumbrado. Estaba decorada con magníficas estatuas en mármol de dioses paganos y de otras figuras mitológicas. Allí estaban Venus y Apolo, Ganímedes y las Tres Gracias. También había lienzos en los que aparecían los paisajes de la Antigüedad poblados de escenas un tanto licenciosas, pero hermosísimas. La luz entraba para iluminar los cuerpos desnudos, marfileños, suaves y delicados.

El duque le había explicado que casi toda su colección la había adquirido en los tiempos en los que estuvieron viviendo en Roma y

en Nápoles. Y luego elogió el arte de Murillo comparándolo con el de Polignoto, Zeuxis, Aristides o Ardras, el de los paisajes.

—Vos sois llamado el Apeles sevillano, ¿no es así? —le había dicho.

Pero Murillo le había contestado que sólo era palabrería de poetas de los muchos que se crían en la ciudad, hasta que el duque le interrumpió y él volvió a quedarse en silencio. Entonces comenzó a elogiar su arte en extremo por haber pintado estampas religiosas de la misma forma que las deliciosas escenas de la vida cotidiana. De haber retratado a la Virgen no como un simple trono para Dios sino como la figura tierna de una amorosa madre.

—Pintáis la belleza de la vida. Vuestra Sagrada Familia es la simple y maravillosa escena doméstica de unos padres y su hijo. ¿Y no ven los demás en eso un espejo de su propia vida? Admiro esa valentía de vuestra pintura: seres divinos como simples mortales.

Murillo se había estremecido al oír esas palabras. ¿Era correcto que su pintura sagrada provocara esa sensación? ¿No era aquello una herejía? Al escuchar al duque había pensado algo que sospechó siempre y que, tantos años después, seguía temiendo. Si su pintura se había inspirado en la de los pintores del norte, donde habían prendido las creencias luteranas, ¿no habría caído él en el mismo error que esos falsos cristianos? Esos artistas habían colocado a miserables rudos y zafios donde antes estuvieron los personajes sagrados, habían expulsado a las santas para que aparecieran mujercillas en sus cocinas. ¿Y había hecho él lo mismo? ¿Había pecado con sus cuadros de costumbres, con esa gente baja que poblaba sus lienzos? ¿Cómo podía ser culpable de eso? Él sólo había seguido los gustos de sus clientes, los mercaderes flamencos afincados en Sevilla, aunque admitía que le había fascinado aquella pintura nueva, diferente y extraña. Porque era la pintura de la vida. Y ahora, tantos años después, ante estos ángeles ingratos, frívolos y mundanos que parecen bailar una chacona, vuelven a sonar las palabras tan lúcidas como terribles del duque.

—Vos habéis buscado la belleza. Y la belleza reside en cualquier objeto por insignificante que sea...

No había duda de que en muchas ocasiones se había dejado

arrastrar por la hermosura de lo simple. Cuánto disfrutaba pintando las ollas y lozas que había en su cocina o un cesto de frutas de los que traía Dorotea del mercado. Qué maravilla intentar pintar el rocío en una manzana o sugerir con una pincelada la frescura en un cántaro de agua. Y en sus lienzos le gustaba mezclar esa dificultad por reproducir la extrema complejidad de lo real con imaginarias historias de milagros fabulosos. Sí, es probable que el duque tuviera razón y nada había que temer de ello. Pero no fue eso lo que le inquietó de aquella extraña tarde sino haber pintado otra forma de belleza más peligrosa.

—En vuestros ángeles veo la belleza que duerme bajo la piel prohibida. ¡Qué hermosa carne la de esos ángeles!

Murillo coloca ahora sobre el arcón los dibujos de los ángeles pasionarios, esas figuras ambiguas y etéreas. En el ángel que lleva el velo de la Verónica ve que la pierna está colocada de una manera relajada, en un movimiento demasiado dulce, impropio en una escena tan trágica como la exhibición de los martirios del Señor. Es posible que, influido por la sugerencia del duque acerca de la dulzura de su arte, se hubiera dejado arrastrar por esa idea de la belleza. Y así había pintado unos ángeles que más que sagradas criaturas parecían unos provocativos y deshonestos cupidillos. Los rostros eran demasiado agraciados, los ojos resplandecientes, lustrosos los cabellos, bella la proporción de los miembros y muy gallardos los talles.

Por eso había tomado aquella decisión. Era algo que por su reputación se podía permitir: el desprecio a un señor tan principal. Además, lo hacía por una razón noble y justa. Si había errado en su arte, de ninguna manera iba a permitir que esos ángeles se pudieran admirar. ¿Qué ocurriría si se propagaba una fama falsa sobre él, que era el gran pintor de lo sagrado? ¿No le acusarían los padres venerables de ser un ministro de la lujuria, como habían hecho con los artistas que pintaban sin decoro?

La renuncia de Murillo a satisfacer el encargo del duque desató su ira. Es una imagen que aún no ha podido olvidar. Qué lejano quedaba el hombre amable y blandamente amanerado de los días anteriores, el coqueteo, la frivolidad, la vanidad superficial en los vestidos, la amable elocuencia, la cortesía exquisita. Ya no era el educadísimo duque de la Florida sino una airada sombra del averno.

—¡Falsos beatos! ¿No veis que pintáis Afroditas como Magdalenas y que san Sebastián es sólo un hermoso Apolo? ¡Ah, si sois vosotros los maestros de la impudicia! ¡Vos, hipócrita Murillo, aviváis el fuego de la concupiscencia! ¡Vos llenáis los templos de bellezas casi desnudas! ¿O no lo habéis hecho adrede, santurrón? ¡Pintáis hijas de Lot, mujeres de Putifar, baños de Betsabé, Adanes y Evas desnudos en los camarines mientras se prohíben en las antecámaras privadas! ¡Vos, sólo vos sois el maestro del engaño!

Por culpa del duque dudó durante mucho tiempo de sus figuras sagradas, de haber pintado demasiado bellas a sus Inmaculadas y sin el necesario recato, de haberse excedido en la desnudez de Putifar y haber renunciado a mostrar a María Magdalena como era realmente, seca y ajada, una anacoreta retirada del mundo. Porque era cierto que había insinuado sus hermosas carnes cuando se despojaba de sus vestidos de vanidad. Sí, estaba claro, aquel hombre sólo le había mostrado lo que en el fondo ya sabía. ¿O no era gran pecado haber pintado a la más gloriosa señora con el rostro de una meretriz como él había hecho?

Aquel día Murillo decidió retirarse sin replicar a semejante acusación, dejando al duque con sus estremecedoras palabras que aún resuenan hoy en su recuerdo. Maldito duque que ojalá arda en el infierno. Hombre ruin y pecador que al ver que el artista salía de su cámara le había hablado con templanza y blandura, olvidando ya la ira, cambiando el tono de voz por otro dulce y amable, como un experimentado actor.

—¿No os dais cuenta de que yo sólo quería besar los labios de vuestros divinos ángeles?

¡Los labios de un ángel! ¡Besar los labios de un ángel! Esa frase explicaba todo lo que ocurrió después. Murillo recoge los dibujos de sus ángeles pasionarios y sale del desván. Baja las escaleras hasta la alcoba y se dirige al arcón en el que guarda lo más querido: las ropas de Beatriz junto a los cabellos de sus hijos que ella había colocado dentro de unas medallitas. Saca los vestidos y pone los dibujos en el fondo del baúl. No aludirá a ellos en su testamento y cuando muera hallarán entre sus cosas esas desconcertantes obras. El tiempo y la

posteridad dirán si son una ofensa a Dios o una simple representación de la belleza más inocente.

Los mira por última vez y coloca encima las ropas de Beatriz deteniéndose a olerlas como hace siempre que se refugia en la nostalgia de su aroma ya casi evaporado. Y, en efecto, Murillo se da cuenta de que las ropas apenas recuerdan el vago aroma de azahares de Beatriz y, en cambio, desprenden un hedor a sudor y a afeites rancios como si una memoria ajena se hubiera colado entre los tejidos de la difunta.

DIBUJOS EN EL MATADERO

El esclavo Juan había llevado a Rodrigo al matadero, donde se sacrificaban las reses en la Puerta de la Carne, para que hiciera dibujos y apuntes de los lances de los mozos. Cuando llegaba una partida de bestias para tajarlas y vender los despieces, los jóvenes apartaban las reses que parecían más bravías. Y, aunque eran vacas y carneros, hacían juegos de capas y burlas resultando vistosos espectáculos de luchas entre bestias y hombres.

Rodrigo estaba emocionado porque nunca había estado en esa parte de atrás del matadero donde se reunían los jiferos, matones y el hampa toda de la ciudad para la venta de carne, pero sobre todo para organizar los negocios turbios. Era como un teatro de despojos que tenía lugar entre bastidores del gran escenario de Sevilla.

Allí olía tan intensamente a putrefacción que al poco las narices quedaban anuladas. Rodrigo pensó que bien poco habría durado el duque en ese lugar porque hubiera sido del todo imposible que sus pañizuelos de seda perfumada ni los guantes aromados de ámbar sirvieran para quitar este hedor. Apestaba a tripas, sangre, excremento, manteca rancia, basura, sudor, grasa, verduras podridas. Y Rodrigo imaginó que en un arrebato de genialidad lograba captar ese aire malsano en sus dibujos.

Juan trajo una bota de vino que achispó pronto a Rodrigo. Se sentía emocionado. Cada vez tenía más claro que ese mundo extremo y sucio era el que le fascinaba y el que quería atrapar en sus lienzos. En apenas unos minutos había hecho un par de dibujos de acrobacias

de los mozos, como la de uno que se subió encima de un carnero y otro que se atrevió a cogerlo de los cuernos. Una vaquilla asustó a un muchacho que tuvo que subirse a las tablas y de allí alcanzó de un salto la techumbre donde algunos veían la improvisada corrida. Rodrigo pintó el momento de terror del mocillo porque estuvo a punto de ser embestido. Por un instante imaginó la poderosa escena de las tripas revueltas sobre la arena y se estremeció de emoción pensando en poder pintarla.

Juan trajo más vino en una bota y mondongos adobados del puesto de carne de Rochela el Zurdo, el jefe de los negocios de picaresca del esclavo, donde en ese mismo momento los jiferos estaban degollando un carnero. Mientras, unas mozas descaradas esperaban las vísceras para especiarlas y venderlas en las plazas de la ciudad.

—Tengo un recado para vos, Rodrigo. Y es de un altísimo personaje —dijo misterioso Juan mientras el artista seguía emocionado pintando otro lance.

—¿Y quién es ese gran personaje que te utiliza a ti para hablarme? —respondió Rodrigo casi en broma.

—Os sorprenderían mis amistades, señor. No desdeñéis a un mulato con buenas artes...

Rodrigo miró con sarcasmo a Juan mientras éste bebía de la bota sin dejar de ver el espectáculo.

—Ya sabéis que me muevo por todos los lugares de Sevilla, los de arriba y los de abajo.

—Más bien los de abajo, Juan, que tienes muchos pájaros en la cabeza, como bien dice el maestro.

—¿Queréis o no conocer el recado que me da para vos el duque de la Florida?

Rodrigo se quedó en silencio. ¿El duque de la Florida se dirigía a él? ¿Y por qué lo hacía a través de un esclavo? Sabía que el encargo que le había hecho a su maestro no había cuajado, aunque Murillo no quería hablar de ello desde la tarde en la que había llevado los dibujos y regresó encendido de ira. Nunca había visto así al pintor. Rodrigo pensó que quizás al duque no le habían gustado los ángeles mancebos de su maestro. Era un misterio lo que había ocurrido, así que no

comprendía que el noble quisiera hablar con él. ¿Quizás pretendía reanudar la amistad truncada o que le sirviera de intermediario para retomar el encargo frustrado?

El discípulo recordaba la primera visita del duque al obrador y la interesante conversación entre su maestro y él. ¿Qué había sucedido entonces para que acabaran enfadados? Rodrigo había visto la serie de ángeles pasionarios y le pareció una obra dignísima. No entendía que no hubiera gustado al duque. Sin embargo, desde el día en que su maestro llevó los bocetos no había vuelto a verlos. Habían desaparecido. Por otro lado, Murillo sí que continuaba trabajando en los santos para el oratorio de la señora duquesa.

—Os cita en su casa para un encargo privado. Quiere que pintéis a alguien. Y me ha prometido una cantidad de dinero que ni siquiera podéis imaginar.

Rodrigo había dejado de atender los lances. El vino se le había torcido y notaba ahora cómo se le agriaba en el estómago. El asunto le parecía muy extraño. Y también que Juan estuviera en medio de todo. ¿De qué forma había contactado un personaje tan principal con un esclavo?

—Y ahora que lo pienso —dijo con recelo—, ¿de qué conoces tú al duque? Cuando visitó al maestro pareciera que hubierais visto un fantasma.

—Tengo negocios, señor, asuntos que me hacen relacionarme con gente principal —contestó el mulato con soberbia.

—Pero qué dices, Juan. ¿El duque y tú? ¿Es que tenéis los mismos gustos artísticos? —dijo irónico.

El mulato sonrió y bebió de la bota dejando en suspenso la respuesta. Rodrigo estaba nervioso porque no comprendía nada. Entonces comenzó a analizar el comportamiento de Juan en los últimos meses.

—Vistes buenas ropas, que doy por buen seguro que no os paga el maestro. Apenas estáis en casa con vuestra madre y últimamente ella se queja de ciertos desplantes. ¿No estarás robando?

—¿Queréis o no tener buenos dineros y clientela propia? Yo sólo quiero ayudaros.

—Pero ¿de qué dineros hablas? ¿Qué negocios tienes, Juan, por

Dios que me estás inquietando?

—Os digo que el duque ha citado a vuesa merced en su palacio y que quiere que pintéis a alguien. Nada más que eso. Decidme si no es una oportunidad para comenzar a haceros con una buena clientela. Después del duque vendrán otros que ya están avisados de vuestra maestría.

Rodrigo pensó que en efecto una clientela de tanta categoría representaba una buena oportunidad para volar definitivamente, pero dudaba de la extraña propuesta. Siempre había confiado en Juan, porque a pesar de su picardía, era un muchacho sincero que nunca le había traicionado.

—Está bien, iré a casa del duque, pero el maestro debe saberlo.

—¡Ni se os ocurra, mi señor Rodrigo! El duque me ha dicho que lo mantengáis en secreto. Es un asunto muy delicado.

Rodrigo comenzó a guardar sus carbones y papeles abocetados. No quería saber nada de un asunto en el que se le obligaba a ocultar a su maestro lo que ocurría. ¿Cómo podría mentirle? ¿Engañar a la persona que lo salvó de la miseria y que le había enseñado todo su arte? De ninguna manera estaba dispuesto a eso. Se levantó muy airado dispuesto a marcharse. Juan lo siguió.

—¿Qué me respondéis si os digo que no quiere que digáis nada porque se trata de una sorpresa? —añadió Juan esperando que Rodrigo reaccionara.

—¿Una sorpresa? ¿Qué tipo de sorpresa? ¿A quién tengo que pintar? —preguntó.

Y entonces pensó que la sorpresa podría ser pintar un retrato de la duquesa Marcela, esa dama que sin duda había cautivado a su maestro. Desde que Murillo había conocido a la duquesa se le notaba más feliz. El pintor no quería decir nada acerca de su disgusto con el duque, pero Rodrigo sabía que había coincidido con ella en algún oficio religioso e incluso en casa del mercader Nicolás Omazur. Además, Rodrigo había descubierto los ojos claros y tristísimos de la duquesa Marcela en una hermosísima Virgen con Niño que su maestro estaba pintando en el obrador. Sospechó que quizás el duque había notado esa forma que Murillo tenía de mirar a su esposa y había pensado que no era sensato encargarle un retrato de su dama.

Una cuestión de celos que se resolvía si era él quien finalmente pintaba el cuadro.

—¿Es la duquesa a quien tengo que retratar? —preguntó con cierta emoción para confirmar su sospecha.

—Bueno, en cierto modo sí que se trata de la persona que ocupa el lecho de amor del duque.

—¿A qué hora dices que me ha citado? —preguntó Rodrigo sin darse cuenta de la ironía que escondían las palabras del esclavo.

—A las nueve. Prefiere que se haga de noche. Llevad lienzos, pinceles y pigmentos porque todo lo tendréis que hacer allí.

Rodrigo asintió nervioso y expectante. Ya imaginaba cómo pintaría a la duquesa y qué ropas le sugeriría que se pusiera. Le había gustado especialmente esa blusa de tela de calicud de la India que llevó el día de la velada en los jardines. Sería un reto pintar ese tejido admirable y exótico.

—¿No queréis saber cuánto os pagará el duque? —dijo Juan a un Rodrigo que ya corría camino de su obrador, pero que se detuvo en seco esperando la respuesta del esclavo—. Trescientos ducados. Como para despreciar la propuesta...

MARCELA, LA DE LOS OJOS TRISTES

La duquesa no paraba de reír cuando Murillo le relató aquella anécdota de la infancia.

—¿Y decís que la sangre olía a violetas? Pero ¿es eso posible?

Marcela había acudido a la casa del maestro después de que éste le enviara recado comentándole discretamente lo que había ocurrido con su marido. La duquesa no tardó en presentarse en el obrador acompañada de una sirvienta para disculparse y para que le relatará con más detalle lo sucedido. Murillo se dio cuenta de que sus ojos parecían más tristes y, mientras le narraba la escena sucedida con su esposo, ella guardaba silencio y parecía que por dentro se llenaba de sombras. El pintor comprendió las causas que estaban detrás de esa amarga pesadumbre que se dibujaba en los ojos de la duquesa.

Murillo le aseguró que, a pesar de lo ocurrido con su esposo, él continuaría con su encargo de los santos sevillanos y que sería un regalo especial que deseaba hacerle. La duquesa no pudo rechazarlo porque anhelaba con toda su alma tener la obra del gran maestro, a quien admiraba aún más después de lo sucedido. Luego ambos charlaron largo rato y la duquesa cambió su ánimo mostrándose más jovial y risueña.

Dorotea les había servido chocolate con canela y unos dulcecillos de alajú que gustaron mucho a la duquesa porque decía que los había tomado muy parecidos cuando vivió en Nápoles. Hablaron de sus vidas, de sus alegrías y desengaños, y Murillo le relató una curiosa anécdota a la duquesa que tenía que ver con su familia.

—Sí, os aseguro que vuestro lienzo olía a violetas. De toda la nobleza sevillana el único paño que desprendía ese aroma era el vuestro. El resto me evitaréis que os lo describa...

Murillo le había contado lo que le sucedió en cierta ocasión cuando tenía apenas ocho años. Un día aprovechó la ausencia de su padre para curiosear en la cámara en la que guardaba sus instrumentos de cirujano barbero y donde siempre le gustaba trastear. Allí había bacías, jofainas de cobre, escalpelos y lancetas afiladas con las que el niño Bartolomé jugó a imitar a su padre. Luego descubrió una arqueta envuelta en lienzos muy delicados. Al abrirla le había llegado un olor muy desagradable, como a sangre en corrupción. Reconocía bien ese olor que mareaba porque la cámara de maese Gaspar quedaba impregnada con esa pestilencia cuando aplicaba sangrías a algunos pacientes muy enfermos. El niño vio que, cuidadosamente guardados, había unos paños llenos de sangre en los que estaban bordados nombres y algunas frases. «Primera sangre de la marquesa de Denia, abril de 1620»; «Sangre del brazo izquierdo del conde de Monterrey, muerto por sudor inglés, noviembre de 1625»; «sanguijuela aplicada al duque de Alcalá por un dolor de ijada, 1618».

—En el vuestro se leía: «Sangría a la hija del conde de Madrigales, aquejada de un romadizo, octubre de 1622». Y os aseguro que, al contrario que los otros, vuestro trapo olía a violetas.

La duquesa reía a carcajadas tapándose la boca con un abanico porque se le notaba el apuro de mostrar demasiado unas emociones tan simples. Se sentía a gusto, feliz y despreocupada. Cuánto agradecía al maestro Murillo ese rato de charla tranquila y animosa que tanto bien le hacía. Eran demasiados años oscuros, encerrada en su hermosa cárcel de oro, sólo distraída leyendo libros de devoción y rezando obsesivamente por su alma y por la de su esposo, a quien a pesar de todo le tenía cariño.

Murillo le había descrito la alegría de su casa en la infancia, su pasión por la pintura, los primeros años de aprendizaje, su matrimonio tan feliz con Beatriz, la llegada de los hijos y la muerte en aquella terrible epidemia. Sin remedio tenían que asomar las sombras al recordar el pasado.

—Esta casa, ahora llena de silencios, estaba llena de ruidos, de

risas, de voces, de llantos de niños. Vuestra risa es la primera que se oye en mucho tiempo —comentó Murillo a una duquesa que se había quedado muda ante esa vida llena tanto de felicidad como de tragedia.

—Vos, al menos, habéis tenido momentos de dicha. Y habéis disfrutado de una familia. Yo no he tenido hijos —lamentó inundando otra vez de tristeza una mirada que Murillo intentó memorizar para reproducir en la Virgen que realizaba en esos días.

De pronto, entró en el salón donde merendaban el perrito de Murillo, ese que aparecía en muchos de sus cuadros y cuyos ladridos eran casi el único sonido de vida en aquella casa llena de soledades.

—Mis tres primeros hijos murieron. Luego llegaron otros con los que Dios nos recompensó por tanto sufrimiento, pero ya se hicieron mayores y ahora estoy yo solo en esta casa —explicó mientras acariciaba al perrillo—. Bueno, y acompañado por este perro, que es el más famoso de Sevilla, pues a ningún otro han pintado tantas veces.

Ambos rieron y apuraron el chocolate. Las normas de cortesía indicaban que, concluido el agasajo, la duquesa se excusara y abandonara la casa, pero se resistía a hacerlo. Hacía mucho tiempo que no había estado tan tranquila y alegre como ese rato en casa del maestro. Finalmente, consciente de que esperar a que cayera la noche estando en casa ajena no era adecuado ni decente, hizo ademán decidido de despedirse. Sin embargo, Murillo la interrumpió.

—Quería proponeros que me acompañarais a un sitio especial. A vos, que sois mujer devota, os agradará especialmente.

Murillo quería enseñar a la duquesa Marcela la iglesia fabulosa que se estaba construyendo a las orillas del Guadalquivir, junto al famoso Arenal, donde llegaban los barcos de las mercaderías de las Indias. Era la iglesia de la Caridad, cuya obra estaba impulsada por un buen amigo del pintor, el venerable Miguel Mañara, que además le había encargado una serie sobre las obras de caridad cristiana. Al maestro sólo le quedaban por concluir los dos lienzos mayores que colgarían en los muros.

—¿Conocéis al caballero Mañara, señora? Es probable que hasta Flandes haya llegado su curiosa historia, porque trocó de amante disoluto a venerable beato —dijo Murillo a Marcela, que estaba encantada por la propuesta.

El artista le explicó la historia del caballero calatravo famoso por sus episodios de libertinaje y pependencias, y de cómo a raíz de la muerte de su esposa, y de una sorprendente vivencia sobrenatural contemplando su propio entierro, cambió su alma de pecador por la de siervo de Dios. Mañana se hizo hermano de la Caridad y cambió su vida de gran señor por la de esclavo de los pobres.

—Llevó a la pila a algunos de mis hijos, los que nacieron después de la peste, aunque tres de ellos también murieron siguiendo así el destino de los primeros. ¡Pobres hijos míos, de vidas apenas esbozadas! Ya veis cómo ha sido mi padecimiento de padre desdichado. No sé si hubiera sido mejor que el Señor no me hubiera dado esas criaturas condenadas a la muerte —añadió taciturno Murillo.

—Y vuestros hijos ¿dónde están enterrados? —preguntó la duquesa, arrepintiéndose al instante al ver que el rostro del artista se tornaba muy grave y serio.

Sin contestar nada, Murillo se levantó y ofreció su mano a la duquesa para que lo acompañara. Llamó a Dorotea y le dijo que trajera el capuz y los guantes de la duquesa, y que llamara a un carruaje porque iban a salir. Marcela no sabía si Murillo había decidido llevarla finalmente a ver la iglesia de la Caridad o bien la devolvía a su palacio, harto de una tarde con tantas confidencias para alguien que se veía hombre de natural callado y discreto.

Salieron de la casa sin que Murillo añadiera ni una palabra, seguidos por la criada de la duquesa. Marcela se dejaba llevar. Prefería guardar silencio y así permaneció durante el breve recorrido que hicieron en el carruaje.

—Quiero mostraros el retrato de los ausentes, ya que nunca tuvieron tumba para poder visitarlos —se limitó a decir Murillo a una sorprendida y emocionada Marcela.

Atravesaron algunas calles de la collación de San Bartolomé hasta que Murillo mandó parar a la altura de la iglesia de Santa María la Blanca. Descendieron ambos del coche dejando a la criada dentro y entraron en la penumbra del templo. Sabía Marcela que allí estaban una Sagrada Cena y los lienzos del milagroso sueño del patricio Juan

en Santa María Maggiore, cuadros que habían dado mucha celebridad al maestro.

—Esto no se lo he revelado nunca a nadie. Sólo lo sabían mi esposa y Dorotea, mi sirvienta, que la acompañaba a visitarlos todos los días —dijo señalando el cuadro de una Inmaculada—. ¿Veis ese ángel en una nube junto a la Virgen? Es mi hijo José Felipe.

A la duquesa le dio un vuelco el corazón. Qué confesión tan honda de un padre que mostraba el rostro de su hijo muerto. La única huella que le quedaba de aquella criatura arrancada de la vida de forma tan atroz.

—A José Felipe le gustaba mucho la leche tibia con miel y con panecillos. ¿Sabéis que una vez se comió unas moscas enmeladas que yo estaba pintando? —añadió el artista sin dejar de observar el cuadro con una melancólica sonrisa.

La duquesa disimulaba pero estaba arrasada por el llanto. El más importante pintor de Sevilla le estaba mostrando la verdadera tumba de su hijo, su recuerdo más tierno pintado en un lienzo ante el que no pocas veces ella había acudido a rezar sin sospechar lo que allí se ocultaba. Cómo podía imaginar que en ese cuadro, en la gloria celestial de la Virgen, había quedado para la posteridad el hijo muerto del maestro Murillo.

El artista se santiguó y volvió a tomar a la duquesa de la mano. Salieron de la iglesia y subieron de nuevo al carruaje. Murillo se había dado cuenta de que la duquesa se esforzaba por ocultar la emoción.

—Espero no haberos importunado con el relato de mi tragedia.

La duquesa negó con la cabeza pero fue incapaz de decir nada. Siguieron el camino hasta que llegaron al convento de San Francisco. De nuevo bajaron del coche y entraron en el claustro. Los monjes rezaban en la iglesia y sólo estaba fuera el que se ocupaba de la huertecilla y que reconoció a Murillo. Estuvo a punto de decir algo porque no sabía si podía permitir la entrada de una mujer a esas horas, pero viniendo con el maestro nada malo habría en dejarla pasar, así que continuó con su tarea. Murillo llevó a la duquesa hasta donde se encontraba el lienzo que representaba la cocina de los ángeles.

—Ésa es María, uno de los ángeles guardianes de la luz. Lleva

unas alas que ella misma fabricó y que aún cuelgan en un rincón de mi obrador.

La duquesa sentía una congoja grande en el pecho. Tantos viajes, tantos lugares maravillosos, tantas riquezas, haber conocido a gente tan principal no podía igualarse a la hermosa lección de amor paternal que le mostraba ese hombre al que había conocido hacía apenas unas semanas. Caía ya la tarde en el claustro del convento y Murillo observó cómo la última luz del día se posaba con elegancia sobre sus cuadros.

—Es el tiempo, que ya forma parte de mis pinturas. Eso es algo que nunca sospecha el artista cuando pinta. Y, sin embargo, fijaos qué pátina de lumbre y de oscuridad tienen estos cuadros.

El efecto de la luz y la sombra sobre los lienzos era deslumbrante. Ella, que siempre había visitado ese claustro casi al alba o en la hora del ángelus, comprobaba ahora que las obras se teñían de un matiz milagroso.

—Tengo la sensación de que estos lienzos envejecen al mismo tiempo que yo y que tal vez desaparezcan cuando muera —se sinceró.

Murillo miró a la duquesa y sintió que una extraña felicidad lo llenaba por dentro. No sabía por qué, pero se daba cuenta de que con ella se atrevía a hablar de cosas íntimas que no había revelado a nadie.

—Y ahora, vayamos a la iglesia de la Caridad. Es la hora en la que el sol se tiende sobre las colinas del Aljarafe y proyecta su débil luz sobre el río. Veréis qué efecto maravilloso sobre el templo.

Así, tomaron de nuevo el carruaje. Por la ventana entró ese aroma inconfundible de mar que arrastraba el río cuando soplaba el viento del sur. La duquesa seguía en silencio, vagando aún dentro de los cuadros donde habitaban los hijos del pintor.

A pesar de que estaba a punto de anochecer había mucha actividad en el río. En un par de días partiría la flota de Indias y los toneleros y odreros del barrio de la Carretería no cesaban de preparar sus piezas para cargar las mercaderías de aceite y vino que partirían a América.

Llegaron ante el imponente edificio de azulejos blancos y azules en el que se veía una figura de san Jorge en la fachada. La luz se

colaba por la airosa espadaña. En la construcción de la iglesia se habían incorporado unas naves de las antiguas Atarazanas, donde desde hacía siglos se reparaban los barcos, lo que daba al templo un aire de gran navío, de galeón que estuviera a punto de zarpar hacia lejanos océanos.

—Mi buen amigo Mañara está construyendo también un hospital para pobres moribundos donde antes estaban las Atarazanas. No digáis que no es curioso que donde antaño se cuidaban los barcos de las heridas de la mar se alivie ahora a hombres enfermos —añadió Murillo, pero se dio cuenta de que la duquesa no miraba al majestuoso edificio. Tenía la mirada perdida en las aguas del Guadalquivir—. ¿Os encontráis bien? Disculpádmeme si os he hecho correr de forma tan apresurada y ahora me lanzo a explicaros estas historias sin daros apenas respiro.

—No, no, perdonadme vos, maestro, la que tiene que pedir excusas soy yo. Pero es difícil contener las lágrimas cuando se comprende al hombre que ha sido capaz de pintar las más hermosas risas de niños —dijo la duquesa muy emocionada y casi balbuceando—. El artista que pinta niños que ríen aunque los haya visto morir.

Entonces la duquesa, ya sin disimular su llanto, miró a los ojos de Murillo con tal fuerza que no hicieron falta palabras para que él entendiera lo que quería decir.

—Maestro, habéis vencido a la muerte con vuestra pintura —añadió la duquesa mientras cogía la mano del pintor para besarla.

UN MOZO GALANTE

Tocaba ya a completas la esquila de San Marcos cuando Juan y Rodrigo llamaron al portalón de la casa del duque. Les abrió un sirviente que estaba avisado de la visita a esa hora de la noche y los condujo por las amplias galerías, pasillos, jardines y salones. Rodrigo volvió a quedar intimidado al pasar ante los retratos del linaje del duque. Parecía que lo seguían con la mirada censurándole su condición de intruso, de niño vagabundo, de despojo de la calle. Luego subieron por una gran escalera que llevaba a las cámaras privadas de los duques. Rodrigo iba cargado con un lienzo al que ya le había hecho la labor de imprimación para abreviar el trabajo. Juan le ayudaba llevando los pigmentos y pinceles.

Rodrigo no podía disimular su intranquilidad. Después de que decidiera pintar para el duque le habían surgido muchas dudas, sobre todo porque Juan le había confesado que conoció al noble por un asunto secreto que no le podía desvelar. El esclavo decía que de ese negocio era mejor no saber nada porque enredaba a mucha gente principal. Juan se limitó a decir que él era un simple mandadero de un hombre al que llamaban Rochela el Zurdo y que servía ciertos caprichos de nobles y personajes importantes de la Iglesia. Y así, llevando su mercadería al duque, lo había conocido. Por eso se reconocieron en casa del maestro, aunque prefirieron no decir nada al ser materia de mucha reserva y discreción.

Rodrigo pensó entonces en desistir porque no le daba buena espina la empresa ni la forma en que se le había encargado el retrato,

pero pensó que nada perdía por pintar a la duquesa y de paso ganar una buena suma de ducados. En el fondo tenía que admitir que la fabulosa cantidad de dinero era lo que de verdad lo arrastraba esa noche a la casa del duque.

Llegaron a la galería alta y se cruzaron con un muchacho que llevaba una jarra de plata con varios vasos. Rodrigo dio un codazo de complicidad a Juan para reírse del joven porque era de esos que olían a sándalo y llevaban blanduras en el rostro. Sin embargo, Juan no rio sino que respondió con cierta reserva y haciendo una mueca a modo de falsa sonrisa. El mozo de los afeites pasó sin percibir nada de la chanza y desapareció en el corredor.

Llegados por fin a la alcoba del duque, el criado les indicó que entraran. Era un aposento inmenso, lleno de tapices y de guadamecés de cuero de Flandes, como el resto del palacio, con hermosos lienzos y muebles taraceados con maderas preciosas. Pisaban sobre una alfombra tan mullida que Rodrigo pensó que quedaría hundido hasta el tobillo, y a punto estuvo de perder el equilibrio y dar al traste con el lienzo.

Habían colocado una tarima alumbrada con candelabros donde Rodrigo pensó que posaría la retratada, pero el resto de la estancia quedaba en una casi penumbra. Un aura vagamente amarilla rodeaba los objetos dando la sensación de que temblaban en la oscuridad. Cerca de la gran cama, sentado a una mesa en la que le habían servido la cena e iluminado por un candelabro, los esperaba el duque de la Florida.

—¡Rodrigo, digno discípulo del gran maestro! Agradezco que hayáis aceptado mi encargo —se levantó dirigiéndose al pintor mientras se limpiaba con una delicada servilleta los restos de la cena.

Les señaló la tarima alumbrada. Y luego una mesa con una jarra y los vasos que vieron en la bandeja del mocito galante. A Juan se le fueron los ojos hacia un plato en el que habían dispuesto unas empanadas. El duque hizo un gesto para que el criado sirviera a los dos visitantes, pero Rodrigo renunció pues tenía que estar con todos los sentidos puestos en el retrato. Sabía que se jugaba mucho en un encargo de tan alto precio y que, si le salía a gusto del duque, probablemente correría la voz entre sus conocidos. Obtendría fama y

no se la debería a los contactos de su maestro, los habría conseguido él mismo gracias a su arte. Ya se veía pintando en palacios y en casas principales retratos de linajudos como los que colgaban en casa del duque y que le servirían para embolsarse buenos dineros. Aunque su futuro no se centraría sólo en esa pintura servil sino que se dedicaría con pasión a esa Sevilla oscura que tanto le fascinaba y que lo ayudaba a descubrir el fiel mulato con su conocimiento de las contrasombras de la ciudad. Lo que cada vez tenía más claro es que no quería consagrarse a pintar más glorias y santos y vírgenes. Además, sabía de su incapacidad para mover a devoción con su pintura como hacía Murillo. No había milagro en sus pinceles, sólo un correcto oficio.

—Creo que Juan no os ha revelado aún quién será la persona retratada —dijo el duque mientras hacía otro gesto al criado.

—¿No se trata de vuestra esposa? Me habló algo acerca de una sorpresa.

—No, querido Rodrigo. Se trata de un ángel —añadió misterioso.

En ese momento entró una hermosísima criatura casi desnuda y con unas enormes alas que al andar se movían dejando un sonido perezoso en el aire. Parecía recién salida de un rompimiento de gloria. Creyó Rodrigo que la figura era la de una mujer disfrazada de ángel, pero cuando llegó a la tarima alumbrada comprobó que se trataba del criado galante que habían visto en la galería. Se asemejaba de forma inquietante a una doncella, pues llevaba afeites en el delicado rostro lampiño, el cabello rubio y ensortijado, la piel blanquísima y el talle espigado.

—Es un ángel y se llama Diego —dijo el duque sin dejar de mirar a la criatura aparecida en su alcoba.

Rodrigo se había quedado en silencio, sin poder apenas moverse. ¿Era aquél el misterioso personaje que debía retratar? ¿Un hombre que no parecía un hombre y que además iba disfrazado de ángel? ¿En eso consistía la sorpresa? No sabía cómo reaccionar, pero en su mente comenzó a barajar la idea de recoger sus cosas y marcharse indignado.

—Y éste es sólo el primero. Tendréis otros cien ducados si cumplís bien —dijo Juan susurrándole al oído—. El alguacil mayor y

un racionero de la catedral tienen otros encargos de la misma cuantía. Es gente a la que le gusta ver. Ya me entendéis...

En la mente de Rodrigo tenía lugar una batalla campal. Era incapaz de decidir qué hacer. Pensaba en el dinero y en la fama, pero también en su maestro. No quería imaginar qué sentiría al enterarse. Y mientras reflexionaba, comenzó a observar a la extraña criatura y su ambigua belleza. Cuando lo había visto pasar vestido de muchacho le pareció uno de esos ridículos afeminados que merodeaban por el higueral de la Huerta del Rey, donde Juan le había dicho que tenían lugar comercios secretos en las hoyas y entre los matorrales. Pero al verlo casi desnudo sentía que estaba ante un efebo de los que se pintaban en la Antigüedad, un modelo que lo conectaba con las historias mitológicas del pasado. Y esa apariencia de ángel le provocaba inquietud, hechizo, fascinación, una mezcla contradictoria que le seducía. Era algo sagrado y al mismo tiempo profundamente terrenal. Si le apasionaba pintar la otra Sevilla, la Sevilla que pocos retrataban, ahí tenía un ejemplo. Era evidente que estaba ante una escena de la ciudad clandestina y pecadora, una Sevilla turbia, extravagante y hedonista que nada tenía que ver con la ciudad devocionaria y beata. Rodrigo colocó el lienzo en un caballete y comenzó a hacer un dibujo preparatorio. Estaba extrañamente emocionado. El duque miró a Juan y ambos sonrieron satisfechos.

Dibujaba decidido y animado. Era un reto pintar a un hombre que sugería una mujer, pero que parecía un ángel. En unos minutos había realizado el boceto de la figura hembruna con las alas desplegadas en una pose de gran elegancia.

Después comenzó a dar pinceladas nerviosas. Había pintado muchas veces realizando encargos de su maestro, pero esta obra era suya, auténticamente suya. Intentó no pensar demasiado y para eso fue recordando las lecciones de Murillo, como hacía en los primeros años en el taller. Si se concentraba en la tarea, no alentaría su miedo. Había repasado detalles como tensar bien el lienzo para no provocar ondas en la tela. No olvidó tener presente que debía aguardar a que se secaran las capas de la pintura para que con el tiempo no apareciera el craquelado. También tuvo en cuenta las medidas anatómicas que le

había enseñado su maestro. Le horrorizaba la posibilidad de sacar contrahecho a ese Adonis que habitaría en la gloria de Dios.

—De los genitales a la parte más saliente de la nalga, un rostro —sonaba en su memoria la voz de Murillo explicándole las medidas de proporción—. Y la tercera parte de un tercio y por el principio del muslo y fin de la nalga, dos tercios y medio. No lo olvides, Rodrigo, que si no te saldrá una figura deforme.

Sin embargo, le asaltaban muchas dudas. En efecto, ésas eran las medidas para un modelo masculino, pero ¿realmente estaba pintando a un hombre? Y cuanto más pensaba en eso, más emocionado se sentía. El rostro parecía de mujer, pero el torso era indudablemente de hombre; el muslo era masculino, pero la nalga, nadie diría que no era de una delicada doncella.

Mientras tanto, Juan bebía y apuraba la bandeja de empanadas. Estaba relajado y feliz después de que Rodrigo hubiera aceptado el encargo. Había temido que, al descubrir la verdadera intención del duque, Rodrigo se negara a pintar el retrato. Ahora, sin embargo, tenían por delante un buen negocio que, además, no concluiría con este cuadro. El duque, al fondo de la estancia, había reanudado su cena y comía unos higos mientras observaba con deleite a su ángel-efebó. Parecía confundir con intención vista y gusto, de forma que no se sabía si miraba o saboreaba pues ambas cosas parecían lo mismo. Mordía la blanda y dulce carne del higo mientras devoraba con los ojos la voluptuosa carne del ángel.

Rodrigo estaba satisfecho con la forma que iba adquiriendo su retrato. Al llegar al torso recordó el tratado del maestro Pacheco que Murillo seguía con auténtica devoción. En aquellas páginas se advertía que nunca se debían pintar los ángeles con figura y rostro de mujer, ni con los pechos crecidos por ser cosas indignas de perfección. Pero ¿qué era entonces lo que estaba pintando? Recordaba los consejos sobre la forma de realizar los paños volando a causa de los vientos que siempre corrían en las glorias y que debían ejecutarse con decencia y honestidad. Y para el caso concreto de los ángeles mancebos con vestiduras blancas, que eran símbolo de pureza, apretadas a la cintura con ceñidores como muestra de su

castidad. Sin embargo, ¿había un mínimo rasgo de virtud en este ángel que invitaba al placer en cada palmo de su carne?

—Creo que por hoy será suficiente, señor duque —comentó Rodrigo retirándose del lienzo—. Tengo que dejar secar las capas de pintura porque si no se hará tela de araña.

—Claro, claro... —contestó el duque—. ¿Me dejáis que vea cómo vais o preferís mostrarlo cuando terminéis?

Rodrigo dudó porque, a pesar de que estaba satisfecho, caminaba sobre un terreno tan inseguro que pensaba que el duque amartelado no iba a apreciar la representación de su hermosa y extraña criatura.

—Podéis mirar si queréis, y así estaremos a tiempo de enmendar lo desencaminado que no sea de vuestro gusto —dijo Rodrigo con más énfasis que convicción.

El duque se acercó sin dejar de observar a su ángel, que le respondió con una leve sonrisa. Miró el lienzo y se quedó callado, emocionado, sorprendido. Otra vez entraba en escena un silencio incómodo. ¿Qué pasaba por la cabeza del duque? Rodrigo sintió que el tiempo se hacía caliente y viscoso como si una pincelada oleaginosa cubriera también la estancia.

—¡Verdaderamente este ángel merece estar en la gloria! —dijo mientras se limpiaba una gota del higo dulcísimo que había quedado cuajada en la comisura de sus labios.

TRAMPANTOJOS EN LA CARIDAD

—¡Cuidado, caen ángeles...!

Ésa debía ser la advertencia a los que entraban en la iglesia de la Caridad. Las obras del edificio impulsado por Miguel Mañara estaban a punto de concluirse y se veía el magnífico espectáculo de frescos y lienzos en los que se anunciaban la gloria, los paraísos y el sueño de los justos.

Efectivamente, en cualquier momento podían caer ángeles.

Los había por todas partes: querubines que flotaban con su peso de seres levísimos, serafines turiferarios y lucernarios de los que colgaban pebeteros de incienso y candiles, ángeles guardianes recios y con espadas de luz y arcángeles que sobrevolaban el techo en busca de vírgenes a las que anunciar el misterio.

Murillo, tras la visita con la duquesa, había acudido a la iglesia porque quería hacerle una propuesta a su buen amigo Mañara. Quería pedirle que le permitiera quedarse durante todo el día en el interior. No se trataba de ninguna promesa o un deseo de devoción. Quería observar cómo entraba la luz natural en el templo para así decidir sobre los colores en los cuadros que aún le quedaban por concluir. Tenía que pintar una muchedumbre que representaba al pueblo de Israel en la peña de Horeb, cuando Moisés golpea con su cayado la roca de la que brotará agua en el desierto. Y justo enfrente, otro cuadro con el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Tenía que comprobar las luces que se proyectarían en ropajes,

alimentos, personas y cosas, y que se colarían en ese bullicio de gente y de vida.

Los lienzos estarían colgados muy alto, así que consideraba necesario estudiar la incidencia del sol al alba, al mediodía y al atardecer. Además, tenía que pintar las arrugas de los rostros viejos que él solía hacer con el cabo del pincel sobre la materia. Y para eso necesitaba comprobar el efecto de sombra que tendría la hondura y que también dependía de la luz y de la altura.

Estaba seguro de que no encontraría ningún obstáculo y, de hecho, había pensado en quedarse para su experimento esa misma noche. Pediría a Mañara que le permitiera descansar en una celda cercana a la suya, cerca de la sacristía, y así se despertaría a distintas horas para recorrer los lugares desde donde se verían sus lienzos. Lo único que temía era coincidir ese día con Valdés Leal, al que Mañara había encargado otra serie que colocarían en los pies de la iglesia. Con el huraño y malencarado Valdés Leal ya había tenido Murillo varios enfrentamientos en la Academia. Ésa había sido una de las razones por las que había ido alejándose de sus responsabilidades en la institución que él mismo había ayudado a crear. No soportaba sus desplantes y la prepotencia con la que juzgaba el trabajo de los demás artistas. Ya habían coincidido en alguna ocasión en la iglesia de la Caridad, pero ni siquiera se habían saludado. Murillo lo ignoraba de tal manera que ni siquiera se había preocupado en preguntar a Mañara en qué consistía el encargo asignado a Valdés Leal. Sin embargo, ya había podido ver uno de los lienzos de su rival. Mostraba la corrupción de los cuerpos de un caballero calatravo y de un obispo dentro de una cripta y no faltaba un macabro banquete de gusanos e insectos. Una edificante escena que había sido ideada por el propio Mañara, un hombre marcado por la muerte y que parecía obsesionado con la idea del sepulcro, el polvo y el olvido.

Murillo vio a Mañara bajo el altar dando indicaciones sobre la colocación de las figuras del retablo que unos artesanos estaban dorando en ese momento. Era curioso que un templo dedicado a la caridad mostrara tal grado de riqueza. Mañara había ideado un excepcional tratado artístico en esa iglesia, como si al entrar en ella se penetrara en el paraíso o en un libro iluminado lleno de enseñanzas y

doctrinas sagradas. Las figuras del retablo eran del gran Pedro Roldán, que en aquel templo de muerte y sombras había representado el traslado de Jesús al sepulcro. Todo era hermosura y muerte, sombras y luces, porque a pesar de las fabulosas pinturas, los dorados y las imágenes del retablo y las capillas, el templo parecía destinado a ser la alegoría de una inmensa y majestuosa tumba.

—¡Qué gran fortuna veros por aquí, maestro! —dijo muy alegre Mañara al descubrir a su amigo.

Tendría algo más de cincuenta años y aún conservaba el porte de caballerito arrogante de su juventud. Miguel Mañara Vicentelo de Leca y Colona, caballero de la orden calatrava, era hijo de un riquísimo mercader que había acumulado gran fortuna por los negocios de la Carrera de Indias. La casa de los Mañara, en la misma collación de San Bartolomé donde vivía Murillo, era de las más alhajadas de Sevilla. Tenía un esplendoroso patio con doble galería por el que entraba una luz blanquísima que parecía acomodarse con lentitud y exquisita elegancia sobre los mármoles. Qué hermoso aquel paraíso de la calle Levies en el que sonaban las fuentes y todo parecía delicado y bellissimo, y qué diferente de la celda ascética en la que ahora dormía Mañara.

Llevaba un hábito muy pobre y por el cuello asomaba el cilicio de cuerdas a modo de jaquetilla que solía llevar. En todo el día no cesaba de hacerse rigores y mortificaciones porque decía que la única forma de entrar en el cielo era sirviendo a los pobres y llagándose las carnes.

—¿Cómo marchan vuestros lienzos? ¿Habéis concluido la caridad de los hambrientos y de los sedientos? ¡No veo la hora de contemplarlos! —dijo refiriéndose a los cuadros del milagro de los panes y el de la peña de Horeb.

—Los panes y peces están casi concluidos —contestó Murillo—, pero del cuadro de Moisés y los sedientos me falta descubrir la luz y sus colores. Por eso mismo venía a visitaros.

—Pues decidme qué queréis y mi miserable persona os intentará ayudar —dijo Mañara con su habitual carga de desprecio a sí mismo, ya que creía que ésa era otra mortificación necesaria para alcanzar la gloria.

Había ordenado que su tumba estuviera en la misma entrada de

la iglesia para que así todos la hollaran porque consideraba que era el peor hombre del mundo. Y eso mismo pedía, tendido en el suelo, a sus hermanos de la Caridad cada día: que pasaran por encima pisándolo. Decía que cumplía así con la humildad que Jesús había demostrado. Unos lo veneraban como persona ejemplar mientras que otros no terminaban de entender algunas de sus delirantes peticiones y lo tachaban incluso de loco.

Murillo explicó a Mañara su deseo y al venerable no le pareció mal y le confirmó que adecentarían una celda junto a la suya. Luego sugirió que lo acompañara para que viera cómo se había terminado la nueva sala de enfermería del hospital para moribundos. Mañara estaba muy satisfecho de haber conseguido el dinero necesario para la ampliación y adorno de la iglesia. Una cantidad aportada de sus propios caudales y también de las limosnas de los hermanos de la Caridad, pues todos eran de familias muy principales de Sevilla. Sin embargo, Mañara se mostraba aún más orgulloso de la construcción del asilo de menesterosos. Decía que no era digno de una ciudad de Dios que estuviera llena de ancianos moribundos que agonizaban en las calles. Quería darles para sus últimos días un lecho y comida y aliviarles algo el padecimiento antes de la muerte.

Parecía mentira que éste fuera el mismo Mañara que en su juventud había provocado todo tipo de habladurías por sus peleas y por allanar las casas de virtud de las doncellas con ayuda de alcahuetas a las que pagaba con la plata de su padre.

—Serví loco y ciego a Babilonia y sus vicios, bebí el sucio cáliz de sus deleites... —había dicho a Murillo en más de una ocasión refiriéndose a esa etapa de descuido de la virtud.

La muerte de sus nueve hermanos, de sus padres y de su jovencísima esposa, a la que había entristecido en más de una ocasión con sus numerosos adulterios, lo hicieron transformarse en el ejemplo de santidad que era ahora.

Ya era célebre en Sevilla la historia de cómo había visto su propio entierro cuando regresaba de un encuentro fornicario. A partir de ese día se dedicó a la oración y el abandono del mundo hasta que decidió entrar en la hermandad de la Caridad. Era una cofradía que se ocupaba de dar sepultura a los que se ahogaban en el Guadalquivir y

de enterrar a los ajusticiados que se quedaban a la inclemencia del tiempo en los patíbulos o descuartizados en los caminos.

Llegaron a la sala de enfermería y a Murillo le pareció que entraba en algún lugar del infierno por el llanto de dolor de los que allí padecían. Al ser enfermos incurables, la impresión era aún mayor porque se sabía que de allí no saldrían sino camino de una cripta semejante a la que había pintado Valdés Leal. Hedía a sangre seca y corrupta, a orines, a chinches, a excrementos y pus. Los sufrimientos del averno no habrían de ser muy diferentes de los que allí se padecían. La muerte, en este lugar tan venerada, parecía en verdad una bendita liberación.

—Los pobres son la luz del mundo. Ellos son mis amos y señores —dijo Mañara al entrar en la inmensa sala.

La enfermería llena de ancianos desamparados y moribundos había sido una de las antiguas naves de las Atarazanas. Allí, durante siglos se habían carenado las galeras y se les retiraban las barbas de la mar, las melenas de algas y moluscos que se adherían al casco durante las travesías oceánicas. Así se hacía con estos viejos, cuidarlos y limpiarlos de las sombras de la vida antes de entrar en la luz de la muerte. Por encima del hedor entraba por las ventanas el soplo de marea del Guadalquivir. Era una brisa atlántica que servía para purificar las miasmas que allí se acumulaban.

Los hermanos de la Caridad traían en ese momento la cena a los enfermos y retiraban los orinales de debajo de los camastros. Era un espectáculo curioso ver a grandes señores con sus trajes y arrogancias arrodillarse para retirar las aguas sucias de aquellos pobres que ya eran puro despojo.

Murillo vio que había dos médicos y un cirujano que se ocupaba de sangrar y que le recordó a su padre, aunque pronto comprobó que no era tan habilidoso con la lanceta. El pobre anciano al que sangraba ni siquiera se quejó cuando rajó torpemente la carne, pues parecía ya más muerto que vivo. Estaba lleno de pústulas y la piel tenía el inconfundible color de las ceras de tinieblas. Era una vela a punto de extinguirse. Mañara se acercó y, después de santiguarse ante él, besó cada una de las llagas del enfermo como solía hacer en sus rutinas de mortificación. Cuando estaba a punto de acercarse a los labios una

bacinilla en la que el anciano había vomitado sangre, el cirujano le gritó.

—¡No oséis siquiera rozaros con ese líquido! ¿Queréis morir infectado, don Miguel? —dijo muy exaltado.

—Si Dios quiere que ésa sea mi muerte, que así se cumpla. Los pobres son enviados del cielo y sería pecado que yo despreciara con asco sus heridas —respondió muy circunspecto el varón piadoso mientras desobedecía al cirujano.

Murillo se quedó sorprendido ante la escena. Había visto en varias ocasiones que Mañara realizaba extremados actos de sacrificio. Sabía que se llagaba la carne con ásperos cilicios, que se disciplinaba varias veces al día, que dejaba la cama durante la Cuaresma para dormir en el frío suelo, pero aquel gesto de beberse las inmundicias le parecía algo excesivo, casi más propio de un loco que de un hombre de Dios. Quizás había empeorado de su padecimiento de fiebres tercianas que de vez en cuando le atormentaba con episodios melancólicos. En esos momentos parecía delirar diciendo que la calentura no era más que el incendio divino que lo abrasaba por dentro.

Mañara, con el rostro como transido por cumplir con semejante ejercicio de rigor y disciplina, recorrió el resto de la enfermería saludando a los ancianos y llamándolos incluso por sus nombres, escuchando sus quejas de agonía y dedicándoles una caricia de consuelo. Murillo lamentó haber juzgado de loco a su amigo. Alguien capaz de lograr semejante tesoro artístico tributado a Dios y a la obra de caridad del hospital de desamparados no podía ser un demente sino un hombre de santidad.

Mañara le indicó que lo acompañara. Caminaba en silencio y con las manos en actitud de oración. Parecía estar posando para un lienzo de vidas de santos. Y Murillo lo percibió. De hecho, al llegar a la escalera pensó que en cualquier momento comenzaría a levitar. Pero sólo subía con una lentitud pasmosa, con un gran teatro de gestos. Era como si alguno de los ángeles del templo hubiera huido y lo llevara en volandas a la galería superior.

Así llegaron hasta la celda dispuesta para Murillo. Pero antes pasaron por la de Mañara y el pintor comprobó que hacía justicia a la

leyenda del venerable pues parecía un eremitorio adonde en efecto se retiraba cada noche desengañado del mundo. La cama donde dormía aquel santo varón era de tablas y el jergón estaba casi roto, lo mismo que las cortinas que eran de estameña muy pobre y agujereada. El resto del mobiliario se reducía a un crucifijo y dos sillas viejas de baqueta.

Murillo entró en su celda y quedó muy a gusto. Era acogedora dentro de su sencillez. Tenía una cama humilde, pero bien adobada con una manta porque tenía fama el lugar de tener muy desapacibles corrientes a causa de la cercanía del río. Las cortinas eran nuevas y estaban descorridas de forma que por el ventanuco podía contemplar una minúscula pero agradable vista del Arenal y del puerto. A Murillo le sorprendió porque nunca los había visto desde una perspectiva como aquélla. Había también un crucifijo como el que veneraba Mañara en su celda, dos sillas, pero no viejas sino nuevas y tapizadas, y una mesa con libros de devoción. Nada más necesitaba para esa noche.

Mañara pidió que les sirvieran una sopa y algo de vino y allí mismo comieron, aunque él no probó nada, como si también tuviera que despreciar el placer de comer y beber en grata compañía.

—Maestro, no os he expresado como merece cuánto me satisfacen vuestros cuadros. Así que permitidme que lo haga ahora que estamos en soledad —dijo Mañara mientras Murillo tomaba una sopa de ajo y tomate que le pareció especialmente sabrosa.

—Agradezco que os plazca, porque es una serie de gran complejidad.

—Lo sé. No es fácil representar las obras de misericordia. Os confieso que entre los cuadros que habéis pintado, y a falta de ver los que restan, tengo especial predilección por el del hijo pródigo. ¡Con qué excelencia habéis sabido mostrar la caridad de vestir al desnudo! Os confieso que yo me siento un hijo pródigo de Dios, alguien que pecó y que cayó en el bajío de servir a la vanidad —añadió suspirando mientras Murillo apuraba el vaso de vino—. Creo que es hora de que me retire. ¿Cuándo despertaréis para visitar el templo?

—Quiero verlo poco antes de despuntar el alba, cuando aún hay oscuridad pero está a punto de entrar la luz.

—Descansad entonces y rezad por mi alma torcida —se despidió Mañara taciturno.

Murillo se tendió en el jergón y vio cómo entraba la luz de la luna por la ventana. Se levantó a cerrar porque hacía relente y recordó que su amigo solía dejar abierto un cuarterón de su ventana con la intención precisamente de que penetrara la brisa helada del río. Estaba a punto de dormirse cuando oyó una voz que llegaba de la celda de Mañara. Acercó el oído a la pared y entendió algunas frases a la perfección. Mañara rezaba y seguramente se dirigía al crucifijo con el que decía que hablaba a todas horas.

—Y estas manos han de ser comidas y secas... Y las sedas y galas que hoy tuviste se convertirán en mortaja podrida y los ámbares en hedor... Tu hermosura y gentileza en gusanos... —se oía a Mañara al otro lado del tabique.

Murillo se quedó finalmente dormido con esa letanía. Pasadas algunas horas lo despertaron unas voces. Entonces se levantó porque vio que por la ventana se adivinaba ya la luz del alba. Recorrió el pasillo sin hacer ruido. La puerta de la celda de Mañara estaba cerrada y nada se oía. Por fin, entre tanta mortificación y pesadillas de sepulcro, el buen hombre se había dormido. Murillo bajó las escaleras, pero al final de uno de los pasillos atisbó una luz y le llegó un olorcillo de pan caliente. Quizás estaban preparando el desayuno en la cocina del hospital. Tenía hambre después de la frugal sopa de la cena.

Llegó hasta la estancia de la que salían la luz y el aroma, y empujó la puerta entreabierta. No había nadie, pero sobre una gran mesa habían dispuesto bandejas de manjares. Se sorprendió ante los platos de carnes y pescados, de dulces y frutas. No faltaban varias jarras de vino. Sobre los manteles de delicados hilos incluso habían colocado enormes hojas de parras con uvas. Le pareció que estaba en el jardín paradisíaco del duque. Todo era muy extraño, porque ¿cómo se preparaba un banquete así en un lugar donde se daba limosna a los pobres y la comida se servía ajena a los placeres de la vida?

A pesar de lo extravagante de la escena, Murillo se acercó a la gran mesa. Por un momento tuvo la duda de que todo estuviera pintado. ¿Sería un trampantojo realizado por su enemigo Valdés Leal,

tan aficionado a los bodegones de vanidades? Tal vez, de la misma forma que Mañara le había encargado un espantoso lienzo sobre la muerte, podría haber incluido un banquete dedicado a la gula, una *vanitas* de esas que mostrando deliciosos manjares y cosas hermosas advierten sobre lo efímero de la vida y la cercanía de la muerte. ¿Era entonces lo que veía una escena fingida o real?

Murillo se acercó a tocar los alimentos pensando que le ocurriría como a los pájaros que picaron las uvas que pintara el gran Zeuxis creyendo que eran verdaderas. Pero suspiró aliviado al ver que el bodegón era auténtico. Cogió un trozo de carnero de una de las bandejas y vio cómo se desprendía la gelatina de la grasa. Estaba humeante, pero cuando iba a llevárselo a la boca notó que olía mal. Entonces vio que estaba lleno de gusanos. Espantado, lo tiró al suelo y cogió al azar una manzana que partió con un cuchillo. Al abrirse la fruta vio que también estaba agusanada. Todo parecía podrido por dentro, como si en vez de un bodegón de manjares estuviera delante del cuadro de Valdés Leal. Maldito pintor del demonio.

Entonces despertó.

Había sido un sueño. Una sugestión a causa del ambiente enrarecido del lugar. Se dio cuenta de que, como le había ocurrido en el sueño, casi había amanecido y todo estaba en silencio. Salió de su celda y atravesó el pasillo. Del aposento de Mañara sólo parecía oírse la placidez del sueño. Bajó las escaleras pero no vio ninguna luz ni olió a panecillos recién horneados. La estancia soñada con la mesa del banquete ni siquiera existía.

Llegó hasta la sacristía, que estaba en la más absoluta oscuridad, pero pudo distinguir por dónde caminaba porque por la puerta que daba a la iglesia se filtraba la luz de algunas velas que habían quedado encendidas. Salió por fin a la nave del templo. Quedó deslumbrado por la belleza que tenía en esa penumbra. Los ángeles turiferarios parecían danzar en la oscuridad y en las pinturas de los frescos se adivinaba el vuelo de los querubines. El dorado del retablo, aunque sin terminar, creaba una especie de nube de polvo que flotaba en el aire. Y de los lienzos se desprendía una extraña vida. Era el efecto de la levísima luz del alba que entraba ya por las ventanas.

De pronto oyó un sonido que llegaba del suelo del templo, donde

estaba la cripta. Pensó que cobraban vida los cadáveres corruptos de Valdés Leal, que a esa hora embrujada se levantaban para deambular por la iglesia. A Murillo le vino a la memoria una escena terrorífica que había contemplado allí mismo la pasada primavera: la procesión de los huesos que se celebraba el Domingo de Ramos. En ella, los hermanos de la Caridad reunían los restos de los que habían sido ajusticiados, hechos despojos y luego expuestos en los caminos para público escarmiento. Por un momento creyó que del cuadro de Valdés Leal salía la macabra procesión, pero fue otra vez un engaño óptico provocado por la luz turbia y lechosa del alba.

Había amanecido por fin y Murillo se dio cuenta de un espectáculo sorprendente. Aunque la iglesia estaba orientada a poniente, los rayos del sol acariciaban primero el techo del templo haciendo cosquillas a las figuras pintadas; luego iban descendiendo por las paredes hasta llenar de luz los lienzos. Los colores blancos, amarillos y bronce parecían despertar mientras que los ocre y rojos seguían aletargados, dormidos, perezosos y sin querer volver al sueño ficticio de la vida. El frío de la noche también continuaba instalado en los pigmentos verdes, azules y violetas. Todo seguía tal ritmo melodioso que le pareció que esa luz descendía con la cadencia de un motete sobrenatural.

Por las ventanas también entraba el sonido del puerto. Se oían algunas voces de marinos y carpinteros de ribera que comenzaban sus labores de arreglo de las naves. Enseguida se fueron incorporando los pregones de los que vendían pescado en el Barranco. También penetraba el olor lejano del mar y de la brea de las galeras.

Por fin sonó la campana de la hora de prima. Y luego la de un reloj de carrillón que había en la iglesia y que tenía un delicado mecanismo de música como de clavicémbalo. Murillo estaba maravillado con el espectáculo simple de la vida entrando majestuosa en la iglesia. Llegó a parecerle que a su espalda aleteaba un ángel de los que estaban pintados. Se volvió, pero sólo notó que una brisa muy leve le acariciaba el rostro como si en verdad hubiera paseado por el paraíso.

Debía tener cuidado porque, en efecto, allí podían caer ángeles.

LOS CABALLEROS QUE MIRAN

Juan le había comprado a su madre unos chapines de damasco turquesado y una toca labrada de espumillas con el último dinero conseguido en el negocio. Además, andaba felicísimo porque había estado bailando con una mulata de la que estaba prendado y que acudía a los zarambeques que celebraban los negros delante de la iglesia de Santa María la Blanca. ¿Qué podía comprarle a ella? ¿Qué la haría feliz? Era muchacha coqueta, por lo que una buena pieza de seda le encantaría. Juan había pensado que después de ir al obrador de Rodrigo se pasaría por la Alcaicería de la Seda para adquirir algún pañuelillo o un ceñidor. No miraría el precio, porque tenía la bolsa henchida de maravedíes. Había decidido pedir a Rodrigo que lo acompañara porque acudiendo solo podría levantar sospechas, pues pensarían que ninguna dama dejaría al criterio de su esclavo la compra de un género de tanta exquisitez y delicadeza.

En la calle donde estaba el obrador de Rodrigo se cruzó con un cordonero de redes rastrillando cáñamos y haciendo cuerdas de mástiles. Eso le recordó que esa noche Rochela el Zurdo le había dicho que fuera a la casa de tahúres que había en el Arenal. El antro estaba disimulado también por una tienda de cordoneros. Habían reunido a unos cuantos putos de buen talle para llevarlos a casa de un capitán de la Armada recién llegado de Indias con el fin de que eligiera la mercadería de su gusto. Juan tenía que ocuparse de que entraran sólo las personas que dijeran una frase acordada y de disuadir al que por error llegara despistado pidiendo cuerdas.

Desde que decidió participar en el lado más turbio del negocio de Rochela le asaltaban las dudas, pero ganaba tantos maravedíes que le nublaban el entendimiento. El esclavo bien que llenaba la bolsa con esa clientela principal que, además de probar mocitos, era aficionada a la contemplación de ciertos lienzos.

Llegó a la tienda de Rodrigo, que tenía la puerta cerrada a pesar de ser media mañana. El pintor llevaba en secreto sus encargos y tenía miedo de que se presentara algún cliente ajeno al nuevo género. También temía que viniera Murillo a visitarlo, pues hacía un par de días que no acudía por su casa.

Rodrigo estaba contento. Había entregado su hermoso ángel al duque y después de éste le llegaron otros pedidos de caballeros que decían que les gustaba ver la belleza en el tranquilo sosiego de sus gabinetes. Simplemente eso. De la misma forma que había pintores que ejecutaban en secreto retratos de mujeres desnudas que se guardaban en las cámaras privadas sólo para la contemplación del cliente, él los hacía de mocitos galantes. Aunque era evidente que estos encargos tenían una particularidad, como el cuadro que estaba concluyendo en ese mismo momento. Un matiz quizás marcado por la ciudad en la que se pintaba, ya que todos los cuadros tenían un aire de santidad.

Así lo había pedido por ejemplo el canónigo racionero de la catedral. No quería un mancebo sino un ángel niño de carnes mullidas. Un angelillo para el que no valían los paños que a veces ocultaban la desnudez. Rodrigo descartó meditar demasiado en la intención oscura de ese cuadro. Quería pensar que nada malo había en peticiones como la del racionero y por la que recibiría casi quinientos ducados. Quinientos ducados de carne de ángeles como la que se criaba en los lienzos de su maestro. Piel tierna de niños de admirable ingenuidad que volaban por el cielo. ¿Qué mal había en semejante escena? Y si lo había, no era asunto suyo sino de quien observaba con ojos de pecado. Estaba dejando que se secara el último angelillo cuando llamaron a la puerta.

—¿Sabéis con quién me he topado cuando venía a vuestra casa, señor? —preguntó Juan cuando Rodrigo le abrió—. ¡Ni más ni menos que con vuestro querido ángel maricote!

—¡No digas eso! Nada tengo yo que ver con ese bujarrón — respondió muy enfadado Rodrigo.

—Perdonad, pero es que, después de vista vuestra pintura, se puede decir que conocéis cada palmo de su piel —siguió bromeando el esclavo.

Rodrigo se volvió al obrador sin contestar. No quería tener relación con aquel mundo sórdido más que como un privilegiado observador que cumplía con su deber de recreador. Aunque en el fondo sentía curiosidad por lo que ocurría en esos aposentos de una Sevilla que jamás habría imaginado. No, nada tenía que ver con el asunto. Él se limitaba a realizar lo que le encargaban igual que otros artistas cumplían con las peticiones de conventos para pintar la vida de los santos.

—Diego el ángel es su mozo de cámara o el favorito de su lecho, como preferáis. ¿Sabéis que lo conoció gracias a Rochela? Era uno de los caballeritos más solicitados porque dicen que es sabio en el arte de masajear la natura.

—¡Cállate, Juan! Te prohíbo que hables de esas cosas en mi casa.

—Vamos, señor, sé que vos sentís curiosidad por el negocio de los hombres de placer. ¿Sabéis que éste le hace de paciente? —insistió Juan con la chacota mientras el pintor volvía a su lienzo.

Juan sonreía porque en otras ocasiones Rodrigo preguntaba sobre estas costumbres deshonestas. De hecho, hasta había pedido al esclavo que lo llevara a las hoyas de la Huerta del Rey para ver los acoplamientos que tenían lugar allí, y también a la venta de la Barqueta, donde se alquilaban aposentos. Juan no terminaba de comprender esa curiosidad de Rodrigo y sospechaba que era porque su amigo quizás se sentía atraído por aquellos vicios contra natura. Sin embargo, él había visto cómo Rodrigo era galanteador de las mozas del barrio y en más de una ocasión fue testigo de cómo compartía el lecho con Juana la Redera, la esposa del cordonero de la calle. El mulato se acercó al lienzo que estaba terminando Rodrigo y arrugó el ceño.

—Os confieso que este encargo último no me gusta. Me parece, no sé, más extraño que los otros, aunque en realidad parece un cuadro del amo —dijo al ver los angelillos—. ¿Qué gusto encontrará

ese canónigo contemplando niños desnudos? Espero que no acabe en la hoguera y se nos tuerza el negocio.

Juan conocía la historia sucedida hacía años a los Niños de la Doctrina, huérfanos acogidos para que no murieran de hambre en las calles y que sirvieron para vicios a señores de la ciudad. Suerte que las mariposas que se acercaron a esa peligrosa lumbre habían terminado convertidas en cenizas. Aún recordaba la pública ejecución en el campo de Tablada y cómo a los niños más mocitos les habían dado azotes. ¿Qué culpa tenían ellos de haber servido a los caprichos de esa gente ruin?

Ambos guardaron silencio. Sólo se oía el ruido que llegaba de la calle y Juan reconoció los gritos de Juana la Redera, que discutía con su marido. Sabía que después de las trifulcas solía acercarse a casa de Rodrigo, así que el esclavo se despidió de su amigo porque estimaba mucho que tuviera trato con mujeres, no fuera que estos negocios lo volvieran devoto de la sodomía. Juan recordó entonces a su moza y decidió pasar por la Alcaicería de la Seda antes de encaminarse al puerto, donde tenía acordado el encuentro en la casa de juegos. Contempló otra vez el cuadro de los ángeles, miró a Rodrigo, que permanecía en silencio, y se despidió. Ambos pensaban lo mismo: ¿qué hubiera dicho el maestro de semejante pecado con su carne de ángeles?

LA FUENTE DE LA FERIA

Murillo se había levantado temprano para acudir al taller de Rodrigo. Le extrañaba que no se hubiera pasado a visitarlo en varios días. Y más aún sabiendo que se encontraba apurado por terminar el cuadro de la peña de Horeb para la iglesia de la Caridad. Además, le habría venido muy bien la ayuda de Rodrigo para darle unas pinceladas y proceder al secado y fijación del lienzo de la multiplicación de los peces.

Al llegar al obrador le pareció muy raro que estuviera cerrado a esa hora. Preguntó al cordonero que tenía su tienda enfrente y le respondió que hacía unos días que no lo veía y que creía que había salido de viaje, según le había dicho su mujer. A Murillo le inquietó que su discípulo hubiera partido de Sevilla sin haberle dicho nada. Era cierto que en las últimas semanas se había mostrado muy silencioso y despistado; apenas atendía y en ocasiones parecía vagar por otro mundo. El maestro pensó que quizás estaría enredado en andanzas de amor, pues no fueron pocas las veces que se había olvidado de todo por cuitas de esa naturaleza.

Truncado el deseo de ver a su buen discípulo, se encaminó entonces al lugar en el que había pensado hacer los dibujos preparatorios para los personajes de su cuadro. Necesitaba introducir la vida en una escena del Antiguo Testamento, contar ese relato de un remoto pasado de otra forma. No quería mostrar a los personajes envarados, iracundos y graves, como solían aparecer según la tradición, sino a figuras reales en un momento cualquiera de su

existencia. Quería ruido y voces en su cuadro, como en aquellos lienzos de Tintoretto que copió durante su estancia en Madrid.

Murillo pretendía sentarse a observar cómo se comportaba la gente, cuáles eran sus gestos, cómo hablaban entre ellos, de qué forma se vestían y se tocaban. Así se dirigió a la calle Ancha de la Feria, donde desde tiempos muy antiguos se instalaba un mercado todos los jueves. Su intención era colocarse delante de la fuente de la plaza de la Feria para ver cómo bebían los que tenían sed. En el cuadro, Moisés da de beber a su pueblo sediento gracias a la intercesión de Dios, que permite que se abra la roca de Horeb y brote una fuente. Al beber se frena la ira del pueblo, que había acusado a Moisés de lanzarlos a la aventura absurda e irresponsable de caminar sin agua por el desierto.

Murillo quería ver rostros de sedientos, el agua resbalando por la piel seca de arena y sudor. ¿Los encontraría en la fuente de la Feria? El día era caluroso. Además, allí se desarrollaban curiosas escenas entre los azacanes que llevaban el agua en tinajas y cántaros por la ciudad y los curtidores y tinteros que aprovechaban la fuente para lavar corambres y lienzos y que dejaban el lugar apestado y el agua con un sabor amargo.

La de la plaza de la Feria era una fuente de barrio que nada tenía que ver con las majestuosas que se encontraban en los enclaves principales de Sevilla y que estaban decoradas con mascarones y mármoles, como la principal de San Francisco, donde las Casas del Cabildo. La de la Feria no tenía ornamento, pero era una fuente de agua muy dulce y limpia que venía del manantial del Arzobispo. Era un caudal muy apreciado porque, al estar en la parte alta de la ciudad, aún no había sido babeado por las bestias ni ensuciado por carniceros ni curtidores.

Murillo llegó a la calle Ancha de la Feria y se deleitó contemplando el bullicio alegre de los artesanos pregonando sus mercancías y de los hortelanos cantando las excelencias de sus frutos. No sabía dónde posar la mirada pues todas eran escenas dignas de pintarse porque eran tan hermosamente simples como la vida. Y él quería arrastrarlas hasta Judea, al desierto de Moisés, a las bodas de Caná o a una Adoración. Daba igual. Lo cotidiano merecía habitar el

mismo lienzo que Dios. Sin embargo, Murillo recordó con desazón e inquietud las palabras del duque que, a su pesar, coincidían con el espíritu de su pintura y su deseo de llenar de vida los asuntos divinos para así hacerlos más cercanos.

—Habéis pintado la Sagrada Cena y el pan ha dejado de ser el pan de los apóstoles. Es simple y maravilloso pan de los hombres. ¿Os habéis dado cuenta de eso, querido maestro?

Aún repetía en su memoria aquella frase del duque, ese hombre de gran entendimiento, pero de torcida moralidad. Después de la violenta discusión, Murillo intentó olvidar todo recuerdo de aquel mal cristiano, pero no podía evitar que sus opiniones vagaran en su memoria. Los ajustados juicios del duque sobre su pintura le agujoneaban el alma llenándole de desasosiego. En las tertulias que mantuvieron antes del desafortunado suceso, hablaron mucho sobre el sentido de la pintura de Murillo, pero al final sus reflexiones habían provocado que el artista dudara de su arte. Aquella apreciación sobre el pan retumbaba como un eco incómodo del pasado. ¿Es que él había despreciado la historia sagrada dando más importancia a una simple hogaza de pan?

—Sólo os digo que el arte se ha dedicado a los dioses y luego a los monarcas —había respondido el duque con cierto sarcasmo asomando en el rostro—. Quizás ha llegado el momento de hacer arte para el hombre. Contemplar la belleza por la belleza, sin que sea sagrada.

No, no era eso. Ese hombre no había entendido su obra. Aunque Murillo había pensado en un principio que sí. Lo había creído cuando en sus eruditas conversaciones había elogiado su pintura profana con astutas y lisonjeras palabras. Pero era imposible que ese pecador comprendiera el sentido último de su arte. Él había pintado la hermosura de la vida cotidiana pero siempre al servicio de Dios, incluso en las simples escenas de costumbres había un sentido último de tributo a lo sagrado. Sus pinceles siempre servirían al Señor y no al gusto imperfecto de los hombres. Y, sin embargo, qué verdaderas palabras había dicho ese hombre sobre sus cuadros, a pesar de que luego su errada lascivia lo confundiera hundiéndolo en el cieno de los más bajos y detestables instintos.

En mala hora había encontrado al duque de la Florida. Lo único

que agradecía era que gracias a él había conocido también a doña Marcela, a la que estimaba mucho y con la que compartía confidencias. Ella le aliviaba en sus largos ratos de soledad acudiendo a visitarlo a su casa, donde charlaban de la vida y de la pintura. En realidad, no sabía cómo definir su relación con la duquesa. ¿Era amor, a pesar de su vejez? No, ya era otra cosa. Sin duda admiraba su belleza de mujer madura, y hasta le fascinaba su elegancia en el vestir con esos toques exóticos de Oriente, a él que hasta ahora sólo se había fijado en modas para reflejarlas en sus lienzos. La propia duquesa le había advertido con cierto desparpajo que las damas principales de sus cuadros siempre aparecían ataviadas de la misma guisa: trajes decentes con buenas telas y algunos lazos de sedas rojas y ocre, pero poco más.

—Por Dios, maestro, si todas parecen igual. ¿Nada sabéis de justillos y guardapiés, que ahora son un primor en la corte?

Habían reído con gusto y hasta Dorotea, al ver la distendida escena, se había atrevido a subrayar el comentario de la duquesa porque decía que ella también lo pensaba desde hacía mucho tiempo.

—Pero, bueno, ¿ahora os confabuláis para decirme que soy un anticuado vistiendo a las damas?

Sí, pasaba buenos ratos con la duquesa. Y eso era suficiente. Lo único que necesitaba en esa época de su vida. El alivio de la soledad. Lo terrible es que sabía que la duquesa era muy infeliz en su matrimonio. Después del incidente de los cuadros habían llegado a un alto grado de complicidad que incluyó el desvelamiento de lo que significaba el matrimonio de los duques de la Florida: una farsa. Una patética y despreciable mentira. Con mucha discreción y profundamente turbada, ella le había confesado que su marido tenía otros gustos, otros placeres. Ésa había sido una de las razones de que no tuvieran hijos. Lloraba Marcela pero de rabia, porque ya no sentía desamor sino desprecio. Lo que más deseaba ahora era poder abandonar a su marido y quizás retirarse a un convento o simplemente llevar una vida solitaria entregada a sus lecturas de devoción. Para gozo de Murillo, la duquesa le había desvelado lo sanadoras que habían sido para ella las charlas que compartían.

Precisamente el maestro estaba deseando que llegara la tarde

para mostrar a la duquesa los bocetos de ambiente en la fuente de la Feria. Marcela había embromado acerca de sus anticuadas damas pintadas, pero elogiaba con emoción a las mozas que el pintor sacaba en sus lienzos. Decía que pocos artistas habían sabido captar el ruido de la calle. Y eso pretendía Murillo en ese cuadro: volver a pintar el sonido de la vida, incluso en esa escena que se desarrolla en el Antiguo Testamento, tan lleno de temibles e inquietantes historias.

Murillo se detuvo a ver el ambiente de la calle Ancha de la Feria, donde estaban instalados varios puestos de menestrales. En los portalones vio las tiendas de los carpinteros de lo prieto fabricando ruedas de aceñas y de azacayas, cordoneros que hacían látigos y cinchas, y cesteros que trenzaban el mimbre para las populares canastas sabaleras.

En los puestos se vendían tortas de manzanas y de duraznos, empanadas y hojaldrados de manteca de vaca. Murillo compró un hojaldre relleno de carne adobada y se dirigió a la fuente. Había al lado una taberna con banquetas en la calle, así que tomó asiento, pidió medio cuartillo de vino y allí mismo se puso a contemplar las escenas que se sucedían.

Se fijó en un azacán que llenaba sus cántaros, los colocaba en las cestas que cargaba en una acémila y se alejaba para vender la mercancía por la ciudad. No había nada de especial en la imagen de ese aguador. Sorprendentemente, pasó un rato y no vino nadie con aspecto de sediento. Entonces intentó recordar cómo era tener mucha sed y de qué manera ansiosa se agarra un pocillo lleno de agua cuando va la vida en ello. Porque ése era el gesto que quería pintar en sus sedientos personajes bíblicos.

Cuando era pequeño, en la hora de la siesta se escapaba de su cama y se iba al patio. Toda la casa permanecía en silencio, con las contraventanas entornadas para que no entrara la flama en las alcobas, que quedaban así en fresca penumbra. Él se distraía dando de comer a su sanguijuela oculta en la pared del pozo, jugaba al hoyo de huesitos y luego rebuscaba hormigas cabezonas entre las raíces de los jazmines. Pasaba el tiempo eterno en la mente del niño, porque los demás no se despertaban. A veces pensaba que todos los vecinos de Sevilla seguían durmiendo todo el día y él era la única persona que

vagaba por la ciudad. Entonces sentía una felicidad absoluta al imaginar que podía hacer lo que le viniera en gana sin que nadie le riñera. Lo malo es que al rato comenzaba a aburrirse y con el calor le entraba sed. Y, puesto que tenía prohibido sacar agua del pozo, se quedaba en un rincón a la sombra esperando a que las criadas o su madre despertaran para que le dieran un poco de agua. Hasta el día en el que descubrió que mordiéndose un poco la lengua lograba salivar y eso le aliviaba en algo el sufrimiento de no poder beber.

Intentó evocar su cara de niño sediento y, sacando un papel verjurado del cartapacio que llevaba, dibujó un retrato de él mismo de pequeño. Sin embargo, se asustó porque había olvidado por completo su rostro de entonces. Se mezclaban en su memoria las caras de sus hijos —los vivos y los muertos—, los rostros de los cientos de ángeles que había pintado y de los niños pícaros de la calle. Pero ¿podría reconocerse en alguno de ellos?

En esos pensamientos estaba cuando llegó a la fuente una mujer con un niño de cría en el pecho. Enseguida llenó un jarro y bebió con ansiedad. Venía del mercado y había dejado la cesta de fruta en el suelo. Murillo comenzó a abocetar un dibujo. Ella se limpió el agua de la barbilla y dio de beber al niño en una calabaza. Era maravilloso cómo caía el sol sobre la escena provocando el brillo del agua sobre la piel de los sedientos. Había una luz de verano sevillano que no se diferenciaba mucho de la que debía sufrirse en el desierto bíblico. Murillo pidió al tabernero otro medio cuartillo de vino mientras perfilaba el dibujo. Sí, aquella mujer bien podría ser uno de los personajes que bebían de la roca del monte de Horeb.

Entonces llegaron unos curtidores de la calle de arriba. Eran los artesanos que labraban cueros y a los que los aguadores acusaban de ensuciar el agua. Junto a ellos había también zurradores de los que preparaban badanas prietas y baldrés para guantes. Olían a sebo puro de untar el cuero. Murillo se dio cuenta de que dejaban el agua enrojecida con azafrán del que usaban para apellar el cuero dorado. Al poco llegaron algunos azacanes que venían a llenar sus cántaros, con lo que la pelea ya estaba servida. No sabía Murillo si contemplar la escena por pura diversión o aprovechar para tomar algún apunte. De todas formas, la escena de su cuadro era la de una estampa tranquila,

de personas que han estado a punto de morir pero que han encontrado la salvación del agua. No era gente reñidora como la que ahora contemplaba.

Hubo más voces que golpes y ya parecía que se apaciguaba la trifulca cuando apareció un grupo de mozuelas gritando a los azacanes. Murillo no entendía nada de lo que las muchachas bravas decían, pero no le importaba. Había encontrado a sus hijas de Israel, a aquellas que bebieron de cántaros y pocillos en la peña de Horeb. Las vio con sus camisas blancas y las sayas ocre. Blanco y ocre eran los colores que tenía que usar en ese cuadro porque, como había podido comprobar en la iglesia de la Caridad, el sol prendía en los blancos dando un color de luz aceitosa mientras que las sombras se adherían a los pigmentos oscuros, aportando así contrastes maravillosos.

Murillo se dio cuenta de que la pelea llegaba a mayores porque las blusas blancas de las muchachas comenzaron a rajarse y asomaban parte del pecho y de los hombros. El pelo que llevaban recogido en moños se desprendió y las melenas antes domesticadas con las horquillas se convirtieron en amenazadores nidos de serpientes. Por fin comprendió el maestro la razón del enfado de las mozas. Y es que acusaban a los azacanes de orinar en los cántaros de agua que las santas madres de Santa Paula dejaban en la puerta del cercano convento para que los sedientos bebieran y dejaran alguna limosna. A los azacanes no les gustaba esa costumbre porque impedía que ellos vendieran su mercancía. Por eso la emprendían a patadas con las jarras del convento o las meaban.

Qué delicia de escena esta de las muchachas valentonas con las ropas hechas jirones en la batalla del agua. Murillo pidió más vino y, quizás nublado por su efecto, vio claramente cómo la fuente de la Feria se transformaba en la milagrosa peña de Horeb.

LOS CORCHETES

—¡Y los han cogido en una casa de tahúres que hay en el Arenal que en realidad es un enjambre de putos que pagan señores importantes!... ¡Parece que hasta hay un señor veinticuatro que probaba la carne perfumada de algalia!... Y el que tenía el negocio es uno al que le dicen Rochela el Zurdo, de la misma familia de una que quemaron en marzo por baldresera... Sí, mujer, por usar cuero de oveja como natura de hombre. No me digas, Juana, que no sabes lo que es eso. Por Dios, que parece ahora que te acaban de parir...

Murillo se había despertado con las voces que daba Dorotea desde la cocina. Desde bien temprano no paraba de charlar y parecía como que hablaba sola porque a nadie más se oía. El pintor salió para decirle que bajara la voz, que lo había sacado de un sueño muy placentero que tenía.

—¡A doce han cogido y hay de todo! El Rochela ese y unos jiferos del matadero que trabajaban con él como valentones... Y luego a los mocitos galantes, como los que se ven por el higueral de San Bernardo. Pero éstos eran educados y finos puesto que dormían con señores muy distinguidos... Ya están en la Cárcel Real y parece que a muchos los quemarán... Yo estoy deseando saber cuándo será la ejecución, que hace mucho que no hay un buen espectáculo, Juana. ¡Y menos de bujarrones!

Mientras bajaba, Murillo oía el parloteo chismoso de Dorotea. ¿Qué había ocurrido? Parecía un sucio asunto de los que a veces sucedían en esta capital de todos los pecados. ¿O serían sólo

habladurías típicas de comadres a las que tan aficionada era Dorotea? Ya había pasado en más de una ocasión que en el mercado se enteraba de cosas que luego resultaban ser falsas. Era muy chismosa y creía a ciegas patrañas y consejas. Alguna vez incluso había confundido los truculentos crímenes de romances de ciego fabulados con sucesos verdaderos. Y con la edad su tendencia a la credulidad había ido en aumento.

—¿Qué dices, Dorotea? ¡Mira que me has despertado con tu cháchara! —dijo Murillo al llegar a la cocina.

Dorotea se quedó avergonzada y en silencio porque no se había dado cuenta de que había levantado la voz sin recordar que el maestro aún dormía. Vio Murillo que a su lado estaba Juana y que tenía muy mala cara. Ni siquiera con la aparición del amo había interrumpido su tarea de preparar empanadas de sábalos. Parecía que no había cosa más importante y lo hacía de una forma mecánica, sin atender a nada más. Mientras, Dorotea intentaba disculparse relatando lo que había ocurrido.

—Perdonad señor, ¡pero es que en toda Sevilla se ha corrido la voz de que han descubierto...!

Dorotea se calló cuando sonó el portalón de la entrada. Corrió a abrir y regresó muy turbada. Con ella venían unos corchetes preguntando por el señor Murillo. El pintor se sorprendió porque no imaginaba para qué lo requería la Justicia, pero le dijo a la criada que los llevara a la antesala adonde él se dirigió para recibirlos. Mientras, su imaginación se disparó y pensó que vendrían a decirle algo relacionado con su discípulo pues ya llevaba varios días desaparecido. Y le dio un vuelco el corazón porque temió que pudieran haberlo encontrado muerto víctima de un asalto en los caminos.

Entraron en la sala los dos corchetes y saludaron con sobria y fría cortesía. Iban tan ataviados de negro que parecían más sombras que hombres. Uno de ellos que tenía la cara picada de viruelas preguntó si vivía en la casa un esclavo que llamaban Juan de Santiago. En ese momento en la cocina se oyó un desconsolado grito seguido del estrépito de lozas rotas en el suelo.

—Sí que vive aquí. Y también su madre —respondió muy sorprendido Murillo, que temía que el joven mulato se hubiera

metido en algún lío, pues no sería la primera vez que participaba en alguna pendencia.

—¿Podemos hablar con ella? ¿Es esclava vuestra? —dijo el otro corchete.

—Sí, haré que venga —añadió Murillo haciendo una señal a Dorotea, que se había quedado en la puerta haciendo como que esperaba que la llamaran para servir algo a los recién llegados.

Juana entró temblorosa y llorando. Era como si hubiese estado esperando y temiendo una noticia que finalmente llegaba. No paraba de dar vueltas a un trapo sucio que llevaba en la mano y en el que aún quedaban restos de sábalos. Murillo le explicó que los corchetes querían saber de Juan.

—Yo no sé dónde está mi hijo. Hace más de una semana que no lo veo, señor. Pero él no ha hecho nada —contestó sin poder evitar que le asomaran las lágrimas.

—Nadie ha dicho tal, Juana —intentó tranquilizarla Murillo.

—Sí que lo ha hecho, señor Murillo. Y tendrá que pagar por ello —intervino muy seco y serio el corchete aviruelado.

Murillo estuvo a punto de preguntarles de qué se trataba, pero entonces habló el otro corchete, dejándolo aún más desconcertado:

—Creo que también ha trabajado en esta casa como discípulo vuestro un pintor que se llama Rodrigo de Salazar, que tiene tienda abierta en la calle de Curtidores.

—Sí, así es, en efecto, pero no imagino qué ha podido hacer para que se presente la Justicia en mi casa —añadió con severidad, más para disimular su temor que por otra cosa.

—Ya conoceréis a su debido tiempo de qué se trata. No aparece en su tienda. ¿Sabéis dónde puede estar?

—Lo desconozco. Precisamente ayer fui a buscarlo porque hace días que no lo veo —añadió esperando enterarse de algo más.

Los corchetes se miraron e hicieron un gesto para marcharse. Ya salían de la estancia sin ni siquiera despedirse cuando Murillo, viendo la cara de pavor de Juana, intentó averiguar algún detalle que disipara temores y dudas.

—¿Han hecho algo por lo que debamos temer?

La esclava agradeció que su amo preguntara a los corchetes.

Necesitaba saber qué le había ocurrido a su hijo, de qué se le acusaba, porque todos esos rumores de Dorotea la habían espantado. Ella sabía que Juan había acudido a un lugar del Arenal. Recordó que le había preguntado si quería algo de una tahona que por allí había donde vendían molletes con manteca que a ella le gustaban mucho. Sin embargo, después nada había sabido de él. ¿Quería eso decir que era uno de esos rufianes que habían apresado por ese sucio asunto del que se hablaba en toda Sevilla? ¿Tendría que ver Juan con esa mala gente? Por la memoria de Juana pasó toda la vida de su hijo, y la repasaba con desesperación intentando alejar sus temores por esas cosas oscuras y malas que había mencionado Dorotea.

Los corchetes hicieron como que no habían oído la pregunta de Murillo hasta que uno de ellos antes de salir se volvió con una sonrisa sarcástica mirando con desdén al pintor.

—Un delito del que no se sabe si temer más a la justicia de los hombres o a la de Dios.

EL ESCLAVO DEL LIENZO

A Juan lo habían encontrado en una venta de Isla Mayor, a la que había llegado huyendo de Sevilla por los cañaverales de la margen del río. Cuando lo apresaron, el muchacho confesó que sólo ayudaba a Rochela el Zurdo en algunos mandados y que nada tenía que ver con el negocio de los bujarrones. Lo metieron preso en la Cárcel Real y sufrió de condena cien azotes, la mitad que los jiferos que ayudaban a Rochela. Su madre lloraba de alegría porque, a pesar de todo, su hijo había salvado la vida. A Rochela y a dos mozos los habían condenado a la hoguera.

Mucho se había celebrado en la ciudad la ejecución en el campo de Tablada con los sodomitas tostados en el brasero. En el camino de la cárcel al patíbulo el populacho les arrojaba lodo y verduras podridas. Parecía que era un día de fiesta, pues los artesanos dejaron sus tareas para acudir al espectáculo y se jaleó el paso de la comitiva como si fuera el carro de la plata que llegaba con la Flota de Indias o los del Corpus sagrado.

Se paseó a los reos para escarmiento público, aunque se tuvo la compasión de pasarlos a garrote vil antes de quemarlos por pecado nefando. Se oían muchos gritos preguntando dónde estaban los nobles que habían gozado de los putos, que también tendría que haber castigo para esos pecadores hijos de Satanás. Porque, a pesar de que habían trascendido algunos nombres principales, ningún cliente de la mercadería había sido apresado ni condenado. Cuando el macabro cortejo de los condenados llegó a la Puerta de Jerez hubo

amago de rebelión, pero unos corchetes dispersaron a la plebe amenazando a los levantiscos con el cadalso.

Rochela el Zurdo iba en el carro con una dignidad tal que a muchos sorprendió en un truhan acusado de gozar y de enriquecerse con su gusto por el mal vicio. Igual que ocurrió con los dos doncellos que lo acompañaban y que iban vestidos con el cuello de la blusa alzado, signo que distinguía a los que pecaban de sodomía incorregible. Parecía que en su última escena, más que pagar por su delito, hacían una protestación de fe, como esos herejes que creían que serían salvos por su creencia y que los que erraban eran los otros.

El campo de Tablada estaba extramuros y Murillo distinguió desde la azotea de su casa cómo ascendía a lo lejos una columna de humo. Era la prueba de que la ejecución se había cumplido. Incluso creyó que llegaba hasta allí el hedor de la carne quemada, como ocurría en los días de auto de fe. Y no se sabía si apestaba más la carne de hereje o la de invertido.

Murillo permitió a Juana que acudiera a la cárcel. En la víspera habían azotado a su hijo y ahora salía de la prisión. La esclava temía que las heridas fueran graves y no sobreviviera. El pintor habría querido acompañar a Juana en semejante trago, pero tenía miedo de que lo relacionaran con ese caso. Sólo deseaba que concluyera ya la pesadilla. El esclavo que se había criado en su casa formaba parte del negocio de los putos. Y él, aunque no tuviera ninguna culpa, también había estado muy cerca de mancharse de miseria por su relación con el duque de la Florida. Nadie le había confirmado que el pervertido duque hubiera pagado por esos tratos con mozos jóvenes, pero sabía que su nombre era uno de los que circulaban en secreto.

El duque había huido a tiempo a unas tierras que tenía lejos de Sevilla y con seguridad partiría de nuevo a Flandes para seguir con sus boyantes negocios, ajeno a las habladurías que dejaba aquí. Hacía días que Murillo no veía a la duquesa, y el día anterior, al mandar recado a su palacio, le habían contestado que la señora había salido de viaje por largo tiempo. Ella le había dejado una escueta y discretísima carta de la que no se podía deducir nada extraño, ni de las razones de tan urgente partida ni tampoco de sus relaciones especiales con el gran pintor de Sevilla. Marcela se despedía con exquisitas formas.

Murillo pensó que su marcha era una estrategia para no provocar escándalo y solucionar el asunto con prudencia. Ya llegaría el momento de abandonar a su marido. El maestro decidió así refugiarse en la esperanza de volver a verla cuando el escándalo se olvidara.

Pero ¿dónde estaba Rodrigo? Era lo que le torturaba por dentro. No tenía la menor idea de qué podía haber ocurrido con su antiguo discípulo. ¿Por qué había desaparecido? Murillo intentaba recordar lo ocurrido en las últimas semanas analizando su extraño comportamiento, pero no lograba deducir las razones de que no diera señales de vida. Desde el día en el que los corchetes de la Justicia visitaron su casa estaba obsesionado con la posibilidad de que lo hubieran asesinado después de asaltarlo en la soledad de los caminos. El robo era una probabilidad cierta. Ya se había dado cuenta de que vestía con buenas ropas y había ornamentado su casa con un lujo impropio de sus escasos encargos. Pero si había conseguido dineros, ¿por qué no se lo había dicho a su maestro, que estaría tan orgulloso? Sin embargo, lo más inquietante y que no le dejaba dormir era pensar que Rodrigo pudiera estar relacionado con el siniestro asunto. ¿Por qué los corchetes le habían preguntado por su paradero? ¿No era una confirmación de que Juan y Rodrigo estaban enredados en lo mismo?

Mientras divagaba sobre todas esas circunstancias, llegó Juana con su hijo. Juan venía cojeando, taciturno y con muy mal aspecto. Tenía la ropa manchada de sangre y de suciedad y Murillo pensó que la tela era como un lienzo en el que estaba dibujada claramente su tragedia de las últimas noches. El pintor ordenó a Dorotea que ayudara a Juana y que sirviera al muchacho agua y después un caldo caliente. A ellos les indicó que se sentaran en la antesala, pero Juana se excusó diciendo que mancharían los cojines de sangre y de inmundicias.

—Eso no importa ahora, Juana. Tu hijo debe descansar. Llamaré al doctor Sigüenza para que lo atienda —dijo, quedándose luego en silencio y meditando sobre lo que tenía que decir.

Murillo observó al muchacho al que tanto había querido. Lo vio el día de su nacimiento, ya con su pelo oscuro y rizadísimo, en sus primeros juegos y travesuras, subido en las ollas de la cocina, comiendo a escondidas, ayudando a Rodrigo con los pigmentos en el

obrador. Y, sobre todo, contempló con amargura esos mismos ojos que él había pintado, la carilla astuta, la piel de bronce oscuro. El mozo impaciente y nervioso cuando posaba para las bodas de Caná, llenando las tinajas que serían el vino del milagro, o el niño que pide un trozo de tarta a otros pícaros mientras lleva un cántaro a la fuente. Murillo se dio cuenta de que la vida de Juan se sucedía en su memoria como en una de esas series de santos que él pintaba para los conventos.

—Juan, voy a darte la carta de libertad —dijo por fin Murillo consternado por esos recuerdos.

Madre e hijo se quedaron muy sorprendidos. A Juan se le cambió el rostro. ¿Era posible que su amo fuera tan generoso que aun en esta terrible circunstancia lo premiaba con la libertad? El esclavo sintió profundamente el arrepentimiento por todo lo que había hecho. ¿Por qué había provocado tanto sufrimiento en su madre y en su querido amo, que así demostraba ahora su cariño?

—Tendrás la libertad, pero con una condición. Te irás de Sevilla. Saldrás de aquí como si estuvieras desterrado y no volverás jamás.

Juana comenzó a llorar, aunque en realidad comprendía la decisión de su amo. En el fondo, sabía que era lo mejor para su hijo, puesto que en Sevilla estaría ya señalado para siempre e incluso tenido por puto o bujarrón. A ella le dolería su marcha porque era probable que nunca volviera a verlo, pero entendía que era lo mejor para todos.

—Juan, quiero preguntarte si sabes algo de Rodrigo. ¿Tiene él algo que ver con vuestro negocio?

El esclavo guardó silencio. ¿Por qué razón tendría que ocultar más el asunto? Debería agradecer haber salvado su vida y que a esa hora sus carnes no estuvieran ardiendo en el campo de Tablada. ¿A qué callar más? Mejor era contarle todo, marcharse de allí e intentar olvidar para comenzar de nuevo.

—¡Fue mi culpa, maestro! ¡Fui yo quien convenció a Rodrigo de que pintara esos ángeles, esos mancebos del pecado! Ellos querían que los pintara como si fuerais vos —dijo llorando—. Y él sólo quería ser como vuesa merced. ¡Yo torcí su vida! ¡Sólo yo merezco el castigo!

—¿Quieres decir que realizó el encargo del duque que yo

rechacé? —dijo Murillo con rabia.

—¡Sí, amo, y no sólo del duque, también de otros señores maricones de mala madre que querían ver a sus putos bien pintados! —lloraba Juan sin preocuparse de que con la respiración alterada y los gemidos se le estaban abriendo las heridas de los azotes.

—¿Y sabes dónde está? Hace días que desapareció y nadie me da noticia de su paradero —dijo muy nervioso Murillo.

—Cuando supimos que se había descubierto el asunto fui a decírselo y lo dejé en su casa. Nada más sé.

—Está bien, muchacho, descansa. Come y duerme hoy aquí, pero mañana quiero que estés fuera de esta casa y que no regreses nunca. Pide perdón a tu madre como merece. Yo rezaré por tu alma hasta el día en que me muera.

Murillo se retiró a su alcoba pensando en los acontecimientos. Estuvo sentado meditando acerca de qué hacer y cómo buscar a Rodrigo sin levantar más sospechas sobre él, porque estaba claro que conocían su relación con el negocio de los putos. Es posible que, aunque la justicia lo acusara, su implicación fuera menor. A fin de cuentas, sólo era un ingenuo pintor que realizaba encargos a petición y capricho de gente adinerada. Sin embargo, la Inquisición sí que podría tomar cartas en el asunto porque lo escabroso de las pinturas se consideraría como un delito de fe. Ya había ocurrido con otros artistas que habían pintado dibujos indecentes.

El pintor volvió a subir a la azotea. Necesitaba respirar y sentía una presión grande en el pecho. Le obsesionaba encontrar a Rodrigo. Al llegar arriba descubrió que en la calle había una muchedumbre que armaba gran alboroto. Llevaban unos muñecos de trapo que ardían y en los que se adivinaban galas de las personas principales que se habían librado de castigos. Tenían ganas de justicia y temió que prendiera una de esas rebeliones y asaltos contra los palacios de la ciudad, como había ocurrido en otras ocasiones.

Murillo miró a lo lejos, las nubes se habían vuelto de un color ceniciento. Olía a lluvia y a viento limpio. Se avecinaba tormenta. Y se alegró pensando que el agua serviría para limpiar la ciudad de tanta herrumbre de pecado.

RODRIGO, EL BUEN DISCÍPULO

Fue Rodrigo quien le había fabricado el tiento para apoyar la mano y darle seguridad con el pincel. El mismo tiento que sigue usando ahora que de verdad le tiembla la mano porque es viejo, un artista con poco pulso que deja demasiada materia en las pinceladas. Ahora que en los trazos queda mucha tinta sobre el papel en este dibujo de pintor arrasado y destruido. Con la última luz de la tarde, que también es la última luz de su vida, intenta hacer unos dibujos con pluma de bistre. Y coge la pluma que también le había fabricado Rodrigo para que asegurara el pulso.

Hoy, después de haber evacuado sus inmundicias, el doctor Sigüenza lo ha dejado por fin entrar en el obrador y hacer unos dibujos, pero sólo algunos mínimos bocetos. Nada de plantearse volver a los lienzos, al menos por el momento. Si sigue sus consejos, es probable que pueda salir a la calle y acudir a misa en unos días.

Sí, dentro de muchos años alguien sabrá que este dibujo lo hizo un viejo de manos temblorosas y casi inútiles. Porque ya no le vale ese instrumento que él le fabricó, un palo largo que terminaba en un saquito de cuero con borra que le permitía apoyarse en el lienzo y así no temblar. Pero ya es imposible no dejar la huella de su fragilidad de anciano. En este dibujo el maestro está pintando el rostro de quien fue su más querido discípulo. Ha soñado esta noche con él y le decía claramente que las pinturas que se hacían en verano eran distintas de las del invierno.

—¿Y por qué, maestro?

—Muy sencillo, Rodrigo, porque los pigmentos calentados al sol en la azotea no quedan igual que los que se calientan a la lumbre en los días de frío.

—Entonces, maestro, ¿hay pintura de verano y pintura de invierno?

—Pues se podría decir que sí. Mira, por ejemplo, conviene hacer los engrudos en invierno porque son más fuertes cuanto más frío hace...

Murillo recuerda con dolor la forma en que se enteró de la muerte de Rodrigo. Aquel día había acudido con gran pesadumbre a la iglesia de la Caridad para la misa en la que se inauguraba el templo con todos sus tesoros, entre ellos su fabulosa serie sobre las obras de misericordia. La ciudad esperaba con emoción los lienzos que Mañara había encargado a Murillo y a Valdés Leal. Había expectación por ver quién resultaba triunfante en el duelo artístico. Después del descubrimiento de la mancebía de putos, la gente quería volver a distraerse con cosas hermosas, con batallas banales. Ya habían quedado ahítos de carne tostada por algún tiempo.

—Maestro, ¿los ángeles se pintan mejor en verano?

—No tiene nada que ver, Rodrigo. ¿Por qué haces preguntas tan raras?

—Porque si los pigmentos se llenan de sol saldrá un color más dorado, más de luz para esas criaturas del cielo...

Estaba a punto de comenzar la ceremonia cuando Mañara había llamado a Murillo para que se reuniera con él en la sacristía. Tenía que decirle algo muy grave e importante que había sucedido esa misma mañana. Unos hermanos de la Caridad habían acudido a recoger el cadáver de un ahogado que apareció flotando en el Guadalquivir en la zona del cementerio de anclas, donde iban los que querían dejarse la vida. Habían traído el cuerpo en andas para enterrarlo, como hacían con todos los desgraciados que morían en el río. Mientras lo velaban, Mañara lo había reconocido como el discípulo de su amigo Murillo, pero no había dicho nada.

—En los dibujos preparatorios de un lienzo puedes usar el ocreón, que al ser yeso blanco y albayalde permite borrar lo que salga mal...

Y Rodrigo se había borrado a sí mismo, incapaz de soportar la vergüenza. Murillo pidió a Mañara que no desvelara quién era el muchacho que había aparecido ahogado, porque era un asunto muy turbio y desagradable. Lo sepultarían en algún rincón de la iglesia con una lápida sin nombre y él encargaría misas por el sufragio de su alma, aunque no se mencionara quién era. Eso ocurría con muchos ahogados anónimos que nadie reclamaba, pues era suficiente con que Dios supiera la identidad del difunto para decidir si iba a la gloria o al infierno. Pero Mañara, al suponer que el muchacho no se había ahogado sino que se había quitado la vida cayendo en el peor de los pecados, se negó a sepultarlo en sagrado. Murillo le pidió que, al menos, lo enterraran en el jardín de la iglesia, donde Mañara tenía plantados sus hermosos arbustos de rosales. Y como se lo rogó con los ojos arrasados en lágrimas, no pudo negarse.

—El aceite de linaza se cuece con azarcón, aunque se puede añadir vidrio molido.

—¿Y cómo romperé cristales, maestro?

—Pues con un macito, hijo. Ya quebrantados, los pones a cocer y es bellísimo secante.

—¿Y cómo puede el vidrio secar las cosas?...

Aquellas curiosas y deliciosas preguntas se las hacía Rodrigo cuando comenzó como ayudante, poco después de que lo hubiera visto por primera vez en la iglesia de San Bartolomé como niño de la sopa boba. Ese niño que arrastraba toda una infancia de tristeza, que quería disimular su miseria y ocultar cómo se espulgaba los piojos. Hasta que él le dijo que no, que continuara haciéndolo, que no tuviera vergüenza, que así quería pintarlo. Y luego se convirtió en su mejor discípulo, en el más aventajado, en el más querido.

¿Se arrepentía de haber borrado su memoria? ¿De haber dicho a todos que Rodrigo de Salazar había decidido marcharse lejos para probar fortuna en el Nuevo Mundo? ¿De no poner su nombre en una tumba? ¿Merecía Rodrigo el castigo de haber pasado por el mundo sin que nadie lo recordara? Ni siquiera se recordaría la huella que había dejado en los cuadros de su maestro. Murillo estaba convencido de que era lo mejor, la única forma de que nada se supiera de su pecado.

Sí, en esta noche casi en vela, en este paisaje de la fiebre en el que habita, Murillo ha vuelto a soñar con él, con el niño piojoso. El niño que le pregunta de qué color hay que pintar los ángeles y cómo se debe moler el vidrio. El fantasma que le sigue haciendo preguntas por la noche y que en los últimos días se ha colado en demasiados sueños. Quizás por eso está intentando dibujar su rostro, para ver si se lo arranca de una vez del alma.

EL MORIBUNDO

El doctor Sigüenza le ha permitido ir a la iglesia para cumplir con la ceremonia de dar limosna y pan a los pobres. Sólo será un rato, pero suficiente para devolverlo a la vida. Qué felicidad poder salir a la calle, toparse con el trasiego de la gente, el ruido furioso de la ciudad, el hedor del río de inmundicia que corre por el suelo, el viento sobre la cara y el sol acariciando la piel amarillenta del enfermo.

El enfermo que estaba moribundo, pero que quizás logre salvarse de la Parca. No, no era aún su hora. Le quedan por pintar muchos lienzos, por ejemplo esos maravillosos *Desposorios de santa Catalina* que esperan ansiosamente los Capuchinos de Cádiz. Ese cuadro al que le faltaba un azul de ultramar que le había obsesionado hasta el punto de hacerlo subir con gran riesgo a un andamio para seguir probando colores. Cayó desde esa gloria pintada, de ese cielo anticipado, pero en efecto no era aún su hora. Todavía le queda algún tiempo. ¿Cuántos cuadros esperan en el vacío y la nada a que el maestro Murillo los pinte?

Por eso quiere agradecer la bondad del Señor y acudir a dar limosna a los pobres. Va acompañado por Juana, que cuida de que ande con lentitud, que no se precipite porque la falta de movimiento le ha dejado las piernas sin fuerzas y apenas si puede caminar.

—No es lo mismo andar dando vueltas por la casa que aquí en este bullicio de la calle, amo —le dice casi riñéndole su esclava.

Y él pone mucho cuidado, pero se emociona y va su cabeza más deprisa que sus piernas porque quiere llegar pronto a la iglesia para

servir a los pobres y rezar. Servir a la santa pobreza, como había hecho el venerable Miguel Mañara, su amigo querido muerto hacía unos años después de un gran padecimiento. Su amigo que dejó un cadáver que decían que olía a flores. Qué ironía, él que le había dicho a Valdés Leal que lo pintara como el caballero calatravo que se pudre en la cripta, hediendo a cadaverina e infestado de gusanera.

Ha soñado con Mañara en las últimas noches. Sus sueños parecen retratos llenos de gente. Una multitud de difuntos, porque todos están muertos y sólo queda él en este lado del mundo. Esta madrugada ha soñado con personajes de sus cuadros. Y ha hablado con ellos. A san Antonio le ha preguntado si las rosas que pintó en su retrato eran de su gusto. Las mujeres sedientas de la peña de Horeb se han peleado entre ellas por un cántaro. Y aún recuerda el cuento que le escuchó a la abuela que despiojaba a su nieto.

También ha soñado con delfines muertos flotando sobre las aguas del Guadalquivir.

¿Adónde van los sueños cuando despertamos? ¿Mueren con nosotros y nuestra memoria? ¿Tendrán sueños los personajes que pinté?, se pregunta el maestro antes de contestarse que claro que sí, porque sus criaturas no son un engaño colorido. Ya sabe que son más vida que la vida puesto que él morirá y ellos seguirán vivos. Por eso sueña y ellos se cuelan en sus sueños y en los de otros que vendrán.

—Ya llegamos, amo. Tenga paciencia, que ya estamos aquí.

Y, en efecto, ve Murillo la puerta de la parroquia de Santa Cruz donde los pobres esperan la limosna. Se emociona y sin darse cuenta camina más deprisa y, en ese momento, pasa cerca un carruaje demasiado veloz y asusta a un perro que se cuelan entre las piernas del pintor. Murillo cae al suelo y se llena de barro y de polvo, pero eso no es lo peor. No quiere tocarse el vientre por si se hubiera desprendido el ceñidor y con la caída apareciera una nueva quebradura. Juana se pone lívida porque además no puede levantar a su amo, que queda en el suelo sudando y casi sin poder respirar. Y piensa que ya no saldrá de esta y que todo ha terminado.

Entonces Murillo siente un sudor frío, se le nubla la vista y todo se vuelve negro, pero un segundo antes percibe con total claridad que

las casas caen sobre él y que una jauría de perros corre para devorarle las entrañas.

LA HORA DE ÁNIMAS

Juana le limpia el cuerpo del lodo sucio pasando un paño con cuidado por esa piel que es un puro pellejo, un cuero seco, un papel arrugado que amarillea ya por la falta de vida. El doctor Sigüenza le ha dicho que no lo mueva, que no intente lavarlo aunque él le ordene que le quite el polvo y las aguas sucias de la calle. Y también ese barro que son sus propios excrementos. El moribundo debe seguir en la cama, aunque arda en fiebre y delire y pida cosas raras.

La esclava moja el paño en un poco de agua y vinagre y comienza a limpiarle el vientre. Roza apenas la piel porque se nota que la quebradura es gravísima y que el amo tiene todas las vísceras fuera, bajo la piel estirada, y que si ella tentara demasiado quizás le provocara la muerte. No lo sabe muy bien. Intenta estar atenta a los consejos del doctor Sigüenza, pero se confunde y se olvida de cosas. Ahora le cambiará la camisa, pero no sabe si hacerlo antes de darle el aceite con jarabe de achicorias o después. Entonces recuerda que esa poción es un purgante y que, si ahora le hace efecto, se volverá a manchar.

Al pasar el paño por el vientre ve que lo tiene de color cárdeno, casi negro, y piensa si será por las tres sanguijuelas que le puso el doctor en la parte hinchada y dolorida o es que ha aparecido la temida gangrena. Ya advirtió el doctor que, si así era, estaba cercano el final. ¿Y qué será de ella sin su amo? Juana aprovecha que ahora pasa el paño por la espalda para llorar sin que él la vea. ¿La venderán en almoneda o pasará con otros bienes testamentados a don Gaspar

Esteban, el hijo de su amo? Y reza por que así sea, porque don Gaspar es un hombre bueno que ejerce como canónigo de la catedral, prudente y templado, natural hijo de su padre.

Juana levanta con cuidado a su amo y le pone una camisa y un sayo de paño pardo de manga boba descosida. No es por desaliño sino porque el maestro prefiere esa prenda para estar cómodo y podérsela quitar si vuelve a mancharse de la escoria propia.

La esclava lo deja tendido en el lecho para que descanse porque se le nota aún desfallecido por la gran cantidad de sangre derramada cuando Sigüenza empujó el intestino dentro de su cavidad. En una mesa junto a la cama la esclava le ha dejado un poco de agua con un higo dentro para endulzarla. Por el momento es lo único que puede tomar porque ha vomitado lo que ha comido. Murillo se incorpora un poco y bebe un sorbo de agua, más para disimular el aliento fétido que por sed. Y se le aparece delante ese cuadro de felicidad de las mozas bebiendo en la peña de Horeb y el agua resbalando por sus barbillas. Confunde recuerdos, sueños y apariciones, porque tiene la absoluta certeza de que visitan su aposento personajes del pasado. Ellos le señalan cosas que quieren que pinte.

Esta misma madrugada Beatriz le ha mostrado varios objetos, un bodegón de cosas que dice que echa de menos: una lamparilla de oratorio casi consumida, el frasquito con su agua de azahares, las medallitas en las que guardó los cabellos de sus hijos, un anillo heredado de su madre, su jícara de plata para beber chocolate y un jubón que estimaba mucho y que guardaba a pesar de estar rasgado.

Y él recuerda haber estado pintando ese bodegón por la noche. Pintaba mientras dormía, con un pincel en el aire, la mano suspendida ante un lienzo imposible, consumido por la fiebre, intentando no atender al hedor de su cuerpo de enfermo ni a los dolores del vientre. El bodegón permaneció un momento dibujado en la nada hasta que desapareció al tocar la campana del alba.

Ya debe de haber pasado otro día porque fuera suenan los grillos de la noche y la campana de ánimas. Ese momento posterior al crepúsculo le daba miedo cuando era niño, porque era la hora entre el día y la noche en la que vagan las almas perdidas y hay que orientarlas: «Las ánimas benditas, hermanos; acordaos de las ánimas

benditas», se oía al anochecer mientras sonaba una campanilla por esas pobres almas sin rumbo. De pequeño le contaban esas historias y él temía toparse con alguna sombra que no supiera adónde ir. Ahora es él la casi sombra. Y no tendrá tiempo de nada, ni de terminar sus *Desposorios* ni de pintar de verdad el bodegón de Beatriz. Tampoco podrá cumplir su deseo de haberse despedido de sus cuadros. Albergaba la esperanza de que si todo marchaba bien, después de haber entregado la limosna y el pan a los pobres, podría recorrer los conventos, iglesias y casas donde colgaban todas sus criaturas para decirles adiós antes de marcharse.

Cómo echa de menos ese ruido del mundo. Eso que, ahora se da cuenta, no consiguió plasmar cuando se empeñó en imitar a Tintoretto. Porque en sus lienzos lo que habitaba era el silencio, ese silencio que en realidad lo había acompañado toda la vida. Un silencio que era más difícil de pintar que el sonido. En este tiempo de la melancolía en el que nada suena en su casa y las risas y voces del pasado no son más que sueños y engaños, Bartolomé Esteban Murillo reconoce que ha sido el pintor del silencio. Ahora es consciente de que en sus cuadros no hay ruido, sólo personajes que meditan devotamente, que caminan rodeados por silencios conventuales, que posan abstraídos en ideas piadosas. Sus niños pícaros ríen, pero ríen en silencio.

Tal vez lo único que suene dentro de sus cuadros sea un levísimo murmullo, una cosquilla en el aire que acaso sean las alas de un ángel. Suenan dentro de sus lienzos, pero también dentro de este aposento. Son alas que parecen heridas, desplumadas, casi rotas. Y él las escucha a la perfección, aunque a veces cree que son ratones que se esconden detrás de las paredes.

Cómo quisiera ahora bajar a su taller para volver a pintar las alas de un ángel, pero tendrá que conformarse con dibujarlas en el aire. Entonces se esfuerza en recordar los objetos destartalados que tiene en su obrador, esas cosas de silencio pintadas en sus cuadros: un escudo, telas de apostolado, un espejo velado, una caldera, cántaros rotos, velones, palmas de mártires.

Cosas que ahora estarán rodeadas por este absoluto silencio. Por eso no tiene más remedio que pintar esta soledad de las cosas,

pinturas de silencio, pinturas calladas. Cosas que sabe que alguna vez se romperán, que envejecerán, cosas que esperan, cosas que desaparecerán y no quedará memoria de ellas. Salvo que él las pinte. ¿Dónde están ahora sus bodegones? ¿Adónde fueron los objetos que pintó? ¿Y las personas? ¿Las habrá salvado por haberlas pintado? Y recuerda a sus hijos inmortalizados en sus cuadros. Pero ¿quién sabrá ahora que esa carne de ángel era de los hijos difuntos del maestro Murillo?

Tiene la sensación de que por dentro ya se le ha instalado la fatiga del tiempo, el color muerto que a veces ha aparecido en sus cuadros, una herrumbre invisible. Pero ¿por qué ahora no siente dolor? El aposento parece lleno de veladuras como las que él iba aplicando en los lienzos creando un vapor, un humo transparente. Y temblando tras esa veladura le parece estar viendo a Juana, su fiel esclava, y a su hijo Gaspar Esteban y al doctor Sigüenza y a un caballero con aspecto de escribano que le pregunta por su testamento. Pero él sólo recuerda los lienzos que le quedan por terminar mientras el escribano va anotando. Le parece imposible recordar todo eso. Y siente una gran felicidad al saber que en realidad él no morirá porque quedarán sus maravillosos cuadros, en los que además está escrita su historia, y quizás alguien que aún no ha nacido sabrá entenderlo algún día. Y si no, tampoco importa demasiado.

Qué placer dejar de sentir dolor y notar cómo algo muy tierno se posa sobre él con una blandura imposible. Huele a ámbar y leche con miel, a pan tierno y a piel de niño. Sí, no hay duda, porque siente un aleteo y una leve brisa en la cara. Y ahora ya no ve a Juana ni a Sigüenza ni a su hijo ni a ese hombre que le sigue preguntando. Él sólo oye ese rumor de alas, y el aroma que deja en el aire una tiernísima carne de ángeles.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera manifestar mi agradecimiento al Grupo de Otoño, por los reveladores paseos por Venecia descubriendo los cielos que intuyó Murillo en el azul Tintoretto, el verde Veronés y el rojo Tiziano. A don Giovanni, Gema, Juan, Mari, Estrella, Marisi, Juan José Fuentes (Sultán), Charo y Fernando. Y, en especial, a Azucena Méndez Ardila y Manuel Serrano Hidalgo cuya pasión por el arte se cuele en estas páginas. A Yoni por sus intuiciones, a Olga por su lucidez, a Eduardo por sus lecciones históricas. A Pepo Fernández por su disección de maestro del lenguaje, a Vicente por sus pensamientos y a Carmen Tesón por sus aportaciones de paisajes y jardines. A ella le dedico el aroma del árbol de la pimienta y los dondiegos que imaginé para Beatriz de Cabrera. A Cecilia Romero de Solís, mi querida Lilí, por su sugerencia novelesca sobre los caballeros que miraban ángeles aquella noche en el palacio de un duque.

A mi fiel cuadrilla libresca, mis sagaces Javier Rubio, José María Rondón y Reyes Gómez, por sus oportunas lecturas. A Carmen Carballo, por ser la que inicia esta historia en aquel viaje en tren. Y a los investigadores que estudiaron la figura de Murillo y los que rescataron aquella época fascinante: Diego Angulo, Enrique Valdivieso, Benito Navarrete, Núñez Roldán, Arsenio Moreno, Morales Padrón, Enriqueta Vila, Fernando Quiles, Bartolomé Bennassar, Manuela Mena, Valme Muñoz, Ignacio Cano, Luis Méndez, Javier Portús, Jonathan Brown, Pablo Emilio Pérez-Mallaína y un largo etcétera. Gracias al trabajo tantas veces discreto y

silencioso de los historiadores se pueden levantar los pilares de la ficción.

A mi padre Agustín, que escondía a un magnífico pintor, a mi madre Manoli, en todos mis autorretratos, a Sandra por su generosidad y a José Luis Castro Lombilla por habitar en todos los paisajes de esta novela.

El color de los ángeles

Eva Díaz Pérez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, Universal History Archive/UIG/ Getty Images

© Eva Díaz Pérez, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-08-17266-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA HISTÓRICA



¡Síguenos en redes sociales!



